

EXEQUIAS DE UN AMIGO

por

MARCELLO VENTURI

Es éste el tercer libro que Marcello Venturi ha dado a la estampa en Italia, si bien sus actividades literarias se remontan a los días de la post-guerra, cuando Vittorini le publicó en el *Politécnico* su primer cuento. En 1952 publicó *Dalla sirte a casa mia* que le valió el premio Viareggio para la Obra Primigenia; en 1956, *Il treno degli Appennini*, con el que alcanzó notable éxito de crítica tanto en Italia como fuera de ella.

Desde el crudo realismo de sus comienzos hasta estas tres *confesiones* de las *Exequias de un amigo*, la labor de Marcello Venturi ha tenido un desarrollo coherente. Toda ella tiende a afirmar más sus inclinaciones iniciales: reproducir con estricta fidelidad los hechos de la vida, interesarse en la intimidad de los problemas del hombre-personaje, buscar ahincadamente la razón fundamental de lo que ese hombre manifiesta con sus palabras. *Exequias de un amigo* puede considerarse como la obra en que alcanza plenamente tales propósitos. Son el fruto de un realismo interiorizado y hecho conciencia.

En los cuentos largos que brindamos en este volumen, tres personajes típicos de la post-guerra se confiesan. Miseria, arrivismo, miseria moral: tres aspectos de la condición humana inconscientemente puestos a la luz por las palabras de los propios actores. Son protagonistas diferentes unos de otros y tan verdaderos y reales unos como otros; se mueven a distinta cadencia y, no obstante, hablan un lenguaje análogo. Dan, en suma, en su diversidad, la medida de la fuerza del autor, que ha logrado compenetrarse con cada uno de ellos y traducirlos poéticamente.

EMECE EDITORES, S. A.

Administración y venta: Luzuriaga 38 - T. E. 23-1098

Departamento de ventas a plazos: Luzuriaga 38 - T. E. 23-1090

Departamento de Ediciones: Alsina 2061 - T. E. 48-6043

Correo
Argentino
C. C.

Tarifa Reducida

Concesión Nº 5623

Registro Propiedad
Intelectual Nº 620.203

\$ 30.- m/n.

Ficción

30

MARZO
ABRIL

CUENTOS - ENSAYOS - CINE - MUSICA - LIBRO

TEATRO - CRONICAS - ARTES PLASTICAS

INDICE de avisadores

página

Club Internacional del Disco	1
Olivetti	3
Wells	4
Air France	23
E. T. & H.	31
Davar	35
Comp. Gral. Fabril Editora	45
Losada	55
El libro	69
Hachette	85
Revista de Psicoanálisis	93
Bonino	101
Van Riel	101
Odeón	106
R.C.A. Víctor	107 y 109
Impresora Oeste	119
Hispano Argentina Libros	
S.R.L.	121
Iber-Amer Argentina	123
Instituto Inves. Quirológicas	125
Flota Mercante del Estado	129
Airón	131
Kapelusz	135
Librería Ulises	137
Tiziano	139
Librería Huemul	143
La Piedad	143
La Mandrágora	145
Librería Fiorentino	147
Antonio Brión	149
Contracampo	151
Comentario	153
Ficción	5, 15, 133 y 141
Goyanarte	75, 91, 127 y 142
Tres Américas	2ª solapa
Emecé Contratapa	



EL CLUB INTERNACIONAL DEL DISCO LE OFRECE GRATIS UNO DE ESTOS DISCOS

CID 37 - DVORAK

SINFONÍA Nº 5 "NUEVO MUNDO"
Orquesta de la Ópera del Estado
de Viena dirigida por Vladimir
Golschmann.

CID 38 - BRAHMS

SINFONÍA Nº 4
Orquesta de la Ópera del Estado
de Viena dirigida por Vladimir
Golschmann.

CID 39 - "SINFONÍA DE LA DANZA"

DANZA DE LOS BUFONES (Rimsky-
Korsakoff); VALS TRISTE (Sibe-
lius); MINUET DE "LA ARLE-
SIANA" (Bizet); DANZA DE LOS
MARINEROS RUSOS (Gliere);
DANZAS POLOVTSIANAS (Boro-

din); OBERTURA DE "RUSSLAN
Y LUDMILLA" (Glinka).
Orquesta Sinfónica de Illinois.
Director: Leonard Sorkin.

CID 40 - MOZART

QUINTETO EN MI BEMOL PARA
TROMPA Y CUERDAS, K. 407;
CUARTETO EN FA PARA OBOE
Y CUERDAS, K. 370.

John Barrows, trompa; Ray Still, oboe.
Cuarteto Fine Arts.

CID 41 - VIVALDI

CONCERTO GROSSO EN RE ME-
NOR; MOZART: PEQUEÑA SE-
RENATA NOCTURNA; BACH:
PRELUDIO EN MI MAYOR.

Orquesta Sinfónica de Illinois.
Director: Leonard Sorkin.

Inscríbase ya mismo como socio y recibirá gratis un disco a su elección.
Ud. como socio puede adquirir los otros discos al precio de m\$N. 220.— c/u.
VIAMONTE 723, 6º Piso — T. E. 31-8149 — BUENOS AIRES

Deseo inscribirme como socio de ese Club, abonando con tal fin la
cuota única de m\$N. 250.—. Mi inscripción al Club no implica nin-
gún compromiso ulterior de compra. Deseo recibir el disco long-
play CID Nº en forma totalmente gratuita.

APELLIDO NOMBRE
CALLE Nº
LOCALIDAD T. E.
Asimismo deseo me envíen los discos CID Nº y Nº
Socios del interior: rogamos enviar giro incluyendo \$ 20.— más para
franqueo.

Y ahora también en:

MENDOZA: San Juan 1151; ROSARIO: Balcarce 666;
SANTA FE: Salta 2647 (1º A); CORDOBA: Ituzaingó 1173.

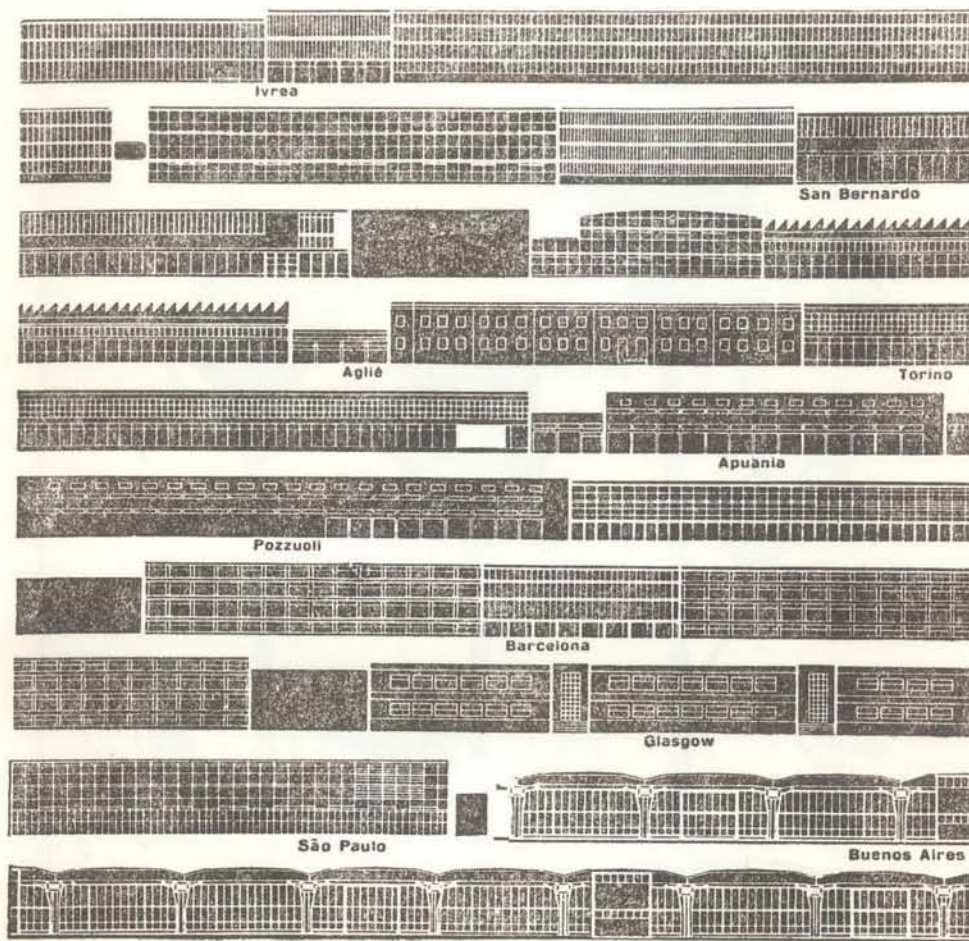
Sumario

Pava, por Abelardo Castillo	6
La vida por la opinión, por Francisco Ayala	12
Vida de perros, por Alberto Rodríguez Muñoz	20
Los mil días, por Daniel Moyano	37
De memoria, por Osvaldo Seiguerman	46
La cara, por Estela Canto	49
Zumo humano, por Teresa García Navarro	63
El elegido, por Marta Lehmann	71
El cuadro, por Humberto Costantini	81
Los discursos, por Víctor Sáiz	94
Adela Grondona: ¿Por qué escribe usted? Contesta Juan Carlos Ghiano ..	99
Letras argentinas: Respuesta sobre NO de Dalmiro Sáenz	102
Teatro, por María Luisa Bastos	105
Discos, por Marcelo Eguren	106

LIBROS

Hugo Acevedo: Principios de geomorfología, por William D. Thornbury; El educador nato, por Eduard Spranger; Imágenes para un río, por Mario Busignani; Tupac Amarú, por Máximo Simson	116
Alfredo Andrés: El abogado del diablo, por Morris West	118
Enrique Azcoaga: Campos de Níjar, por Juan Goytisolo	118
José Babini: Hombres e ideas, por Johan Huizinga	120
Daniel Barros: Poemas (cinco poetas)	120
Ariel Canzani D.: L'isola, por Giani Stuparich; Jardines de la sangre, por Leonardo Rosa Hita	122
José Julio Castro: Los caminos del error clínico, por Ettore Debenedetti; El profesor de inglés, por Jorge Masciángoli	123
B. E. K.: Borburata, por Ramón Díaz Sánchez; Biografías completas, por Ramón G. de la Serna; Un ángel de bolsillo, por Ofelia Machado Bonet; Fuentes de psicología hindú, por Emil Abegg; Viaje al país de los araucanos, por Estanislao S. Zeballos; En la luz perdida, por Guillermo Orce Remis; Trémolo, por Ester de Izaguirre	125
Arnoldo Liberman: Antología, por Miguel Hernández; Psicoanálisis de la sociedad contemporánea, por Erich Fromm	132
Pilar de Lusarreta: El bosque y cinco árboles, por Abel Mateo; La parranda, por Eduardo Blanco-Amor	134
Ana Medveny: Frankie y la boda, por Carson McCullers; En la zona, por Juan José Saer	137
Ana O'Neill: The gaucho Martín Fierro, trad. de Walter Owen	139
Jorge Alberto Sáez: Historia del cine argentino, tomo II, por Domingo Di Núbila	140
Víctor Sáiz: El harén todavía, por Pilar Bescós; Los ojos de los enterrados, por Miguel Ángel Asturias	143
Nélida Salvador: Los miedos, por Osvaldo López Noguero	145
Teresa Sánchez Cuevas: Los agrarios, por Rubén Sueldo Guevara	146
Nilda Sito: Sendas perdidas, por Martin Heidegger; El pensamiento de Santo Tomás, por F. C. Copleston	146
Atols Tapia: Megatón, por Bernardo Verbitsky	149
Francisco Tomat-Guido: Los caballos, por Emilio Frugoni; Poemas de madera y soledad, por René Daniel Uset	150
Del pasado argentino	152
Papel y tinta, por A. C.	154
Noticias	157
Crítica de críticos	158
Libros recibidos	159

olivetti



En tres continentes y desde hace decenas de años, los establecimientos Olivetti, intercambian sus experiencias. En cualquier lugar donde se escriba o calcule, el nombre Olivetti significa un conjunto industrial internacional que al volumen siempre en aumento de su producción y venta, agrega un progreso igualmente creciente en la calidad y variedad de sus productos.

En la Argentina, la moderna planta industrial de Merlo, provincia de Buenos Aires, actualmente en construcción, permitirá abastecer en forma directa la creciente demanda de la industria y el comercio en materia de máquinas de oficina.



Lexikon

Divisumma

olivetti

Olivetti Argentina S. A.
Buenos Aires - S. Martín 550



FICCIÓN

REVISTA-LIBRO BIMESTRAL

Registro de la Propiedad Intelectual N° 620.203

PARAGUAY 479

T. E. 31 - 3694
31 - 5163

Director
JUAN GOYANARTE

Secretario de Redacción
SAÚL ARONSON

Administrador
JOSÉ ARGIBAY

Condiciones de venta y suscripción

Número suelto \$ 30.— m/arg.

Suscripción Argentina y países
límitrofes

Otros países

1 año \$ 180.— m/arg.
2 años ... „ 300.— „
3 „ ... „ 400.— „

1 año 3 dólares
2 años 5 „
3 „ 6 „

La continuidad de las entregas de la Revista Ficción y sus envíos se hallan bajo la absoluta responsabilidad de la EDITORIAL GOYANARTE, Paraguay 479, Buenos Aires

Los firmantes de los artículos publicados en esta revista asumen la responsabilidad de las opiniones emitidas en los mismos. Nuestros colaboradores pueden pertenecer a los más opuestos credos políticos o religiosos. La publicación de un escrito no significa, por lo tanto, adhesión a su contenido, sino información, amplia y tolerante, como exige la cultura contemporánea.

FICCIÓN publica materiales que han sido exclusivamente escritos para ella. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia. No se devuelven las colaboraciones enviadas espontáneamente, ni se sostiene correspondencia sobre ellas.

Pava

A PARECÍA y desaparecía entre los árboles del bosque azul. Allí estaba de nuevo ahora, y era igual a la lámina que Marcela había visto en el libro de la niña Elsie: los mismos cabellos rubios, tan largos, y la misma pollerita abierta, como una flor. Marcela se sintió feliz. El bosque estaba lleno de pájaros; pero no eran como los de la isla, porque éstos que Marcela estaba viendo eran verdes. Y había flores plateadas y doradas, como las flores del árbol de Navidad. La Navidad es fea. Y entonces Marcela ya no estaba más en el bosque; de pronto se encontró en el corralito, y el niño Ruddy le apuntaba con su honda para que ella matara a los pavos. Marcela corría ahora al niño Ruddy, con un cuchillo. O tal vez con un trinchante.

—Marcela, cara de pava.

Se despertó; estaba sentada en el patio de la quinta. Ruddy y Elsie la miraban.

Marcela quiso decirles que la dejaran tranquila, que se fueran a jugar por ahí, porque ella tenía que volver al bosque azul; pero se confundía las palabras. Sintió la lengua pegajosa y trabada.

Elsie, codeando a su hermanito, dijo:

—Dale, dale —y se tapaba la boca con las dos manos, para no reírse.

Ruddy se acercó:

—Tomá, Marcela.

Marcela estiró el brazo, pero había calculado mal la distancia (o acaso el niño Ruddy se alejó a propósito) y casi deja caer la botella al suelo. Los chicos se reían como locos. Ruddy dijo:

—A que no te la tomás toda.

—Sí, toda —dijo Elsie, y saltaba. Aquello era muy divertido: Ruddy le había estado dando esa bebida toda la tarde a Marcela, y era más divertido que cuando emborracharon al loro.

Bebió. Y aunque el sol era terriblemente fuerte, el patio, de pronto, se había nublado. Los chicos estaban lejos. Disfrazados de indios. Envueltos en dos chales de la señora Lisa. Entonces Marcela se acordó que esa tarde, antes de salir para la ciudad, la señora Lisa le encargó algo, algo especial, para la cena. Se había olvidado qué era.

¡La niña rubia! allí estaba otra vez; ahora agitaba una manita, llamándola. Marcela volvió a sentirse contenta y se fue tras la niña con pollerita de flor. A su espalda, entre las ramas azules, creyó escuchar la voz del malísimo Ruddy:

—¡Mirá qué cara de pava, mirá!

Después se acordó de lo que le había encargado la señora Lisa, pero fue sólo un instante. La niña agitaba su mano y la llamaba. Desapareció

de nuevo, mientras se oía, en alguna parte, la risa de Elsie. Pero Ruddy y Elsie no debían entrar al bosque azul. Era necesario que no entraran. Echó a correr detrás de la niña rubia.

Es cierto. Marcela se parecía a un pavo. Tal vez fuera su andar, un poco torpe, bamboleanante, o tal vez sus ojos redondos —unos ojos extraños, graves, de bestezuela mansa—, o quién sabe. Siempre que no hubiera nada que hacer en la casa (y cuando Ruddy y Elsie no la espiaban, claro), a Marcela podía vérsela hablando largamente con ellos, con los animalitos bobos del corral y, a lo mejor, fue por eso que acabó pareciéndoseles. Quién sabe. En todo caso, era un pavo de tiro; un pavo percherón, apacible y trabajador. Sí. Porque en este sentido, nadie, nunca, iba a poder reprocharle nada. Y en el otro sentido tampoco, pues, como decía el padre cura:

—Se nace feo como se nace lindo: por esas cosas de Dios.

Fue el padre cura quien trajo a Marcela a la quinta de los Aissenson. Llegó esa tarde y le dijo a la señora Lisa:

—Podés hacer una buena obra, m'hija.

Y Lisa, que era buena católica y además necesitaba una muchacha —la última negrita se le había ido, a causa de los chicos, dijo, pero seguramente se trataba de amoríos con alguno de Las Canaletas— accedió de inmediato, contentísima, sin esperar a que el padre cura terminara de explicar lo de la inundación, las familias sin casa, y los padres ahogados de Marcela. Borrachos los dos en el rancho, que por eso se ahogaron.

—Eso sí —había agregado el hombre—; van a tener que enseñarle a desenvolverse. La muchacha tiene catorce años, pero es como un animalito. Un animalito del Señor, claro —hizo un gesto con la mano—. Un poco corta, ¿sabés?... pavita.

Marcela era pava; los chicos, que sólo tenían ocho y nueve años, eran mucho más inteligentes que ella y en seguida se dieron cuenta. La muchacha ni siquiera sabía escribir. Y, por más esfuerzo que hizo la linda y buena señora Lisa, que hasta llegó a leerle cuentos, siguiendo las palabras con el dedo (si no fuera por esos mocosos, que son el diablo hecho adrede, decía Eusebia la cocinera, daría gusto trabajar en esta casa), por más esfuerzos que hizo, no consiguió que Marcela aprendiese media letra.

Los chicos estaban perplejos.

—¿Nunca fuiste a la escuela vos?

Ella se encogió de hombros.

—¿No sabés contestar? Mi hermano te dice si nunca fuiste a la escuela.

—Dejala: es analfabeta.

Marcela era analfabeta. Sin embargo, con el tiempo, demostró ser capaz de aprender bastantes cosas. Daba gusto, por ejemplo, verla ir y venir, siempre con el paso lerdo, algo imponente —bestial—; subir, bajar escaleras,

desde el cuarto grande a la pieza de los niños; de ahí al galpón del fondo, al corralito; y, últimamente, también a la biblioteca, que el señor Aissenson acabó por dejarle limpiar, y donde Marcela encontró aquel libro de estampas de la niña Elsie. El que tenía el dibujo de la chiquita con vestido de flor.

—¿Y si no sabés leer —insistía Elsie—, para qué estás mirando mi libro? Marcela volvió a encogerse de hombros. Dijo:

—Es lindo.

Ruddy la observaba, pensativo:

—Vos sí que no sos nada linda —siguió en esa actitud un instante; al fin, sin poder aguantar más, agregó:

—¡Mirá que sos fea vos!

A Elsie le daba mucha risa cuando Ruddy hablaba así, porque él miraba fijamente a Marcela y la muchacha parecía tener miedo. Elsie dijo:

—No es más que una pava.

Entonces empezaban a gritarle cara de pava y gorda pambaza, y Marcela se iba a la cocina, con Eusebia, que era la única persona a quien los chicos tenían miedo, por los ojos de loca que ponía al decir que los iba a meter en el horno si no se estaban quietos (en el horno grande de las Navidades, el de adobe) y cosas peores. Y, si Eusebia había salido, Marcela se encerraba en su pieza, junto al corralito.

No daba con el rastro de la niñita rubia; se sintió angustiada. Había vuelto a olvidar el encargo de la señora Lisa. Pero no. No debía pensar en eso ahora; de lo contrario se iba a despertar. Y era tan lindo estar allí, soñando. Los pájaros verdes y las flores azules. De pronto ya no supo que eso era un sueño. Cortó una flor. ¡Qué azul era! La flor, entonces, empezó a abrirse en sus manos, y Marcela, asombrada, vio que la flor se transformaba en pájaro. Cambió de color y se hizo verde. Ella se sentía maravillada: abrió lentamente la palma, le dio un impulso suave, muy suave, y el pájaro echó a volar. Marcela reía. Siguió andando. El caminito se abría ahora y una gran claridad le hirió los ojos. Afuera, en el patio, hace un sol muy fuerte. Yo estoy sentada en el patio. Ruddy y Elsie.

—Marcela, borracha igual que tu madre.

¡Ellos se han metido en el bosque! Pero no: no tenía que dejar que ellos vinieran. Ellos no, son malos. La niña rubia. Sí, la niña rubia pronto. Marcela apretó los párpados hasta que le dolieron los ojos, y empezó a ver todo azul. Después, junto al laguito donde brillaban lentejuelas, estaba la niñita de la lámina. Me llama; me llama a mí, a Marcela. Le hacía señas con una de sus manos; en la otra llevaba una varilla. Un junco. Como los juncos de la isla, donde todo era feo. Marcela ya no estaba más en el bosque; estaba en la isla. Su padre le daba una patada a la puerta del rancho. Marcela supo que le iban a pegar una paliza: a ella y a su madre, que

estaba tirada en el suelo, borracha. Igual que tu madre. Ellos, los chicos tenían la culpa de que Marcela estuviera en el rancho.

Los odiaba.

—Tiene rasgos extraños —había dicho Aissenson, y agregó algo acerca de la herencia alcohólica. Rastros, dijo. Pero Lisa, sin escucharlo, le aseguró que, de todos modos, nadie en el mundo cocinaba mejor que Marcela, ni siquiera Eusebia, que se fue con la excusa de los chicos, pero cualquiera podía adivinar la verdadera causa.

—Y por otra parte, Marcela es un nombre bien bonito.

Aissenson sonrió y dijo:

—En fin: mientras no salga borracha igual que la madre.

Recién entonces, advirtió que Ruddy y Elsie, fascinados, lo estaban escuchando. A partir de ese día, los chicos inventaron una nueva manera de llamar a Marcela.

Y era muy divertido; sobre todo ahora, que podían jugar a sus anchas con la pava esa, porque Eusebia, que era loca, ya no iba a venir más. Y nadie volvería a contarles cosas de miedo, o a asustarlos con el trinchante, o a decir que los niños envueltos se hacen con chicos de verdad. O una cosa así.

Tenía que irse del rancho. La niñita, era necesario que apareciera la niñita. Y el junco. El junco es dorado, por eso brilla, ahí, entre las hojas. El corazón empezó a latirle con fuerza: con el junco dorado, la niñita arrebaba algo ahora, muy suavemente. Miró bien. ¡Sí! Allí estaban sus pavos; marchaban en fila, balanceándose, guiados por el junco de oro de la niña. Sus bellos animalitos. La hermosa gente que Marcela crió en el corral de la quinta. ¡Entonces no era cierto que los habían matado para Navidad! Marcela, feliz, se reía.

—¡Mirá! ¡Mirá cómo se ríe, la loca!

La cabeza odiosa de Ruddy, repentinamente, entre las hojas azules. Ruddy estaba vestido de indio, pero ya no era el bosque: era el patio. Y el sol. Le ardía la cabeza.

Junto a Ruddy, la niña Elsie también estaba vestida de india. Envueltos en dos chales amarillos de la señora Lisa, que le había encargado algo para la noche. Ruddy le apuntaba con su arco:

—Emborrachate, Marcela.

El sol, rabiosamente llegando desde los chales amarillos, y los ojos de los chicos, clarísimos, fijos en ella. Algo para la cena. Entonces se dio cuenta que si tomaba todo lo que había en la botella, la iban a dejar en paz. En la cocina hay un trinchante.

Un lamparón azul.

Fue la víspera de Nochebuena. La chica estaba sentada junto al corralito cuando vino la niña Elsie y dijo:

—Dice mi mamá que empecé a matar los pavos.

Marcela la miraba sin entender.

En seguida apareció Ruddy; llegó corriendo por el patio, golpeándose el trasero con una mano y sujetando riendas invisibles en la otra. Gritó:

—Ché Marcela: ¡los pavos! ¡A matar todos los pavos!

Marcela dijo que no.

—No quiero —dijo.

Y fue la primera vez (la única vez) que desobedeció una orden de la señora Lisa. Aissenson, luego de echar mano inútilmente a toda su autoridad, tuvo que resignarse a matarlos él mismo; esa noche, Marcela se negó también a servir la mesa.

—No quiero —dijo.

Estaba llorando en su cuarto cuando entró el niño Ruddy.

—¡Uuuuh!... —gritó el chico, abriendo la puerta de golpe.

En su mano traía, colgando, la cabeza de uno de los pavos.

Algo se movía, allá, entre las ramas. Marcela, asustada, no quería mirar. No quiero, dijo. Sí, allá, detrás de aquellos árboles azules, a espaldas de la niña que, con su junco de oro, arreaba los oscuros animalitos atravesados de lentejuelas verdes. No, ellos no. No quiero.

Dos chales amarillos.

—La noto rara últimamente.

Lisa advertía que, después de Navidad, Marcela había cambiado. Trabajadora y silenciosa como siempre, iba y venía por la casa, desplazándose con aquel andar suyo, tan torpe, y al mismo tiempo tan liviano (como el de algunos animales cuyos antepasados han sabido volar una vez); pero había algo extraño en su mirada redonda. Algo parecido al cansancio. O quién sabe.

—Convendría buscar otra muchacha —dijo Aissenson—. A lo mejor es mucho para ella sola.

Por eso, la tarde de aquel mismo día, decidieron visitar al padre cura que vivía en el pueblo, y Lisa, ya en la camioneta, les estaba diciendo a los chicos: cuidadito con portarse mal.

—O le digo a Eusebia que vuelva —agregó.

Ruddy y Elsie habían asegurado que jugarían sin molestar para nada a Marcela, y Lisa les tiró besos con la mano. Pero antes, como había recordado a Eusebia, le dijo a Marcela que preparase aquella comida tan fácil que le enseñó Eusebia. Y Marcela dijo:

—Lo que usted mande, señora.

Después se sentó en el patio, al sol, y comenzó a soñar cosas extrañas, y hasta soñó que el niño Ruddy le apuntaba con su honda para que ella matara a las lindas personas del corralito, y ella, entonces, lo había corrido con un cuchillo. O tal vez con un trinchante.

Pero esto fue después, porque, antes, Elsie había dicho:

—¿Emborrachamos al loro?

Y Ruddy estuvo por contestar que sí, pero cuando vio a Marcela sentada en el sillón del patio, se olvidó de la promesa hecha a su mamá y propuso:

—La emborrachamos a la pava.

Después, cuando Marcela se quedó dormida, soñando, y ya no tenía nada de divertido, se envolvieron con dos chales y empezaron a jugar a los indios.

Ruddy y Elsie. Los chales amarillos eran como el sol del patio. Entonces Marcela se dio cuenta que ellos habían terminado por meterse en su bosque azul. Ruddy estaba ahí, oculto entre las hojas, con su arco y sus flechas de palo. La niñita rubia no lo había visto; y Marcela iba a hacer señas para avisarle cuando, de pronto, sucedió algo maravilloso: la pollera de la niña se abrió, muy amplia. Y era una cosa tan bella como Marcela no había visto nunca otra igual: era una cola, una gran cola de plumas verdes, con reflejos de oro y de azul. Marcela se reía como una loca.

—Se ríe dormida, está borracha.

Elsie y Ruddy, envueltos. Los chales amarillos. No quería mirarlos por miedo a despertar. Borracha. El padre de Marcela entró al rancho después de abrir la puerta a patadas. Y quería vino. Y decía: a algunos hijos mejor comérselos, como los chanchos. Y le pegaba en la cabeza. Entonces fue que Ruddy empezó a dar gritos, igual que los indios, y tiraba sus flechas sobre la niña de la gran cola irisada y sobre los hermosos pavos oscuros.

—¡Mirá, mirá Ruddy! ¡Llora!

—¡Bo-rra-cha!... ¡Llo-ro-na!

Y Elsie se reía. Mejor comérselos, decía el padre de Marcela y rompió una botella contra la pared. ¡Comerse los pavos! Ruddy saltaba alrededor de los pavos muertos, y se los comía. Marcela lloraba; mientras tanto, el bosque azul iba prendiéndose fuego por todas partes. Y Ruddy y Elsie, envueltos en sus chales amarillos, daban saltos, bailoteando en círculo. De pronto se quedaron quietos, muy quietos, frente a ella. La miraban fijamente. Ruddy le apuntó con su arco. Envuelto. Elsie también, envuelta. Y Marcela quería despertarse porque recordó una historia para asustar a los chicos. Eusebia la contaba. Ruddy seguía apuntándole; y Marcela, en su

bosque que ya desaparecía, pensó que los niños envueltos eran una comida. Y ahora recordaba el encargo de la señora Lisa.

La flecha le pegó en la frente y se despertó. Y, como en la cocina estaba el trinchante, Marcela se reía. Por eso, cuando la señora Lisa volvió de la ciudad, Marcela, riéndose, le dijo que la cena estaba lista; y por eso, cuando ella preguntó por los chicos, Marcela siguió riéndose, y repetía que la cena estaba lista.

FRANCISCO AYALA

La vida por la opinión

ESTO no son cuentos. Ocurre que, por su carácter vehemente, o quizás por falta de experiencia cívica, los españoles han propendido siempre a tomar la política demasiado a pecho. La última guerra civil los dejó deshechos, orgullosísimos, y con la incómoda sensación de haber sufrido una burla sangrienta. Apenas les consolaba ahora, rencorosamente, el ver a sus burladores enzarzados a su vez en el mismo juego siniestro, —pues había comenzado en seguida la que se llamaría luego Segunda Guerra Mundial...

Yo soy uno de aquellos españoles. Habiendo leído a Maquiavelo por curiosidad profesional y aun por el puro gusto, no ignoraba que la política tiene sus reglas; que es una especie de ajedrez, y nada se adelanta con volcar el tablero. Pero si envidiaba —y cada día envidio más— la prudente astucia de los italianos, que saben vivir, también me daba cuenta de que, por nuestra parte, nos complacemos nosotros en no tener remedio, y estamos siempre abocados a abrir de nuevo el tajo y caer al hoyo. Ningún escarmiento nos basta, ni jamás aprendemos a distinguir la política de la moral. Recién derrotados, ¿no estábamos cifrando acaso todas nuestras esperanzas en el triunfo de aquellas mismas potencias que, atados de pies y manos, acababan de entregarnos a la voracidad fascista? Sí; como tantos otros exilados, esperaba yo desde la otra orilla del océano lo mismo que esperaban en la Península millones de españoles: la caída de la sucursal que el eje Berlín-Roma tenía instalada en Madrid; lo mismo que, con temerosa expectativa, aguardaban también los titulares, partidarios y beneficiarios de ese régimen.

Unos y otros, los españoles de ambos bandos estábamos engañados en nuestros cálculos. Podían ser estos correctos, e irreprochables los razonamien-

tos en que se fundaban; pero ¿a qué confundir Lógica e Historia, que son dos asignaturas tan distintas? Después de aniquilar a Mussolini y Hitler, las democracias tendieron amorosa mano a su tierno retoño, que se tambaleaba, no fuera ¡por Dios! a caerse. En vista de lo cual, amigos, *lasciate ogni speranza*.

Para entonces —año de 1945— vivía yo en la ciudad de Río de Janeiro, por cuyo puerto pasaban, rumbo al sur, algunos escapados de aquel infierno. Tuve ocasión de hablar con varios. Recuerdo, entre otros, a un joven de acaso treinta años, o no muchos más, tan nervioso el infeliz que cuando alguien lo interpelaba, saltaba con un repulso. Y se comprende: nueve años había vivido con la barba sobre el hombro, de un lugar a otro, bajo nombre supuesto. Era un maestrillo de Ávila quien, al producirse la sublevación militar en 1936, escapó de la ciudad, y huido había estado desde entonces, prácticamente, hasta ahora. No iba a ser tan cándido —me explicó— que estando inscrito en el partido socialista, se quedara allí para que lo liquidaran. Su familia había tenido amistad con el diputado don Andrés Manso, y así le fue a su familia. (No conseguí que me contara —ni tampoco me pareció discreto, piadoso, insistir demasiado— lo que a su familia le había pasado. En cuanto al señor Manso, es bien sabido cómo su apellido sugirió a las nuevas autoridades la idea de hacerlo lidiar públicamente en la plaza de toros, y que esa muerte le dieron.) En fin, mientras nos tomábamos nuestros cafecillos en un bar de la Avenida Copacabana hasta la hora en que salía su barco, el hombre me contó lo que buenamente quiso, con miradas de soslayo a las mesas vecinas y siempre en palabras medio envueltas, acerca de la que él llamaba su odisea —una odisea de tierra adentro, cuyos puertos habían sido poblachones manchegos o andaluces donde trabajaba por nada, apenas por poco más que la comida (y esto era lo prudente), y de donde se largaba tan pronto como lo juzgaba también prudente, casi todas las veces a pie, hacia otro pueblo cualquiera, pues en todos ellos hay estudiantes rezagados a quienes preparar para los exámenes, u opositores al cuerpo de correos o de aduanas, encantados de aprovechar los servicios de profesor tan menesteroso.

¿Que por qué no había intentado salir antes de España? Pues a la espera de que concluyese la guerra mundial y, con el triunfo de las democracias... ¿Que por qué, ahora que había terminado, se iba? Ésta era la cosa.

Sonrió con una sonrisa amarga, y se bebió de un trago el café dulzón (echaba a sus júcaras una cantidad absurda de azúcar, las saturaba: años y años hacía que el azúcar faltaba en España). Me contó luego que la noticia del triunfo laborista en las elecciones inglesas le había sorprendido (aunque, claro está, no fue sorpresa, lo esperaba; la buena racha había empezado); en fin, cuando se supo la noticia estaba él en cierto pueblo de la provincia de Córdoba, creo que me dijo Lucena, donde se ocupaba en llevarle los

libros a un estraperlista de marca mayor, aunque no del todo mala persona, a final de cuentas. Aquella noche, en la oscuridad del cine, se formó un toletole colosal, con gritos, vivas, muera y palabras gruesas, hasta que encendieron la luz, y no pasó nada. En lugar de las medidas *naturales*, se produjo al otro día un fenómeno increíble: las gentes del régimen estaban despavoridas en el pueblo. Es claro: en Madrid, ya los grandes capitostes estarían liando el petate; pero los jerarcas provincianos, con menos recursos, tenían que acudir a congraciarse por todos los medios, y buscaban a los parientes de las víctimas, les daban explicaciones no pedidas, querían convidar, se sinceraban: "Ven acá, hombre, Fulano; anda, vamos a tomarnos una copa de coñac, que tengo que hablar contigo. Mira, yo quiero que sepas... A ti te han contado que a tu padre fui yo quien... Sí, sí, no digas que no. Yo sé muy bien que te han metido esa idea en la cabeza; es más, me consta que Mengano ha sido quien te vino con el cuento. Pero, ¿sabes tú por qué? Pues, precisamente, para sacarse él el muerto de encima. Escúchame, hombre: es bueno que estés enterado de cómo pasó todo. Resulta que ese canallita de Mengano... Pero tómame otra copa de coñac." Etcétera. Y a vuelta de vueltas se producían protestas de amistad, ofrecimientos de un empleo "digno de ti" o de participación en algún negocio, porque, "lo que yo digo, hoy por ti y mañana por mí"; mientras que los ahora solicitados, que no se chupaban el dedo (¿quién, hoy día, no sabe latín en España?), callaban, asentían, se contemplaban la punta de los zapatos, saltándoles dentro del pecho el corazón de gozo a la vista de portentos tales.

Pero, ¿qué sucedió? Sucedió que, antes de que todo se fuera por la posta, le faltó tiempo al compañero Bevin, ahora elevado a ministro del Exterior, para levantarse en la Cámara de los Comunes y ofrecerle a Franco la seguridad de que el nuevo gobierno británico no daría paso alguno en contra suya. Esto ocurrió en agosto; en setiembre empezaron los juicios de Nuremberg, y también los camaradas soviéticos olvidaron magnánimamente que cierta División Azul los había combatido sin declaración de guerra en el suelo mismo de la Santa Rusia.

"Entonces yo —prosiguió el maestrillo socialista de Ávila— me eché a andar hacia la frontera portuguesa, pude cruzarla, y aquí estoy ahora rumbo a Buenos Aires, donde tengo parientes."

No he vuelto a saber nada de él; espero que le haya ido bien, y que tenga a estas horas los nervios más tranquilos.

Esto, como antes decía, no son cuentos. Es que los españoles jamás terminamos de aprender las reglas del juego; que somos incapaces de entender la política: la tomamos demasiado a pecho, nos obcecamos, nos empecinamos, y...

Si cuestión fuera de escribir un cuento, bien podría ello hacerse a base de lo que me relató otro fugitivo que, pocos meses después, llegó a mi puerta

con carta de presentación de uno de mis antiguos amigos. Se trataría de un "caso de honra", y el cuento podría llevar un título clásico: *La vida por la opinión*. Pero ¿cómo escribirlo, digo, cómo adobar en una ficción hechos cuya simple crudeza resulta mucho más significativa que cualquier aderezo literario? Me limitaré a referir lo que él me dijo.

Mi nuevo visitante era un sevillano gordote, peludo y de ojos azules, tostado todavía del sol y del aire marino. Llegó a casa, y se instaló en una butaca de la que no había de rebullir ni moverse en cinco horas. Más que nada, quería orientarse, que orientara yo sus pasos primeros por el Nuevo Mundo. Le ofrecí un cigarrillo, y lo rechazó con una sonrisa. "Antes fumaba", me explicó; y yo comprendí que ese antes era antes de la guerra, "pero dejé de fumar, porque hubiera sido un peligro constante. La colilla olvidada en un cenicero, el mero olor del humo, hubiera bastado a delatar la presencia de un hombre en mi casa". Entonces me contó su historia.

Pero al reproducirla debo adelantarme a advertir que es una historia bastante inverosímil. A la invención literaria se le exige verosimilitud; a la vida real no puede pedirle tanto.

El gordote era también profesor (¡dichosa actividad docente!); pero éste, no de primeras letras como el maestro de Ávila, sino de enseñanza secun-

Tarifa de Avisos para 1961

1 página en papel obra primera	\$ 1.500 $\frac{m}{n}$
$\frac{1}{2}$ " " " "	\$ 900 $\frac{m}{n}$
$\frac{1}{4}$ " " " "	\$ 550 $\frac{m}{n}$
Contratapa posterior	\$ 2.250 $\frac{m}{n}$
Solapa primera	\$ 1.800 $\frac{m}{n}$
Solapa segunda	\$ 1.350 $\frac{m}{n}$

Inserción de un volante de una hoja prendido entre las páginas de la revista \$ 1.500 $\frac{m}{n}$

Página con margen: 16 × 11 centímetros.

Página a guillotina: 19 $\frac{1}{2}$ × 14 centímetros.

F I C C I O N

Paraguay 479

Buenos Aires

T. E. 31-3694/5163

daria; era de los que por entonces se llamaron cursillistas, profesores formados a toda prisa para cubrir las plazas de los institutos que la República había creado, y estaba destinado en uno de Cádiz, o cerca de Cádiz, cuando empezó la danza llamada Glorioso Movimiento. Tuvo que esconderse, claro está: durante la pasada campaña electoral había trabajado con entusiasmo por uno de los partidos republicanos...

Catedrático reciente de un reciente instituto, nuestro hombre estaba también recién casado: se había casado hacía pocas semanas, al principio de las vacaciones estivales, y el susodicho movimiento o danza de la muerte sorprendió a los tórtolos anidados en casa de la madre del novio, viuda, que vivía en Sevilla. Allí se encontraban en aquella fecha memorable.

Se recordará que en Sevilla la lucha fue larga y la confusión grande. Ante la perspectiva del previsible desenlace, el joven profesor imaginó y puso en práctica un ingenioso expediente que le permitiera salvar el pellejo; y fue, conseguir de un albañil vecino suyo que, con el mayor secreto, le ayudara a preparar un escondite, especie de pozo excavado en el rincón oscuro de la sala interior donde el nuevo matrimonio tenía instalada su alcoba; un agujero del ancho de cuatro losetas, y lo bastante hondo para que él se metiera de pie; tras de lo cual, ajustando en su sitio aquellas cuatro losetas pegadas sobre una tabla a modo de tapadera, no había medio de que se notara nada debajo de la cama.

Lo acordado era que nadie sino la madre y la esposa, ellas y nadie más, conocerían su presencia en la casa y su escondite. El albañil amigo, un buen hombre que nunca hubiera hablado, porque en ello le iba la vida, tampoco podía hablar ya, pues de todas maneras los fascistas lo liquidaron no bien se hubieron apoderado del barrio; de modo que era secreto garantizado: la madre y la esposa; el resto de la familia, hermanos, tíos, primos y demás parientes, cuando se interesaban por su paradero obtenían de ambas mujeres la mismísima respuesta que los vecinos curiosos y que las patrullas falangistas: Felipe (Felipe se llamaba) desapareció el día tal sin dejar dicho adónde iba, y desde entonces no habían vuelto a tener noticia suya; lo más probable era que en aquellos momentos estuviese el infeliz bajo tierra. Esto, entre lágrimas y suspiros que el interesado escuchaba, embutido allí como un apuntador de teatro.

Su vida se redujo, pues, con esto a la de un ratón que a la menor alarma corre a refugiarse en su agujero; o mejor, a la de un topo. En el agujero mismo, sólo se metía cuando alguien llegaba a la casa, ya fueran falangistas husmeantes, y a veces otros imprecisos investigadores, que él oía trajar, rebuscar e interrogar, y amenazar y hasta maltratar a su madre y a su mujer, saltándosele el corazón de temor y de ira; no sólo —digo— se enterraba vivo cada vez que venían en su busca quienes quisieran matarlo (y no tardaron poco en convencerse y desistir), sino también cuando acudían a preguntar

por él quienes lo querían bien: sus hermanos mayores, casados, su suegro, algún temeroso amigo. Y las dos mujeres, que habían sabido mantenerse irreductibles en su negativa incluso las veces que las llevaron a declarar en el cuartelillo dejándolo a él más muerto que vivo, irreductibles fueron también frente a los que se angustiaban por su suerte. Oculto a pocos metros de ellos, escuchaba esas conversaciones morosas en que se hablaba de lo que estaba ocurriendo y con indignada lástima se comentaba el destino de algún conocido que había caído en sus manos, volviendo siempre al tema de nuestro pobre Felipe, y qué habrá sido de él, mientras el pobre Felipe, a dos pasos, se distraía con su charla o, aburrido pronto de los largos silencios, se impacientaba, deseoso de que por fin dieran término a la visita y se marcharan para poder salir de su escondrijo.

Pero si en éste se refugiaba tan sólo cuando llegaba gente a la casa, vivía por lo demás encerrado en ella como un topo, sin salir nunca de la habitación oscura. Habían decidido, por astuta precaución, tener abiertas de par en par las puertas de la calle durante todo el santo día —era la mejor manera de disipar sospechas—, y él se lo pasaba en la alcoba del fondo. Ahí hacía su vida, si vida podía llamarse a semejante confinamiento en el que, para estar ocupado en algo y no volverse loco, se entretenía en tejer toquillas de lana, que su madre vendía luego, o se aplicaba a tareas increíbles, tales como la de redactar, con una letrita minúscula de cegato, un galimatías exclusivamente compuesto por nombres y adjetivos inusuales, expurgados con paciencia benedictina del diccionario cuyos volúmenes adornaban el estantito junto al rincón. A base de vocablos como "dipneo", "gurdo" y "baltra", que rebuscaba durante horas y cuyas más raras acepciones retenía en la memoria, iba escribiendo en un cuaderno —que, llegado el caso, sepultaba consigo en el agujero— un absurdo relato ininteligible, a pesar de hallarse formado por palabras todas ellas legítimas de la lengua castellana.

Me tendió el cuaderno, que traía dentro de una cartera; me hizo leer dos o tres párrafos, y aguardó el efecto con sonrisa satisfecha. Yo estaba de veras fascinado: aquello era un arcano; era poesía pura. "¿Cree usted que se podrá hacer algo con este trabajo?", me preguntó. No supe qué contestarle. Agregó: "Me da pena la idea de destruirlo. Son casi nueve años de esfuerzo".

Casi nueve años, pronto se dice. ¡Qué no será capaz de soportar el ser humano! Nueve años, casi. Primero, con la esperanza de que el gobierno republicano ganara la guerra; después, con la esperanza de que las democracias triunfaran del Eje Berlín-Roma. Como un topo, nueve años. Y no es que careciera el hombre de compensaciones durante ese tiempo. Aunque los recursos económicos de la casa escaseaban, de un modo u otro procuraban las mujeres prepararle platos sabrosos (y él protestaba, divertido: "Van ustedes a hacer que me ponga gordísimo, y un día no cabré más en el

agujero. Ha de pasarme como al ratón de la fábula, sino que al revés: él se quedó preso dentro, y yo no voy a poder meterme cuando haga falta". Ellas se reían, y contestaban a su broma con otras por el estilo). Sin trabajar, tenía Felipe las dos cosas por las cuales, según el libro del Arcipreste, trabaja el hombre: mantención, y fembra placentera; pues a la noche disfrutaba el amor conyugal, sazonado por cierto con las especias picantes del furtivo, ya que más de una vez, empujado por alarmas que no siempre resultaron falsas, tuvo que saltar de la cama y esconderse a toda prisa bajo ella, para meterse entero, de cabeza, en el seno de la tierra.

Nueve años, uno tras otro, siempre a la espera de poder asomar sin peligro a la luz del día. Hasta que, por fin, empezó a parecer que se divisaba la salida del largo túnel: desembarco aliado en África, ídem en las playas de Normandía... El momento se acercaba; la hora iba a sonar; ya era cosa hecha: la democracia había destruido al totalitarismo; y, para colmo, los laboristas ingleses en cuya propaganda electoral se había usado con mucho efecto el tema de España, ganaban el gobierno.

Por Sevilla corrió esta noticia como reguero de pólvora. Llorando de gozo la pobre vieja, la madre de Felipe le preparó aquel día a su hijo un frito riquísimo de criadillas y sesos con pimientos morrones, y trajo una botella de sidra; brindaron los tres alegremente. Y a la noche el matrimonio se abandonó a las naturales efusiones sin precaución, ni postcaución, de clase alguna, puesto que la libertad, y la felicidad, estaban a la vista.

Eso pensaban ellos. Pero ya es sabido lo que ocurrió. Expectativas que tan seguras parecían, se desinflaron en seguida. Y Felipe volvió, rabiosamente, a su diccionario, en busca de palabras raras con que seguir hinchando el volumen de su absurdo manuscrito; encarnizado y oscuro, procuraba no pensar en nada, ahora.

¡No pensar en nada! ¡Como si se pudiera acaso no pensar en nada! El cuaderno crecía y crecía, y seguía creciendo. Pero he aquí que también el vientre de la descuidada esposa empezó muy pronto a dar señales ostensibles de que el fugaz momento de la esperanza no había sido infecundo.

Y esto, que —de no haberse malogrado aquella esperanza— hubiera completado el cuadro de su ventura, en las circunstancias actuales debía traerle a nuestro pobre topo serias tribulaciones. Felipe era hombre de honor. Si todo el mundo, si Sevilla entera lo daba por ausente, ¿con qué cara?... ¿a dónde iría a parar ese honor cuando se hiciera notorio y no pudiera ocultarse más el embarazo de su esposa? Con toda claridad —pues ya hemos podido darnos cuenta de que era persona tan lúcida como, a pesar de todo, razonablemente previsora— se le planteó este problema no bien el calendario, vigilado con ansiedad por todos tres en la casa, autorizó los primeros barruntos, confirmando los temores de marido, mujer y suegra. De ahí en adelante sería una carrera desesperada con el mismo calendario. No era posible, a

pesar de todos los desengaños, que los Aliados triunfantes sostuvieran en España al engendro de Mussolini y Hitler. Los juicios de Nuremberg habían comenzado, y el comandante de la División Azul era, en Madrid, capitán general de la región. ¿Cómo no iban los rusos, caramba...?

Pero, supongamos que no —se decía Felipe—. Pongámonos en lo peor, ya que esa gente no da señales de tener prisa ninguna. Digamos que, entre unas cosas y otras, siguen pasando semanas y meses, llega el momento en que ya no pueda disimularse más la preñez de mi mujer. ¿Quién va a adivinar entonces que el gallo tapado es nada menos ni nada más que su legítimo esposo? Felipe está huido, Felipe falta de Sevilla hace dos años; y ahora su señora nos sale con una barriga... No, eso no, eso nunca. ¡Nunca! ¡Mejor la muerte! Aunque me dejen como al gallo de Morón, yo tengo que cantar en lo alto del palo y hacer que me vean antes de que nadie pueda figurarse cosas. ¡Bueno fuera!... Por otro lado —pensaba Felipe—, si el tiempo corre y la situación no cambia, ¿hasta cuándo voy a seguir yo agazapado aquí como un conejo, asustado como un ratón, metido en este agujero como un topo? ¿Es que no voy a asomar ya nunca a la luz del día? ¡De ningún modo! Correría su suerte; y si querían matarlo, que lo mataran.

Decidido, pues, a salir del escondite, nuestro hombre, que no carecía de recursos, urdió para ello una trama de negociaciones, con cierto tufillo a contubernio, que había de darle resultado positivo. Descubriéndose a un cierto pariente suyo que tenía vinculaciones oficiales, le encargó de sondear éstas del susto pasado; todavía no las tenían todas consigo, y el régimen hacía títeres e insinuaba divertidas morisquetas para congraciarse a los vencedores de la guerra mundial. Cómo se arregló, no lo sé a punto fijo. Mi visitante no se mostraba explícito acerca de los detalles, eludía mis preguntas. Pero el caso es que nuestro gordote, a quien un puntilloso sentimiento del honor había desalojado de su agujero, venía provisto de pasaporte en regla y traía consigo, para venderlos en América, unos cuantos objetos preciosos, imágenes de talla, cofrecillos antiguos y no sé qué más me dijo. De objetos tales está lleno el mundo. El tesoro artístico de España ha debido de sufrir, en siglo y medio, considerables mermas. Si en el muro de una iglesia un lienzo moderno, o primoroso cromo, sustituye a algún viejo retablo, o si falta un crucifijo de marfil, que era bastante feo después de todo, el saqueo se atribuirá a las tropas de Napoleón o, ahora, al vandalismo de los rojos. No quise ver lo que se había confiado a la gestión de mi visitante, ni tampoco supe orientarlo en lo que le interesaba. Tenía urgencia por deshacerse de aquellas cosas; sólo cuando las hubiera vendido podría sacar de Sevilla a su familia: madre, esposa y, ya, una hermosa niña de pocos meses.

"¡Ah! ¿Fue una niña?", dije yo. "Una niña hermosísima, Conchita. Nombre bien español, ¿eh?: Concepción. Y bien sevillano: Murillo no se

cansaba de pintar Inmaculadas. Sólo que yo —agregó— bajo esa inicial coloco siempre mentalmente alguna otra palabra: si no Imprudente, o Inoportuna, por lo menos la Incauta Concepción...

Desde luego, él se había exhibido ampliamente por las calles de Sevilla durante más de un mes antes de emprender su viaje; todo el mundo pudo verlo, y nadie abrigaría duda alguna sobre el embarazo de su mujer; las habladurías estaban eliminadas. "Los primeros días no podía yo ponerme al sol, me dolían los ojos, estaba deslumbrado, no veía, tuve que usar gafas verdes; y también mi cara estaba verde como las acelgas, de tantísimos años en la oscuridad".

Ahora, tras de cruzar el océano, lucía un saludable color tostado. Con su mano peluda acariciaba todavía, al despedirse de mí, su absurdo manuscrito. Estaba encariñado con él. "Nueve años de mi vida, fíjese; lo mejor de la juventud. ¿Valía para esto la pena...?"

Bryn Mawr, Pennsylvania, 1961.

ALBERTO RODRÍGUEZ MUÑOZ

Vida de perros

YA tenía uno y era más que suficiente, créanme; pero las cosas nunca suceden, o no logramos que sucedan, para bien nuestro, ni para bien de nadie; salen torcidas, y por más que hagamos, por más que forcejeemos con nuestra disparatada imaginación, siempre dispuesta a colorear la realidad, o por más que miremos para otro lado haciéndonos los desentendidos a ver qué pasa, terminarán torcidas, como empezaron: ¿para qué quería yo otro perro?

Pero la vieja lo dijo con tanta naturalidad, tan como si se tratase de algo en que todo el mundo (no sólo ella y yo, sino todo el mundo: hombres, mujeres, parientes, vecinos y autoridades) estaba advertido y de acuerdo por resolución unánime, clara y democráticamente manifestada, que sólo atiné a mirarla al meterse en su covacha, encogerme de hombros y volverme para mi casa, seguido por los dos, el mío y el otro, que si bien parecía haber comprendido que su destino había sido decidido de alguna manera, esto no lo había puesto ni más ni menos contento, limitándose a marchar detrás de mí, taciturno, o más bien preocupado, o sólo fingiéndolo, con la mirada clavada

en el suelo que, haciendo caso omiso de la frívola, babosa y mordisqueante jovialidad del otro, del mío (aunque ahora resultaba que eran míos los dos), levantaba hacia mí en el mismísimo instante en que se me ocurría detenerme para observarlo; el ojo que levantaba entonces, pues era uno el que me miraba, el derecho, un poco rojizo, como quien ha pasado mala noche (aunque después, día más tarde, advertí que siempre lo tenía así), volvía a clavarse en el suelo ni bien yo reiniciaba la marcha y él la suya, indiferente, al parecer cabizbajo y ajeno (o soportándola sin protesta) a la imperpetinente asiduidad del otro.

Como dije, ya tenía uno y ninguna falta me hacía aumentar la parentela. Me lo habían regalado un par de meses atrás: un cachorrito pulguiento que pronto se encariñó conmigo, hasta el punto de no dejarme ni a sol ni a sombra; en realidad, había recibido el presente con bastantes escrúpulos, porque pensé entonces (y los hechos me dieron la razón) que me iba a complicar la vida; desde el primer día, con esa inconsciencia propia de su condición cachorrienta, no dejó cosa sana al alcance de sus minúsculos dientes; se ponía a mordisquearlo todo, sin detenerse a pensar en el daño que ocasionaba, como un irresponsable que era, y no consiguieron enderezarlo las pateaduras que le propinaba a la vista de su última (siempre había una última) y flagrante fechoría; es probable que en esos momentos pensara que las tales pateaduras no eran tales; que, al menos, no tenían intención recriminatoria, que se trataba de alguna demasiado enérgica pero afectuosa forma de salutación acostumbrada entre los humanos, incomprensible, sí, y hasta dolorosa (para él), pero aceptable por venir de quien venía; sólo así se explica que entre aullidos y gimoteos se pusiera a saltar hasta mis rodillas, en esas ocasiones, con una especie de endiablada alegría (así lo creía yo, aunque bastante sorprendido por reacción tan singular) de la que por largo rato no lograba zafarme. Opté, pues, por colocar todas las cosas lejos de su alcance; con lo que eché de ver que en lugar de educarlo, como hubiese correspondido, él me educaba a mí; pues nunca, hasta entonces, me habían preocupado esas invenciones burguesas del orden, cada cosa en su sitio y todo como Dios manda.

Así, mis relaciones con el Dick (ignoro por qué le puse ese nombre; lo ignoro o no me acuerdo, aunque quizás influyeran no adormecidas reminiscencias de piratería novelesca) eran todo lo afectuosas que su irresponsabilidad, inclinaciones caninas y mi buen o mal humor permitían. Pero confieso que el perrito me resultaba simpático: blanco, con una manchita apenas marrón o color café con leche aguado (que luego se hizo más oscura) cerca del hocico y un pelo no tan suave como podría desearse o hubiera sido necesario para ocultar su ascendencia varias veces bastarda, aunque me lo habían obsequiado como puro pomerania; pero él no se sentía avergonzado de su genealogía y yo nunca le iba a hacer ningún reproche, no soy de esos.

Me acompañaba a todos lados, y las noches que íbamos al café, después de festejar a cada uno de mis amigos solía echarse a dormir a los pies, con el hocquito apoyado sobre mi zapato, quizás como providencia que le aconsejara —antes de separarse de él y abandonarlo a las contingencias de la vida—, su sí experimentada progenitora, que sabría de abandonos intempestivos e irreparables. Comía cuanto yo le arrojara, que, por lo general, no era mucho (aguantaba una época de vacas flacas), y se había acostumbrado como yo a pasarse días enteros y hasta semanas a pura mandarina, ya que el patio de mi casa, en Saladillo, allá en Rosario, tenía un hermoso árbol cubierto de frutas durante toda la temporada. La única diferencia (a su favor) entre él y yo en esto de comer mandarinas, consistía en que él se las comía con cáscara y todo (lo que nunca pude hacer), y a pesar de la primera reacción, de rechazo y enojo al saltarle el líquido a la garganta o sobre el morro o los ojos cuando hincaba los dientes, con suficiente placer para no desecharlas en cualquier momento que se las ofreciera; aunque pienso que en esos días de liebre sistemática, si no comía mandarinas qué iba a comer (quizás él también lo pensaría más de una vez).

Así las cosas, una mañana salimos hasta la carnicería, excursión que, por razones obvias, le encantaba; me habían girado el importe de un cuento enviado a "El Litoral", de Santa Fe, unos cincuenta pesos, e íbamos hasta la carnicería para preparar un festejo adecuado: milanesas con carne pagada al contado (hacía tiempo que me habían cortado el crédito), pan rallado de panes veteranos y huevos de gallinas de vecinos que, demasiado confiados, dejaban que las "chicas" los pusieran en mi jurisdicción: no era posible quedarse con las gallinas (aunque varias veces lo pensé), pero les cobraba derecho de tránsito y depósito, en especies. Íbamos, pues, lo más campantes, cuando ocurrió lo que tenía que ocurrir, porque, como dije (creo que ya lo dije antes), las cosas ocurren siempre sin que nadie pida nuestro parecer antes de que ocurran; digo nadie: esos seres medio escondidos entre el polvillo y los reflejos de luz, gnomos, duendecitos, diablejos o lo que sean (los he visto, no soy ningún sonso), manejadores burlones y hasta despiadados de lo que los hombres (también las mujeres) llamamos azar, por llamarlo de algún modo.

El perro, ese perro taciturno del que ya fue hecha la presentación, aparentemente viejo y sufrido, nos observó pasar; primero en el viaje de ida: lo miré porque el Dick, confanzudo como era, se detuvo unos segundos frente a la verja para rumorearle no sé qué; entonces sólo prestó una atención displicente: lo miró al Dick y luego a mí, a mis zapatos, o a mis pantalones, demasiado fatigado o desinteresado del resto como para dirigir la mirada más arriba, y lo hizo con aquel ojo rojizo y soñoliento (como si siempre durmiera de un solo lado y del otro no, cuyo ojo correspondiente quedaba, así, en deuda permanente con el reposo, insomne y encarnado). Cuando, como



UNICA TARIFA ECONOMICA

EN JET

**BOEING
INTERCONTINENTAL**

A partir del 1º de marzo, AIR FRANCE le ofrece la **tarifa económica** para su próximo viaje. Y, una vez más, con las siguientes ventajas exclusivas:

- Único servicio en BOEING JET INTERCONTINENTAL
- 14 horas de vuelo efectivo a Europa
- Su característica cocina francesa
- La proverbal atención del personal de a bordo

El pasaje de ida y vuelta a París costaba hasta ahora, en primera clase, u\$s. 1.426,60 y en clase turista, u\$s. 1.026,-

La **tarifa económica** que entró en vigor el 1º de marzo es de u\$s. 833,40 y usted disfruta de un servicio idéntico al de la antigua clase turista.

Informes en Air France, Florida 894 - Tel. 32-7332
o en su Agente de Viajes



AIR FRANCE

PARAVELLE Y BOEING. LOS DOS MEJORES "JETS" EN LA RED MÁS EXTENSA DEL MUNDO

era ya costumbre o norma acordada entre los dos, pateé al Dick en el trasero y él aulló con esa mezcla tan particular de dolor y jocosidad, el otro volvió a meter el morro entre las patas sin comentario o visaje alguno, más bien con absoluta indiferencia. De regreso, el Dick volvió a detenerse frente a la verja y a gruñirle o susurrarle o alcahuetearle alguna cosa, porque el otro pareció prestarle una atención más despierta, aunque todavía desconfiada, llegando incluso a levantar la vista hasta el paquete medio chorreado que llevaba conmigo; lo cierto es que de nuevo le encajé una linda pateadura a mi perro para que se dejara de habladurías, y seguimos nuestro camino a casa.

Así creí; pero al ir a abrir la puerta reparé en que el Dick no había venido conmigo: lo vi a cuadra y media, al lado del otro, encaminándose juntos hacia donde yo estaba; los esperé, observándolos de reojo, como si mirara para otro lado, y me quedé atónito cuando el Dick, con un movimiento de cabeza, le indicó al colega que entrara, lo que, desde luego, se apuró a hacer, los ojos semiescondidos, viejo y ladino como era; detrás el Dick, que pareció sonreír al mirarme, como esperando que yo entrara también de una vez en lugar de estarme allí papando moscas; entré, pues, sin dar crédito a mis ojos: lo había invitado; sí, juro que lo había invitado; le había ido con el chisme de lo de las milanesas y todo lo demás y se lo había traído como a un antiguo amigo.

Claro, no se lo eché en cara. Comimos los tres: el huésped, como era su hábito, temperamento o maña para pasarla bien, siempre taciturno, apesadumbrado o simplemente viejo, tragaba de un solo saque cuanto caía en la que, presumiblemente, era su zona de influencia, y sin intentar aproximarse u olfatear siquiera lo que caía fuera de ella y que el Dick, más flojo, inhábil o por simple falta de costumbre, tardaba en zampar. Para postre, las mandarinas, como era ritual; el Dick acometió contra ellas con su peculiar buen humor, pero el otro las rechazó con mirada indignada, como ofendido en su carácter de invitado adulto; se quedó quieto, circunspecto, echándome por momentos una mirada disimulada y alerta. Luego, el Dick quiso o intentó jugar con él, que soportó sus atropelladas y cargosas piruetas hasta que, harto quizás y con la panza bien llena, le mostró unos colmillos largos, sólidos y amarillentos, gesto que el Dick pareció entender sin más, porque en seguida se llamó a sosiego, dedicándose, entonces, al noble deporte de la persecución de gallinas del vecino.

Voy a intentar describir al otro: era un perro petiso; no sé si el adjetivo resulta claro para ustedes, pero es el mejor que se me ocurre; sí, petiso, retacón, bastante fornido, blanco, de pelo duro pero no alborotado, sino liso, peinado hacia atrás, con unas manchas negras alrededor de los ojos y en una oreja, lo que me recordó a un cómico cuyas películas me entusiasmaban a los veinte años: Eddie Cantor (solía pintarse de negro para cantar canciones, que ningún negro hubiera cantado sin avergonzarse, pero me gustaba).

y por eso, después, lo llamé Cantor al perro: en fin, una mezcla adocenada de varias razas y por algún motivo secreto que sólo él conocería (si lo conocía), siempre malhumorado y como resentido contra la vida. Jamás pude alzarlo, tenerlo en los brazos, como a otros perros (el mismo Dick, sin ir más lejos): se desesperaba, empezaba a largar tarascones a diestra y siniestra como un neurasténico; eso era: un perro neurasténico, al que hubiera convenido hacerlo ver por un psiquiatra de perros, que seguramente hubiese puesto en evidencia incompreensión y malos tratos en su pasada infancia y alguna canallada incestuosa con su madre, hermanas o abuela, vaya a saber.

Ahora estaba frente a mí, soñoliento, a las cabezadas después de la tragatina, mirándome de vez en cuando; y ya que no daba señales de irse, como una relativa buena educación le habría aconsejado por más neurasténico que fuese, resolví insinuárselo, primero arrojándole unas piedritas, que se hicieron más grandes y repetidas; él sólo se retiró a una distancia prudente, debajo del mandarinerero; entonces mis envíos fueron más enérgicos y conminatorios y se alarmó un tanto, lo que le hizo pensar al Dick que había llegado el momento de reiniciar su juego con él, acosándolo sin que el otro se lo impidiera, más bien con premeditada e ingeniosa indulgencia y sin dejar de mirarme; pero como me las veía venir, decidí tomar las cosas con calma pero ejecutivamente, pues había comprendido que el Cantor, como después lo llamaría, tampoco tenía nada de sonso.

Me encaminé hacia su presunto domicilio o lugar de residencia conocido, con los dos perros a la zaga; el Dick correteando y molestando al otro, y éste con los ojos otra vez clavados en el suelo, cabizbajo, preocupado o simplemente tramando algo.

Golpeé las manos junto a la verja y salió la vieja: grande y como inflada, con una nariz también muy grande, pero filosa, como arpón, cuña o gancho, y unos ojitos chiquitos y medio bizcos, creo; toda ella, rostro, manos, batón, una masa de color indescriptible por lo vago, una extraña pero no violenta transición de color hacia un tono inexistente o desconocido al menos; salvo unos zoquetes verde limón sin madurar y una especie de trapo escarlata, o cuero, o vaya a saber qué, cubriéndole la cabeza igual que un gorro frigio. Se quedó un buen rato mirándome con los brazos en jarra sin decir nada, en un ahorro avariento de palabras, esperando mezquinamente a que yo hiciera todo el gasto. Le conté, entonces, lo del perro; que se había venido a mi casa y no quería irse de allí, y, como era suyo, ya que siempre lo había visto detrás de su verja, se lo traía de vuelta, rogándole lo atara y aconsejándole a tal efecto cadena o soga gruesa, lo suficientemente gruesa para resistir su indiscutible vigor; y como seguía sin decir nada, agregué, haciéndome el nervioso, que no iba a comprar milanesas todos los días para darle con el gusto.

Me escuchó sin hacer otro movimiento que el de una lenta, fatigosa,

sofocada y acaparadora inspiración, que yo advertía no sólo por el espasmódico rumor de sus obturados orificios respiratorios, sino, sobre todo, por los ostensibles desplazamientos de sus bolsas pectorales, que le colgaban hasta el vientre: una vez que aquella caja o globo estuvo bien lleno, me miró de pies a cabeza con sus ojitos un poco bizcos, se pasó la mano por la inflada superficie abdominal como si acariciara un objeto precioso y con una voz blanda, estertórea, pegajosa y cabruna, dijo:

—Es suyo, don; se habrá encariñado con usted; quédese con él, pobre.

No pude comprender si lo de pobre era por el perro o por mí (tiempo después me tuve que convencer de que había sido por mí, sin duda). Me quedé cortado. La vieja viró en redondo su volumen, con los tres o cuatro bultos prominentes y movedizos, e hizo como si se retirara, pero antes de desaparecer volvió la cabeza (todo el cuerpo hubiera sido demasiado esfuerzo para lo que yo le representaba) y agregó:

—Ya ve, aquí nunca quiso comer milanesas.

Entonces, sí, se metió por donde había salido.

El Cantor me echaba unas miradas furtivas, con su solo ojo, mientras el Dick meaba tranquilo contra un árbol, levantando la pata, lo que había aprendido en aquellos días.

Me encogí de hombros, tipo sin carácter como soy, y me volví a casa, seguido por los dos. Me habían hecho una mala jugada.

Así me quedé con el perro, o el perro se quedó conmigo, lo que quizás responde más a la verdad de lo ocurrido.

Pero no vaya a creerse que por eso cambió su carácter; no señor, siguió comportándose como un neurasténico, no sólo con el Dick, sino también conmigo, y casi diría especialmente conmigo. Paso a relatar algunos hechos que autorizan mi aserto.

Se habituó a venir con nosotros al café después de la cena (cuando la había), pero no entraba, tal vez porque la compañía de mis amigos le resultaba humillante: se quedaba echado en la calle, pero en un lugar desde donde no me perdía de vista; desde allí, me observaba a ratos con esa su mirada de un solo ojo, no colérica quizás, ni siquiera rencorosa, pero sí manifiestamente disconforme. Pero eso no era todo: cerca de la medianoche empezaba a impacientarse; primero se ponía a entrar y salir del café como Pedro por su casa, se colocaba a mi lado y abría y cerraba la boca como un muñeco en un discurso sin palabras, o en repetido e interminable bostezo, hasta atraer mi atención; entonces, hacía una carrerita hasta la puerta y una vez allí volvía a sus ridículos e incomprensibles visajes; repetía la escena tantas veces como fuese necesario, es decir, hasta lograr que yo también me impacientara, y a partir de ahí, sí que era hombre al agua: jugáramos al truco o a la generala, desde ese mismísimo instante, como por un fatídico embrujamiento, comenzaba a perder. Una noche le llevé el apunte,

para ver en qué concluía todo; ni qué decir las bromas que tuve que aguantarles a los amigos (que aquí no puedo repetir por elemental respeto a la decencia del lector; hubo uno que dijo que la próxima vez el perro me traería atado de una soga); me levanté ni bien el Cantor inició la representación: al parecer lo único que quería era que lo siguiera, sospeché que a algún sitio especial, que lo atraería a esa hora vaya a saber por qué ancestral reclamo de su mezcla sanguínea o parentela difunta; pero no, seguido por mí y por el Dick, que se enredaba entre mis piernas medio dormido, enfiló hacia nuestra casa, y una vez adentro se tumbó plácida y orgullosamente, muy contento, sin duda, por haber conseguido rescatarme de los amigotes a una hora prudente: tenía vocación de ama de casa (porque presumo que así han de actuar las amas de casa que quieren hacer regresar a sus maridos antes de que se haga demasiado tarde) y no le causaba ninguna gracia que nos quedáramos hasta esa hora perdiendo el tiempo (así lo pensaría él, supongo).

Otras noches intenté no hacerle caso, dejar que se desencajara a fuerza de ese abrir la boca como un papanatas; pero era inútil: no cejaba en su empeño, perro testarudo como era, hasta obligarme a que me levantara y lo siguiera; si no lo hacía, entre las bromas de los amigos, cada vez más subidas de tono, y la a ratos irascible gesticulación del maldito can, no daba pie con bola en el juego y perdía hasta la camiseta. Preferí, pues, seguirle la corriente, era lo mejor; así, entonces, en cuanto él lo decidía nos levantábamos los tres y nos encaminábamos a casita como personas respetuosas de la decencia ciudadana; el Dick siempre como sonámbulo, a los tropezones, el Cantor sin abandonar su aire de corredor de pompas fúnebres y yo con las manos en los bolsillos, silbando bajito, renegando por dentro, aunque a pesar de todo bastante divertido, no vaya a creerse.

Pero no paró ahí todo; al advertir que se salía con la suya y como si él fuera el encargado por alguna autorización o decreto de pensar por los tres, cada vez era más temprano el momento en que decidía que debíamos abandonar el café. Por último resolví no ir, pues ya me resultaban pesadas las cargas de los muchachos. Pero como no soy ningún sonso, a mi vez le hice una jugarreta de la que se alimentó mi buen humor por varias semanas: me traje los amigos a jugar a casa; esto pareció irritarle hasta tal punto que se pasó la noche gruñéndolos y mostrándoles los dientes; pero entonces fue él quien debió soportar las bromas: lo llamaron Sisebuta, puercoespín, perra chinchuda y otras lindezas, le tiraron los puchos y le dieron a oler el vino barato que se habían traído. Se pasó varios días, después de la farra aquella, sin siquiera mirarme.

Otro lindo asunto fue el de la alimentación. No la iba con las mandarinas; nunca se acercó a una, ni a olerla. Había semanas en que yo no podía imaginarme como se las arreglaba para mantener el físico (parecía algo

cobardón; se asustaba de cualquier movimiento o ruido desconocido o imprevisto, pero con los otros perros, llegado el momento, imponía ese físico y se hacía respetar; aunque a veces se me ocurría que ellos se daban cuenta de que el Cantor era un perro medio complicado y lo esquivaban). Para ese entonces otra de sus manías llegó a ser un verdadero Vía Crucis en mi vida, bastante golpeada ya de por sí: por la madrugada, en pleno invierno, a eso de las cinco, sin que le importara si me había acostado tarde (qué iba a importarle), se ponía al lado del catre, junto a la cabecera, y vuelta a repetir aquel diabólico abrir y cerrar la boca; no ladraba ni aullaba ni emitía gruñido o sonido alguno; sólo abrir y cerrar la boca, incesante, paciente, tercamente, hasta que por algún medio misterioso sólo por él conocido, lograba penetrar en mi sueño y despertarme; le echaba, entonces, una mirada de padre y señor nuestro e incluso le espetaba alguna mala palabra dicha con todas las letras y entonación adecuada (que él fingía no entender) y me volvía hacia el otro lado (cálculése, las cinco de la mañana en pleno invierno...); pero él, a su vez, también se iba para el otro lado y repetía la historieta muda, hasta que yo no daba más y le preguntaba con la voz ronca de sueño, ira y desesperación, qué carajo quería: como única respuesta daba unos elegantes saltitos hacia la puerta y allí se quedaba con los ojos en blanco; es claro, medio dormido y todo, al fin comprendía o creía comprender; metía los pies en las chancletas, le abría la puerta, la cerraba de nuevo cuando él salía y de un salto y con los pelos de las piernas en punta como clavos, me introducía de nuevo en el catre; al rato ya estaba soñando con los angelitos. Pero el Cantor parecía esperar ese justo momento, pues no tardaba mucho en despertarme el ruido de su pata golpeando o rascando la puerta desde afuera y de sus bufidos impacientes en las hendiduras. Más de una vez pensé en dejarlo allí hasta que se pudriera de frío (es un decir), pero con él no se podía: con empecinamiento de beduino insistía con las rascadas o golpeteos y bufidos hasta que no tenía más remedio que ir a abrirle; se apuraba a entrar, satisfecho, me metía yo de otro salto en el catre, pero mientras él a los segundos estaba roncando, gruñendo o refocilándose en sueños, a mí ya me era imposible cerrar los ojos. Esto ocurrió días y días, hasta que, al fin, picado por la curiosidad y un poco angustiado, decidí investigar qué iba a hacer siempre a la misma hora, pues no podía suponer que, por más singular que fuese, estaba tan estrictamente disciplinado en el cumplimiento de sus necesidades.

Así, una mañana representé la parodia de que, como era costumbre, me irritaba levantarme para abrirle (si no, hubiera sospechado, lo conocía bien), y lo hice, como siempre, recordándole su compleja y falaz progenitura, lo que, de tanto repetírselo, lo tenía sin cuidado; pero en vez de volverme a acostar, me puse en seguida los pantalones, el sobretodo y, en alpargatas, salí a espiarlo: quedé con la boca abierta: uno por uno, en prolija y es de

crear recompensada inspección, recorría los tachos de basura de toda la cuadra; primero, los de nuestra vereda, al ir, y luego los de la de enfrente, al volver (entonces comprendí la razón de que no transara con las mandarinas como yo, el Dick o cualquier bicho razonable y con aparato digestivo). Y eso no era todo todavía: al terminar de investigar con su hocico el último tacho, aparecía por la esquina, despacioso, solemne y a horario como tren increíble, el carro recolector. Había calculado hasta el último detalle, de ahí que se impacientara cuando yo tardaba un poco en abrirle la puerta de la pieza. De regreso, claro, retornaba a su sueño, satisfecho y relamiéndose, mientras yo me quedaba medio atontado el día entero.

Y tampoco eso fue todo: una mañana, al rato de abrirle, en ese minúsculo y placentero intervalo entre la salida y el regreso del Cantor que yo aprovechaba para echarme un sueñito a la disparada, se me acercó el Dick al catre a hacerme las mismas o parecidas morisquetas del otro, con la diferencia que éste, mal aprendiz, acercó demasiado el morro llenándome la cara de baba. Tuve que abrirle también, pero desde ese mismo día arreglé las cosas de manera que cuando el Cantor hacía la primera requisitoria y me levantaba, de una pateadura hacía salir también al otro, tuviese o no ganas de acompañarlo. Conmigo no iban a jugar.

Las relaciones entre el Cantor y yo, de suyo poco cordiales, empeoraron con el asunto de la brasa. Ocurrió así: había comprado carne (lo que ocurría, como se habrán dado cuenta, cada muerte de obispo) y estaba preparándola con todo esmero para hacer milanesas (también habrán advertido que ese es mi plato favorito); arrojaba al suelo los pedacitos de grasa y los bordes nervudos de la carne y los dos perros, en ajustada sincronización, daban rápida cuenta de ellos; entonces saltó una brasa del fogón y el Cantor, creyendo seguramente que era un pedazo que le arrojaba, se abalanzó sobre ella, para escupirla en seguida con un aullido de dolor, aullido que por tratarse de él y por su extraño temperamento y carácter, me causó la mar de gracia. Y estaba así, a las carcajadas, cuando reparé en que el perro me observaba furibundo, con los dientes en punta, pensando (supuse) que se lo había hecho a propósito. Traté de hacerle comprender que si eran esos sus pensamientos estaba equivocado, explicándole con gestos lo que había ocurrido: cómo preparaba la carne, cómo saltó la brasa y todo lo demás; pero fue en vano. Sin dejar de mostrarme su hermosa dentadura y como si ahora le tocara el turno a él de acordarse de mis más próximos parientes, se retiró a los fondos. No lo vi por varios días, y ya pensaba que sería para siempre (y casi me alegraba de ello, porque cómo él, que no era ningún adolescente, podía haber pensado tal cosa de mí), cuando una tarde se apareció con compañía: un perro casi amarillo, más viejo que él todavía, desdentado y rengo, con una pícaro mirada tortuosa, bastante sobrada y provocativa, y con todas las trazas de tener también complejos. Me olvidé de

las explicaciones que me debía el Cantor y saqué escarpiendo a la visita. Al Cantor esto no pareció afectarlo mucho; hasta noté que parecía aliviado. Pero a la noche se me ocurrió la idea (nada del otro mundo tratándose de él) de que lo había traído adrede al amarillo, como paragolpes y pretexto para quedarse él adentro otra vez sin más, mientras yo me afanaba por echar al tercero. Éste era el Cantor.

Raspaba los anzuelos, todavía con resacas lombrices del año pasado, bajo la curiosa atención del Dick, que ladeaba la cabeza a cada chirrido del cuchillo, y las taciturnas y desaprobatorias miradas del Cantor. Promediaba la primavera y, al influjo de los tibios aires de la mañana, me habían entrado ganas de ir hasta el río; no soy lo que se llama un buen pescador, pero me gusta sentir el vientecito húmedo sobre la cara, atento a los vaivenes desconcertantes de los pintarrajeados corchos o las mágicas y siempre engañosas oscilaciones de las líneas. Nunca había ido con los perros y presumía que serían una buena compañía (quizás podría transformarlos con paciencia y método en discretos perros pescadores, para avisarme cuando olfateaban algún pejerrey o dorado o simplemente para espantarme los jeje-nes, ya que nunca llegarían a ser, ni con intervención milagrosa, y por causa del noctámbulo ajetreó pasado de sus respectivas antecesoras, ni menos que mediocres perros de caza, de esto estaba seguro). En la bolsita metí un buen trozo de salame y dos panes, ya que ese comer pan y salame a la orilla del río respirando la brisa, es, en realidad, una de las cosas que más me atraen de la pesca.

El Dick pareció alegrarse con la expedición, que por mis preparativos intuía de recorrido inédito; el otro, como a regañadientes, y después de solitárselo varias veces y de distintas maneras, hasta con la expeditiva de sacudirle un buen "shot" en su parte menos resguardada, se decidió a seguirnos, pero lo hizo con manifiesto desgano, arrastrando las patas y con la cola gacha, como queriendo dejar pública constancia de que lo hacía contra su gusto y voluntad.

Todo marchó bien mientras caminábamos por Lamadrid derecho; pero una vez en el puente del ferrocarril, sin pasarela para los transeúntes (perros incluídos), que había que franquear saltando por los durmientes si se quería ahorra una buena caminata, ocurrieron dos cosas opuestas y dignas de ser relatadas, si se pretende describir a conciencia la historia de estos dos canes: por de pronto, allí mismo, el Cantor volvió a mostrar la hilacha de perro pusilánime y amigo de las complicaciones: en lugar de pasar con nosotros (el Dick lo hizo con unos saltitos sumamente graciosos), lo pensó mil veces antes de decidirse y finalmente no se decidió; buscó, rebuscó y encontró, al fin, otro camino menos riesgoso, pues el puente estaba a varios metros de

Adhesión de

E. T. & H.

altura, y recién al cabo de más de media hora de largos rodeos se unió a nosotros, que ya nos habíamos puesto nerviosos.

Pero en realidad ese fue sólo el comienzo de la odisea. Estábamos como a tres cuerdas del río y una fuerte brisa soplabla desde allí, trayéndonos el olor macabro, reconocido y detestable del crematorio del frigorífico: una negra columna de humo, como un lento furgón fúnebre o como el alma pecaminosa, renegrida y mugiente de largos y quejumbrosos animales, era vomitada lenta, fúnebre y largamente por la alta y renegrida chimenea al aire húmedo y el cielo esplendoroso, o, como contraste, así me parecía. El Dick se detuvo un instante, un solo y fugaz segundo, como repentinamente maravillado o reconociendo de golpe, vaya a saber por qué recóndito y hereditario vericuetos sensoriales, antiguas glorias, júbilos añejos; apuró el paso sin buscar. En el mismo momento, el Cantor también se detuvo, oteó lo que se descubría a su vista, me dirigió una mirada desesperada y reculó; sus arcanos recuerdos lo sujetaban, por lo visto, a evocaciones de distinto carácter; a gritos logré que siguiera avanzando. Luego se puso a mi lado, como al amparo de algo, de alguna sombra maléfica y desconsoladora, un poco atrás, deteniéndose cuando me detenía para mirarlo, humillado y como perdido para siempre en la estimación del mundo.

Así llegamos a la orilla; el Dick adelante, a unos treinta metros, con alegría retozona, zambulléndose en seguida (nunca lo había traído antes, era la primera vez que veía tanta agua junta), nadando como iluminado, como deben nadar las sirenas de las que hablan los poetas (sin haberlas visto, claro), y mirándome desde el agua, de vez en vez, como con un corazón renacido de algún viejo sortilegio; iba de un lado a otro, triunfal, pavoneándose a la vista de los pibes y de todos los que allí estaban, sonriéndole y alentándole, con sus cañas flacas y desprovistas.

Por su parte, apenas llegó el Cantor a la orilla, arrastrándose igual que un reptil (y sin duda parecía serlo en aquel momento, con su ojo más rojizo y abierto que nunca), olfateó el suelo y echó una mirada expectante y tensa hacia el Dick, retrocedió un poco y me miró, ahora no con resentimiento, como solía hacerlo, sino con pánico; le hablé, le dije por qué no se tiraba él también, como lo había hecho el otro, con los agradables resultados que podía observar, y pareció comprenderme, porque se alejó aún más. Entreví la oportunidad de vengarme risueñamente de todas sus perrerías, de todos sus matutinos o madrugadores requerimientos, de sus mustias e injustificadas cóleras por cualquier cosa. Me llegué hasta una especie de explanada que entraba en el río; como supuse, el piso de cemento le pareció más seguro, porque de inmediato se me acercó, algo tranquilizado y hasta meneando la cola (gesto que, si tengo buena memoria, no recuerdo haberle visto nunca antes de ese día); fingí que estaba absorbido por el acomodo de los aparejos

y arrojé una línea para ganar aún más su confianza; él pareció sosegararse del todo y se echó a mi lado; entonces lo agarré de improviso y antes de que pudiera rozarme con sus colmillos, sin hacer caso de su expresión desorbitada, lo tiré al río (así se le pasaría el miedo y además se daría un buen remojón, que no le vendría mal). Había imaginado que al rato se pondría a nadar junto al Dick; pero como en todo lo relacionado con este perro, me había equivocado: empezó a patalear ruidosa, angustiosamente, emitiendo al mismo tiempo unos horribles ronquidos: el Dick, suponiendo tal vez que era una broma, pues todos los allí presentes reían a más no poder (el espectáculo era, en verdad, grotesco, con aquel perro de mirada de humano vociferando roncamente mientras trataba de agarrarse al agua con sus patas), se abalanzó hacia él a los mordiscos y como instándole a que lo siguiera, pero haciendo la situación del otro, sus pataleos furiosos y sus graznidos de viejo escuerzo, más ridícula. Por un momento llegué a creer que desaparecería tragado por las aguas, pero su instinto y desesperación pudieron más, y pataleando, encabritado por el terror, mugiendo, pudo llegar hasta la orilla; allí se quedó tendido un instante, exhausto (el Dick, en cambio, no quería salir del agua); me le acerqué llamándolo flojón, perro amariconado, gallina y otras cosas; me miró a los ojos: tampoco esta vez de una manera irascible, sólo patética, triste, de cristiano, una mirada que me dejó sin dormir varias noches; luego se fue, sin siquiera sacudirse a los coletazos, como hacen todos los perros; se fue al trotecito, sin apremio, pero decidido, como me imagino o he visto que hacen algunas pibas lloriqueantes al plantar a sus novios hasta el día siguiente o para siempre. Lo que cuento ocurrió a eso de las diez de la mañana; me quedé en el río con el Dick (feliz pero agotado por tanto ejercicio acuático) hasta las seis de la tarde. Nos despachamos el pan y el salame y un poco de mortadela que compramos en un boliche de por allí.

Mientras regresábamos pensaba si volvería a verlo al Cantor, o si su retirada había sido el mutis final después del mal espectáculo que nos había ofrecido; pero no, lo encontramos junto a la puerta, esperándonos; entró detrás de nosotros sin decir palabra, sombrío.

Varias veces más fui a pescar; en cuanto me veían preparar las cañas, el Dick se ponía a bailar en una pata de puro contento, hacía rápidas y jubilosas carreras hasta el fondo y al regresar de cada una de ellas pegaba unos saltos en los que alcanzaba a rozarme la cara; a todo esto, el otro nos observaba con su inmutable aire de velorio. Sin embargo, iba con nosotros hasta el puente, límite que jamás franqueaba: una vez allí se volvía solo, la cola entre las patas, al trote, como avergonzado, igual que aquella primera y trágica vez, y esperaba en la puerta de casa nuestro regreso.

El asunto comenzó la noche del día aquel de la desafortunada experiencia del Cantor arrojado al agua y pataleando como un canguro; luego se

repitió cada vez que fuimos al río; al principio ni se me ocurrió pensar que fuese él, porque nunca lo había hecho antes, ni cosa parecida; luego, claro, caí en la cuenta, pues era la única interpretación posible y lógica, de que era una manera de vengarse, venganza estúpida muy propia de sus retorcidos pensamientos, o simplemente una forma, también estúpida y repudiable, de obligarme a desistir de mis excursiones de pesca, como me había obligado a desistir de ir al café y de traer los muchachos a casa: por la noche (y desde aquella primera noche), cuando venía de pescar (y sólo los días que iba a pescar), al meterme en el catre lo encontraba mojado; como digo, al principio no podía darme cuenta de lo que pasaba; no había goteras (ni había llovido siquiera), ni entraban ni podían entrar gatos; pero cuando reparé en que el Cantor nunca estaba por allí cerca cuando me iba a acostar, tuve la convicción de que era él: el muy puerco y resentido me meaba el catre por pura venganza (te gusta el agua, se diría, pues ahí tenés agua).

Me fui embalado a ver a la vieja; no había podido dormir de la rabia. Bueno, se repitió la escena: el Dick adelante, el Cantor detrás, presumiéndolo todo y mascullando o inventando alguna salida. Golpeé las manos frente a la verja. Igual que la otra vez, al rato, sin apuro, apareció el volumen jamás explorado del todo, oscilante, bamboleante e informe, con su nariz de pingüino, mejor dicho, su hacha filosa entre los ojitos bizcos; sus ropas de color sin color, viejas, desteñidas, uniformadas en un solo tono de roña gris, y aquellos zoquetes verdes, de un verde sucio y posiblemente fétido, y su gorro frigio o sombrero de cocinero o toga monstruosa de circunstancias de color escarlata tirando a color sangre de yegua recién asesinada. Le conté lo que ocurría; que no sólo el perro era un jodido, miedoso, lleno de mañas y celos pueriles, sino que ahora había inventado aquella forma de venganza indigna; que no quería tenerlo, y que si eso era haberse encariñado conmigo, era mejor que tales sentimientos se los reservara para la gran perra que lo había dado a luz.

La vieja foca pareció reflexionar; por lo menos se quedó callada, aspiró luego todo el aire que pudo y con su blanda voz y chiflido de ballena en celo me contó, a su vez, una historia bastante increíble. El viejo patrón del perro, que lo había criado y educado, y concubino (fue la palabra que empleó, como dándose corte) de ella, había muerto ahogado; viejo como era y reumático, un atardecer, al querer bajar de la lancha en que solía ir a pescar con robador, pisó mal y cayó al agua, y allí se quedó para siempre, por lo menos su alma, pues el cuerpo lo sacaron al día siguiente; el perro iba con él; es posible que bajara de la lancha antes que su amo para esperarlo en la orilla, y lo esperó dos meses enteros, con el hocico husmeando el camino de la eternidad día y noche, comiendo lo que ella, pobre vieja (aquí suspiró con el efecto de un vendaval), podía alcanzarle desde el rancho que por ese entonces tenía a menos de una cuadra de distancia;

dos meses, todos los días, hasta que por alguna tardía advertencia del más allá, el perro comprendió que su amo no regresaría jamás y que era inútil estarse allí muerto de hambre, haciendo imaginaria. Las malas lenguas, que nunca faltan, dijeron que el pobre viejo, cuya única o más conocida debilidad había sido el tintillo, estaba borracho cuando saltó de la lancha y pretendió dormir la mona acariciado por las aguas, y bien que la durmió. La taciturnidad del perro se debía, sin duda, a aquel enfrentamiento silencioso, paciente, fiel, durante dos meses, con la muerte, a aquel largo velatorio, a aquella espera del imposible regreso. Por eso también (pensé) odiaba los cafés y presuntas borracherías.

Qué le iba a contestar, ¿me quieren decir? Volví a casa; el Dick adelante, el Cantor atrás mirando obcecado el suelo. Por la noche me lo quedé observando un largo rato; él aguantó mi vista sin pestañear, no jactanciosamente, no vaya a creerse, sólo con dignidad y mansedumbre, de la misma manera que una persona con todo un mundo dentro (él) mira a otra llena de tribulaciones.

Un día ocurrió, por culpa del Dick (aunque es posible que el Dick fuese sólo un vehículo de la Providencia), lo que era fatal que alguna vez ocurriera. Lo estaba cargoseando de lo lindo al Cantor; era para el verano

Revista Literaria Trimestral

Editada por la

Sociedad Hebrea Argentina

DAVAR

Nº 87 - MAYO Y LA LIBERTAD

"Davar" y el Sesquicentenario de Mayo. - Colaboran: José Babini, Juan Canter, Carlos Alberto Erro, Roberto F. Giusti, Antonio Pagés Larraya, Fernando Rosemberg, Juan Carlos Ghiano, Lázaro Liacho.

Nº 88 - Enero-marzo 1961

Colaboran: Ezra Spicehandler, Luis Franco, Norman Golb, Daniel M. Friedenberg, César Tiempo, Carlos M. Grunberg, Bernardo Ezequiel Koremblit, Canto 38 de Salomón Ibn Gabirol, Samuel G. Armistead, Joseph H. Silverman, Jaim Najman Bialik, Fernando Rosemberg, Leonardo Glusberg, Lázaro Liacho, Reina E. Schvets, Francisco Tomat-Guido, Natalio Kisnerman.

Dirección y Administración

Sarmiento 2233 | 48-5880
| 48-5740

Buenos Aires

Suscripción anual:

\$ 110.- m/arg.

Exterior: 2 dólares

y el Dick había crecido y desarrollado una buena pinta (y él lo sabía); estaba así, molestándolo, haciendo ostentación del físico (como lo hacen los jóvenes, cuando lo son y creen que el físico es todo, que la filosofía y tantas otras cosas difíciles son pamplinas); el Cantor lo soportaba estoicamente, porque además de aquella su tranquila sabiduría, el Dick, desde hacía tiempo, se le había impuesto, por más joven quizás, más fuerte y porque era el que, en definitiva, roncaba entre los dos; aquél aguantó, pues, el cargoseo, hasta que debido al calor o a su natural neurastenia se le fue la mostaza a la cabeza y tarascón va, tarascón viene, se trezaron a lo salvaje. El Dick (mi favorito) llevaba la peor parte, pinta y todo, y esto me sublevó. Los separé a palos; desde luego que los garrotazos, injustamente (ahora lo reconozco), se los llevaba el Cantor; pegué y pegué hasta que lo dejé molido, como él había dejado molido, o bastante cachuzo, al crédito de la casa.

Aquella sí fue una noche triste y no la del tango; comprendía que había obrado mal, pero ya era tarde: yo, que alardeaba de hombre de juicio equilibrado. Al día siguiente el Dick estaba bastante repuesto; al Cantor no lo vi por ninguna parte (es posible que los dos nos rehuyéramos). Después de la siesta me fui al centro. Al volver, me recibió el Dick, sonriente como de costumbre. Más tarde los pibes del barrio me lo vinieron a contar: al otro lo había matado un carro de lechero, de la forma más sonsa; el carro venía al paso, fue como si él mismo se tirara bajo las ruedas; ni se quejó siquiera. El cuerpo todavía estaba allí, en la esquina; lo iban a enterrar, porque ahora resultaba que en el barrio lo querían. Había tardado bastante en morir, me dijeron; los miraba a todos como buscando a alguien. Estoy seguro de que su ojo, aquel ojo rojizo y a veces alucinado, habrá hecho un esfuerzo final para encontrarme. Había sido un bicho raro.

Me fui a ver a la vieja y se lo conté. Comenzó a lagrimear. Después resopló, se tragó los mocos y con aquella voz que era más bien un chirrido de ave marinera, me dijo que ya lo había intentado otras veces.

—¿Intentado qué? —le pregunté atónito.

—Suicidarse —me respondió; agregando—: No era un perro para este mundo, por lo menos desde que se murió el patrón, mi difunto, que en paz descansa.

Y como si el recuerdo de su difunto (que en paz descansa) la hubiera tranquilizado, cesó de gimotear, se rascó la panza y moviéndose lentamente en redondo como una locomotora en el puente giratorio, transportó su bamboleante carga hacia adentro.

Cuando me fui de allí, el Dick venía atrás, bastante preocupado y mirándome de soslayo de una manera rara, me pareció. Todavía un poco rengo, o simulándolo.

Los mil días

EL baúl traído de Italia, con protecciones metálicas y una gruesa traba para el candado, yacía como un pacífico animal en un rincón del comedor. El único que podía abrirlo era el abuelo y, a veces, la abuela.

A no ser por los bigotes curvados largamente hacia arriba y la imposibilidad de pronunciar la jota o alguna otra letra de sutiles matices, nadie hubiera dicho que el abuelo fuese italiano. No se sabía a ciencia cierta lo que el viejo guardaba en ese baúl, pero los ojos indiscretos del niño habían advertido desde los primeros días en que llegó a esa casa, que en él se guardaba el dinero, un cofre, alguna ropa, cartas, la escritura de la casa, postales viejas y estampas de santos. Tiempo después advirtió —porque el abuelo la sacó para limpiarla—, una escopeta de dos caños, desarmada.

Él no conocía al abuelo, pero aprendió a quererlo en poco tiempo. Le encendía la pipa, le ayudaba a regar la huerta y a veces le tiraba de los bigotes. Pero el abuelo era inflexible y tenaz en todo. Gritaba mucho y las causas de sus gritos eran siempre el trabajo y el dinero. Fue echando paulatinamente de la casa a todos los hijos que no querían trabajar y se quedó con uno solo, que estaba haciendo el servicio militar en otra provincia. Había tenido en total cinco hijos y cuatro hijas, tres de las cuales vivían en las piezas construídas en la parte posterior de la casa, cada una con un hijo de padre innominado. A medida que las hijas iban teniendo sus hijos, el abuelo construía más piezas detrás de la casa, y para ello utilizaba los materiales más inverosímiles, que poseía en gran cantidad en un galpón construído para ese fin. De otro modo quizás nunca hubiera ampliado la casa que ahora, valorizada con esas mejoras y otro poco por la inflación (que entonces era una novedad) “valía sus buenos pesos”, según una expresión que siempre utilizaba al referirse a su propiedad. “Menos bocas”, solía decir el viejo cuando echaba algún hijo porque se negara a trabajar; pero he aquí que las hijas invalidaban este acto con sus inesperados sustitutos. Era curioso observar que todas, que se llevaban dos años de diferencia, habían tenido su respectivo crío a la misma edad: dieciocho años.

Cuando llevaron al niño, de nombre Juan —único vástago de la única hija casada, muerta hacía poco tiempo—, de sus tres tías únicamente dos habían sido fecundadas. La otra, menor, estaba sin duda en trance, aunque Juan no lo hubiera creído si lo hubiera asociado con los relatos de princesas, donde siempre la menor era la única virtuosa. Y todos lo creyeron así en la casa y con esta certeza se vivía. Para ella era todo lo mejor y era la única a quien el viejo no respondía con un gruñido en las raras ocasiones en que le hablaba. Ella también tenía esta certeza y le gustaba ser la hija buena y

de confianza. Lo dejaba ver en su voz y en sus modales amables. Las otras en cambio eran díscolas e intratables. Sólo ella participaba de las conversaciones secretas entre el abuelo y la abuela, que siempre terminaban con los gritos desaforados de éste. Pero llegó el tiempo justo y un día, llorando, anunció que ella *también* estaba encinta. Y finalmente el hijo nació, sano y robusto como los otros.

Cuando el viejo vino de Italia, alrededor de 1902, traía una considerable cantidad de dinero. Estuvo algún tiempo en Buenos Aires, luego pasó a la provincia, donde ganó algún dinero en calidad de colono y finalmente se radicó en las cercanías de la ciudad de Córdoba. Cuando él se instaló allí, consideraba que ya tenía una fortuna y su propósito era descansar. Corría ya el año treinta y había comenzado un proceso de crisis en el país. Compró por pocos pesos un campo chico cerca de un lugar llamado Argüello, donde construyó una casa con sus propias manos y se dedicó a cultivar hortalizas y frutas para su autoabastecimiento. Con el dinero que tenía entonces hubiera podido comprar unas quinientas hectáreas. Pero eso significaba trabajar y no era ése su propósito. Años después se arrepintió y quiso comprar un campo grande, pero ya estaban muy caros. Alguien le sugirió que prestara el dinero que poseía, pero él respondió que no era un usurero. Desde entonces comenzó a controlar bien sus gastos.

Juan no lo conoció bien al abuelo hasta que la menor de las hijas anunció el embarazo. El viejo gritó un día entero, desde la mañana hasta la noche, y al día siguiente enmudeció por mucho tiempo y jamás en su vida volvió a tocar el tema en particular. Juan, que tenía siete años y hacía dos que estaba con el abuelo, se levantó tarde ese día pues nadie lo despertó; pero al oír al abuelo advirtió que ya en sueños lo había estado oyendo y que gritaba por lo menos desde las cinco de la mañana. La confesión de la hija había tenido lugar la noche anterior, pero el viejo esperó el día siguiente, como si hubiese necesitado del sol para hablar. Despertó a la hija y comenzó el sermón de fuego. Pero en ningún momento se dirigió a ella en particular. Les hablaba a todos, a sus inalcanzables yernos, a sus nietos gratuitos, a los hijos echados y al país entero. El país fue justamente el *leit-motiv* de su discurso. Él no había venido aquí a enriquecerse sino a dejar dinero. Lo único que había buscado era la paz y ésta le había sido negada. Hablaba de Buenos Aires y maldijo el barco y el Río de la Plata. Éste era un país de negros vividores que no querían trabajar.

Juan, mientras tanto, iba y venía por la huerta. Arrancó unas hojas secas de algunas hortalizas, enderezó unas cañas del gallinero. Estas tareas solía hacerlas con el abuelo, y con el hecho de realizarlas ahora él solo, quería significarle que lo apoyaba, que estaba de su parte. En efecto, el abuelo era un ídolo para el niño. Todo lo que el viejo decía se convertía en algo que ya no podía variar más. Adquirió sus mismos hábitos, la forma de caminar,

de ponerse el sombrero. En las siestas solía sacarle la pipa con cuidado, mientras dormía, y fumaba a hurtadillas bajo un árbol. Al principio le daba náuseas pero luego se acostumbró. Un día el abuelo lo descubrió fumando y le quitó la pipa sin reprimirlo, pero enojado, como se enojaría otro niño por una cosa así. Pocos días después, mientras descansaba a la sombra, el viejo encendió la pipa y le ofreció una pitada.

Hacia el mediodía el chico ya no sabía qué hacer. No había ya ninguna caña torcida, ninguna hoja por arrancar, y todavía no era la hora del riego. Había realizado estas tareas lentamente, calculándolas una por una, con la esperanza de que esta morosidad permitiera al viejo callarse de una buena vez y volver a sus tareas habituales. Pero éste seguía gritando y ni siquiera variaba de tema. Hasta lo mencionó a él en un momento dado y Juan se oyó nombrar junto al epíteto de "pobre criatura", y esto lo regocijó íntimamente.

Después de la corta siesta empezaron a discutir con la abuela, quien salió en defensa de las hijas. El abuelo hablaba un castellano casi correcto pero a ella no se le entendía nada. Lo único que Juan distinguía y entendía era *poverella, sei tu il diavolo*, que la abuela repitió durante casi toda la tarde. Al final ella enmudeció como si jamás hubiera hablado, y volvió a tronar solamente la voz del viejo, que se suavizaba a veces cuando se le ofrecía algo o cuando respondía a alguna cosa rutinaria que la propia hija o algún vecino aventurado le preguntaban.

Cuando el abuelo calló al fin ya era hora de acostarse y Juan, en su cama, sentía que los oídos le zumbaban con el eco de la voz del viejo. Y antes de dormirse oyó que el abuelo les gritaba a todos desde el baúl y que levantaba los puños amenazantes señalándolos o todos, sin excluirlo a él. Pero abrió los ojos y vio que el abuelo, en la pieza contigua, acostado, se estaba frotando las piernas con alcohol.

La hija mayor, madre de Juan, murió poco tiempo después de casarse. El marido apareció un día con Juan de la mano y lo dejó con los abuelos. Prometió volver y pasar una mensualidad. De manera que casadas o no sus madres, los nietos por un conducto u otro iban a parar a la casa del abuelo. El padre de Juan no volvió más, aunque de vez en cuando escribía desde distintas provincias diciendo que "ya se arreglaría todo". El abuelo lo censuraba a veces, pero sólo cuando se refería a los otros yernos, a los que nunca conoció.

Juan era el mayor de los nietos, pero a los ojos del viejo era el único ya que a los otros ni los miraba siquiera. Las hijas, diariamente, tenían que oír una especie de sermón sobre sus pecados, pero estaban tan acostumbradas a ello que jamás le contestaban nada. El estilo de estos sermones era, por lo general, un juego muy sutil e incisivo de alusiones que terminaban con una frase directa e hiriente, sobre todo en el acto de levantarse de la mesa al

terminar el almuerzo. A veces —muy raras—, las hijas, cuando él llegaba a ciertos límites, solían responder con voz ausente y muy suave: “bueno, papá”, y seguían calladas como antes, inmutables e indiferenciadas. Los sermones ocurrían siempre a la hora de las comidas porque el tema de los mismos era siempre la manutención de ellas y de los niños, que a él no le correspondía. Debían trabajar o buscar a los maridos desconocidos para que lo hicieran. Al abuelo lo desesperaba no poder saber de dónde sacaban dinero sus hijas para ir tanto al cine, y pese a las minuciosas revisiones del baúl y recuento de dinero, jamás había faltado un centavo. A Juan le parecía imposible que ellas siguiesen comiendo allí después de lo que el viejo les decía, pero éstas, una vez fecundadas, habían entrado en un orden de indiferencia y parecían vivir en un mundo hermético y ausente, inspirado y regido por esa fecundación. Criaban pacientemente a sus hijos, hacían ellas mismas la ropa en la máquina *Singer* de siete cajones, lavaban ropa casi a diario y las más de las horas del día yacían en sus lechos leyendo revistas que tenían en cantidades. A la hora de la novela radial se las veía juntas, inclinadas las tres sobre la radio, ubicada en la galería, y luego desaparecían misteriosamente, se iban hacia lo profundo de sus piezas. El viejo odiaba a los tres niños y solía pegarles en las piernas con una varilla de mimbre, lo que ocasionaba nuevos disgustos y a veces peleas descomunales. Pero esto se solucionó gracias a los niños, que eludían hábilmente la presencia del abuelo o desaparecían cuando éste se acercaba. Eran rapidísimos y merced a este ejercicio habían adquirido en poco tiempo gran elasticidad en las piernas.

La amenaza constante del abuelo era de que cuando se terminara el dinero se morirían todos de hambre. Juan oía esto y, aunque temía, puesto que lo que el viejo afirmaba era para él una verdad, siempre quedaba una esperanza: porque lo que el viejo decía era que todos se morirían de hambre, pero en ningún momento se refería a sí mismo; y como el abuelo a él lo quería, sin duda le daría participación en sus raciones cuando los otros murieran.

Ese invierno el viejo empezó a cambiar con respecto al chico. Sus gritos eran cada vez más obcecados, más alarmantes. Comenzó a ignorarlo, a no responder a sus preguntas. Hubo una carta de Brasil, donde tenía un hermano, que se leyó en voz alta ante toda la familia. Lo único que Juan percibió de ella fue la frase *niente di soldi*, que el abuelo, al leer, arrojó como una semilla desde la boca. Juan seguía acompañándolo en sus tareas, pero casi no se hablaban. A veces, mientras arrodillados ambos sobre un cantero arrancaban hierbas, el viejo solía murmurar largamente palabras ininteligibles. De vez en cuando levantaba la voz, cambiando al parecer de tema, para hacer alguna observación lejana sobre la tarea que estaban realizando, y acto seguido maldecía al país, al barco que lo había traído y al Río de la Plata. Otras veces —y sólo cuando acababan las tareas del día—, el abuelo solía

sacarle el sombrero y pasarle la mano por el pelo. Y con esto el niño se alegraba, sentía que quería al abuelo más que antes y que sin duda algo muy grave estaría ocurriéndole.

Y al promediar noviembre, una tarde, mientras cavaban un foso para plantar un árbol, oyeron que desde la cocina la abuela gritaba *venite, Ninno é ritornatto a casa*. Era el hijo menor, que volvía del servicio militar. El viejo estaba en ese momento agachado, con las rodillas apoyadas en el suelo, sacando tierra del foso con un tarro del tamaño de una taza, porque debido a la profundidad que tenía era imposible sacar más tierra con la pala. Cuando se incorporó, Ninno ya estaba allí, parado frente a ellos, sonriendo con sus ojos verdísimos bien abiertos. Entonces el abuelo se paró y lo abrazó fuertemente, un largo rato. Luego volvió a tomar el tarro que había quedado sobre el montón de tierra y se inclinó sobre el foso. Juan lo miró y vio que estaba llorando.

El niño, por entonces, cobraba tardía conciencia de los hechos. No se adaptaba a la rapidez con que éstos se producían y los demoraba en su mente durante mucho tiempo. De esta manera, durante el invierno siguiente, pudo percatarse realmente de que Ninno había partido quince días después de su llegada para volver a Mendoza, donde había encontrado trabajo. Y ese invierno fue cuando él también empezó a cambiar, a sentirse cambiado, a evadirse mentalmente de todo y a permanecer mucho tiempo solo. Ahora se discutía más que nunca en la casa y una noche el abuelo dijo que se iba a matar. El niño, que oyó esto desde la cama, se imaginó inmediatamente el baúl, que sin embargo estaba viendo, y la escopeta que sustituía con su estampido a los gritos del abuelo. Y advirtió que siempre en la casa, ante una situación extrema o solemne, se recurría a ese baúl. Por eso le tenía miedo a la escopeta y a la muerte que el abuelo pudiera darse con ella. Y desde entonces el baúl significó para él una cosa mágica desde donde salía todo el poder y toda la desdicha del mundo.

Una tarde muy fría salieron todos y en la casa sólo quedaron el abuelo y el niño. Éste, aburrido, se había sentado en la cama y recortaba papeles de diario con una tijera. El viejo, en la habitación contigua, revolvió muebles y objetos. En eso abrió el baúl y Juan oyó el ruido de la tapa y tuvo miedo. El baúl significaba el rito previo a un acto solemne. Se acordó de la amenaza del viejo y pensó en la escopeta. Quedó inmóvil y sintió que la tijera le pesaba en la mano. De pronto el abuelo lo llamó para que le ayudara a limpiar el baúl. El viejo estaba sentado en una banqueta y hurgaba con las manos. Él se puso en cuclillas a su lado para recibir los objetos que éste le pasara, de manera que no podía mirar dentro del baúl y el conocimiento que pudiera llegar a tener del mismo sería progresivo, a medida que el abuelo le fuera alcanzando los diversos objetos. Lo primero que le dio fue un hatillo de diarios doblados, atados con un hilo de pita; varias pren-

das de vestir muy viejas y rotas, entre ellas una camisa verde llena de agujeros. El niño la abrió y preguntó de qué se trataba, y el abuelo, sin mirarlo, le dijo: "de mi hermano; está muerto", con una voz indiferente, monocorde. El niño lo miró y vio un rostro solemne, preocupado, grave. A la camisa siguió una botella de litro, tapada con un corcho, casi llena de un líquido blanquizco. Después un cofre no muy grande, de madera, con cerradura. Al entregárselo lo miró fijamente y el niño dedujo por esta mirada que allí estaba el dinero, todo el dinero que poseían. Lo puso con cuidado, aparte. Luego vino una especie de valija redonda, de forma cilíndrica y de cuero, con un cierre hermético. Era pesadísima. Al caer sobre el montón de cosas y luego al suelo hizo un ruido metálico. Estaba llena de monedas. Cayó una por una rendija imprevista y él la tomó. El abuelo le dijo entonces que podía quedarse con ella si así lo deseaba. Era de veinte y estaba polvorienta, como rociada de talco. Después vino la escopeta. La puso con cuidado sobre la camisa verde y tomó las tres cajas de cartuchos. Eran rojos, perfectamente alineados. El abuelo sacó un retrato y se lo dio. "Tu madre", le dijo, y siguió hurgando. Nunca había visto esa foto. Estaba ajada, amarillenta. La madre tendría entonces unos dieciocho años. Sonreía. En la mano tenía una ramita, posiblemente de laurel. Frente a la madre, que estaba sentada en una silla en medio del patio, se veía una sombra larga, la del fotógrafo. "¿Ves esa sombra? Es tu padre." El niño no contestó nada. Miraba la fotografía perplejo y no podía saber que lo que sentía era una especie de terror incommunicable, arcaico, genésico, no tanto por la foto sino por todo, por esos documentos del tiempo que había en el baúl, inevitablemente envejecidos. Era como si la muerte, que él temía, saliera del interior del mismo. Después el abuelo volcó todo el resto del contenido en el piso. Juan no pudo ver esto porque fue a buscar un plumero. Recorrió las piezas vacías y tuvo miedo. Detrás de una puerta había una escoba nueva. Volteó algunos objetos y se lastimó un dedo en el clavo en el que finalmente halló el plumero colgado. Miró hacia el techo y vio a una araña cruzar rápidamente. Y sintió que toda la casa era un enorme baúl lleno de agujeros.

Después vinieron meses sombríos. Las discusiones crecían como un oleaje. Juan advirtió que las tías ya no venían a comer a la hora acostumbrada y que lo hacían en sus propias piezas, mientras el abuelo dormía. Habían engordado mucho en los últimos tiempos y los vestidos se rompían en los costados. Era la inercia total en que vivían, que se adosaba a sus cuerpos. Pasaban el día en sus piezas y a veces cruzaban la galería arrastrándose penosamente hacia el baño, ubicado en un extremo.

Una mañana, como aquella vez que descubrieran el embarazo de la más chica, Juan se despertó muy tarde, mejor dicho lo despertaron. Estaban gritando desde muy temprano y esta vez participaban todos. El viejo aca-

baba de anunciar que no tenía más dinero y que se morirían de hambre. Parecía cierto porque el abuelo en un momento dado lloró. Y dijo entre otras cosas que un pobre viejo como él había venido aquí lleno de ilusiones, para tener que morir de hambre algún día sin un solo centavo en el bolsillo. Sacó aparatosamente hacia afuera los bolsillos de los pantalones. De uno cayó un diente de ajo y del otro extrajo él mismo un billete de un peso. Era todo lo que quedaba. Lo llamó a él y se lo entregó solemne-mente para que fuera a comprar carne. Salió corriendo sin lavarse la cara. Pensó que esta vez a él también le tocaba porque el abuelo no se había excluido a sí mismo de la mortandad que vendría sin duda. Pero no se alarmó. En cierto modo le gustaba ser partícipe de hechos tan importantes para todos. Cuando volvió con la carne y entregó el vuelto, el viejo ya había salido.

Durante los primeros momentos hubo temores pero luego fue fácil averiguar el paradero del abuelo. Bastaba correrse hasta el tejido de alambre del costado sur y divisarlo en el patio de la finca lindera, sentado en un banco de troncos. Su vecino era un hombre criollo de unos cuarenta y cinco años y durante mucho tiempo el único contacto con el abuelo había sido el saludo de práctica. El viejo detestaba ir de visita a ningún lado y sorprendía verlo ahora en aquella casa, de cuyos moradores hablaba siempre tan mal. Comió con ellos y por la tarde estaba nuevamente sentado en el banco de troncos, hablando fragmentariamente con los huidizos miembros de la familia, que iban o venían de sus tareas deparándole sólo una atención súbita y breve, en cuyos contados segundos el abuelo relataba algo intrascendente, tratando sin duda de justificar su inaudita estancia en la casa.

Juan, por su parte, se puso a caminar sin sentido por la huerta y desde allí veía discutir a las mujeres acaloradamente. Estaba ausente, perplejo, absorto por las palabras del abuelo. Todos morirían sin remedio, aunque los más fuertes durarían más. Moriría uno cada día y al fin quedarían sembrados a lo largo de la huerta. El abuelo aquí, cerca del pozo del agua; él más allá, la abuela al fondo, las tres tías en el galpón, los niños en la puerta de calle. Después vendrían a llevarlos a todos en un camión y al abuelo lo enterrarían en el baúl. Con estos pensamientos pasó la mañana hasta que lo llamaron a comer. Por la tarde siguió fluctuando en los senderos de la huerta con las mismas imágenes de la mañana en la cabeza. Creía verdaderamente en lo que había dicho el abuelo, pero pensaba en la valijita cilíndrica con monedas. Se dijo que quizás ya las había gastado. Se dio a la tarea de calcular cuántos pesos se podrían reunir contando las monedas. Veinte, treinta, a lo sumo cincuenta pesos, que alcanzarían para prolongar la vida un poco más.

Antes del anochecer el abuelo volvió. Tenía un aspecto derrotado, inú-

til, y en la frente le había crecido un resplandor, como una larga memoria de las batallas. Así lo vio Juan. Su abuelo se había transfigurado. Al entrar en la casa las mujeres lo acosaron. La abuela, decididamente de parte de las hijas, se paró detrás de ellas como una pieza posterior de batalla, como un testigo insobornable del pasado del abuelo, que iba a ser puesto en juego aquella noche. Juan estaba desvestiéndose para acostarse. Hubo un rápido cruce de palabras. Eran frases sintéticas, llenas de definiciones y alusiones. Los bandos habían ajustado bien sus líneas. El niño tuvo la sensación, a los primeros choques, de que el abuelo era invencible. La imagen de los muertos diseminados en la huerta se fijó sin variaciones en su memoria. Sin duda el abuelo vencería. Pero del viejo, que era la fuerza y el poder, saldría la salvación de todos. En un momento dado, con aire de suprema violencia y a la vez de solemnidad, sacó una gruesa llave del bolsillo y se dirigió hacia el baúl. Las mujeres lo seguían en silencio. Juan vio desde la cama el pelo lacio y blanco de la abuela cerrando la fila, y luego al abuelo, quien sacando el cofre del interior del baúl lo abrió a la vista de todos. Adentro había un billete de mil pesos, nuevo, brillante. Tomándolo en alto, el abuelo pronunció la sentencia. Habló sin calor, sin violencia, y después lloró. La verdad era evidente y sólo se trataba de enunciar un hecho. A un peso por día alcanzaba para vivir mil días más y hasta entonces él garantizaba la vida de todos. Nadie habló sobre lo que sobrevendría después de esos mil días. Nadie, además, comentó la situación, y todos se fueron a sus lechos respectivos. A poco apagaron las luces. Juan, tapándose y poniéndose de costado para dormirse, pensó que todo había salido bien y aunque el problema no se solucionaba en su totalidad, por lo menos le quedaban mil días más de vida.

Desde entonces, a través de toda su larga vida, siempre tuvo que vivir situaciones extremas, en los límites del mundo. Pero aquella vez, como una bendición de la infancia, vio de pronto abrirse un mundo ante sí, si no encantado, por lo menos lleno de dichas posibilidades.

La Rioja, 1961.

HOMBRES E IDEAS. Primero, **LA VISITA DE LA ANCIANA DAMA**, recientemente estrenada en Buenos Aires, que consagra a su autor, **Friedrich Dürrenmatt**, como el maestro de la parábola grotesca ● Enseguida, **LAS LLAVES DEL REINO**, de **A. J. Cronin**, la gran novela siempre agotada que conmovió a millones de lectores con el drama del padre Chisholm - reencarnación de San Francisco de Asís - en la agitada China contemporánea, y que ahora reeditamos ● También hemos publicado una obra capital: **UN APOSTOL DE LA COOPERACION**, donde el eminente médico y cooperativista **James P. Warbasse** narra apasionantes experiencias encaminadas a remediar los males físicos y sociales que afligen a la humanidad ● Luego, los ideales de felicidad sustentados por esa misma humanidad desde el cristianismo primitivo hasta la revolución francesa, son examinados por **Johan Huizinga** en **HOMBRES E IDEAS**, libro que revisa, asimismo, los conceptos de patriotismo y nacionalismo, y expone nuevos puntos de vista acerca de la cultura en la Edad Media y el Renacimiento ● Y finalmente, otra reedición largamente esperada: **VIAJE AL FIN DE LA NOCHE**, la novela de **Ferdinand Celine** que dió lugar a una de las más violentas polémicas literarias de este siglo; polémica que aún está muy lejos de agotarse ● He aquí el conjunto de hombres e ideas que ahora presenta **COMPANIA GENERAL FABRIL EDITORA**

Distribuidores exclusivos: **PUBLEX**, Maipú 43, Buenos Aires

De memoria

SENTADA ante el conmutador, lo ve pasar muchas veces al día con papeles en la mano, casi siempre taciturno, todas sus fuerzas concentradas en lo que hace, en eso que no le gusta hacer, distraído al mismo tiempo en otros pensamientos que lo han habitado durante la noche y no se le van de la cabeza aunque se esfuerce por desprenderse de ellos. Otras veces él le deja un cigarrillo junto al conmutador o ella le da un caramelo; pero ninguno de los dos dice nada.

A las seis se encuentran en el ascensor junto a otros empleados que salen del trabajo, y uno de los dos, a veces ella, otras él, pregunta:

—¿Caminamos?

Se alejan Corrientes abajo, hacia donde la calle parece derrumbarse en el vacío, un poco extraviados entre la multitud que corre tras los ómnibus y se hunde en las bocas calientes de los subterráneos, ensordecidos por el estruendo que rueda a lo largo de la siniestra trinchera y los envuelve en su aliento maligno; cruzan la Nueve de Julio siempre por la misma línea blanca y entonces, sólo entonces, él la toma del brazo porque ella le ha dicho que le gusta que la ayude a cruzar; y ella, indiferente a la jauría de autos y camiones que parece abalanzarse sobre ambos, le sonríe.

—¿Cómo estás? —pregunta él, invariablemente.

Y ella, invariablemente, le contesta que está bien.

Después se callan. Él la observa con cautela, pero cuando ella vuelve hacia él sus ojos graves, llenos de pausas y de tranquilo asombro, desvía la mirada.

De pronto él rompe a hablar del trabajo de ese día, o de algún compañero para quien las cosas no andan demasiado bien, o de sí mismo —muchas veces habla de sí mismo, le cuenta naderías que lo indignan o lo halagan—; y ella lo escucha, asombrada de este hombre que hoy, durante ocho horas estuvo pasando frente a ella taciturno, cargado de papeles, y que ahora le hace confidencias o se ríe como un chico.

Cuando se meten en una exposición de pintura ella mira con sus ojos sosegados y le pide que le explique esas extrañas luchas que los colores libran sobre la tela. No hay nada que explicar, dice él; todo es muy simple y misterioso, como los dibujos que los chicos hacen sobre los tapiales de los barrios, como una mancha de aceite irisada por el agua. Y allí se quedan, inmóviles, un poco desconcertados ante esa belleza que no logra invadirlos, pero que los hiere en algún sitio y los turba, como un pensamiento triste. Entonces él parece recordar algo, y al salir dice:

—No me quieras.

—No te quiero.

El levanta los ojos hacia las cumbres de los edificios envueltas en una niebla azul, anticipo de la noche. Hay gente, voces que claman no se sabe qué, el tiempo que se escapa. Y ella camina a su lado, al lado de este hombre que siempre parece distraído, que se equivoca en los actos más simples, que se olvida; que ahora pasa un brazo por sus hombros y le acaricia la mejilla. Y ella inclina la cabeza hacia la mano y le dice que está fría.

—Tengo casa, una mujer.

—Ya lo sé. No me importa. No pienses.

Y caminan tras el tiempo. Él siente bajo el brazo los hombros frágiles, quisiera protegerla de los sombríos parapetos por los que se encarama un rumor interminable. Hasta hace pocos meses ella se sentaba en el banco de la escuela, cuchicheaba historias divertidas al oído de sus compañeras, apenas preocupada por lecciones que nunca aprendería. El mediodía era un campanazo que abría las puertas del sol y de la calle, las puertas de la tarde prolongada en calles arboladas, en tibios olores de panadería, en viejos sentados bajo el sol que fuman pipas tan viejas como ellos. Ahora trabaja. El hermano se lo dijo, el hermano que le pagaba los estudios. "Tenés que trabajar, ¿sabés? A mí me hubiera gustado que siguieras estudiando. Pero no se puede. Yo te voy a buscar un trabajo decente, ¿sabés?"

Alrededor crepitan los tacos de la gente, centenares de tacos apurados; y comienzan a guñar los letreros luminosos, los escaparates de las agencias de turismo —*Viaje a Europa*—; centellean los cristales de las tiendas que lo ofrecen todo; una actriz, los rubios cabellos deshechos por el agua, surge del mar en una tapa de revista; el anuncio de una compañía de aviación —*Viaje a Europa*— lanza su llamado a través de las luces. Y la gente se apresura enceguecida sobre las veredas demasiado angostas, compra los diarios de la tarde sin hacer caso de los enamorados que se miran en las esquinas hablando de temas repetidos. Hay filas calladas ante los cines, ríos meandrosos de rostros que esperan asombrarse o sonreír. Esperan, siempre hay tiempo.

Quietos, ella y él se dejan llevar por la escalera mecánica hacia abajo, hacia las catacumbas por las que reptan monstruosas criaturas. El estallido de los molinetes se acelera cuando dos ojos blancos asoman en la oscuridad del túnel; el tren se detiene, resuellan las puertas neumáticas. Ella ha reclinado la cabeza sobre el cristal de la ventanilla y mira hacia adelante con mirada errabunda, que no ve, que no quiere ver porque todo se repite, no importa que los rostros cambien cada día: los ojos son los mismos, ojos de sueño, de estar pensando en el día que se acaba tan rápido, que no da tiempo para nada mientras las cosas suceden allá afuera, en otro mundo; un chico duerme sobre el regazo de una mujer cuyas manos se han quedado inmóviles como si estuvieran muertas, a veces se despierta levantando la

cabeza, que cae nuevamente; ¿dónde estamos? pregunta un hombre dejando resbalar el diario entre las piernas, y la muchacha sentada a su lado lo mira con recelo, se dice que no debe contestarle porque los hombres son así, empiezan preguntando... Ella vuelve la mirada hacia la oscuridad poblada por resplandores que parecen saltar de las entrañas de la tierra, luces mortecinas, amenazas que aún la asustan ciertos días.

—¿Estás cansada? —pregunta él, apretándole los hombros.

Ella asiente. Está tan cansada que ni siquiera tiene ganas de hablar con él; le basta con sentirlo, imaginar que están en otro lado, solos, mirando un mar como el que aparece en los afiches de las agencias de turismo —el mar que mojaba los cabellos rubios de la actriz. Sonríe: él no debe preocuparse. Pronto se irá, subirá la escalera y abrirá la puerta tras la cual espera la mujer de quien conoce apenas esa lenta modulación de las palabras que preguntan por él en el teléfono; entonces ella siente esa vergüenza que no puede desterrar aunque se diga que no tiene culpa, que las cosas suceden así, sin desearlas, como si un espíritu burlón se complaciera en mezclarlas en una extraña lotería.

El tren atraviesa una maraña de columnas entre las que yacen vagones vacíos como espectros, y un bramido se expande entre los paredones y las bóvedas, rueda entre las sombras que se aclaran, que desaparecen poco a poco hasta morir en la pálida luz de la estación. Ella y él han caído en el torrente de los cuerpos, luchan por no ser separados, ella se aferra al brazo del hombre que avanza sin mirar hacia los lados, olvidado de algo que quiso decirle hace un minuto y que ya no puede recordar. Cuerpos mudos empujados por el deseo de llegar quién sabe a dónde, que ahora se detienen ante los tableros de Constitución y consultan los horarios y corren hacia los andenes para no perder un tren que parte lentamente.

Él pregunta cuál es el tren que ella debe tomar.

—Andén ocho. Es siempre el mismo, a esta misma hora. Andén ocho. Lo conozco de memoria.

Pensaban decirse muchas cosas esta tarde; pensaban hacerlo ayer, y el otro día. Pero no han tenido tiempo. Como ayer y el otro día.

Ella sube al vagón, se sienta junto a una muchacha que vuelve de la escuela (lleva un guardapolvo igual al que usaba ella hace unos meses, está impaciente por llegar y exhibe su impaciencia —también ella era impaciente, todo le parecía demasiado lento, muchas veces habría protestado a gritos por ese paso demorado de las horas; pero ahora ha aprendido a esperar y a estarse quieta); mira al hombre, figura solitaria en el andén que se ha quedado vacío, al hombre que permanece allí pero no está, cuyo rostro es una mancha velada por el humo, que retrocede, que se pierde mientras las ruedas traquetean sobre las juntas de los rieles.

La cara

NADIE debía telefonear a la oficina, a menos que se tratara de algo muy serio. Margarita colgó el receptor y miró. Detrás de los vidrios el Sr. Martelli, jefe de correspondencia en la Sección Ventas, seguía dibujando garabatos sobre el papel como si no la viera. Un llamado personal; en la oficina se toleraban los llamados personales, pero una especie de vaga molestia indicaba a las empleadas, que no se debía abusar.

La voz de Elvira —una voz que no tenía nada que ver con el mundo de la oficina, una voz que señalaba para Margarita el comienzo de su vida cuando salía de allí, cuando dejaba las paredes, los ventiladores y los vidrios de una fábrica cerca del puerto; una voz que indicaba la entrada en la aventura y en la filosofía que ya no estudiaba, la voz de Elvira, había dicho:

—Es necesario que te vea. Urgente... —y añadió, como si con esa frase pudiera explicarlo todo:— Susana acaba de llegar. Te esperamos a las 7, es importante...

El Sr. Martelli había levantado la vista y sus ojos se cruzaron con los de Margarita, pero era como si no la viera. Una hora para salir, pensó Margarita, una hora. Después, tecleó una de las innumerables cartas, todas iguales, todas inútiles, de los agentes. Esas cartas que nada decían y que era menester contestar durante ocho horas seguidas, para que después cartas y contestaciones fueran a pudrirse en polvorientos biblioratos en los archivos. Podía hacerlas casi de memoria: aprendió a redactarlas el año anterior, cuando tuvo que trabajar. Ella, Margarita, era la de más experiencia de las tres, pensó. Diecinueve años, ganarse la vida, dan seguridad, dominan a diecisiete años que no necesitan trabajar, que estudian todavía.

Era noche cuando llegó a casa de Elvira. Una casa muy vieja de Buenos Aires, hecha hacia 1890, para que viviera en ella una familia acomodada, con fiestas para hijas casaderas. El padre de Elvira, un hombre ilustre en la política y en las letras del país, un maestro de la juventud, había comprado la casa. Pero, después de su muerte, —muchos años atrás, cuando Elvira apenas tenía cuatro—, todo se desmoronó. Una lamparilla mortecina, amarilla, triste, iluminaba los sucios escalones de marmol. En el rellano de la escalera, en sombras, la estatua enorme y blanca de una Venus de Milo aterraba como un fantasma. La única criada vivía en el fondo, en la casa enorme, allá, detrás del jardín, y fué Elvira quien abrió la puerta.

—Qué suerte que viniste en seguida. Sabía que no podías faltar —dijo besándola.

—¿Qué pasa? —preguntó Margarita. Como siempre que entraba en aquella casa, en el vestíbulo de muebles comidos por la polilla y abandonados, tuvo necesidad de bajar la voz.

—Ya te dije que volvió Susy, —dijo Elvira— es mejor que ella te explique...

El cuarto de Elvira, el último sobre el pasadizo antes del comedor que dividía en dos la casa, era pequeño y amontonaba las cosas que su dueña deseaba poseer alguna vez, todas las cosas que respetaba o temía: un retrato de Gregory Peck y otro de Witold Malcuzinski enfrentaban la reproducción de una dulce Madonna del Correggio; un calentador Primus, y varios ceniceros abarrotaban una mesita. Libros de ballets, biografías de grandes cantantes, novelas policiales en inglés se apretaban en una estantería. Después ropas —las ropas del mundo— caían sobre sillones, sillas, almohadones y cama. Una cama estrecha, de asceta. Enaguas de volados, corpiños con rellenos de distintos tamaño, bombachas de nylon de colores, una trusa elástica, todo se desparramaba como queriendo decir que la dueña del cuarto era bohemia, original y despreocupada. Al mismo tiempo, la ropa, el desorden, parecían productos de un miedo profundo e inesperado, como si la casa estuviera a punto de prenderse fuego y alguien hubiera querido salvar ropas, libros y grabados, comprendiendo que era imposible hacerlo, en una tentativa intensa y destinada al fracaso.

Susana estaba sentada sobre la cama, apoyada contra la pared, con las piernas extendidas; fumaba. De las tres, Susana era la que tenía más bonitas piernas, y Elvira, que algunas veces soñaba con abandonar los estudios y presentarse como bailarina y cantante en un cabaret, se las envidiaba. Eran unas piernas largas, fuertes, torneadas y finas. El año anterior, a escondidas de su familia, Susana había servido de modelo para un corto metraje de propaganda de medias. Después las tres rieron, viendo el primer plano de aquellas pantorrillas y pensando que nadie, ni siquiera Roberto sospechaba que esas piernas excitantes, movedizas, maravillosas, eran las piernas de Susana.

Las piernas y la cabeza de Susana parecían encontrarse, olvidando su cuerpo. El cuerpo era tierno, carnoso, corto, sensual, de forma no muy definida. El rostro era niveo y rosado, una piel delicada y transparente, como es frecuente en algunas muchachas judías. Los ojos azules, de párpados pesados, pálidos, dulces, parecían cargados de languidez. Un pelo rubio, oscuro y liso, le caía sobre los hombros. Susana tenía la costumbre de tironearse los mechones y de peinarse con los dedos, como queriendo llamar la atención sobre esa, junto con las piernas, su otra gran belleza.

Margarita se sentó en el suelo, en un almohadón, mientras Elvira calentaba café en el Primus.

—Hoy es un día importante, —dijo Elvira— vamos a tomar cognac. Se lo saqué ayer a mamá...

Sacó de la estantería una botella, buscó unos vasitos entre los libros y los llenó.

—¡Salud!

—¡Salud! —dijeron las otras dos. Hubo un silencio y Margarita preguntó:

—¿Qué pasa?

Elvira y Susana se miraron. Las tres se habían conocido el año anterior, en unos cursos de sánscrito de la Facultad de Filosofía y Letras. Algo había unido, casi indisolublemente, a Susana, la muchacha judía y rica; a Elvira, la hija del hombre ilustre y liberal; a Margarita, la descendiente de una antigua familia arruinada de provincias. "Tenemos gustos en común, somos rebeldes", decían, para justificar aquella amistad. Leían a Ibsen y a Bernard Shaw; a Henri Barbusse y a Jean Paul Sartre; a Chesterton, a Graham Greene, a Thomas Mann, Hermann Hesse y a Racine. Pero no las unían sus ideas sobre el teatro, como ellas creían, ni su manera independiente de ver la vida (como suponían), ni siquiera el amor al teatro y a la música: las unía una tremenda ansia de vida, un ansia que era controlada y asustada en Elvira, exaltada y ansiosa en Margarita, sensual y tierna en Susana.

—Pasa... —dijo Elvira. Se interrumpió.— Es mejor que hables vos —dijo, mirando a Susana.

Susana aspiró con fuerza el cigarrillo, cruzó las piernas, consciente de comunicar algo trascendental.

—Estoy embarazada —dijo.

Hubo un silencio. Margarita tamborileó con los dedos en el piso. El ruido del Primus, calentando café, fué el único sonido, o pareció serlo en toda la casa. Se oyó el ladrido de un perro, débil, junto a la puerta.

—Dejá pasar al Mylord —dijo Susana.

Elvira abrió la puerta y un perrito mestizo entró haciendo fiestas. Se acurrucó junto a Margarita y miró hacia la Madonna, como si esperara algo. Los dedos de Margarita jugaron con el pelo del animal.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó de pronto.

—Ese es el problema —dijo Elvira.

—No se puede hacer nada... es decir... no puedo tener el chico. —dijo Susana.

—¿Roberto lo sabe?

—Naturalmente —dijo Susana—. Pero es inútil. Los viejos están peor que nunca.

—Deberían comprender —dijo Margarita.

Los padres de Susana, judíos y ricos, se oponían a los amores de su hija con un muchacho cristiano y pobre. La situación se prolongaba desde hacía meses. Últimamente, en una tentativa desesperada, los padres de Susana la habían llevado a Chile.

—No sabés lo que he sufrido —dijo Susana entonces—. No podíamos comunicarnos. Roberto hubiera ido de no haberle tocado el servicio militar. Apenas podíamos escribirnos. Papá no quiere ni oír hablar del asunto, y ahora, con esto...

—¿Cuánto tiempo hace que?...

—Tres meses y medio —dijo Susana, con aire divertido y acariciándose el pelo—. Desde que supimos que iban a llevarme a Chile...

—Es mucho tiempo —dijo Margarita.

—Yo lo que no entiendo es cómo Roberto ha podido hacer una cosa así, cómo no se ha cuidado —dijo Elvira, sirviendo café, y sus bonitas manos alargadas temblaban de rabia—. No entiendo cómo un hombre puede ser tan inconsciente.

Susana y Margarita se miraron.

—¿Qué se podía hacer? —dijo Susana—. Cuando nos iban a separar no podíamos pensar en tomar precauciones. ¿Comprendés?... No podíamos pensar en nada más que en eso: que iban a separarnos. Y a él se lo han llevado a un cuartel... a 600 kilómetros, ¿te das cuenta? ¡A un cuartel! ¡Como si ya no tuviéramos bastante!

—No podés comprender esas cosas —dijo Margarita mirando a Elvira. Elvira se ruborizó: era la única virgen de las tres, pese a dos tentativas de hacer el amor que habían terminado en unas crisis de nervios. Aquella situación la humillaba frente a sus amigas que, a veces, suavemente, se burlaban de ella y de su temor hacia el hombre.

—Claro, no sabés lo que es eso —repitió Susana, jugando con una mecha de su bonito pelo.

—Yo en tu lugar tendría el chico —dijo Elvira—, después tu padre se vería obligado a dejarte casar.

—Jamás —dijo Susana—, mamá quizás. Las mujeres entienden... pero papá... aunque le trajera de regalo el prepucio de Roberto, diciendo que se ha vuelto judío, no se convencería...

—No te burles de esas cosas —dijo Elvira, con rabia—, no hay que burlarse, ¿sabés?

Susana y Margarita se miraron; Margarita bajó la cabeza y miró al perro; Susana movió las piernas y meneó la cabeza.

—Decís eso porque sos la única que ha tenido la suerte de no tener que soportar una religión en la familia —dijo—. No sabés las ventajas que tenés.

—Realmente... —dijo Margarita, entre dientes.

Elvira se sentó en el borde de la cama, con una copa de cognac en la mano.

—¿Qué quieren? A veces les tengo envidia. Ustedes han sido educadas para creer en algo. Cualquier cosa que ustedes hagan es *contra* algo. Yo, en cambio... No tengo nada de qué librarme, nada contra qué rebelarme. Mi padre... no es culpa mía...

—Tu padre era un gran tipo —dijo Margarita.

—Pero eso no ha sido culpa mía —dijo Elvira—. Preferiría, no sé, pertenecer a una familia tradicional religiosa, ya fuera judía, cristiana o musulmana...

—Y el trabajo que tendrías para librarte de esas creencias —dijo Susana—, no seas sonsa. No puedo verte así... cuando te ponés idiota.

Hubo un silencio. Las preocupaciones religiosas de Elvira empezaban, desde hacía cierto tiempo, a preocupar a sus amigas.

—Tenés que hacer el amor —dijo Margarita.

—No deseo otra cosa —dijo Elvira—, pero... —vaciló—. ¿Por qué no tenés el chico, Susy? Yo, en tu lugar, lo tendría...

Susana se tiró con fuerza una mecha de pelo.

—¿Qué querés que haga? El viejo me pondría en la calle. A los diecisiete años ningún juez te casa... Y Roberto en la conscripción. No somos mayores de edad. ¿Te das cuenta? Somos menores. ¿De qué viviría?... El viejo es capaz de mandarme a un Reformatorio...

—Podrías trabajar —dijo Elvira.

—No seas ridícula, dentro de dos meses... ¿quién va a dar trabajo a una panza soltera? ¿Querés decirme? ¿Quién?

—Tiene razón Susana —dijo Margarita y añadió, dejando de acariciar al perro—: Son horribles estas cuestiones raciales... y económicas.

Susana asintió, bajando la cabeza.

—Tenés razón —dijo—, tenés razón... —Pareció meditar unos momentos y de pronto—: ¿Tenés algún disco nuevo? ¿Algo divertido?

—Un disco de Piaff —dijo Elvira.

—Quiero oírlo... —Susana adoptaba de pronto gestos y modales de dueña, de mujer consentida y mimosa. Eso era parte de su encanto. Elvira y Margarita buscaron entre los discos.

Y de pronto Susana fue una niña muy chica, apenas un bebé, al que había que mimar, acariciar y hacer olvidar todas las cosas violentas y desagradables de la vida.

“J'ai peché...” decía el disco; el rumor de la calle llegaba apenas hasta ellas. Allí, en la gran casa, en medio de la ciudad inmensa, se sentían aisladas y tranquilas, un cuarto que era como una isla o un refugio, contra

padres incomprensivos, contra oficinas, contra dioses que nada tenían que hacer en la vida.

—Yo no entiendo —dijo de pronto Margarita— cómo podés decir ciertas cosas, Elvira. Cómo podés tener respeto por cosas que no las merecen. Si Dios existiera, ¿creés que se metería en nuestros asuntos?... De todos modos, tenemos que arreglarlos como si no estuviera... Y no está, te lo aseguro... Pero tenemos que arreglar las cosas... quizás así, bueno, estaremos más cerca de Él... o de la bondad, como quieras llamarle...

Elvira cambió el disco y la voz de Ives Montand llenó la habitación.

—Ese hombre me gusta —dijo Margarita.

—A mí también —dijo Elvira... —con él me atrevería a...

—Callate —dijo Susana.

Las tres guardaron silencio y Elvira retiró el disco sin que terminara.

—Es verdad —dijo—, Susana no puede casarse. El juez, su padre se lo impiden. Susana es menor de edad y no puede tener un hijo con un menor de edad que está en la conscripción... Susana debe...

Hubo una pausa.

—Para eso te hemos llamado —prosiguió Elvira—, hace un tiempo que una prima tuya hizo un aborto, creo...

—Sí —dijo Margarita.

—Hay que hacer algo —insistió Elvira.

Margarita seguía con la cabeza baja.

—Bueno —dijo Susana—, no sé cómo voy a hacer... —bajó también la cabeza; el pelo le cubrió la cara y se oyó un leve suspiro bajo la cabellera.

—No te mandés la parte —dijo Elvira brutalmente—, sabés que vamos a ayudarte.

—Se necesita dinero —dijo Margarita y se sorprendió, porque sólo ella, de las tres, pensaba siempre en el dinero, en lo que debía gastarse o guardarse. Las otras podían vivir la aventura; para ella todo estaba limitado por una realidad terrible: el dinero.

—Yo puedo prestarte —dijo Elvira.

—Gracias —contestó Susana e hizo jugar uno pulsera de oro—. ¿Servirá ésto? —preguntó ingenuamente.

—Sí servirá —dijo Elvira—, claro que servirá...

Las otras dos se quedaron mirándola, como si hubiera dicho algo chocante e inadmisible. Elvira tenía siempre presente el valor de los objetos, el valor de los gestos.

—No digas pavadas, todo se va a arreglar —dijo Margarita. Ella, a su vez, soñaba siempre con realizaciones imposibles o difíciles, como si tuviera un seguro contra las afechanzas de la vida y ese seguro hubiera de sacarla siempre adelante.

ULTIMAS NOVEDADES

NUESTRO MUNDO

ALBERTO M. SALAS: *Crónica florida del mestizaje de las Indias* \$ 300.—
El hombre de ciencia ha manejado con pleno rigor los testimonios precisos de cronistas e historiadores de Indias, y el escritor ha reconstruido con incitante amenidad la ardiente gesta de los varones de la Conquista. (Encuadernado, con numerosas ilustraciones.)

POETAS DE AYER Y HOY

EMILIO ORIBE: *Ars magna* \$ 100.—
Esta obra, digna de su título, es una alcanzada "pausa infinita", desde muy antiguas fuentes, presocráticas, en que eran idénticos filósofo y poeta.

CÉSAR ROSALES: *Vengo a dar testimonio* \$ 100.—
"Vivo testimonio" espera el autor que su obra sea, cuajada en lento madurar, plena de verdad, expresada con el más exigente vigor estético.

JAVIER VILLAFANE: *Atá el hilo y comenzá de nuevo* \$ 70.—
Poesía gozosa que torna reales y cotidianas, maravillosamente ciertas, las cosas imposibles y, con lógica aparentemente loca, le basta decirlas con ternura para que se dibujen limpias en la luz del día.

NOVELISTAS DE NUESTRA ÉPOCA

JORGE ICAZA: *Huasipungo* \$ 125.—
Libro que va en camino de convertirse en uno de los clásicos de la literatura americana, que se estudian para extraer las fuerzas creadoras de esta cosa potente y tremenda que es la novela de América.

MARCOS VICTORIA: *María Rosa en primavera* \$ 100.—
El cuentista de *Un verde paraíso*, saludado ya por la crítica como uno de los maestros del género, se encuentra nuevamente en esta colección de relatos magníficamente estructurados, con inagotable riqueza imaginativa y sutileza psicológica.

BIBLIOTECA CONTEMPORÁNEA

EMILIO PRADOS: *Jardín cerrado* (núm. 294) \$ 50.—
Después de su *Antología poética* (1922-1953) y *Río Natural*, la Editorial Losada publica ahora este libro, considerado por la crítica como el más representativo del poeta, hermano sencillo del dios Pan.

AZORÍN: *Lope en silueta* (núm. 295) \$ 30.—
Pocas veces Azorín se muestra más identificado con su tema que esta vez con Lope. Él mismo dice: "Lope es un gran periodista. Escribe una comedia con la facilidad y rapidez con que un diestro periodista escribe un artículo".

ARTURO USLAR PIETRI: *La ciudad de nadie* (núm. 296) \$ 50.—
Dos son las solicitaciones temáticas de Uslar Pietri: el terruño y el mundo. En los ensayos que forman este tomo habla el hombre andariego, el penetrador de horizontes, repleto de tiempo y recuerdos.

PABLO NERUDA: *Crepusculario* (núm. 297) \$ 35.—
Este libro data de la extrema juventud de Neruda, y por la madurez y belleza de sus versos puede considerarse al autor como uno de los raros casos de integridad creadora nata.

EDITORIAL

ALSINA 1131

BUENOS AIRES

LOSADA S.A.

URUGUAY - CHILE

PERÚ - COLOMBIA

Hubo un largo silencio. El perro arañó la puerta y Elvira lo dejó salir.
—¡Pobre bicho! —dijo.

—No veo por qué ha de ser un pobre bicho —dijo Margarita. De pronto, la forma de sentir la compasión en Elvira la irritaba, precisamente porque ella era tan susceptible de sentirla; precisamente porque ella pensaba días enteros en un perro perdido, en una vieja sentada en un umbral o en todas las cosas tan tremendas de la vida, que se tomaban, sin embargo, con tanta naturalidad.

Susana volvió a preguntar:

—¿Entonces creés que sirve?

—Naturalmente — dijo Elvira—, ¿qué te creés? Es una cosa bastante sencilla. Es una macana que no la hagan en los hospitales.

—Bueno...

—En los hospitales nunca se tienen en cuenta las necesidades reales —prosiguió Elvira—; en eso tenía razón el "viejo"...

Las otras no contestaron. Una especie de aburrimiento pesaba sobre ellas cuando Elvira hablaba de "el viejo". El padre de Elvira era un hombre importante, que convenía dejar en paz.

—Siempre tenés que decir algo de tu padre, aunque sea a favor —dijo Margarita, y las tres intentaron reírse pero, de pronto, desde la salida del perro, algo, una tristeza honda, que no hubieran podido definir y que no se parecía a nada se apoderaba de ellas. Era como si las luces mortecinas, las estatuas sucias, las ropas y las tazas de café empezaran a decirles secretos, cosas inevitables. Margarita se estremeció, irguiéndose en el almohadón en el suelo.

—¿Tenés frío? —preguntó Elvira, solícita.

Margarita meneó la cabeza. La pierna de Susana se seguía moviendo. Pero no se trataba de eso. Se trataba de... no era frío, pensó Margarita, miedo quizás... y, por primera vez esa tarde se dijo que tenía miedo.

—Sí, sirve... sobra —repitió, y en su voz había un leve tono de imperceptible reproche, como si no estuviera bien que, en el mundo, sólo ella, Margarita, supiera, entre las tres, cuándo sobraba y cuando faltaba el dinero—. Yo quisiera... —empezó a decir, pero se contuvo.

—En fin, ¿qué hacemos? —dijo Elvira.

—Mañana te telefono —dijo Margarita, como si se tratara de una historia entre ella y Elvira, como si Susana no estuviera presente.

A las dos las unía aquello, ese no estar presentes más que en las cosas que sucedían a terceros, un vago deseo de participar y de ayudar.

—Sería lindo tener el chico —dijo Susana.

—No seas cretina —dijo Elvira.

Margarita preguntó, también enojada:

—Decime: ¿qué tenés en la cabeza?

Era una casa en la calle Entre Ríos construída hacia 1910, cuando la rica burguesía ítalo-argentina creyó —erróneamente— en las posibilidades sociales del barrio del Congreso, inaugurado por una infanta española. En 1930 la casa fue remozada; conservaba sus amplias habitaciones, el enorme ascensor no encajonado, que marchaba lenta y seguramente entre hierros. Los plátanos tocaban con sus hojas secas de fines de verano los bordes de los balcones de mampostería y en el amplio zaguán brillaban las chapas de bronce de los distintos médicos que habitaban la casa. El sábado por la tarde pesaba sobre la calle y sobre la casa el silencio solemne y digno de los días de fiesta.

—Es aquí —dijo Margarita.

Susana miró el portal, vaciló un momento; Elvira la tomó del brazo y dijo:

—¿Qué esperabas? ¿Que te trajéramos a un cambalache?

Susana meneó la cabeza. Había perdido la arrogancia directa y provocativa de dos días atrás: estaba asustada y todos sus gestos buscaban protección.

—¿Estás segura que...?

—¿Cómo querés que no esté segura? —dijo Elvira. Cuando tomaron el ascensor Margarita notó que no era Susana quien tenía una palidez mortal sino Elvira.

Una enfermera abrió discretamente la puerta del primer piso.

—Tengan la bondad de pasar —dijo—. El doctor las espera.

Entraron en la sala que daba a la calle y se sentaron en un gran sillón de cuero que se hundió cómodamente, dulcemente, bajo el peso de ellas. Por el balcón abierto las tupidas hojas oscuras de los plátanos rozaban la baranda y las aislaban de la calle. En una mesita baja, en el centro del cuarto, había una cantidad de revistas argentinas y extranjeras. Margarita se precipitó sobre un "Paris Match" con una de las últimas realidades europeas en la tapa.

—¿Qué querés que te diga? —comentó—. Me fascinan estas revistas.

Tendió otros números a Susana y a Elvira. El silencio era total.

—¿Dónde habrá ido la enfermera? —preguntó Elvira.

Margarita tuvo un momento de rabia: había llegado el momento de disimular, ¡caramba!

—Ya viene —dijo; pero después de aquella frase, lo único que se sentía

en el ambiente era el rumor casi imperceptible de alguna hoja que se desprendía de los árboles.

—¿Será muy doloroso? —preguntó Susana de pronto.

—No... no creo —dijo Margarita—; como sacarse una muela, nada más.

—Pero a mí nunca me han sacado una muela.

—Y te van a dar cloroformo —dijo Elvira—, podés estar tranquila.

—¿Sabés? —dijo Susana—. Tengo miedo.

—No seas sonsa —dijo Elvira—, todas lo hacen.

Margarita iba a decir "Todavía estás a tiempo", pero no se atrevió, como si de pronto, ineludiblemente, dependieran de aquella cita, tan absurda, tan temible y tan costosa. No tenía costumbre de actuar por impulsos, los impulsos estaban condenados en el medio en que vivía, en la ciudad en la que trabajaba y vegetaba. No dijo nada, pero hubo un vacío en su vientre, un miedo que no era el miedo de Susana o de Elvira, sino el de alguien que quiere y no puede actuar, ligado por esas mil cosas que forman el principio y el fin de un ser, que lo destruyen o lo realizan.

Una puerta se abrió discretamente. Se pusieron de pie sin que la enfermera les dijera una palabra. El consultorio quedaba detrás de un corredor. Blanco, vitrinas con instrumentos de acero brillante, en una de las paredes el grabado inglés en colores de un caballo de carrera. El médico era un hombre bajo y delgado, de nariz larga, movimientos vivaces, con enormes manos y fuertes brazos peludos que asomaban por las mangas hasta el codo de la túnica impecablemente blanca y planchada. Les tendió la mano sonriendo.

—Bueno, ya estamos aquí —dijo jovialmente. Miraba a las tres curiosidad, como si quisiera burlarse de ellas, y Margarita dijo de pronto:

—Este... es mi amiga... —y señaló a Susana.

—¡Ah! —dijo el médico, meneando la cabeza y sonriendo— conquela más jovencita, ¿eh... Estas chicas, estas chicas...

Seguía de pie frente a ellas meneando la cabeza y, de pronto, Margarita dió un codazo a Elvira. Elvira buscó rápidamente en la cartera y tendió el dinero al médico.

—Es lo convenido, doctor.

El médico, con displicencia, puso el sobre en el cajón del escritorio sin abrirlo. Se puso serio:

—Bueno, acompañeme —dijo a Susana.

Susana miró alrededor.

—Es mejor que venga ella sola —dijo el médico rápidamente—, menos

líos, menos ruido... Hay que salir cuanto antes de esto, ¿no?

Ellas se miraron.

—Este... el cloroformo está comprendido en el precio, ¿no, doctor? —preguntó Elvira.

El médico la miró con aire astuto y sorprendido.

—¿Cloroformo? —dijo— ¿Para qué complicar las cosas?... Son cinco minutos... no le va a doler casi nada y, con cloroformo, tendría que pasar después descansando, hay peligro de vómitos... ustedes no querrán que sus padres se enteren, ¿verdad?

Ellas asintieron.

—Bueno, entonces la cosa queda entre ustedes y yo... pero, con cloroformo corremos peligro... algo al corazón... Así, como digo, es rápido y seguro.

El tono de él era tranquilizador, firme, y Elvira comprendió que la cosa no era tan tremenda como había imaginado la noche anterior.

—Adelante —dijo el médico.

Susana se volvió hacia Margarita.

—Me esperan, ¿verdad?

—Claro —dijo Margarita y la besó, para darle ánimo. Después ella y Elvira se encontraron sentadas en unos silloncitos verdes, con respaldo de acero cromado mirando hacia la puerta por donde había desaparecido Susana.

La mano larga, fina y nerviosa de Elvira se apretaba sobre el brazo del sillón.

—¿Crees que es mejor sin cloroformo? —dijo en un susurro—. Tengo miedo, Margarita, mucho miedo.

—Yo también.

—Pero eso del cloroformo es verdad, ¿no?

—No... no es verdad, —dijo Margarita— pero tal vez sea mejor.

Elvira no dijo nada. Miraba la puerta y, de pronto, Margarita vio que su espalda se curvaba y que unos sollozos convulsivos sacudían sus hombros y se ahogaban en su garganta.

Margarita tuvo un momento de pudor, como si, frente a aquel dolor real, fuera inútil ponerle la mano sobre el hombro, decirle que, allí estaba acompañada. Hizo un esfuerzo, acarició la cabeza de Elvira.

—No llores, por favor... no llores... no es nada...

—Nunca... —dijo Elvira— ¿sabés? Nunca... nunca voy a hacer el amor... es horrible...

—No... no... —dijo Margarita y su mano era de pronto inútil, y sus ojos se fijaban en la puerta y las dos hablaban en una especie de murmullo apenas perceptible. Elvira lloraba.

Ambas se incorporaron, tiesas, al oír el ruido. El extraño gemido prolongado de un animal, un gemido que sale de la carne y no de la boca.

Elvira había dejado de llorar. Su mano se crispó sobre el brazo de Margarita.

—Sí, —dijo Margarita— es ella... pero ya habrá pasado...

Las dos estaban absolutamente inmóviles cuando volvieron a oír aquel ruido. Después se abrió la puerta y apareció la enfermera.

—Esa chica está muy nerviosa y es difícil trabajar —dijo—. ¿No quiere venir una de ustedes a acompañarla?

—Voy yo —dijo Margarita.

El cuarto era pequeño y unas grandes lámparas iluminando un punto preciso dejaban el resto en tinieblas, porque las celosías, todo estaba cerrado o, quizás, no había ventanas ni celosías. Quizás no había en todo el cuarto más que aquellas piernas sujetas en el aire con correas, como una "V" monstruosa. Sólo esas piernas y el olor. No era un olor nuevo, no. Recordaba cosas. Un olor a carne fresca, como en las carnicerías a las ocho de la mañana. Y desinfectante. Pero era más fuerte el olor a la carne y a la sangre.

La enfermera la hizo avanzar hasta detrás de los reflectores. Entonces vió, sobre una almohadilla blanca, la cara de Susana, pálida, con una sonrisa forzada, que decía:

—Tuve miedo... ¿sabes? Quedate conmigo.

Margarita asintió, sin decir nada, y vió, entonces, una especie de hombreras de hierro, que sujetaban a Susana.

—Es una cobardona, —dijo el médico, riendo— hubiera tenido que atarle las manos, pero preferí llamarla a usted, a ver si se queda tranquila un momento.

—¿Sabés?... —dijo Susana agarrándole una mano, y Margarita vió entonces que los brazos de Susana estaban sujetos por correas hasta el antebrazo.

—Es muy nerviosa, se echa para atrás, no quiere quedarse quieta —dijo el médico.

Susana la miraba y, de pronto, el médico empezó a trabajar y Margarita supo que trabajaba por un ruido sordo que salía del vientre de Susana y por el olor, que parecía invadirlo todo, y porque la cabeza de Susana empezó a girar sobre la almohadilla de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, como enloquecida. No decía nada, sólo la cabeza que se movía y aquel extraño ruido pausado y repetido que raspaba un vientre. Después hubo un momento de terror, porque la cara de Susana, esa cara que se movía, dejó de ser la cara de Susana, y Margarita vio una lengua horrible y larga, que surgía como si Susana se ahogara, y ya no fuera Susana, como si fuera un monstruo, un animal abriendo y cerrando la boca

y entonces, cuando iba a estallar un grito que surgía acompasado con aquel rumor del vientre, la enfermera le tendió una toalla y dijo:

—Póngasela en la boca para que muerda —y Margarita lo hizo y Susana mordía la toalla y miraba como si no la conociera, y sus manos se agitaban en el aire, y mordía la toalla, como si quisiera decir algo, y tampoco gritaba, y todo era tan sordo como aquel rumor. Y Susana no era Susana, y no tenía ojos ni cara, sino esa mueca y esas piernas obcenas, en el aire, y las luces.

—Ya está —dijo el médico.

La cabeza dejó de girar y Margarita vió que sus manos retiraban la toalla llena de saliva.

—¿Ya está?

—Sí —dijo el médico.

Entonces Margarita se acercó a la luz, porque no quería ya ver aquella cara, que no era la cara de Susana.

El médico la miró con curiosidad.

—¿Usted no se impresiona? —dijo.

Ella meneó la cabeza.

—Estaba un poco adelantado —dijo el médico, mirando una palanquilla cuadrada, con pedazos de carne roja. De pronto, con la pinza, pinchó algo.

—La cabeza —dijo en un murmullo, como si dijera una palabra de amor a Margarita. Ella asintió y miró aquello, y no vió nada, y volvió a la cabecera, donde la enfermera aflojaba las espalderas de hierro cromado.

—Gracias por haberme acompañado —dijo Susana —sé que he sido cobarde pero que querés... es deprimente... ya pasó ¿no?

El médico se quitaba los guantes y la enfermera, que había desaparecido un momento, volvió a entrar, hizo funcionar el mecanismo que bajaba las piernas de Susana y abrió la puerta. Elvira, al entrar, se precipitó hacia la cabecera de la camilla. Besó a Susana, casi lloraba:

—¿Estás bien? ¿Ves que no ha sido nada?

Susana asintió con la cabeza.

—Hay que hablar a Roberto —dijo en un murmullo.

—Es mejor que no se mueva —dijo el médico— un ratito, nada más.

—Hablalo vos —dijo Susana y Elvira dijo unas palabras a la enfermera y desapareció unos momentos.

Todo volvía al orden en el cuarto: los reflectores se apagaban, el olor a desinfectante vencía todo. Susana estaba allí, echada, con las piernas tiesas, llena de algodones y de toallas. Púdicamente la enfermera le bajó la pollera y Susana sonrió.

—Dentro de un rato podrá irse —dijo el médico. Era otra vez muy digno, muy pulcro, con sus manos inmaculadas y su larga nariz.

—Estas chicas... —volvió a comentar. Se había quitado la túnica, dió la mano a Margarita, apretó la de Susana... — Otra vez no se deje pasar tanto tiempo. Es una suerte que... Bueno, vaya a su casa, acuéstese, descanse, no haga muchos movimientos y venga a verme dentro de dos días para ver como andamos. Entretanto a guardar cama y a portarse bien.

Salió y ellas no supieron nunca cuánto rato quedaron allí, en el consultorio vacío, bajo la mirada de la enfermera, hasta que Elvira decidió ir a buscar un taxi.

—Roberto está contento, muy contento de que todo haya salido bien —repetía Elvira.

Susana se incorporó penosamente, ayudada por la enfermera. Tenía la cara azorada de quien ha vivido algo que no entiende del todo. Caminando lenta, suavemente, tomaron el ascensor, subieron al taxi y Margarita dió la dirección de Susana. Susana le apoyó la cabeza en el hombro.

—Es mejor... ya todo se arregló... qué alivio... —decía.

La ayudaron a subir hasta el departamento en que vivía, aunque ella insistía en que todo estaba bien, que no necesitaba de nadie.

A las 7 de la noche, con una leve brisa que traía ya el olor a ceniza del otoño, Margarita y Elvira se encontraron en una cuadra del barrio Norte, y empezaron a caminar.

—Podríamos ir al cine —dijo Elvira.

Margarita meneó la cabeza.

—Es impresionante —dijo Elvira— pero ya pasó. Ahora somos más amigas que nunca.

—¿Más amigas que nunca? —preguntó Margarita. No sabía por qué pero, de alguna manera, era como si se hubiera interpuesto una barrera entre ellas, aunque no podía discernir la naturaleza de esa barrera. Quizás era aquella cosa gelatinosa que le había mostrado el médico, aunque nunca iba a hablar a nadie de la cabeza. Quizás eran las palabras que Roberto había dicho a Elvira en el teléfono, y que Elvira no había repetido. Quizás...

—No sé —dijo— tengo la sensación de que... de que todas nos hemos alejado, de que nunca podremos hablar igual... hablar como hemos hablado... fué muy feo, ¿sabés? —y pensaba en la cara de Susana, la cara que iba a alejarla para siempre de su mejor amiga, aunque siguieran viéndose y hablando.

Zumo humano

ERA un suburbio como otro cualquiera. La calle desapareja, de veredas angostas, enfrentando dos monótonas hileras de casas chatas y grises, de cuyos corredores escapaba un tufo agrio de frituras y humedad.

En alguno de los corredores, como oscuro amplificador, se golpeaban las voces de hombres y mujeres, existiendo entre las paredes indiferentes de las piezas. Un mundo metido allí, a empujones, apretujadamente, forzadamente; un mundo que no cabiendo, sale a la calle casi asfixiado a tropezar con el primero que pase, aturdiéndole los oídos, golpeándole el pecho, abofeteándole la cara.

Luis vivía en una de esas casas; pero su voz no se golpeaba con las otras.

Luis estaba acostumbrado a callar, a mirar y callar. Le dolían las voces de los otros, que parecían latigazos restallando en el aire, constantemente. ¡El silencio era de una sonoridad maravillosa! ¡Tenía tanta paz ese vacío sonoro!

Descansaba, cuando de noche, sobre el puente que cruzaba el río, todo quieto ya, sólo punzaba el aire el murmullo grave del agua, moviéndose suavemente y golpeando contra la muralla.

Todo cambiaba entonces; los gestos agrios, las miradas quemantes, las palabras afiladas habían desaparecido, tragados por la oscuridad. Entonces palpaba su cuerpo, sentía su sangre, escuchaba su propia voz como un sonido único. Era él, estaba él; los demás no lo habían destruido, todavía le permitían seguir viviendo en ese infierno de hombres amargados.

¡El todo lo sentía distinto! ¡Hasta a "ella" la sentía distinta! La veía de otra manera de como la veían los demás.

Cuando estaba con los muchachos en una de esas esquinas, tan parecidas todas, y "ella" pasaba, le miraba los ojos. ¡No eran ojos esas pupilas quemantes, eran manos, manos violentas, sucias, desesperadas, que bajaban desde la garganta hasta los pies!

Entonces sentía un asco inmenso que lo torturaba y le cerraba la boca. Él sabía muy bien lo que era Ofelia; ¿pero por qué? ¿Por qué no podía ser como él la había soñado? ¿Por qué era así?

Entonces no faltaba el que golpeándole el brazo le decía socarronamente:

—¡Qué hembra esa! ¿No te gustaría pasar una noche con ella? ¿Vamos, contestá? ¡O es que le tenés miedo! ¡Ponés unos ojos cuando la mirás! ¿No te habrás enamorado, no? ¡Dale, animate, a lo mejor te da calce! A nosotros nos fue bastante bien, ¿no muchachos?

Y seguía clavando hondo, más hondo, sin importarle nada, por gusto de lastimar.

Entonces Luis, pálido y asqueado de todo, se daba media vuelta y enfilaba para el puente.

Allí, a solas, apretándose las manos con rabia, se insultaba, se rebajaba, se maldecía; "¿no te habrás enamorado, no?", y las palabras retorcidas por el hombre para golpear, le punzaban el oído una y otra vez.

Sí, se había enamorado, estúpidamente, como un imbécil. Y no de la Ofelia a la que sus amigos manoseaban con la mirada, sino de la otra, de la Ofelia que podía haber sido. ¿Cómo hacía para separarlas?

Cuando ella pasaba, y los demás seguían ávidos, las formas delineadas bajo la falda ceñida o adivinadas bajo la blusa semidesprendida, él sólo miraba su cara, pintada con exceso, pero aún así conseguía advertir los profundos ojos de color miel, casi aninados; la boca pequeña, diríase inocente, el óvalo claro de la cara, y la imaginaba, en cualquier parte, con tacones bajos, la falda amplia y una inofensiva blusa, íntegramente abotonada. ¡Era otra Ofelia! ¡Su Ofelia!

Pero nada podía apartarla de su condición de ramera. Ella parecía sentirse inconscientemente cómoda dentro de su hermoso cuerpo, y ya se había hecho carne en ella ese deseo físico de agradar.

Era como una bestezuela joven, instinto y sexo, libre al albedrío de sus sentidos clavándole en la sangre alfileres de lujuria. La corrupción de Ofelia no tenía un precio; venía de atrás, de más atrás, mezclada con un sentido de inmoralidad casi feliz. Ella era feliz siendo así. No debía conocer el verdadero amor; el que sublimiza todo contacto carnal. Ofelia no debía saber que tenía un alma, ajena a ese trajín agotador y sucio de su cuerpo. Nadie le había hecho pensar en ella.

Luis se avergonzaba de quererla. ¿Qué podía él contra ese instinto desatado? ¿Acaso podía cambiarla? ¿Y si le hablara: le escucharía? ¡No, se burlaría de él, le consideraría un pobre muchacho, más tonto que los otros! ¿Qué sabía ella lo que era amar, y de qué es capaz el que quiere limpiamente? ¿Por qué tenía que quererla?

¡Ojalá pudiera mirarla con la misma codicia de los otros! ¡Eso hubiera sido tan fácil!

A esos otros no se les había escapado la reacción distinta de Luis. ¿Qué le pasaba con Ofelia? ¿Le tenía miedo, o no se animaba? ¡Algo había que tramar, tenderle una trampa, total, nadie perdía nada!

Y fue el más cínico de todos el que planeó las cosas.

Una noche le preguntó a boca de jarro, buscándole la mirada:

—Decime Luis, vos no te animás, pero yo quiero ayudarte. ¿Querés

que te la hable yo? Yo sé que te gusta Ofelia y... qué sé yo, se te hace difícil, pero no es tanto como vos te imaginás. Está bien que la chica vale, pero... ¡ése se deja convencer!

Luis se hubiera tapado los oídos para no oírlo, le hubiera cruzado la cara una y mil veces para hacerlo callar. Sentía unas náuseas terribles: "¡se deja convencer!".

Sí, ya sabía él que era fácil convencerla; ¿acaso no la había visto con todos ellos?

Y eso era lo que lo asqueaba; ¿qué le importaba hacer lo que hacían todos, qué le importaba Ofelia así, como la querían ellos?

Haciendo un esfuerzo se dio vuelta y le contestó:

—Ofelia no me interesa, y no necesito que hables por mí; ¡cuando yo quiero algo, lo consigo yo!

—¡Bueno, está bien! —saltó el otro—, yo creí que no te animabas; ¿pero... gustarte, te gusta, no?

—¡Eso es cuenta mía y a vos no te importa! —contestó Luis, y hundiendo las manos apretadas de rabia en los bolsillos, se apartó sin decir más.

Todo no quedó allí. Había que seguir indagando. Algo se traía Luis y debían descubrirlo.

¡Ah, no, había que llegar hasta el final! ¡Luis no se iba a reír de ellos! No era ni mejor ni peor que ninguno de todos; entonces, ¿por qué no iba a sentir en la misma forma? Lo conocían bien hombre, ¿por qué se achicaba entonces?

Esa noche caía una llovizna casi tibia sobre el suburbio. La calle chasqueaba bajo los pies de los hombres, sucia y pegajosa.

En el café, los de siempre; inclinados sobre la mesa verde unos, otros paladeando un cigarrillo en torno a la pequeña mesa, donde humeaba el café barato, insoportable.

Uno del grupo reventó la colilla en el cenicero y dijo:

—A mí me parece un disparate la idea. ¿Y si él no quiere, acaso lo vas a obligar a que se acueste con ella? Además, esa no es mujer, todavía, para acercársele a nadie. Hoy por hoy tiene arrastre y espera. ¿No les parece?

El cínico dejó escapar el humo entre los dientes y contestó sonriendo:

—¿Y si yo la convengo? le puedo decir que él no se anima; que el pobre está loco por ella, que sea buena... y lo comprenda al pobre muchacho. ¡Vos sabés que a las mujeres por el lado del "cuore" te las metés en el bolsillo! ¿No les parece formidable? ¡Si ella se ofrece, no se va a poder negar! ¡Ahí viene lo lindo; vamos a ver qué hace entonces! ¿No le va a decir que la mamá no lo deja, no?

Risas generales, bromas de tono subido; se encendió el grupo en un palabrero casi ininteligible, hasta que uno señaló y levantó la voz:

—¡Ahí va Ofelia! ¿Y, se decidió o no?

El cínico corrió la silla, se puso de pie casi ceremonioso, y pausadamente contestó:

—¡Voy a cumplir con mis funciones de embajador! Si viene Luis, ni una palabra. Van a ver si no la convenzo a la piba. ¡Le va rogar a Luis que salga con ella, van a ver!

La llovizna continuó cayendo, más espesa, como humo, mientras la calle seguía chasqueando al paso de los hombres.

Luis advertía algo en las miradas. Nadie decía nada, pero se respiraba una atmósfera de impaciencia, que Luis percibía intrigado.

¿Qué tramarían éstos? El día anterior se había cruzado con Ofelia, y por primera vez ella lo había mirado. La caricia casi, de sus ojos color miel, le había resbalado sobre la piel como agua hirviendo; ¡lo sintió en la sangre!

¿Por qué lo habría mirado así, en esa forma? Él no quería traicionarse, ni tampoco que se rieran de él. ¡Enamorarse de una prostituta! ¡Claro que era una locura! Pero... esa mirada... ¿qué significaba? Si él jamás le había demostrado interés; hasta la esquivaba. ¡Era el único del grupo que la había ignorado!

¿Lo buscaría para demostrarse a sí misma que les interesaba a todos, sin excepción; o tal vez para demostrarle a él que ella era más fuerte?

Y bien, ¿qué ganaba él con morderse por dentro, llenarse hasta el borde con esa saliva amarga que le llegaba a los labios, si todo era imposible?

Ofelia no podía desandar el camino; tenía pegados a su falda demasiados ojos que la escudriñaban como buhos en el crepúsculo. La blusa parecía apretarla con cien manos, y en la boca debía tener gusto a todos. ¡El sería uno más!

Tal vez esto lo curaría de esa idea estúpida. El verla tal cual era sería duro, pero era una experiencia que necesitaba; sí, lo comprendía.

Sería una cura difícil; pero debía intentarla. Completaría el grupo; él era el único que no había bajado; seguía describiendo círculos casi azules, sobre la cabeza vacía de Ofelia.

¡Cuántas tardes, una tras otra, mirándola desde arriba; sólo él, como un buitre blanco, temeroso de herir la carne sucia!

Hubiera preferido ver los huesos desnudos, carcomidos hasta la saciedad, y seguir en su vuelo sin haber participado de la orgía. Pero he aquí que Dios sabe cómo mueve a sus criaturas; ¡y con cuánta pena iba a imitar a los demás!, sin codicia, sólo con la amargura que le mojaba las carnes desde adentro!

Era estúpida esa sensación de vacío que sentía en el estómago, cada vez que pensaba en lo mismo. Casi sin darse cuenta evitaba las oportunidades

en que podía tropezar con ella. Después, a solas, se burlaba de su conducta. ¿Qué le estaba pasando? ¿No había resuelto poner fin a esa lucha interior que lo desesperaba? ¿Por qué no hacerlo cuanto antes entonces? ¡Terminar de una vez con ese sentimiento absurdo que lo idiotizaba!

Allí, parado, con la mano izquierda en el bolsillo del pantalón, y la derecha apretando el cigarrillo, Luis esperaba. ¡Estaba obligándose a esperar!

Se acordaba ridículamente, sin saber por qué, de la primera vez que su madre lo llevó a casa del dentista.

Para su imaginación tremenda de niño, los minutos habían durado años, y cuando salió del consultorio, con el fuerte olor de la pasta rosada llenándole la nariz, y vio de nuevo la calle, llena de sol todavía, y los árboles con un tumulto de gorriones latiendo sobre las ramas, se puso a reír, sin saber por qué, y apretando con fuerza la mano de la madre, se sintió feliz, feliz por vivir, feliz por ver todo lo que estaba viendo, por ser niño.

¿Por qué se le ocurrían esas cosas ahora?

Ella ya estaba allí; arrojó el cigarrillo con fuerza, y de nuevo sintió derramarse sobre su piel la mirada de Ofelia.

Le tomó el brazo; percibió el temblor de ella al contacto de su mano fría; ¡cierto, tenía las manos heladas!

Comenzaron a andar. Los pasos retumbaban en su cabeza como golpes en un tambor. Sentía la presencia de los "otros", ya.

Los ojos de los buhos brillaban como esmeraldas prendidas en el borde de la falda de Ofelia.

Su perfume fuerte, y casi ofensivo, la envolvía toda. (Luis ya casi no recordaba la imagen de la Ofelia de tacones bajos y falda amplia). La blusa semidesprendida aleteaba incesantemente.

Doblaron la calle, y la sombra de Luis casi se fundió en la de ella.

El aroma dulce de los jazmines que besaban blancamente la pared, acabó por envolverlo.

A pesar de todo, una sensación de desagrado le hormigueaba por el cuerpo... Sintió la misma sensación cuando llegaron al cuarto. Estrecho, oliendo a humedad, su atmósfera era asfixiante.

Cuando Ofelia sacudió su ropa impregnada de perfume, sintió el mismo embotamiento que producen los vapores del vino barato.

Allí estaban todos, hasta el buitre blanco, en una danza extraña alrededor del lecho. (¿Dónde estaba su amor, el amor por esa Ofelia distinta que había forjado en su imaginación?).

No recordaba nada. Sólo estaba esta Ofelia, la de todos, esta vez con el único que faltaba, él. Y cuando miró sus ojos, muy de cerca, recién descubrió que no tenía las pupilas de color miel.

Su boca no tenía esa frescura de flor recién abierta que había imaginado en sus sueños; era una boca abandonada, tal vez cansada de besar, o de que la besaran.

Su piel sí tenía la tersura del damasco nuevo, recién amanecido en el árbol; era de una aspereza suave, que invitaba a la caricia. Todavía podía salvar en Ofelia lo que aún quedaba de fruto joven.

Todavía podía sustraerla a su mundo de hombres en espera. Su vida era como un laberinto lleno de esquinas, y en cada esquina la luz de un cigarrillo aguardando. Ese abandono de su cuerpo no era sólo de él, lo sabía, era el gesto repetido del que realiza un hecho día tras día, con la monotonía de una obligación.

El podría defenderla de esa monotonía oscura y pútrida. Tal vez él, con sus pobres sueños de bolsillos vacíos, podría arrancarla de ese lodazal, y llevarla hasta el puente, a mirar el cielo cuando se acuesta sobre el río.

Le hizo más feliz esa idea de un futuro creado por sus manos, que los brazos de ella rodeando su cuello, tibios, tan cálidos como el aire de ese septiembre enloquecido de jazmines.

Luis creyó; ¡le era tan fácil creer!

Creyó en aquella sonrisa de asentimiento; en aquellos encuentros, donde sólo estaba él, después de él; en sus noches blancas, con los buitres voraces detrás de su puerta. Creyó, porque era necesario que creyera; eran sus propios sueños los que estaban entibiando la almohada de Ofelia. Le había dado el caudal maravilloso de su fe, como quien da un girón de su propia piel.

Luis tenía que creer, lo necesitaba.

Aquellos de la esquina, con las espaldas pegadas a la pared y las manos muertas, abandonadas en los bolsillos, no le quitaban los ojos de encima.

¡Claro que le llegaban esas miradas!

En algunas había risas contenidas, que le dolían más que una bofetada; en otras, desprecio. Todas allí, estáticas, mordiendo cada día el aire de la noche, cuando pasaban Ofelia y él.

La atmósfera del cuarto, con ese hálito húmedo que le había desagradado la primera vez, se le había hecho familiar.

Solamente le dolía el desenfado de Ofelia; esa naturalidad casi animal de su instinto, sin leyes ni reglas sociales, sin restricciones ni convencionalismos.

Pero eso no podía perderlo; se había ido gestando día a día, noche a noche, en la oscuridad cómplice de su cuarto.

Poco a poco la iría separando de esas paredes, donde habían golpeado

las vibraciones de tantas voces. Debería crearle un mundo nuevo, donde sólo habitara su voz, sin el eco de otras escuchando la suya...

Después de un tiempo, una noche más tibia que las anteriores, una mano detuvo el brazo de Luis, en la vereda con olor a café barato.

—Decime, ¿no te das cuenta de lo idiota que sos? La tal Ofelia, ni “cambió de trabajo”, ni te es “fiel”, como vos pretendés. Abrí los ojos y desayunate, que ya se te pasó la edad de los reyes magos, ¿eh?

Fue todo tan rápido que ni siquiera pensó; su mano rígida casi de piedra, transformada en un mazo, sobre la cara del otro. La caída, los otros muchachos haciendo rueda, las voces, la calle toda sobre su angustia de hombre demasiado joven. Luego la huída, su desesperación y su vergüenza...

¿Y toda su fe, encerrada allí, en ese cuarto, para qué? ¿Todo su afán de creer que Ofelia tenía también su fondo bueno, que sólo era necesario desnudarla de toda la suciedad que la cubría?

Todavía la fe de Luis seguía en pie; debilitada, herida, socavada, pero aún en pie.



EL LIBRO
ASOCIACIÓN CULTURAL ARGENTINA

CONSEJEROS: PEDRO RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, EDITORIALES

"EL LIBRO ES LA CREACIÓN QUE MÁS BENEFICIA A LA HUMANIDAD"
— PROPAGARLO ES NUESTRO FIN

**PERIÓDICO BIMESTRAL DEDICADO
ESPECIALMENTE A LA PROPAGACIÓN DEL LIBRO**

DIRECTOR: PEDRO RODRÍGUEZ SÁNCHEZ

Letras — Doctrina — Reportajes — Informaciones
— Comentarios de libros — Cartel de bibliografía
Suscripción anual: \$ 30.— moneda argentina.

DIRECCIÓN: PERÚ 127 — BUENOS AIRES — ARGENTINA

Durante varios días evitó a Ofelia; ni siquiera vio a los muchachos. Le dolía demasiado el alma para respirar el aire de la calle. Mientras tanto, un temor sordo iba creciendo poco a poco, agigantando la duda, creándole la necesidad impostergable de saber, saber definitivamente.

¡Esa noche no pudo más! Las sienes le martilleaban, y un dolor agudo, casi refinado, le atravesaba el cerebro brutalmente.

Salió tarde, como ocultándose de sus amigos. Prefería no ver a nadie; ¡hasta las voces lo lastimaban!

Se encaminó hacia allí. Sus pasos lo llevaban casi sin quererlo él. Su sombra se alargaba en la vereda, como la de un árbol viejo. Cuando pasó junto a los jazmines, una nostalgia casi húmeda le tocó la cara. Todo lo demás no había cambiado; sólo el aire era más caliente, más íntimo.

Tal vez Ofelia lo esperara, y toda su angustia se derramaría sobre ella como ese aire caliente sobre los jazmines. Sintió un deseo enorme de llegar, de comprobar que su fe no era ciega, que su locura no había dejado de ser maravillosa...

Le bastó la mirada de ella, de esas pupilas que no habían sido nunca color miel; la puerta entreabierta y atajada desesperadamente con el pie, la voz cortada y sin fuerza, el cabello lleno del aire del verano, para comprender. No quiso saber más. Ya no le importaba quién estaba allí destruyendo brutalmente su fe, encerrada allí, a manotazos, como si fuera una torre de arcilla. Huyó de su propia imbecilidad. Esos mismos pasos, conscientes de su carga, lo llevaron hasta el puente.

Y allí, con los brazos cobijando su cabeza como en un regazo, lloró, lloró con una desesperación tremenda.

Algo se había quebrado dentro suyo, y los trozos filosos le atravesaban la carne sin piedad. Allí estaba todo su dolor de hombre sano, empujándole el pecho con un ritmo grave, casi musical.

Ya había pasado lo peor; Luis levantó los ojos, amanecía.

Todo seguía siendo igual; sólo algo había crecido en él; su propia conciencia.

El elegido

"Entonces la mujer de Lot miró atrás, a espaldas de él, y se volvió estatua de sal."

(GÉNESIS)

SINTIÓ que las fuerzas comenzaban a abandonarla. Se volvió entonces hacia Lot y le suplicó:

—¡No puedo más, Lot! ¡Detengámonos, te lo ruego! ¡Un momento!... ¡Un momento solo!...

Sabía sin embargo que era inútil hablar, que él no se detendría. En sus oídos sólo podía tener resonancia la voz que había ordenado: "Escapa por tu vida; no mires tras ti, ni pares en toda esta llanura..."; lo contrario, exactamente, de lo que ella pedía...

Y algo en su interior se rebelaba: ¿es que él no podía comprender? ¿Tener lástima de ella? ¿Una pobre mujer que apenas salía de su casa y que sólo se aventuraba hasta los tapiales de su huerto? ¿No veía acaso desfallecer a las niñas? ¿No las escuchaba llorar, prendidas de sus faldas? ¡Era ella, que apenas tenía ya fuerzas para arrastrar su propio cuerpo, la que debía sostenerlas y encontrar las palabras para sosegarlas!...

Miró a su alrededor con desamparo. ¡Todo estaba tan oscuro todavía! Y nada, todavía nada en el horizonte... ¿Llegarían algún día?

¿Llegar? ¿Pero adónde? Él lo sabía, pero ella no. Él lo sabía todo y por eso estaba tranquilo y seguía su camino...

Nunca dudaba. Además, Jehová se lo había dicho. Porque era justo y podía hablar con Él.

Miró el perfil duro de su marido y pensó que debía ser hermoso poder hablar con Dios. Hermoso, y también terrible... Se daba cuenta cuando Lot lo hacía porque de pronto se ponía más serio, sumido en sí mismo, como si se escuchase crecer por dentro.

En esos momentos sabía que era inútil llamarlo; él nada hubiera oído. Aunque ella hubiese aullado de dolor, junto con las dos niñas. Aunque la casa se hubiese desmoronado y la tierra se hubiera abierto bajo sus pies...

Ella lo adivinaba y por eso procuraba no molestarlo. Pero le daba un poco de miedo mirarlo y sentirlo tan alto, todo lleno de su secreto. Y le tenía un poco de lástima también, porque sabía que después se quedaba solo, con esa gran voz resonando dentro de él, y sin poder gritarla. Con ese gran mensaje bullendo en él, y sin poder transmitirlo...

Nadie hubiera sido capaz de comprenderlo: los hombres de la ciudad

lo hubiesen mirado y hubiesen volcado sobre él su odio. Lo hubiesen anegado en su burla y su desprecio.

“¡Mírenlo a Lot, al extranjero! —hubieran exclamado—, habla con su Dios. ¿Veamos lo que le dice?

Que estamos contaminados y debe apartarse de nosotros... ¡Cuidado! ¿Y qué más?

Que alce su tienda y huya. Que levante su morada más lejos, donde la tierra es pura todavía...”

Y, sin poder disimular ya su solapada envidia, hubiesen agregado: “Bien aconsejado, ¿no les parece? ¡Que se aleje nomás!... Nada tiene que hacer aquí. Nos fastidia su aspecto distante y superior; se da aires de virtuoso y es sólo un hipócrita y un impotente. ¡Que se vaya de una vez!”

¡Pobre Lot! Sería siempre el extranjero, el que no se mezcla. El Elegido. Su maldición era estar por encima de todos, de ser mejor.

Los mejores estaban solos.

El cielo se llenó de claridades extrañas. Pasó una bandada de pájaros, dibujando entre las nubes mil sombríos presagios.

Pensó en su casa. En la casa de ambos...

¿Realmente, a él no le importaba? Hacía horas que lo contemplaba marchar a su lado y ni una lágrima había visto asomar a sus ojos.

Verdad que era forastero —como ellos bien decían—, que venía de otras tierras. Y sabía que su morada era sólo transitoria... Estaba allí, en Sodoma, pero del mismo modo podía haber estado en cualquier otro punto de la tierra en que sus bestias hubiesen hallado pastos tiernos.

Sabía que su destino era siempre seguir, no detenerse nunca... Nunca estar tranquilo ni poder decir: “Hasta aquí he llegado. Voy a sentarme ahora a la sombra del árbol que planté para contemplar mi obra”. Porque Dios lo había hecho ambicioso, duro consigo mismo, y sólo podía hallar su contento en la meditación y el ensueño de lo que vendría.

Pero ella era mujer; a una mujer no podía arrancársela de la casa en que había vivido tantos años y decirle de la noche a la mañana: “Debes salir ahora conmigo y dejarlo todo... Cierra los ojos y sígueme. Y, sobre todo, no vayas a volverte ni mirar atrás”...

Como si todo lo levantado a través de quince años perdiese de pronto su importancia: dejar caer una túnica usada y seguir su camino... Y todo aquello que había sido su vida desde que habían comenzado juntos, todo aquello era preciso olvidarlo, así nomás, de la noche a la mañana... ¡Y ni siquiera podía una detenerse a llorar!

Sabía que si él hubiese condescendido en hablarle le hubiera dicho seguramente:

“Mujer, te escucho lamentarte y me asombro. ¡En esta hora terrible

en que el mundo va a ser destruido y en que Dios te concede la gracia inefable de su salvación, gimes y te conduces porque te ves obligada a abandonar tu vieja mansión!

Pero yo te pregunto: ¿puede una morada, por más suntuosa y magnífica que sea, tener más importancia que la vida misma? Piensa, mujer, la tuya era pequeña y sólo tenía un simple revestimiento de tierra roja...”

Y él hubiera tenido razón, sin duda; era una gracia maravillosa, la que Jehová les otorgaba. Ella comprendía muy bien que no había tiempo, que era ridículo ponerse a gemir... Que todo el precio que podían pagar por ese rescate era poco...

Y sabía bien que su vivienda no era un palacio. Pero era su casa, sin embargo, y algún día, quién sabe, a fuerza de mejorarla despacito hubiese llegado a ser hermosa, casi un palacio para ellos... Cuando Lot la condujo hasta ella, la había aceptado en seguida, sin pensar si era fea o hermosa. Y la había dispuesto y adornado. Y, aunque nunca hubo lujo en ella, quiso que no faltase nada. Y que cada uno de los rincones fuese de ellos. Una casa que crecía lentamente con ellos, que no hubiera podido pertenecer a nadie más, porque sus vidas estaban escritas en cada una de sus paredes; porque en los patios resonaban sus voces de una manera única y familiar; y los objetos eran grandes o pequeños, según pareciesen a su lado o al de Lot.

Sabía que pronto tendrían otra casa, y quizá fuese más grande y mejor dispuesta que la que habían tenido hasta entonces... Y tal vez la decorasen bellos mosaicos de colores y hasta tuviese su huerto y su molino...

Pero sería preciso hacerla suya de nuevo, y eso requeriría mucho tiempo, y tener la esperanza bien alta, y ser él y ella como recién casados otra vez...

¿Tendrían el impulso necesario? ¿Después de tanta muerte, de tantos esfuerzos malogrados?

No estaba segura...

¡Lo peor era ese silencio!... Ese silencio que crecía, planeaba, era como un gran pájaro amenazador que se cernía sobre la llanura...

¡Resultaba tan extraño amanecer fuera de su lecho, levantarse y moverse sin la protección de los muros, y también sin el firme límite de los muros! ¡Tan extraño pensar que no importaban los minutos, los minutos sabiamente repartidos de la mañana y de la tarde, sino que sólo existía una hora sola, la hora del fin y del desastre!...

¡Se sentía tan confundida! Como moviéndose en el vacío de lo que no tenía sentido. ¿Por qué no estaba, como cada mañana, en el frescor del patio, vigilando el lento despertar de la casa? ¿Escuchando el rasqueteo de las hojas de palma y el alegre chapotear de las aguas sobre las lajas del portal?

A esa hora Lot se acercaba habitualmente y ella le ofrecía el tazón lleno de tibia leche que él bebía en silencio. Y luego salía al campo con los hombres y las viñas se llenaban de sus voces y sus cantos...

Nunca había sido holgazana, todos lo sabían muy bien, y ninguna esclava podía jactarse de haber estado jamás en pie antes que ella: conocía lo que significaba el ojo del ama, controlando cada una de las pequeñas tareas de la casa...

¿No era siempre la primera en correr hasta el horno para extraer los panecillos ácidos? ¿Quién, mejor que ella, hubiera podido advertir su exacta sazón: ni demasiado crudos ni tampoco arrebatados, tales como a él le agradaban?

¿Qué tenía que hacer una mujer en el desierto? ¿Allí donde todo era oscuro, e impreciso, y posible de pronto? ¿Donde crecían el terror y los sueños estériles? ¿Donde el eco llamaba, donde el cielo era terrible? Ella sólo había conocido un cielo pequeño, familiar, que sonreía entre los racimos de la parra.

¿Qué tenía que hacer una mujer allí, sola, lejos de todo lo que la había rodeado siempre —en lo que ella se apoyaba y que, a su vez, en ella se apoyaba—, para ser traída bruscamente a esa soledad, y tener que asumir ese papel que la desbordaba, para el que ella nunca había estado preparada, de la complicidad con Dios?

¿Y tener que unirse a Dios en su labor de destrucción y muerte, y juzgar con él y destruir con él todo lo que había amado hasta entonces?...

¡Tenía tanto miedo! El aire se llenaba de voces, de miradas...

¿Por qué, si durante quince años había podido vivir tranquila, cumpliendo con sus obligaciones y tareas, tenían que venir ahora a importunarla esos recuerdos?

Siempre había ignorado lo de afuera —hasta los rostros y vestimentas de la gente—; le bastaba con envolverse en su túnica de estameña, cuando llegaba el frío, con quitársela, cuando el sol se hacía ardiente y se demoraba en la copa de las palmeras...

Sabía naturalmente que esos rumores acechaban... En el silencio que miente de las siestas penetraban por las rendijas de las puertas, trepaban por los paredones del patio. Ella no les temía, sin embargo. Y cuando crecían en intensidad, hasta el punto de que se hacía imposible ya ignorarlos, se tapaba los oídos con las manos y se ponía a cantar. O comenzaba a dar órdenes en voz bien alta, y los ahogaba en un júbilo de aguas y tareas hogareñas...

Y a veces bajaban las caravanas y los hombres golpeaban a su puerta. Las niñas querían ver y le costaba algún trabajo disuadirlas. Les inventaba mil historias para tranquilizarlas. Pero ellas volvían sus cabecitas y una y otra vez preguntaban:

RECIENTE PUBLICADO

NANCY GRAHAM

el jacarandá púrpura

¿Es esta gran novela australiana esencialmente de suspenso? En el borde de los desiertos misteriosos que cubren una gran parte de la inmensa superficie de Australia, en un pequeño puerto que se asoma a los mares tan disputados en la contienda de las dos grandes fuerzas que se enfrentan en el mundo actual, el suspenso tenía que estar necesariamente ligado con ramalazos de trágicas luchas de espionaje, en una trama más apasionante que la más enmarañada novela policial, y el todo vibrante de hondas evocaciones. El *jacarandá púrpura* que marca el relieve señero de aquella casa, queda en la mente de cada lector pegado al recuerdo imborrable de hechos llenos de violencia, de emoción, de sentimientos de una delicadeza enternecedora y de la más implacable crueldad. Precio: \$ 100 m/n



editorial goyanarte

PARAGUAY 479

T. E. 31-3694/5163

BUENOS AIRES

—Dínos, madre, ¿qué traen esos hombres? ¿Por qué no podemos salir a verlos?

Entonces, afortunadamente, había que atender siempre alguna cosa urgente y ella aprovechaba para volverlas de prisa a la paz de las habitaciones...

¡Pero ahora, de pronto, esos fantasmas la envolvían, la asediaban por todos lados y la buscaban!...

¿Era posible que no oyese Lot ese lamento?

Se parecía al grito horrible que habían escuchado aquella noche, junto a su puerta...

Ella se había sobresaltado y lo había llamado. Murmurando confusas palabras de protesta, él se irguió en su lecho y prestó atención.

—Es un borracho —dijo, y se volvió contra la pared.

Pero ella había quedado escuchando y a cada momento se hacía más doloroso el lamento, y más entrecortado.

—¡Lot! ¡Lot! —insistió—, tal vez esté herido.

—El perro sarnoso, de su sarna muera —le contestó él y otra vez se volvió y se durmió hasta el alba.

Pero ella, encogida en su lecho, temblorosa e insomne, quedó oyendo ese gemido que no cesaba nunca, nunca... Hasta que de pronto se interrumpió y todo quedó en silencio.

Y a la mañana siguiente alguien pasó y dijo:

—Este parece que no baila más.

—¡Eso sí que tiene gracia! —comentó otro, riendo—. ¡A la puerta de Lot vino a terminar la fiesta!...

Muchas veces había pensado que era un hombre extraño: como una palmera, que crecía hacia lo alto pero que apenas daba una sombra pequeña y recortada...

Muchas veces se había preguntado si ella le importaba verdaderamente.

Recordaba ese día, hacía quince años. Lot había venido a buscarla a la tienda de su padre... Ella había mirado a ese hombre alto y ceñudo y se había puesto a temblar; aunque él no era viejo, había en todo su rostro algo duro y cerrado como si ya hubiese recibido su ración de vida y se hubiese negado a aceptar más. Y la había elegido, no como quien escoge una barca para hacerse a la mar, sino apenas un muelle tranquilo donde encallar sus días.

Su padre le había ordenado que lo siguiera, y ella lo había hecho con alegría, porque deseaba casarse, y sentir la protección de un hombre fuerte. Y deseaba también tener hijos, y criarlos en el temor de Dios.

El la había traído a la casa y le había dicho: "Esta es tu casa; cuidala y tenla limpia". Y nada más le había dicho, aunque era la noche de sus

bodas. Y cuando la tomó y la poseyó, lo había hecho como quien cumple un deber más: sin alegría ni pasión, sino solamente sabiendo que era lo justo.

Y ella se había sometido y había tratado de ahogar ese temblor que subía por su cuerpo, esa ternura que había venido acumulando desde su infancia, para brindarla en esa sola noche, su primera noche de amor...

De pronto, él la miró. A ella le pareció adivinar en su rostro un mudo reproche helado. ¿Habría sorprendido sus pensamientos?

¡No! ¡No! ¡Él no podía acusarla!... ¿Acaso era ella quien había abierto la puerta? Dios era testigo que sólo había acudido por ver lo que pasaba; porque la había despertado la algarabía de la fiesta.

Entonces, sin saber cómo, se había levantado y había salido en puntas de pie, al patio; en mitad del cielo zarco estaba detenida la luna, fantástica e inmóvil. Un perfume doloroso, intensísimo de azahares llenaba el aire.

Había entrevisto la calle profunda, extraña; las casas quietas, blancas de luna. Había escuchado ese canto que crecía, llegaba siempre desde alguna parte...

De pronto, antes que ella hubiese podido esconderse, había surgido el grupo de hombres, con su paso lento y cansado de delicias. Él estaba allí, silencioso, devorado, con un rubor de infancia temblándole todavía en las mejillas...

La había mirado a través de la puerta abierta —¡ella quería huir y no podía!...—; contemplaba su cuerpo, desgarraba con la fiebre de sus ojos el cendal de su camisa... Y ella allí, sorprendida, muda de terror, sintiendo descender por sus pechos, por su vientre, esa mirada de brasa...

Ella, sin poder huir, sintiéndose hermosa... ¡Hermosa por primera vez! ¡Mujer!... ¡Deseada!...

Pronto iban a morir... Todos esos hombres y mujeres que habían vivido cerca de ella...

La misma llamada devoraría a los viejos y a los jóvenes, a las vírgenes que no habían conocido varón... Y también a las criaturas, que nada sabían del bien y del mal. A los animales, que se movían con sus propias leyes, antiguas como el mundo...

Y todo su ser se rebelaba.

"¿Por qué? —se preguntó—, ¿por qué deben morir? ¿Por qué ellos y no nosotros?"

Palpó su cuerpo frágil, su rostro sudoroso: ¿qué tenía ella que la hiciese distinta?

¿Su virtud?

¿Pero qué era acaso su virtud? ¿No sería simplemente el disfraz de su indiferencia?

¿Y su recato? ¿El disfraz de su temor? ¿Temor a la cólera del esposo, a la ira divina? ¿Y también a sus propios remordimientos: esos pequeños y mezquinos remordimientos que ella disfrazaba de conciencia?

Y entonces advirtió que ella también podía hablar con Dios. Desde el fondo de su desamparo se alzó la plegaria.

«¡Dios mío, Jehová Todopoderoso! ¡Tienes que escuchar mi voz! ¡No puedes destruir así tu pueblo! Antes tienes que darle otra oportunidad...

Tal vez, mi Dios, si Te acercases un poco a ellos y les hablastes... Si descendieses un poco de Tus alturas y Te mostrases...

¿Qué saben de Ti? Sólo pueden adivinarte, presentirte a veces en la cólera esporádica de Tus tempestades y de Tus rayos. Lo demás, todo lo que haces e hiciste siempre por ellos, todo lo que les das —desde el aire que respiran hasta el fruto que llevan a sus dientes—, eso ya no lo ven ellos, porque aquello que se ha tenido siempre —lo que está ahí, sin que se sepa siquiera quién lo ha puesto, aquello que no es siquiera una recompensa obtenida tras largo esfuerzo, sino apenas lo seguro, lo cotidiano, lo que nunca falta—, ¿cómo podría uno verlo?

Tal vez debiste ser más duro con ellos desde el principio... Haberles obligado a conquistar ese sol que Tú les arrojas como una lluvia de monedas fáciles, esa agua a la que baja su cántaro cada mañana, sabiendo que subirá siempre lleno y que en nada habrá menguado, sin embargo, el caudal...

Ellos hubiesen podido sentir entonces: «Es mi Dios, quien me lo envía». Te lo hubiesen agradecido, Jehová, y hubieran aprendido a apreciar Tus favores...

¡Es tan fácil llegar a Ti! ¿Y quiénes son, después de todo, los que han podido escuchar Tu voz y gozar de Tu confianza?

Noé, que era seco y viejo, alejado de las tentaciones y delicias; Abrahám, el varón fuerte. Y ahora Lot, duro y obcecado, con esa voluntad de obediencia, más hiriente a veces que el orgullo...

Pero una pobre mujer como yo, ¿qué puede saber de Ti, sino que existes en alguna parte, y eres temible, capaz —si te lo propones— de destruir una ciudad y todos sus moradores, con sólo levantar Tu mano?

Ellos han construido templos, es verdad, y altares para colocar sus ídolos y arrodillarse ante ellos y venerarlos.

Porque son simples, Jehová, y necesitan ver. Esos ídolos de mármol y oro, tan fríos y distantes, están allí, sin embargo, y ellos pueden estirar su mano y hasta tocarlos. Saben que escuchan sus ruegos; la sangre de los sacrificios los salpica y eso les da la certidumbre —¿comprendes?— de que no ha sido derramada en vano.

Porque ellos necesitan la certidumbre a cualquier precio. No pueden

tolerar la duda, ni la espera, ni el mañana. Son débiles, Jehová, y son como niños. Necesitan saber que no se los desampara; que en lo oscuro y en la tormenta habrá siempre una mano que tomará la suya y la conducirá.

Yo sé que Tú nos has guiado durante muchos años, mi Dios, y que estuviste siempre junto a Tu pueblo y lo alentaste. Pero a veces —¿comprendes?— el que no era el señalado, el hombre fuerte y seguro, sino solamente el simple, el ignorante, ése necesitaba también una pequeña prueba, el gesto amigo, el golpe de hombro que levanta y reanima...

Y quizá, después de todo, Tú seas demasiado exigente con nosotros.

Yo, que soy madre, te lo digo: siempre creemos en el error de esperar demasiado de nuestros hijos. Los configuramos y soñamos de acuerdo con nuestros deseos y ambiciones, y todo lo que no hemos podido realizar en nuestra vida, deseamos que lo realicen ellos algún día.

Y eres como un constructor, eternamente insatisfecho, que levanta una torre y, viendo que ella no ha resultado todo lo recta y señera que hubiese deseado, la destruye para recoger los fragmentos esparcidos y otra vez recomenzar.

Pero la torre es de piedra y arcilla, y nosotros somos criaturas vivas, vulnerables en todo su cuerpo —desde los pies hasta la punta de los cabellos—, y en toda su alma, angustiada y sedienta. Nosotros somos criaturas y nos debatimos y luchamos en la noche, y tenemos miedo, y avanzamos a tientas a través de un mundo lleno de luces y de sombras, deslumbrados por la gracia y la belleza, anhelosos de perfección y de pureza, pero atados, reclamados sin cesar por las bocas y las manos de la tierra, acuciados por el hambre y la sed, la fatiga y la duda. Cuyas fuerzas, tan frágiles, se quiebran contra el primer obstáculo de incompreensión o indiferencia.

Y a una criatura no puede destruirla para recomponerla luego, ensamblando los trozos dispersos... Tienes que comprenderlo, Jehová, no es a través de la muerte que ella logra superarse, sino a través de la vida misma, de su mismo crecimiento y madurez de dolor...

Así habló con su corazón la mujer de Lot y sonrió, en la certidumbre de que Dios la había escuchado.

No había avanzado cinco pasos sin embargo, cuando se escuchó un fragor terrible. Fue como si el cielo entero se desmoronase, como si la tierra entera se abriese para acogerlo.

Una espesa nube de humo pareció envolverlo todo, al tiempo que un acre olor a materia y a carne quemada se esparcía por el aire...

La sorpresa le inmovilizó las piernas y los brazos. ¿Era posible que hubiese llegado ya el fin? ¿Que Jehová hubiese desoído así su súplica?

Imaginó con espanto derrumbarse las casas, hendirse los huertos, deshacerse los lagares. Supo que ardía la calleja, el pórtico bajo el cual se

reunían los mercaderes. Que el rayo caía en mitad del templo levantado al dios extranjero.

Tembló de impotencia y congoja. Pero la mano segura de Lot se alzó y le mostró a lo lejos los muros de Zoar.

Ella miró sin ver. Por sobre su cabeza pasaron unos cuervos, graznando ásperamente; un crepitar cada vez más cercano de rastrojos y hojas secas anunciaban que el incendio invadía ya el monte, los breñales.

“¡Dios mío! —se preguntó—, ¿tendremos la fuerza suficiente? Esta dura misión que Jehová nos ha impuesto, ¿seremos capaces de cumplirla hasta el fin?

¿Podré encerrarme en Zoar y quedar para siempre mirando hacia adelante, como si el mundo fuese sólo promesa y yo acabase de comenzar? ¿Y olvidarlo todo, y ser simplemente una piedra —la primera piedra—, sobre la que ha de levantarse todo el futuro?

¿Existirá todavía felicidad para nosotros, los testigos?”

Entonces comprendió que nunca, nunca podría olvidar...

En su alma resonarían para siempre los lamentos de los heridos, el llanto asombrado de los niños y, sobre todo, el grito de las madres, cuyos cuerpos sangraban más allá del límite de sus brazos y sus vientres, cuyas heridas se abrían multiplicadamente en cada uno de los cuerpos salidos del suyo.

¡No! Era demasiado fácil ser el Elegido. Ser mejor, dejando que los otros se hundiesen en la depravación y el abandono.

Esa salvación, era demasiado fácil aceptarla, sin comprender que les era concedida a costa del castigo y la muerte de los demás...

Ahora lo veía claramente; nunca se había sentido tan lúcida, tan segura. Soltó la mano de Lot.

Entonces él se volvió asombrado; por primera vez un relámpago de ternura, de dolorosa ansiedad cruzó su mirada.

En vano intentó detenerla; ella ya estaba de cara a Sodoma, y la miraba arder.

Quedó así tranquila, inmóvil, con los ojos vueltos para siempre hacia el pasado.

Había tenido miedo de ser el pilar, pero podía ser todavía el monumento. Gracias a ella seguiría viviendo Sodoma. La historia oscura de todos sus habitantes; sus errores, sus dudas, su infinita capacidad de sufrimiento.

Duras, fuertes raíces sostenían su cuerpo.

“Es la tierra —pensó—, la buena tierra...”

El cuadro

EL pecado siempre viene del Diablo. Por eso yo lo descubrí en seguida esta mañana. Sin vacilar, sin dudar un segundo. ¡Ah, gracias, gracias Dios mío, por haber permitido a ésta tu sierva desenmascarar al Diablo y anular sus acechanzas!

Porque el Diablo estaba escondido. Detrás del caballete tramaba sus maldades. Mas yo pude verlo cuando se abalanzaba sobre el pintor Uboldi. Yo vi cómo le dominaba y le clavaba sus garras. No así él, pobrecito. No así Uboldi quien, sin saberlo, andaba en valles de sombra de muerte. Porque su mano iba tras el pecado. Y su ojos eran como los de quien no puede ver.

Pero yo, yo lo salvé al pobrecito Uboldi. Con mano segura expulsé al Diablo de la pieza. Maldije su nombre. Invoqué el Tuyo, ¡oh Altísimo!, y el malo como gamo huyó hacia las tinieblas.

Y cuando vi a Uboldi de nuevo en Tu gracia, cuando vi que sus ojos habían recuperado la luz, y su mano se volvía pura como la de un niño, entonces me arrodillé y recé. ¡Gracias, gracias Dios mío, que concedes valor a los humildes y voluntad a los débiles! ¡Gracias porque permitiste a ésta tu sierva rescatar un alma salvándola del pecado!

La hermana celadora no sabe nada. Ve la paz reflejada en mi espíritu y piensa: quizás ha tomado los medicamentos. ¡Pobre hermana Lucía! ¡Tan buena! ¡Tan cariñosa con nosotras! Pero Dios no ha querido concederle visión de cosas superiores. Ella es así, buena y simple. Por eso no me comprende, y por eso no puede imaginar nada. Ahora la veo recorriendo el patio del asilo. Su túnica gris se mueve entre los delantales rosas de las enfermas. Algunas se le acercan y le besan la mano. ¡La quiero tanto! Sí, pero otras la odian y la tratan mal. A veces le gritan al pasar cosas obscenas, o escupen en el suelo cuando la tienen al lado. Alguna ha querido morderla y los guardianes tuvieron que intervenir. Yo pude ver cómo contenían a la desdichada y le calzaban un delantal blanco, de mangas largas, sujeto con correas por atrás.

¡Pobre hermana celadora! ¡Cuánto tiene que padecer por nosotras! ¡Ella sí que cumple con rectitud sus deberes ante Dios! Aunque es simple y falta de imaginación. ¿Qué pensaría si yo se lo contara todo? Quizás no me entendería. Quizás me tomaría de la mano y me llevaría a la sala cuatro, a lo del doctor Ferrante. Pensaría: su mal estaba oculto, mas ha vuelto a recrudecer. ¡No, no hermanita! ¡Nunca te diré nada! Puesto que, a pesar de tu bondad, no te ha sido concedido la gracia, debes permanecer ignorante. Dios lo ha querido así.

Además, al no poder entenderme sufriría. ¡Ella, que para mí ha tenido siempre una especial preferencia! ¡Ella, que me presta libros piadosos, y me llama "querida", y me dice que seguramente han cometido un gran error al recluírme! ¡Ella, que siempre intercede por mí ante el doctor Ferrante!... No, jamás le contaré nada a la hermana Lucía. Mañana temprano, cuando pase recorriendo las salas, la llamaré a mi lado como otras veces. Le hablaré de mi visión de la Virgen. Le diré cómo Ella se me apareció hace muchos años para decirme que Dios me había elegido para un importante destino. Que, como estaba previsto, encontraría enemigos a mi paso. Pero que Él destruiría con el fuego a todos los que se me opusieran y ensalzaría a todos los que allanaran el camino de mi santidad.

Y, como tras veces, ella abrirá muy grandes los ojos, y me tomará las manos para besármelas, y con su acento italiano murmurará muchas palabras cariñosas, para hacerme conocer su amor y su devoción. Y, si nadie nos mira en ese momento, apoyaré mi mano sobre su cabeza y la bendeciré. Pero no olvidaré decir que, aunque sentía piedad por mis enemigos, ellos, ¡ay!, serían destruídos por el fuego, porque ese es designio de Dios, el cual me fue hecho conocer por boca de la Santa Virgen. Y entonces ella inclinará la cabeza y se persignará. Y yo volveré a percibir ese temblor convulso de su cuello, y esa alteración de su voz cuando me dice: ¡Oh, Dío! ¡No, no, cara, no!... casi llorando de arrepentimiento o de miedo.

¡Pobre! ¡Es tan simple la hermana Lucía! ¡Tan crédula! Yo pienso que engañarla sería un verdadero pecado. Por eso yo no la engaño nunca. Y menos cuando le hablo de mis visiones. Sólo que agregó algunos detalles para que me comprenda mejor. Como por ejemplo eso del fuego y de mis enemigos. Lo cual no es puntualmente exacto pero sirve para darle una idea cabal de aquel mi estado de gracia.

Entonces, después de ello, podré hacerle mi pequeño pedido. Y ella, seguramente, luego de vacilar un poco me lo concederá, como siempre. Porque ella sabe muy bien que, por error y por obra de mis enemigos me han encerrado, estando como estoy totalmente lúcida y sana de cuerpo y alma.

Así que durante dos horas, entre las diez y las doce, podré permanecer fuera del asilo sin que nadie lo note.

¡Ah, si ella supiera cómo deseo volver a casa del pintor Uboldi sólo por ver, siquiera una vez más, el júbilo de su alma recuperada para la divina gracia!

Naturalmente que ella no sabe nada. Aunque, de todas maneras, estoy segura que, de saberlo, ella se alegraría tanto como yo. Más aún, estoy segura que se arrodillaría ante mí, y me besaría las manos, y murmuraría: ¡Cara, cara, benedetta mia!... porque inmediatamente conocería la obra de Él, a través de Su elegida.

Pero no, yo no he de decírselo. No por otra cosa sino porque ella sufriría mucho por mí. Ya que, después de mi acción salvadora, las potencias del mal redoblarían sus acechanzas. Y entonces la hermanita, por temor, no me permitiría salir. Lo cual sería un grave inconveniente para mí, y además, totalmente opuesto a los designios del Señor.

Por eso mañana volveré a casa del pintor Uboldi, sin decirle a ella una palabra. Tomaré el ómnibus en la esquina, descenderé en Rivadavia y Agüero, caminaré una cuadra y media, entraré al ascensor, luego subiré hasta el séptimo piso...

¡Ah, cuánto deseo ver, ver pronto, ahora mismo si fuera posible, el maravilloso testimonio de Su fuerza y de Su bondad! ¡Cuánto deseo volver a tocar esos objetos: los pinceles, la tela, los pomos de colores... que el Diablo había mancillado, mas ahora puros y limpios porque Dios ha arrojado de ellos al usurpador! ¡Cuánto deseo arrodillarme allí, junto a los caballetes, los marcos, las carpetas de apuntes, las paredes, donde el Espíritu de Dios se hubo manifestado! ¡Cuánto deseo volver a acariciar las manos y los ojos de Uboldi, en otro tiempo doblegados al poder de Satán, y ahora libres y santos, y embebidos en la gracia de Dios, por obra de la Divina Providencia! ¡Oh Dios! ¡Cuán grande es Tu nombre en toda la tierra!

Pienso que la hermana Lucía no podría entenderme si le hablara de estas cosas. No a todos está concedida la gracia. Como tampoco a todos está concedido el don de la belleza. Por eso, yo sola debo soportar la carga de la palabra de Dios. Entender sus llamados, escuchar las voces que litigan en mi alma como tratando, cada una, de obedecer Su voluntad.

Sola, absolutamente sola, como lo he hecho siempre, debo encontrar el camino recto entre los miles de senderos engañosos. Porque Dios me ha señalado para que fructifique en mí Su palabra. Y para que esfuerce mi ánimo en la comprensión.

De ahí que en mi soledad haya meditado mucho y que, en repetidas ocasiones, Dios haya querido concederme espíritu de sabiduría y de raciocinio sobre las cosas justas.

Sí, mucho, mucho he meditado. Y así, Su voluntad ha querido que yo distinguiese lo recto de lo impío, allí donde, hasta los doctores de la Iglesia, confundieron la verdadera senda. (Seguramente porque Satán, al acecho desde las tinieblas, logró oscurecer sus entendimientos —aunque sólo por breves instantes— nada más que para confundir y sembrar el error entre los hijos de los hombres).

No así a esta humilde sierva de Dios, a la cual, luego de hondas cavilaciones y de largas penitencias, Él ha otorgado claridad y rectitud de juicio en cuestiones de purificación y de pecado.

Y de esta manera, paso a paso, equivocándome a veces, pagando con el dolor y la contrición cada uno de mis errores, afligiendo mi espíritu en la

duda, reencontrando milagrosamente el camino cuando más me atormentaba y desesperaba de hallarlo, he podido alcanzar —sólo en determinados momentos y con ayuda de Su divina luz— el alba prodigiosa de la Verdad. Y he podido entender el místico significado de ciertas cosas y de ciertos valores, los cuales generalmente se hallan ocultos por la mentira, o las torcidas interpretaciones de Su palabra.

Así por ejemplo respecto a la belleza, tema sobre el que más he tratado de adquirir comprensión, ya que esto atañe directamente a la salvación de mi alma. Pues bien, como digo, luego de muchas dudas y de muchas pesadumbres, he podido saber que ella es manifestación de Dios, y no trampa tendida por el Demonio para la perdición de los hombres, como Kempis y Santo Tomás lo afirman.

Y esto he podido saberlo principalmente por medio de la salvación, y además porque, siendo mi cuerpo muy hermoso, jamás ha inducido a nadie hacia el pecado ni se ha contaminado él mismo con pecado alguno. Y así, este testigo visible y palpable de la divina gracia, me ha enseñado a distinguir lo bueno de lo malo, de la misma manera y con la misma facilidad con que el ojo distingue lo feo de lo bello.

Mas ahora pienso que debo aclarar esto de la belleza de mi cuerpo, porque si estas líneas que ahora escribo —sólo para mi distracción y consuelo, y como testimonio de Su infinita bondad— llegaron a manos extrañas, no me agradaría que nadie me creyera incurso en pecado de vanidad ni de soberbia.

Pues sí, mi cuerpo es hermoso, con toda humildad lo digo. Aún desde los primeros años de mi adolescencia pude darme perfecta cuenta de ello. Por otra parte, tanto mis padres, como algunas de mis amigas, más de una vez —lo recuerdo— me hicieron ruborizar con sus desmedidas alabanzas.

Esto llegó a turbarme tan profundamente que, fuera de esos años durante los cuales puede decirse que yo era sólo una niña, jamás he vuelto a mostrar a nadie parte alguna de mi cuerpo. (Con excepción, claro está, de mis manos y de mi rostro, a los cuales, por obra de la Divina Providencia y quizás para defenderme de posibles tentaciones, no les fue conferida gracia ni belleza de ninguna especie). Jamás, nadie, ni mi madre, ni médico alguno, ni la amiga más íntima, ha vuelto a ver un palmo siquiera de lo que ellos, según afirmaban, era tan hermoso.

Y así, lo que para muchas mujeres es motivo de gozo y de honesta alegría, fue para mí motivo de dolor, de enclaustramiento y de vergüenza.

¿Por qué —pensaba— ha querido Dios castigarme con este absurdo e impío florecimiento de la materia, germen de todo pecado, sitio donde el Diablo tiende todas sus trampas, en lugar de concederme belleza de espíritu y sabiduría de corazón como era mi más recóndito anhelo?

¿Por qué, si —como está dicho— en el cuerpo y en la debilidad de la

EDICIONES Hachette

COLECCIÓN "EL PASADO ARGENTINO"

VIAJE AL PAÍS DE LOS ARAUCANOS

Por ESTANISLAO S. ZEBALLOS

Estudio Preliminar de Andrés R. Allende

496 páginas con ilustraciones y mapas — Precio \$ 170.—

CANCIONERO TRADICIONAL ARGENTINO

Recopilación, Estudio Preliminar, Notas y Bibliografía de
HORACIO JORGE BECCO

404 páginas — Precio \$ 165.—

NUEVAS AGUAFUERTES PORTEÑAS

Por ROBERTO ARLT

Estudio Preliminar de Pedro G. Orgambide

336 páginas — Precio \$ 130.—

COLECCIÓN "EL MIRADOR"

TEATRO COMPLETO

Por ROMAIN ROLLAND

I) Teatro del Pueblo - Pascua Florida

224 páginas - Precio \$ 65.—

II) El 14 de Julio - Los Lobos - El Triunfo de la Razón - El Juego del Amor y de la Muerte

268 páginas - Precio \$ 75.—

III) Danton - Robespierre - Las Leónidas.

360 páginas - Precio \$ 120.—

HACHETTE - BUENOS AIRES
RIVADAVIA 739 - 34/7819 - BUENOS AIRES

carne se agazapan siempre el vicio y la tentación por obra del Demonio, eran mi piel, mis senos, la voluptuosa curva de mis caderas... tan hermosos, tan impúdicamente hermosos, que no me daban ocasión para olvidarme de ellos y elevar mi espíritu hacia la contemplación de cosas superiores?

Y ocurrió que, meditando sobre ello, mi alma llegó a nublarse y a entristecerse en gran manera. Viví durante algún tiempo encerrada en mí misma, atormentándome, litigando con Dios, que de un modo tan injusto —así pensaba yo— había querido humillar y escarnecer a Su pobre sierva.

Infligí entonces toda clase de castigos y de injurias a mi odiado cuerpo. Ayuné, hice uso del flagelo y del cilicio, bebí drogas horribles y debilitantes, mortifiqué mi piel con hediondas mixturas, realicé toda clase de pesadas tareas con intención de deformar mi vientre y alterar la belleza de mis brazos. Todo fue inútil: cuando mayor empeño ponía yo en martirizar esta despreciable materia, en mayor grado ésta se embellecía y tomaba formas cada vez más puras y armoniosas. Creí enloquecer. Creí —hasta que la divina gracia llegó para iluminarme— que el Demonio había hecho presa de mí, y que resultarían vanos todos mis esfuerzos para liberarme del maldito.

Pero, de pronto, cuando ya desesperaba de mi salvación, Dios tuvo piedad de quien por Él tanto había padecido, y vino a concederme el don milagroso de la claridad y de la comprensión justa.

Y fue así que, con ayuda de Dios, pude entender que, de manera opuesta a como afirman los doctos, la belleza del cuerpo Le es grata, y el equilibrio de las formas halaga a Su divina bondad. Y que, por el contrario, son odiosos ante sus ojos toda deformación, flacura o marchitamiento.

¡Es de imaginar cómo agradecí en cada partícula de mi ser, la inapreciable dádiva de esta revelación; cómo elevé a Él mis alabanzas entre lágrimas de ternura y de reconocimiento; cómo me humillé, recé y engrandecí el nombre del Altísimo de mil maneras posibles!

El límpido gozo y la paz volvieron a mi espíritu entonces. La alegría volvió a anidar en mi corazón. Porque —pensé— si gratos son al Señor, la tersura de la piel, la blancura y la redondez de los senos, y la armónica línea de las piernas, nadie como esta su sierva para hacer de ellas ofrenda y enaltecer así Su divino nombre.

Por todo lo cual decidí, en lo más profundo de mi corazón, ofrecer la belleza de mi cuerpo a Dios, ya que sólo por Su merced había podido yo encontrar otra vez el verdadero camino.

¡Oh sí, Dios omnipotente y misericordioso! ¡Proveedor de cuanto tienen de bello las hijas de los hombres! ¡Para Ti está reservada mi hermosura! ¡Para alegría de Tus ojos, las gracias que has querido conceder a mi cuerpo! ¡Éste es mi holocausto, oh Señor de los cielos! ¡Aceptalo como prenda del amor de Tu sierva! ¡Guárdame de las acechanzas del Diablo para que siempre pueda ofrendártelo así, hermoso y casto como te lo ofrendo ahora!

¡Ah, cuán puro fue el goce de mi corazón a partir de entonces! ¡Qué intenso fue —y lo es ahora— el fervor con que enajeno mi espíritu en la oración! Recojo mi ánimo, oculto mi cuerpo a todas las miradas y, antes de cerrar los ojos, veo las oscuras y gruesas telas con las que voluntariamente habitué a cubrirme siempre. Pero sé que en esos momentos Dios me está contemplando. Está contemplando mi cuerpo a través de las telas. Sé que Él recibe mi ofrenda, y entonces, en la penumbra de la capilla, mi espíritu se llena de una indecible beatitud.

¡Gracias Dios mío, porque permites a Tu sierva llegar a Ti, y entregarte con humildad el don de su belleza! ¡Gracias porque no desdénas su pobre holocausto y opones Tu infinito poder a las tentaciones del Demonio! ¡Gracias porque clarificaste mi alma que, a causa de la galanura de mi cuerpo, había caído, presa de las más horribles dudas, en el infierno de la desesperación!

Sí, puedo decir que luego de Su divino —y por lo tanto inequívoco— mensaje, mi alma vivía sumergida en la verdadera felicidad.

Una sola cosa, sin embargo, enturbiaba esa felicidad y llegaba a entristecerme por momentos. Y era que, siendo mi belleza un bien terrenal (aunque proveniente de una decisión divina) alcanzaría con el tiempo, como todo bien terrenal, a perecer y marchitarse. Enflaquecerían mis muslos, se ajaría mi piel, se tornarían mis senos flácidos y colgantes como los de ciertas viejas... ¡oh, qué horror! ¡Ya nunca más podría entonces entregar mi cuerpo a Dios, pues repugnaría a sus ojos la deformación y la fealdad con que el tiempo habría de lacerar mi carne!

¡Ya nunca podría elevar mi espíritu a los cielos y sentirme arrobada en la sublime comunión de mi cuerpo con el divino Hijo del Hombre!

Y estos pensamientos, como digo, me carcomían y se llevaban parte de mi felicidad. Porque no podía ser por voluntad suya, pensaba yo, que mi belleza en un lejano día desapareciese, y que con ella desapareciesen también mi estado de gracia y mis comunicaciones con Dios. ¡Sí, sí, desaparecerían, desaparecerían, pues no me atrevería yo a presentarme ante Él con deformidad y lacra, las cuales, como Él mismo me lo hubo enseñado, son estigmas inconfundibles del Demonio!

Y así, inquieta por estas ideas, mi alma oscilaba entre la alegría y el pesar, porque si bien el presente era para mí fuente de toda dicha y de toda bienaventuranza, el futuro se aparecía como un horrible páramo, como un espantoso vacío sin posibilidad de salvación. Y más se atormentaba mi mente cuando que, por mucho que pensara, no sabía cómo encontrar solución a todo esto.

Mas he aquí que, en forma totalmente imprevista, así como en el tiempo de aquellas primeras tribulaciones de mi adolescencia, otra vez la palabra de Dios vino a clarificar mi espíritu y a depositar en él la paz y la sabiduría.

Los hechos ocurrieron así: una noche en que más afligida y temerosa me hallaba por causa del futuro de mis relaciones con Dios, me llegó de pronto una voz desde lo alto que me decía: "¡Marta!... ¡Mi sierva!..." Y yo le respondí: "¡Aquí estoy!" Entonces la voz en forma pausada y clara pronunció estas palabras: "¡Aparta de ti el temor y las vacilaciones. Yo iluminaré tu camino y proveeré para que llegues a mí tu plegaria, desde hoy y hasta el fin de tus días sobre la tierra. Escucha la palabra de Dios y obedece rápido su mandato!..."

"¡Manda que yo escucho!", repliqué sin levantar la vista del suelo. Y la voz prosiguió:

"Ve a casa de un pintor de cuadros y haz que pinte tu cuerpo en la belleza de tus días presentes. Lleva luego contigo el cuadro y no lo muestres a ninguna mirada. Sino oculto y cubierto con paño lo conservarás. Mas en los días de tu vejez, cuando te arroilles y reces, el cuadro será a tu lado, y yo conoceré por él el valor de tu holocausto. Y santificaré tu oración para que ésta llegue a mí."

¿A qué podré comparar el estupor, la conmoción, el miedo, y al mismo tiempo el íntimo goce que por un instante hicieron presa de mi alma? ¿Cómo enumerar los sublimes estadios por los que, en ese instante, mi alma atravesó lanzada en un vertiginoso vuelo hacia lo alto?

Sólo quien alguna vez haya experimentado todo esto, quien haya ascendido por oscuras regiones, para llegar luego, pleno de radiante pureza, al perfecto matrimonio espiritual con Dios, sólo ése quizás podría entenderme...

De ahí que deje de lado la descripción de ese incomparable momento para atenerme exclusivamente a los hechos.

Pues bien, yo bebí cada una de Sus palabras. Asentí con contrición de espíritu, e inmediatamente me dispuse a dar cumplimiento a Su mandato. De esto hace hoy exactamente quince días.

Naturalmente supe que habría de encontrar dificultades a mi paso. Porque el Demonio no se concede reposo cuando se trata de entorpecer los designios del Señor. Pero, fortalecida en mi fe, y amparada por la divina providencia, supe también que con calma y habilidad habría de vencerlas.

Se trataba, en primer lugar, de atravesar la puerta del asilo, lo cual no está permitido a ninguna de nosotras. Esto lo conseguí valiéndome de la hermana Lucía quien, como tengo dicho, cree profundamente en mí, y teme el castigo que les está reservado a todos los que se oponen a mi voluntad.

Por medio de ella pude salir furtivamente y permanecer fuera de aquí, durante las dos horas que preceden al almuerzo que es cuando menos cuidados ponen en vigilarnos.

Luego se trataba de encontrar un pintor, cuyo arte estuviera a la altura de lo que Dios me había encomendado. Fue así que, andando y preguntando, averigüé la dirección de Uboldi. Esa misma mañana me presenté en

su estudio y le expliqué en pocas palabras lo que quería. Asintió él y, luego de fijar el precio de su trabajo, convinimos en que dos veces por semana me llegaría a su estudio y posaría para él durante dos horas. En pocas sesiones, me dijo, el cuadro estaría concluido.

¡No pude describir la alegría, unida a las más extrañas sensaciones, que se apoderaron de mí a partir de aquellos momentos! Yo obraba por mandato divino, esto era bien cierto. No era para satisfacción de mi vanidad, ni por algún otro infame motivo que yo habría de mostrar, por primera vez, mi cuerpo desnudo a un hombre. Y sin embargo debo confesar que esta situación me turbaba en lo más íntimo y que debía apelar a toda mi fortaleza y a toda mi fe en la palabra de Dios, para no caer sumida en la confusión y en la vergüenza.

Más aún cuando descubrí, ya desde la primera sesión que, al contrario de lo que suponía, no me repugnaba mostrarme desnuda ante Uboldi, sino que (con todo arrepentimiento y bochorno lo digo) me halagaba ver cómo sus ojos se paseaban admirados por mi cuerpo, o cómo, de pronto, se detenían vigilantes en algún detalle.

Pero esto que seguramente no fue más que un síntoma de debilidad (pues débiles y predispuestas a la presunción y a la vanagloria son las criaturas humanas) no tuvo en realidad ninguna importancia. Pronto me recuperé y para no incurrir en tentaciones, mi alma rezaba fervorosamente casi todo el tiempo que permanecía posando ante Uboldi.

Y así, con la ayuda de la hermana Lucía, pude concurrir una y otra vez a su estudio, a fin de lograr que terminara la obra lo antes posible.

Ahora bien. Aunque cambiábamos con Uboldi sólo algunas pocas frases —a decir verdad, más de las que yo consideraba correcto dado lo singular de mi situación— él, aunque con suaves modales, pues era muy gentil y caballero, se empeñaba en no mostrarme la tela hasta que estuviera terminada. Según decía, no gustaba enseñar una obra a mitad de su ejecución.

No me preocupaba esto mayormente porque, habiendo visto en su estudio gran cantidad de cuadros y dibujos hechos por él, me daba cuenta de su capacidad, y sabía que mi cuadro alcanzaría la perfección y la belleza que, tanto él como yo, aunque por motivos muy distintos, buscábamos.

Además, como ya lo he confesado, demasiado halagada estaba mi vanidad al ver cómo la belleza de mi cuerpo conseguía atraer las miradas y quizás el espíritu de un hombre, hecho precisamente para distinguir la belleza y la armonía en todas las cosas.

Pero como su empecinamiento despertaba de más en más mi curiosidad, le solicité aumentar el número de mis visitas semanales para acelerar en esa forma su trabajo. Y también para evitar que mi pobre alma se viera expuesta durante más tiempo a la tentación.

Por otra parte, la impaciencia por llevarme conmigo aquello que habría

de ser respaldo para mi futuro y llave para mi presentación ante Dios, me consumía. No veía la hora de tener el cuadro en mi poder. De cubrirlo con un paño, tal como Dios me había mandado que hiciera, y de guardarlo luego celosamente y vigilarlo día y noche para que nadie mancillara con mirada profana esto que, con el correr de los años, me aseguraría un contacto íntimo y permanente con Dios.

Uboldi aceptó y así, hoy a la mañana, con ánimo alegre me anunció el final de su trabajo. Buscó un sitio donde recibiera buena luz, giró el caballete, se apartó unos pasos y yo pude ver por fin la obra terminada.

¡Ah, Dios de las Alturas! ¡Cuántos escollos, zarzas, abismos y tierra movediza pone el Demonio en el camino de los que marchan hacia Ti! ¡De qué diversas maneras le es dado al Diablo manifestarse! ¡Cuántos son sus disfraces, sus tretas, sus engañosas palabras! ¿Cómo podrá esta tu sierva continuar en el sendero de Tu santidad, si a cada paso el maldito le tiende nuevos ardides y nuevas trampas? ¿Cómo hará para entrar en Tu gracia si permites que el Demonio la tienta y la seduzca haciéndole ver el bien donde está el mal, y el mal donde está el bien?

¡Protégeme Señor! ¡No desampares a Tu sierva! ¡Haz que siempre como hoy pueda distinguir rápidamente entre la virtud y el pecado! ¡Haz que siempre, como esta misma mañana, le sea posible desbaratar con seguro brazo y firmeza de corazón los maléficos planes del Demonio!

¡Nuevamente has puesto en prueba a Tu sierva, oh Dios! ¡Mas con la ayuda de la claridad que Tú mismo le has concedido, pudo salir airosa de ella! ¡Descubrir los atributos del Demonio a pesar de su astucia! Oponerse a su maldad, y entregarse al juicio de tus ojos con rectitud y limpieza de ánimo.

¡Gracias Dios mío, pues me permitiste desenmascarar rápidamente al Diablo, y oponer Tu divina bondad a sus designios!

Porque el Diablo estaba allí, junto a los pomos, las paredes, las manchas de pintura. A pocos pasos de Tu sierva se encontraba. Dentro del estudio de Uboldi, con perfidia maquinaba sus planes.

¡Mas yo pude verlo! Yo distinguí su sombra detrás del caballete. No así Uboldi quien cayó en sus tentaciones y entregó su alma a la maldad.

Al mostrarme la tela lo descubrí. Al contemplar la obra que el Demonio había ordenado surgir de sus manos. Porque el Demonio había hecho presa de él. Día a día había manejado sus pinceles y ocultado mi cuerpo a sus ojos.

Pues la obra era maldita y engendradora en el mal. Grata a la infame mirada del Demonio mas no a Tu divino juicio.

¡No era yo esa que silenciosamente me miraba desde la tela! ¡No era mi belleza eso que allí, bajo la suave luz de la ventana, relucía! ¡No eran

GRANDES EXITOS

Melton S. Davis: TODA ROMA TEMBLÓ

Cuando Italia emergía del caos de la dictadura y la guerra, fue descubierto, en una playa desierta, el cuerpo exánime de una joven; y Roma, arrasada por los terremotos y los incendios, devastada por las invasiones y las guerras civiles y reconstruida incansablemente a través de los siglos, Roma tembló otra vez y, con ella, toda la península, esa península que no ha dejado nunca de ser romana.

En el affaire Montesi, el diplomático, el sacristán de aldea, los miembros de la corte de Pío XII, el mendigo, el aristócrata y hasta los más encumbrados personajes de Estado se hallaron bajo el haz despiadado del fiscal. Y la nación, dividida en fracciones, exigió al principio clemencia, después venganza, después una política de ojos cerrados y, por fin, la verdad a toda costa.

El más resonante de los últimos best-sellers.

Precio: \$ 150 m/n

Roy MacGregor Hastie:

VIDA Y ÉPOCA DE NIKITA KRUSCHEV

Nikita Krushev rige el destino de doscientos millones de rusos y orienta el porvenir de su propio pueblo y de varios millones de hombres desparramados por el mundo. Pero ¿quién es verdaderamente Krushev? ¿De dónde viene? ¿A dónde quiere llegar?

La biografía de Roy MacGregor Hastie, que sigue paso a paso su larga carrera política, desde su infancia en el campo hasta el entierro de Stalin y las conquistas del espacio, explica las razones de esta vida increíble, las compendia y las enmarca en la historia de Rusia y del comunismo soviético.

Un estudio sin reticencias y sin apoloías sobre una de las figuras más complejas de nuestro tiempo.

Precio: \$ 100 m/n

Winston Graham: COMPAÑÍA NOCTURNA

¿Qué tiene Winston Graham para haber alcanzado a ser en tan poco tiempo el novelista de último momento más leído en todos los países de habla inglesa?

Winston Graham ha sabido captar los más sutiles matices de la moderna forma de contemplar el mundo. Plantea las situaciones más inverosímiles, más complejas, con un virtuosismo que hace de sus obras a la vez un ejemplo de los más profundos sondeos psicológicos y estudios descarnados de sociología ultramoderna.

Es imposible tomar en las manos un libro de Winston Graham sin sentirse en seguida apresado en la red de la vida de sus personajes, en la trama genialmente desarrollada, en el suspenso de sus situaciones tan asombrosas como hondamente humanas.

Precio: \$ 90 m/n



EDITORIAL GOYANARTE

Paraguay 479 - Buenos Aires - T. E. 31-3694/5163

mi cuello, mi vientre, mis curvados muslos los que esa figura maldita me mostraba!...

¡Era otra, sí, otra mujer, un engendro horrible, una monstruosa visión que seguramente el Diablo había colocado ante los ojos de Uboldi para ocultarlos a mi hermosura!

Por eso comprendí que el Diablo se había abalanzado sobre él. Se había introducido en su cuerpo y apoderado de sus manos. Me tendía sus redes a través de su boca.

Mas Tú me indicaste que lo expulsara. Que pusiera en fuga al Demonio que mancillaba su carne y confundía la pureza de su alma.

Gracias Dios mío, porque concediste fuerza y seguridad al brazo de esta Tu débil sierva. Gracias, pues me permitiste ahuyentar al malo de la pieza y hacer que Tu espíritu volviera a enseñorearse en ella.

Porque si Tu misericordia me hubiera abandonado en esos momentos, si Tu divino poder no hubiera puesto valentía y prontitud de decisión en mi ánimo, el Demonio aún estaría allí, aplastando y vejando, amo y señor de la pieza, dueño para siempre del desdichado Uboldi.

Mas yo escuché Tu mandato. Y con humildad de espíritu me dispuse a arrancar a Uboldi de las garras que lo tenían apresado. Apagar el fuego infernal que lo consumía. Conducir su alma a la salvación.

Por eso permanecí callada cuando Uboldi me mostraba la tela. Nada dije para no delatar la turbación de mi espíritu. Ni siquiera hablé cuando luego el Demonio pronunció aquellas horribles palabras por su boca. Solamente levanté los ojos al cielo e imploré para que pronto me llegara Tu ayuda.

Y luego, cuando comprendí que Tu ayuda había llegado, cuando supe que Tu infinito poder era conmigo, sonreí. Y juntando mis manos sobre el pecho, prometí dar cumplimiento a Tu voluntad.

Uboldi se había vuelto para dar aún unas pinceladas a su diabólica obra. Allí estaba su cuerpo, contraído, luchando por desasirse del maléfico poder. Allí estaban sus manos, pálidas, atormentadas, conducidas en cada uno de sus movimientos por la voluntad del Demonio.

¡Ah, cuánta piedad sentía por el pobrecito Uboldi! ¡Qué profunda pena al ver su cuerpo abrasado en el mal, torturado por las infernales llamas que lo consumían!

Pero fueron esta piedad y esta pena las que me hicieron abandonar toda vacilación y apresurar mi deseo de salvarlo.

Avancé unos pasos en silencio. Uboldi no podía oírme, preso como se hallaba entre las repugnantes redes de Satán.

Me acerqué a una repisa. Sobre ella había un cuchillo y lo tomé. Después, sigilosamente, me aproximé a Uboldi por atrás. Me detuve un

segundo, y con un solo y firme movimiento, se lo clavé entero en sus espaldas.

Y el Diablo huyó por allí. Por la abertura que dejó el cuchillo en su cuerpo. Rápidamente abandonó aquella pieza en la cual había tratado de ocultarse, valiéndose de su astucia.

Mas yo pude descubrirlo. Por obra de Tu infinita bondad pude hacerlo. Porque conocí las maquinaciones del Diablo en la espantosa figura que Uboldi me había mostrado. Y porque lo conocí también cuando el Diablo había hablado por su boca. Había utilizado su lengua y su garganta para pronunciar aquellas palabras, aquellas horribles palabras, aunque dichas en un tono de tierna preocupación.

Porque Uboldi, al ver cómo elevaba mis ojos al cielo y juntaba mis manos sobre el pecho en busca de Tu ayuda, al ver cómo empalidecía mi piel y se mudaba la expresión de mi rostro, luego de contemplar por primera vez aquella diabólica imagen, dijo, mirándome fijamente, mientras detenía su mano antes de encender un cigarrillo: "¿Qué le ocurre?... ¿se siente mal, abuela?"

Recuerdo que desde la ventana descendía una luz blanca y tenue, como la que rodea las almas de los bienaventurados cuando el espíritu de Dios viene a depositar en ellos el pulido cristal de Su palabra.

REVISTA DE PSICOANALISIS

EDITADA POR LA ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA ARGENTINA
PUBLICACIÓN TRIMESTRAL

Volumen
XVII - Nº 3
1 9 6 0

Sumario

- Dr. Fidias R. Cesio: *II CONTRIBUCION AL ESTUDIO DE LA REACCION TERAPEUTICA NEGATIVA.*
Dr. Alejo Dellarossa: *EVOLUCION DE LA "NECESIDAD DE MANEJO" EN LA RELACION TRANSFERENCIAL.*
Sra. Flora Scolni: *FANTASIAS NECROFILICAS EN UN HIPOCONDRIACO.*
Dr. Adolfo Dornbusch: *ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE UN TRATAMIENTO PSICOANALITICO.*
Dr. Santiago Ramírez: *LA RELACION MADRE HIJA Y SU EXPRESION EN EL CICLO SEXUAL.*

NOTAS PARA UNA SEMANTICA PSICOANALITICA.

REVISTA de LIBROS - REVISTA de REVISTAS - NOTAS y COMENTARIOS

SUSCRIPCIÓN ANUAL: \$ 300.- • NÚMERO SUELTO: \$ 85.-

Redacción y Administración: ANCHOREÑA 1357 - T. E. 84-3391

Los discursos

—SEÑORAS... Señores... Nos hemos reunido aquí para acompañar a nuestro amigo Nazareno a su última morada. Sé de la congoja de nuestro querido Señor Director que tanto lamenta no poder hallarse presente en estos momentos de dolor, sé asimismo del pesar de quienes ausentes también participaron con el difunto en las tareas diarias, sé de la pena, en fin, de todos los que lo veían llegar cotidianamente, a su puesto, que desempeñó con tanto brillo, con tantos y tan encomiables ideales. No diré aquí que Nazareno era un buen hombre..., ditirambo habitual y resabido en estos casos. No. Hablaré más bien del vacío que deja la pérdida imprevista de este ser que se nos va en la flor de la vida, de este amigo sin igual...

Su voz se quebró empañada por una honda emoción.

—Señoras... Señores... Todavía ayer, ayer..., hace apenas unas horas, el mecanismo que nos empuja..., ese mecanismo implacable, se detuvo, ayer, de repente..., por unos minutos, al llegar hasta nosotros, bruscamente, la noticia de la muerte de Nazareno; por unos minutos, repito, esa máquina de la que formamos parte, se paralizó. Y como por un milagro, nos olvidamos de lo cotidiano para volver a nuestro cuerpo de hombres y pensar en lo injusto... de esta muerte.

Calló para cobrar aliento. El sudor brotaba por su frente abajo, pero, austero, no se lo enjugaba, para no caer en gestos accesorios.

—Nadie ignora —prosiguió—, que el organismo de que formamos parte, ARFIC S.R.L., no nos deja tiempo para permitir la reacción lógica de nuestros sentimientos. Pero..., Señoras..., Señores..., esto nos lleva a la conclusión de que no todo está muerto en nuestro destino, de que, todavía, algo vive en nosotros, aunque sea para la muerte. Es la muerte la que nos mantiene despiertos en medio de este sueño de número, de máquinas...

Nueva pausa, estudiando el efecto de sus palabras.

—No es mi deseo hacer esto demasiado extenso y no quiero terminar sin unas palabras acerca del espíritu y la inteligencia del que, tan aciagamente, nos abandona. No voy a decir que fuese yo, justamente yo, su Jefe, quien mejor conocía al difunto, pese a que en nuestro común quehacer, fuera el que más lo juzgaba.

Otra pausa.

Allí cerca, sobre la fosa abierta, la madre y unas mujeres, lloraban.

—No. Tal vez yo, nunca llegué a conocerlo. Tal vez sólo me haya tocado estimarlo, quererlo, porque quién sabe si no pasó por mi lado, diez,

quince, veinte años, sin ver de él más que lo externo. Sus anteojos, la raya deshecha de sus pantalones. Sus zapatos o las manchas de sus corbatas... No podía yo como Jefe, ahondar más en el Galileo (ustedes saben, Galilea, Provincia de Santa Fe), para mejor juzgar su trabajo, que era mi máximo deber frente a él como empleado. Retrospectivamente, creo que Jesús poseía una gran fe en los hombres y conservaba una hermosa capacidad para asombrarse frente a los accidentes de la vida. Aun los más pequeños. Sé que amaba lo justo. Si cierro los ojos...

Cerró levemente los ojos.

Entretanto, por encima de las vallas del cementerio, asomaron las cabezas de unos soldados. Extramuros, los perros vagabundos aullaron y un viento cálido agitó los arbustos.

—Si trato de recordarlo como lo vi ante mí por primera vez, vienen a mi memoria unos ojos frescos que los años fueron agostando, como precio de una inteligencia más sazónada, de una vida interior más vigorosa, disimulada por las necesidades de nuestra agitación diaria, que no transige con frecuencia con esta clase de índices intelectuales, pues la burocracia sólo alienta y digiere la vulgaridad.

Se encogió de hombros como añadiendo fuera de texto: “¿Qué le vamos a hacer?”.

—Quiero destacar asimismo, que poseía una de las cualidades más difíciles de hallar en nuestro tiempo: Sabía escuchar. Sabía sonreír. No sólo esto. Era tanta su inteligencia, que a menudo sus afirmaciones se limitaban a simples parpadeos, a leves movimientos de sus labios, dando a entender lúcidamente su honda comprensión de las órdenes recibidas. De sus funciones como empleado, sólo podría decir loas. A tal punto supo compenetrarse siempre con las tareas que le fueron encomendadas.

Calló, cobrando nuevos bríos.

Las mujeres habían dejado de gemir. La madre, una robusta campesina, se humedeció los labios con la punta de la lengua. Ella no entendía nada.

—No puedo recordar —prosiguió el Jefe—, sin estremecerme de placer, las mórbidas redondeces de sus números. La blandura carnal de sus mayúsculas. Digno de destacar fue su delicada probidad, su fervor permanente que justificaron la confianza en él depositada por sus superiores inmediatos y por la ARFIC S.R.L. Resalto, por expreso ruego de nuestra Dirección, la escrupulosidad puesta por Jesús, al servicio de las funciones asignadas. No negaré y digo esto como un elogio, que en ocasiones, su mentada escrupulosidad lo llevaba al borde de la misma rebelión para con nuestras normas...

Levantó una mano en el aire.

—Oh, no se asusten, Señoras... Señores... Nosotros nos sentíamos orgullosos de esos conatos de rebelión y, diré, que si no se le permitía implantar las innovaciones sugeridas por su espíritu revolucionario, a veces originalísimas, al extremo de que, con harta frecuencia, aquellas ideas, no similares sino las mismas, se les ocurrían con el tiempo a nuestros Señores Directores, repito que si no se aceptaban las sugerencias del difunto, no obedecía a miras desprovistas de grandeza. Simplemente se rechazaban merced a normas difíciles de abolir, basadas en los resultados de años y años de pingües beneficios para ARFIC S.R.L. Ustedes me comprenden. Podrá estar equivocado el sistema, pero mientras los resultados sean satisfactorios, el orden establecido no puede ser alterado por un albur, aunque éste merezca nuestra sincera y personal aprobación. Porque ARFIC S.R.L... Señoras... Señores..., si bien le preocupan sus ganancias, como es lógico e inocultable, aún le preocupa muchísimo más..., fíjense bien..., muchísimo más, no ir a la bancarrota para que el hambre y la desesperación no atraviesen el umbral de los hombres que, conscientes, en pago, contribuyen a la grandeza de ARFIC S.R.L. Pero..., de nuestro agradecimiento por sus desvelos, sabía bien el estimado Jesús, a quien le cupo en una ocasión, al cumplir veinticinco años de adictos servicios, ser mencionado dos veces, ¡dos!, en un discurso de nuestro Señor Director, discurso que se ha impreso en un hermoso papel ilustración..., y distribuido gratuitamente entre los clientes de ARFIC S.R.L., con motivo de un insoslayable aumento de precios de nuestros maravillosos productos. En otra oportunidad, no menos gloriosa, al querido desaparecido, le correspondió el altísimo honor de ser recibido por la Primera Secretaria del Señor Director en la feliz circunstancia de mandarlo a comprar unas entradas al Teatro El Maipo...

Muchos de los presentes, pensaban en el tren de las once y cuarto. Lo habían oído silbar allá en la lejanía, por Lomas de Zamora, pero si se daban prisa, la estación no se hallaba lejos y un colectivo pasaba por la puerta del cementerio.

El sol caía de plano. De las tumbas emanaba un hedor soporífero. Iban a insolarse o cuando menos a apestar todos, si el Jefe no terminaba su discurso.

La mayoría suspiró con desaliento al ver que extraía de sus bolsillos un nuevo puñado de cuartillas. Por suerte, un señor flaco y muy alto, nadie supo decir quién era, pues todos lo veían por primera vez, aproximándose al Jefe, con la alarma reflejada en los ojos, le dijo algo al oído. El Jefe miró en torno a sí. Los sepultureros con sus jetas feroces, tenían las palas cargadas hacía casi tres cuartos de hora. Otros muertos, mucho más ilustres que aquél, esperaban descomponiéndose al sol.

Lo que el hombre alto y flaco le dijo al oído del Jefe debió ser categórico, porque en silencio, mohino, se apresuró a guardar las cuartillas. Se inclinó y tomando un puñado de barro, lo arrojó sobre la tapa del féretro. Inmediatamente, lo imitaron los demás, casi con alegría, para acabar de una vez. No obstante, el tren aparecía en la curva. Habría que esperar al siguiente. Llegarían a Buenos Aires, pasadas las doce y les tocaría comer las sobras de los restaurantes.

Casi cuando se iban, salió a relucir el que se suponía era el padre del muerto. Era un señor con corbata y brazalete negros, que cariacontecido, sin cesar de secarse la frente con un pañuelo a cuadros, les agradeció haber ido hasta allí.

—Pero... —repetía—, ¿ustedes vinieron hasta aquí por mi hijo Jesús?

—Sí —le contestaron—. ¿Se sorprende usted?

—Pensé que se habían equivocado... Yo soy un simple carpintero. Sin mucha cultura... Siempre soñé un destino mejor para mi hijo. Ingeniero..., pero no servía para el estudio. Para militar..., tampoco. Mucho menos para sacerdote. De chico le gustaba quedarse en la cama a soñar. Luego estaba la tos. Los pulmones picados, ¿saben? ¿Todas esas grandes frases eran, realmente, para él?...

Como le replicaran que sí, pasándose el pañuelo por la cabeza sudorosa, comentó:

—Toda la vida tuve la impresión de que mi hijo no era así, como ha dicho ese señor..., así tan... tan brillante y... cooperador de ARFIC S.R.L. Ahora resulta... —el desasosiego se pintaba en sus viejas pupilas—. Años y años al lado de mi hijo, sin conocerlo verdaderamente. Resulta grotesco, ¿verdad? Superior a la misma muerte. Yo pensaba siempre que odiaba la mentira, la explotación... ¡Todo eso! ¿Por qué esta desfiguración total de la vida..., esta inadmisible simulación? Colaborador... Cooperador...

—No, no —susurró alguien cerca del viejo—. Su hijo era un hombre común. Era uno más, como yo, como todos. No cooperaba. Maldecía. Renegaba. Iba todas las noches a protestar al Sindicato. Jamás aceptó como buenas las normas explotadoras de ARFIC S.R.L. Las combatía... Nos alentaba a combatir las... Nos decía...

—Pero... ¿y toda esa palabrería? —dijo el viejo—. ¿Ese discurso?...

—Se pagó a varios periodistas famosos para que lo escribiesen. Cada uno puso lo que le pareció. Ninguno lo conocía.

—Entonces... —dijo el padre—, si es así... Pero... ¿con qué objeto hacen esta comedia?

—Publicidad.

—¿Publicidad?

—Sí. Publicidad. Supervivencia. La casa aprovecha cualquier coyuntura que contribuya al aumento de sus ventas.

La madre, traspasada de dolor, socorrida por las otras mujeres, sollozaba de nuevo al borde de la fosa que los sepultureros cubrían aceleradamente con paladas de barro.

Lejos, los perros aullaban.

—Ah, pero... pero... —farfulló el viejo—. ¡Eso es asombroso! ¡Increíble! Yo no sabía nada. Yo... yo escuchaba a este señor hablar —agregó señalando indignado al Jefe—, y pensaba: “Mi hijo me mentía. Se arrastraba. Le sacaba las entradas a la Secretaria del Director, sin duda alguna su concubina. Mi hijo que se las echaba ante mí de recto, era un solemne cretino más, que callaba, que transigía, que sonreía hipócrita a sus Jefes, que se agachaba a limpiarles los zapatos”... Sentí náuseas, lo confieso. Pensé: no, no es posible... Estos imbéciles se equivocan de muerto... No hablan de mi hijo. Porque en realidad, él, se me quejaba siempre: “Es mi vida, decía, lo que dejó atrás, sin conseguir nada a cambio. No sé lo que es reír en voz alta, porque se nos prohíbe levantar la cabeza de nuestras planillas de ventas. No me importaría tanto reír yo como que ríesen los demás. Moriría a gusto porque un sólo hombre, entre la humanidad, riese. Los hombres, padre, viven agobiados, aplastados, hombres que mueren sin conocer la vida. Comer y fornicar apresuradamente. Se les dice que es bastante y muchos empiezan a aceptarlo así. Hemos luchado contra las viejas tiranías, para volver a la filosofía de la naturaleza, pero los métodos modernos insertan al hombre de nuevo entre los animales. Tú y yo, padre, sabemos que no fueron creadas todas las formas desde un principio; que se han ido creando y evolucionando. Pues aquí se empeñan en que la evolución sea regresiva y no progresiva. ¡No! ¡No! La vida es otra cosa. ¿Verdad, padre, que es otra cosa?” Con los ojos llenos de lágrimas me decía: “Padre, hay que luchar hasta que desaparezcan esos déspotas que miden a los hombres el tiempo empleado en comer por lo que supone el que pierden en defecar...”. ¡Ese era mi hijo!

Suspiró el viejo.

—Pero... mi hijo nunca hizo nada; era demasiado débil. Nada. Salvo morir. No podía hacer nada. Soñar... ¿Comprendéis? Vosotros mismos, sus hermanos, con vuestra pasividad y vuestra estupidez de hombres comunes, le atabais las manos. Os reíais de él... De sus ideas... Él me lo decía... Ahora venís aquí con falsas loas... Con discursos hechos de encargo... Publicidad... Supervivencia... Yo os digo que mejor es que os calléis. ¡Idos! Idos... Yo, su padre..., quiero “desamordazarlo y regresarlo...” de entre los muertos. ¿Oís?... Yo, su padre..., lo haré... El cielo se agrietó, como una cúpula de porcelana que se hiende. Por

entre súbitos nubarrajos, a través de una brecha, se vieron las raíces ígneas del infinito. Surgió un rayo. Otro. El cielo se transmutó en una masa negra. Iba a soltarse una de esas torrenciales tormentas de verano.

El padre del muerto continuó vociferando.

—¡Ya veréis! ¡Ya veréis!

Pero muchos de los presentes, ya fuera porque se acercaba un tren, ya porque amenazaba el chaparrón, se marcharon corriendo. Otros, muy contados, como empezase a diluvir ayudaron al Viejo y a su familia a buscar refugio bajo unos árboles. No muy lejos, sobre una frazada extendida en el suelo, los soldados, con los dados, apresuradamente se jugaban “algo”..., entre risotadas. La madre bostezó, sacudiéndose la lluvia de la falda.

Nadie pensó que... Bueno, nadie pensó en nada. Quizá algunos sólo pensaron que se mojarían de arriba abajo. Sin embargo...

ADELA GRONDONA

¿Por qué escribe usted? Contesta Juan Carlos Ghiano

A. G. — Usted se preguntará por qué le pregunto “¿Por qué escribe?” Le contestaré desde ya que es por mera curiosidad de colega. Pensé que sería interesante saber lo que experimentan los escritores cuando escriben, cómo lo hacen y por qué, para qué lo hacen. ¿Es por un deseo de liberarse, de darse, de comunicarse, de servir a la humanidad, de afirmarse, de adquirir fama, es por una especie de escapismo, o de existencialismo, o simplemente por una necesidad natural, casi física? ¿En cuál de estas categorías está usted?

J. C. G. — Comencé a escribir desde muchacho, en la época de las primeras cartas familiares obligatorias. Literatura escondida que sólo yo he leído. Sospecho que los versos y los relatos que enhebraba entonces eran cartas a gentes comprensivas, seres de ficción o personas reales aco-

modadas a las medidas de mis intereses y afectos. Más tarde comencé a escribir con los mismos propósitos, pero dirigiéndome a parientes y amigos. Quizá todo lo que he publicado, lo que para mí cuenta de lo mucho que he escrito, no sea sino esa forma de comunicación que me resulta insatisfactoria cuando me encuentro realmente frente a quienes quiero o admiro.

¿Es ésta una necesidad natural, casi física? Creo que sí. Y de esta manera pienso que impongo mi existencia entre las turbaciones del mundo que me asaltan en tantas formas.

A. G. — ¿Cree usted que el talento es, existe primero, o bien que pueda llegarse a él por medio de un trabajo constante, de un gran deseo de ser escritor, a toda costa, a toda lucha?

J. C. G. — No podría aclararle decidida-

mente la pregunta. Existe, al menos lo pienso por experiencia, un llamado vocativo que quizá pudiera llamarse "talento" y sobre él, la constancia, el trabajo cotidiano, esa larga paciencia a la cual debemos someternos cuantos no estamos asistidos por el "genio". No siendo Rimbaud, sólo nos resta una capacidad de aproximativos alcances a nuestras ilimitadas metas.

A. G. — Yo creo que la infancia tiene una importancia capital para todo lo que hemos de ser más tarde. Por eso pregunto a mis entrevistados: "¿Cómo fue su niñez?" ¿Dónde transcurrió la suya, Ghiano?

J. C. G. — ¿Cómo fue mi niñez? Con la compañía y también con la soledad que pudieron darme los que me rodeaban, desde mis padres y hermanos hasta las viejas criadas de la casa y los peones del campo. Infancia vivida en un pueblo de la provincia de Entre Ríos y la campaña inmediata, entre gentes cordiales que sabían dos cosas importantes: contar cuentos de sucedidos reales e historias de aparecidos, a la vez que tenían las dulces costumbres del diálogo sin prisa, con alarde y exactitud al mismo tiempo.

A. G. — ¿Y le gustaba la lectura? ¿Qué libros despertaron su imaginación?

J. C. G. — Ellos, esas gentes despertaron mi imaginación, tanto como los muchos y dispares libros que leí entonces, desde el inevitable Perrault a Jack London, desde Dante a Mármol, desde Shakespeare a *Martín Fierro*. Y no la asombraba la mezcla: leía cuanto me brindaba caminos hacia mundos desconocidos, ya por lejanos en el espacio, ya por alejados en el tiempo.

A. G. — Leía, sobre todo, por un gran deseo de leer. Recuerdo lo que decía Chesterton: "Hay una gran diferencia en el hombre ansioso que desea leer un libro y el hombre cansado que desea un libro para leer". Bueno, eso quiere decir que tenía usted una buena biblioteca, Ghiano.

J. C. G. — En mi casa siempre creyeron poco en la literatura dedicada especialmente a los niños y nos dejaron, a mí y a mis hermanos, en plena libertad de elección dentro del material que teníamos a nuestro alcance. Los temas y los personajes del infierno dantesco tuvieron entonces para mí el mismo prestigio que las historias de fantasmas que me contaban los paisanos supersticiosos y las criadas sabias en el más allá.

A. G. — Ha descrito usted muy bien en un cuento el tedio de un pueblo de alguna parte de la República. También el ambiente de estancia. Usted me dijo cierta vez que el lugar donde transcurría un cuento debía ser real, que necesitaba situarlo antes de escribirlo.

J. C. G. — Vuelvo a repetirle lo que le dije entonces. No puedo mover a mis criaturas de ficción sino en los lugares que conozco directamente. De ahí que casi todos mis relatos transcurran en pueblos provincianos del Litoral, y en sus campos, a veces trasladando directamente la topografía de estancias y casas conocidas en mi infancia, inclusive las de mis padres. Por esto pienso, como el protagonista de *El hombrecillo de los gansos*, que el retorno a la casa materna será siempre el retorno al "principio del mundo", ya que allí vislumbré las cifras y claves de la existencia.

A. G. — ¿Encuentra que es más fácil escribir cuentos o novelas?

J. C. G. — No creo que pueda hablarse de facilidad en la dedicación a un género literario; sin embargo cada uno se siente más cómodo en aquellas formas que están más cercas de sus impulsos mentales y de sus posibilidades expresivas. Para mí esas formas ideales son el cuento largo y la novela corta, ambas tan poco practicadas en la Argentina, y tan obstinadamente desdeñadas por los editores.

A. G. — Y muy defendidas por Moravia.

Se lo dijo a Manuel Mujica Láínez: su género preferido es la "nouvelle", es decir precisamente eso: el cuento largo... Y dígame, Ghiano, ¿escribe usted fácilmente o trabaja mucho?

J. C. G. — Todo depende del tema y del interés humano, inclusive de las mínimas circunstancias. Hay ciertos momentos, no obstante, en que una conjunción de realidades internas y exteriores favorece esa suerte de felicidad creadora que suele ser tan mezquina en otras jornadas, de fatigoso e inútil trabajo. Quisiera agregarle que la presencia de alguien querido a mi lado, o la certidumbre de su compañía espiritual, me da ese apoyo que tanto necesito para crear sin tropiezos.

A. G. — Cree usted que uno debe escribir cuando está inspirado o que uno debe inspirarse cuando está escribiendo. Para Manuel Mujica Láínez (para seguir citándolo) el ejercicio de la literatura es algo

tan riguroso como tener un empleo, con obligaciones, horario, etc. En cambio Roberto Ledesma se moriría si lo obligaran a escribir. ¿Qué piensa usted sobre esto?

J. C. G. — Cualquiera de los dos procedimientos puede ser útil, de acuerdo con las condiciones que he señalado en la respuesta anterior, aunque el escribir me parece la forma mejor de inspirarme, o al menos de impulsarme. No creo en escritores que escriben sólo por arrebatos, pero tampoco en aquellos que lo hacen sólo obligados. Para mí la situación ideal es una mezcla de placer y de mandato, mandato surgido de las necesidades de expresar algo y comunicarme con alguien, ese lector ideal y perfectamente situable que siempre tengo en cuenta cuando escribo. Quizá por eso me gusta tanto dedicar a seres amigos lo mejor que he podido escribir, y no sólo en la ficción sino también en el ensayo y en la crítica.

galería

Bonino

Pintores Argentinos y
Extranjeros

MAIPÚ 962 - 31-2527

Buenos Aires

galería

Van Riel

FLORIDA 659

Buenos Aires

Respuesta a FICCIÓN sobre NO de Dalmiro Sáenz

UN escritor que no tenga el orgullo —no he dicho soberbia ni vanidad— y la conciencia de la originalidad, entre otras facultades que debe tener —densidad, idioma, profundidad, estilo, información, humor, inteligencia, seducción, ingenio— no podrá decir que es un escritor auténtico a menos que quiera decirlo con una ventriloquia para uso y satisfacción personales. Puede faltarle algunas partes de la novena citada (Herman Hesse carece de humor, Gabriel Miró de información y la profundidad de Azorín no necesita medirse con el barómetro) pero la originalidad es tan indispensable y rigurosamente exigible como lo son el papel y la pluma o lo que use para escribir. El orgullo de la originalidad no consiste en el exceso de estimación propia ni en ponerse moños en la cabeza porque se ha comprobado que se es original, sino en ese orgullo legítimo que viene de la conciencia y la certidumbre de estar sirviendo una causa noble: juntamente con la de ocuparse y preocuparse por la salvación (hoy ya es poco decir mejoramiento) del mundo, la de hacer una obra artística o literaria original es el mejor servicio que un hombre puede ofrecer a este valle de vanidades y de lágrimas en que sufrimos. Sartre, tan acicularmente examinador e inquisidor en todo, agrega al orgullo la angustia de la originalidad. Este es otro asunto, no solamente porque así como no hay una preocupación por la singularidad o por el estilo —se es o no se es singular, se tiene o no se tiene estilo— tampoco habría una angustia por ellos, exceptuando la angustia del que es original pero igualmente teme no serlo. En suma: quien sea original será un escritor. En nuestro país, donde los buenos novelis-

tas tienen que ver cómo los otros tienen a veces el mismo éxito que ellos, la discriminación entre los escritores originales y los otros suele ser algo difícil. Quien más quien menos, incluyendo a los muy idóneos a quienes es difícil engañar, cree padecer de discromatopsia, pues he aquí que un pequeño novelista gris o beige o celeste es reconocido —por los indoctos, naturalmente— en la misma medida que lo es un novelista grande rojo o verde veronés o solferino. Los colores están confundidos. ¡Qué injusticia!

Con el paroxismal y anárquico Dalmiro Sáenz se ha hecho justicia. De la novena antes citada no todas las partes son para él: le faltan más facultades de las que posee, pero por tener color y fisonomía propios y por ser original, los cuatro cuentos de *No* lo incorporan a la fila donde revistan los escritores propiamente dichos. Su originalidad no reside ni en las escenas sicalípticas donde la cama es una fiesta del tótum revólutum, ni en la golosa voracidad antropófaga de la pareja para quien la sangre de todos los colores es potable, ni en las pastosas y abaritonadas interjecciones (no son gorjeos ni balidos) con que empieza y termina el cuento *Cafishio*, ni en las palabras libres ("...no os asustéis de las palabras llamadas obscenas: es vuestro miedo el que las torna malas", decía el serpienteplumado D. H. Lawrence) y de mayor malsonancia que la de los versos fesceninos, usadas por Sáenz muy pertinentemente; sino en la elocuente expresividad de un primitivismo panhumano, a través del cual los personajes sueñan las aventuras que viven ya que no pueden vivir las que sueñan, y es con esta paradojal de-

sesperada esperanza cómo el afirmativo autor de *No* desemboca en la conclusión humano-teológica de que el amor a Dios puede manifestarse inconscientemente en el amor al prójimo o en el amor a sí mismo, tal como, según los teólogos del absolutismo deífico, sostienen que el pan y el omnideísmo es de tal naturaleza englobadora que aquellos que no aman a Dios e inclusive los ateos lo aman también, sólo que no lo saben, y, en consecuencia, es un propósito infructuoso y una convicción inútil no amarlo o no reconocerlo. Que el amor a Dios del modo como lo sostiene Dalmiro Sáenz es un amor que arranca del tiempo en que la anquirredonda y acidálica Eva le decía al cernejo e hinible Adán: *No te enfurezcas, querido: estamos viviendo una época de transición: pues el pecado no nos aleja de Dios aunque sólo nos acerque para el castigo*, y desde entonces acá ha sido reiterado por François Mauriac y Graham Greene, la originalidad del novelista argentino es válida igualmente porque está expuesta a través de tipos peculiares y en cierto modo —sólo en cierto modo— con más sinceridad y menos estratagemas y menos trampa que las empleadas por los dos europeos. Que el libro no esté demasiado bien escrito y que Dalmiro Sáenz —un narrador auténtico— sea un escritor de los que no se quedan con nada en el cuerpo son, quizás, dos hechos que se atienden y favorecen recíprocamente. Que la tesis teológica de *No* sea discutible no significa mucho en contra del libro: importa más y es lo único que importa que Sáenz la sienta incontrovertible. No sako muchas conclusiones de este libro un tanto apasionante y, para mí, menos apasionante que su apasionado creador; no tantas como para insistir en su radiografía. Algunas he sacado, como se ha visto, y no de las menos importantes. Pero hay una que considero extraordinaria, reveladora de que

el libro no es un mero libro más: los cuatro relatos de *No* me permiten creer que a Dalmiro Sáenz, por el tema que ha tratado, y por la tesis con que lo sostiene, le gustaría exclamar con las mismas palabras con que exclamó Rilke en 1915: *¡Qué horror! El mundo ha caído en manos de los hombres.*

BERNARDO E. KOREMBLIT

Los libros de Dalmiro Sáenz ganan premios, se agotan y se leen de un tirón: Dalmiro Sáenz, además, es un escritor católico. Y entonces no sé hasta qué punto se pueden criticar sus libros; a juzgar por lo primero —premios, venta, interés— uno teme malquistarse con la Vox Populi; a juzgar por lo segundo (aparentemente, ya se verá) con la Vox Dei. Aquella castiga con el desprestigio; ésta, con el ominoso Infierno. La sensatez, no obstante, sólo teme a la primera. Algún día, rodeados de gordos angelitos veremos cómo Dalmiro Sáenz, François Mauriac, Graham Greene y el padre Castellani solicitan allá abajo la prescripta gotita de agua, mientras Belcebú los dora convenientemente en largas parrillas destinadas a los católicos-críticos. Ellos apelarán al canónico Símbolo de Nicea, pero Jehovah, repasando con atención junto al buen Jesús un celestial proyecto de Reforma Agraria, dirá: os fue dicho *no acontezca que tu adversario te entregue al juez, y el juez te entregue al alguacil, y seas echado en prisión. De cierto os digo que no saldréis de allí hasta que no paguéis el último cuadrante* (Mateo V, 25-26).

Y a nosotros, risueñamente, nos temblarán las barbas.

En fin. El caso es que *No*, para ser prolijos, debe ser considerado en dos aspectos. La prosa de Sáenz, en mi opinión, es una excelente versión de Faulkner:

una versión maleva, sudamericana, con amplios cachetazos de extramuros y tiroteo a la salida del prostíbulo: todo muy bien trabajado, muy astutamente puesto en su lugar. Lo que mejor impresiona al lego, sin duda, es el oficio con que está urdida la sorpresa. Ante los libros de Sáenz nunca se ha de sentir seguro de nada: las situaciones, los personajes —como los dioses, como las letras al pasar de una edad a otra— pueden transformarse, en cualquier momento, en su contrario (temblorosa dialéctica, ahora que lo pienso, que puede consumarse en un Cielo insospechadamente koljosiano, como el descripto más arriba). Ahora bien: Sáenz es un narrador realista y, en buena medida, un literato comprometido. Este es el segundo aspecto. Y es complejo. Porque el realismo de Sáenz no está en lo que pinta sino en la compulsión de ciertas situaciones dramáticas. En *Sí*, por ejemplo, esta característica alcanza su mejor estructura; el cuento convence y —aunque no sorprende, pues su final es previsible— duele. En *Cafishio*, pese a algunos anacronismos (una muchacha de la alta sociedad escribiendo con rouge, sobre un espejo, a la manera de una cocotte, una despedida con clave; un señorito que, por obvias exigencias formales debe, en algún punto del relato, encontrarse con el cafishio, y, sin más, va a su casa y le pide prestada una ametralladora), pese a esto y a alguna vehemencia de carácter simbólico, la historia atrapa y, a mi juicio, es lo mejor del libro.

Este realismo —esta verosimilitud de ciertas irrealidades— encierra una paradoja que merece una explicación: Dalmiro Sáenz urde trampantojos puramente literarios —apariencia de barullo estilístico, sorpresa final— para expresar una concepción del Amor que, en sus libros, importa menos que la literatura. María la Rubia, por ejemplo, no es una mujer (aunque existan mujeres, desventuradas mujeres como ella, aunque nuestra brutal sociedad las haya inventado, y las necesite) sino un personaje de cuento, metida para siempre en una anécdota de cuentista, limitada a vivir, fantasmalmente, lo que duran unas cuantas páginas de buena prosa. Puede argüirse que es suficiente, sin embargo, en Dalmiro Sáenz; no tendría que serlo, pues él, en cuanto escritor que se ha asumido lúcido, apunta a la trascendencia: sus elaboraciones están condicionadas por una manera de ver el mundo —una tesis, una crítica— y no escatima, si le hace falta, algún buen párrafo de pedagogía cristiana. Yo creo entonces que esta superposición de elementos (el chiste prosódico, la argucia sintáctica, el zambomba del último renglón) conspira a veces contra la actitud humana de Sáenz: la reduce. Quizás sea que, al menos en este nuevo libro, el autor parece rebasar el género a tal punto que, muchas veces, los relatos tienen atmósfera de novela pura y final de cuento breve.

De cualquier modo, y resumiendo, optamos por la afirmativa: *Sí*.

A. C.

Teatro

“Caminito” cumplió cuatro años

EL Teatro “Caminito”, acertadísima creación de Cecilio Madanes, enfrentó su cuarto año de vida con *Una viuda difícil*, farsa de Nalé Roxlo que estrenó en el Odeón, en 1944, una compañía encabezada por Paulina Singerman.

Inteligente la elección de esta pieza. Son apropiados para una representación al aire libre su vaguísimo dejo de comedia de enredos y sus abundantes toques de humorismo superficial y siempre de buen gusto —pese a los denodados esfuerzos de Osvaldo Terranova y Jorge Luz por dar a algunas escenas del final el tono de chuscadas de la peor calle Corrientes. Pero el mayor mérito de la *Viuda* de Nalé para los que no tenemos el humor tan fácil es que la reconstrucción del Buenos Aires colonial —en apariencia meramente “allí y entonces” de una situación deliberadamente trivializada por el autor— se nos impone y se transforma en lo más atractivo del espectáculo. Importante lección de seriedad la de nuestro dramaturgo, que usa lo pintoresco desde adentro, sin confundir marco con contenido, sin caer en la siempre desvirtuadora tentación del folklorismo. La escenografía y los trajes de Ragucci-Madanes y E. Lerchundi respectivamente, aunque confesadamente anacrónicos, no podían haber sido más adecuados a ese espíritu de evocación fiel, presente en las indicaciones del texto y al que tampoco es ajeno el lenguaje de Nalé, fluido y verosímil: dos cualidades que son una y que suelen brillar por su ausencia en nuestros escenarios.

Por lo demás, ciertas reiteraciones —algunas presentes en la obra original, otras añadidas es de suponer que con la aquiescencia del autor: las canciones del ciego, por ejemplo (dos, y menos largamente cantadas, hubiesen sido más eficaces), y otras a no dudar sin su consentimiento: las casi inoperantes ocurrencias de Terranova y Jorge Luz (sólo una minoría no muy selecta festejó sus “improvisaciones”) —entorpecieron el ritmo más de una vez, arrastrando escenas que debieron volar en alas y en aras de su intrascendencia.

Aída Luz sabe utilizar sus ojos expresivos para exteriorizar estados de ánimo. Es decir, es una actriz. En algunos momentos, sin embargo, su viuda Isabel se movió con un desenfado que no condecía con su recato esencial. José M. Langlais fue un Mariano discreto —sensato y oportuno—; bien, como siempre, María Esther Corán; Jorge Luz, bien como Verdugo, desacertado como Vejete; O. Terranova actuó como “actor de carácter” a la antigua, es decir en forma puramente exterior. Excesivamente engolado Guillermo Helbling. Marga de los Llanos cumplió bien con su papel de soltera no ya tan casadera.

Es de desear que “Caminito” cumpla muchos y felices veranos en la escenográfica Boca. Y que no se duerma sobre sus laureles. Aun en lo frívolo debe haber una cierta dosis de hondura —de no reducción a lo esquemáticamente formal —para que sea eficaz.

MARÍA LUISA BASTOS

Discos

ULTIMAS
NOVEDADES EN

NAVIDAD (Weihnachten). **Canciones navideñas**, por Los Niños Cantores de Viena. Dir.: Xaver Meyer. Grabado en Austria. Sello ODEON LDN-7865 (un disco de 33 r.p.m. de 30 cmts.).

COINCIDENTEMENTE con la celebración de las últimas fiestas, ODEÓN incorpora a su ya abultado catálogo de Cantos de Navidad, esta colección de doce deliciosas canciones alusivas al fasto acontecimiento cristiano. Su intérprete es el coro de Los Niños Cantores de Viena, conjunto ampliamente escuchado y

juzgado por nuestro público, el cual —bajo la dirección del maestro Xaver Meyer—, se desempeña a la altura de sus antecedentes. La selección es de un irreprochable buen gusto, y el órgano —ejecutado por el director —ayuda a crear el "clima" de intimidad y recogimiento propios de las circunstancias.

BEETHOVEN: **Concierto Nº 1 en Do Mayor Op. 15 y Concierto Nº 2 en Si Bemol Mayor Op. 19**, por Wilhelm Backhaus (piano) y la Orquesta Filarmónica de Viena. Dir. Hans Schmidt-Isserstedt. Sello LONDON LLC-17944 (un disco de 33 r.p.m. de 30 cmts.).

ENtre otros intérpretes no menos ilustres, a Wilhelm Backhaus y a Arthur Schnabel debemos la exhumación y difusión de los dos primeros conciertos de Beethoven, tan injustamente absorbidos por los tres siguientes. Por eso resulta significativo que sea uno de estos eminentes pianistas quien concentre ambas obras en una sola placa, como si quisiera —en su espléndida madurez—, dejar registrado para siempre este acto de justicia. La interpretación de Backhaus es memorable. Cuesta creer que esta gra-

bación haya sido realizada hace poco tiempo, y que la avanzada edad no haya afectado en nada sus recursos pianísticos. Esta milagrosa longevidad mecánica permite a Backhaus aunar esos dos elementos siempre desencontrados: las posibilidades físicas de la juventud y la experiencia y sobriedad expresiva de la edad madura. La Orquesta Filarmónica de Viena, bajo la dirección de Hans Schmidt-Isserstedt, se desempeña a la altura del solista. Superficies claras y brillantes completan las superlativas cualidades de la grabación.

Discos

PONCE: **Concierto del Sur** y RODRIGO: **Fantasia para un Gentilhombre**, por Andrés Segovia (guitarra) y la Orquesta Sinfónica del Aire. Dir.: Enrique Jordá. Sello DECCA LTC-9551 (un disco de 33 r.p.m. de 30 cmts.).

UN nuevo registro de Segovia adquiere siempre proporciones de acontecimiento. El de ahora trae consigo el doble atractivo de la novedad, pues el *Concierto del Sur* de Manuel Ponce y la *Fantasia para un Gentilhombre* de Joaquín Rodrigo no habían sido llevados al disco, y es regocijante escuchar estas obras a través

de la rica paleta sonora del eximio vihuelista español, a quien fueran dedicadas. Obras de fresca inspiración, de prosapia hispana sin españolismo, hallan en Andrés Segovia el fascinante creador que todos conocemos. La Orquesta Sinfónica del Aire, correcta, bajo la batuta del maestro Enrique Jordá.

MOUSSORGSKY (Orquestación de Ravel): **Cuadros de una Exposición**, por la Orquesta Philharmonia de Londres. Dir.: Herbert Von Karajan. Sello ANGEL LP 11918. ESTEREOFÓNICO.

SIN duda, "Cuadros" es una de las obras más favorecidas por el interés de los editores. Son incontables las versiones que andan por el mundo comentando musicalmente aquella legendaria exposición pictórica de V. Hartmann, sin considerar las que en nuestro país han recibido los honores de su publicación. La que ahora me ocupa es la impresión es-

tereofónica de una excelente versión monoaural ya conocida, que reproduce el registro de Herbert Von Karajan y la Orquesta Philharmonia de Londres. El nuevo procesamiento mejora notablemente la audición, aportando los eficaces recursos de la estereofonía al inteligente planteo del gran director alemán y a la colorida orquestación raveliana.

VIVALDI: **Las Cuatro Estaciones**, por la Societá Corelli. Violín Solista: Vittorio Emanuele. Sello RCA VICTOR LM-2424 (un disco de 33 r.p.m. de 30 cmts.).

FRENTE a esta nueva versión de *Las Cuatro Estaciones* de Vivaldi, el discófilo pensará de primera intención que RCA Victor ha acometido una empresa redundante e inútil. Pese al indudable interés artístico de esta obra, cuesta creer

que nuestro limitado mercado local pueda absorber tantas ediciones de la misma, ya que otros sellos la han inscripto en su catálogo con intérpretes de elevado rango. No obstante, escuchándolo, la razón de ser de este disco surge con total eviden-

EXITOS EN
DISCOS

cia. No se trata de "una versión más" de *Las Cuatro Estaciones*, sino aquella que podríamos considerar estilísticamente definitiva, por el particular empeño que la Società Corelli ha puesto en plasmar la "verdad" histórica del sonido. No desmerezco con esta afirmación los valores de los restantes registros conocidos, ya que algunos de ellos pueden competir con

éste en cuanto a justeza o brío. Pero la versión de la Società Corelli —con Vittorio Emanuele en el violín solista—, representa la fiel expresión de un siglo y la ejemplar y humilde sujeción a una escuela, sin vanidades ni demagogias. Lo cual no es flaco mérito en los tiempos que corren.

FAMOSOS COROS DE NIÑOS (Canciones populares, tradicionales y de concierto), por el Coro de Niños de Bielefeld. Solista: Edith Klein. Dir.: Friedrich Oberschelp. Niños Cantores de Viena. Dir.: E. Grossmann. Cantores de Cuentos de Schamburg. Dir.: Edith Möller. Los Regensburger Domspatzen. Dir.: Prof. Dr. Th. Schrems. Sello TELEFUNKEN TW-30086 (un disco de 33 r.p.m. de 25 cms.).

Si bien no es empresa fácil obtener resultados artísticamente puros con los coros de niños, es innegable que con ellos pueden lograrse deliciosos efectos, cuando se los limita al ámbito de la canción popular. El encanto peculiar del timbre suple la falta de matices expresivos que es propia de las voces infantiles, y hasta hace perdonar —cuando no son demasiado graves—, algunas eventuales desafinaciones. Este nuevo regis-

tro de TELEFUNKEN reúne páginas de ambas corrientes; un *potpourri* de canciones infantiles, cantos populares y folklóricos germanos y dos bellas obritas de Brahms. En la responsabilidad de la interpretación se alternan los cuatro conjuntos citados en el título, desempeñándose todos con nivelada calidad y soltura. Como ya es tradicional en esta marca, la edición está realizada por una presentación de encomiable calidad.

SCHUBERT: Impromptus Op. 90 y Momentos Musicales Op. 94, por Jörg Demus (piano). Sello DEUTSCHE GRAMMOPHON GESELLSCHAFT LD-63-181 (un disco de 33 r.p.m. de 30 cms.).

Es inexplicable que un pianista fogueado como lo es Jörg Demus, habituado a deambular entre los románticos alemanes como acompañante de grandes liederistas, no haya captado todavía el espíritu poético e intimista de Schubert. Estas primorosas piezas para piano reclaman un intérprete sutil y flexible, más que un ejecutante diestro. Y evidentemente, Demus es esto último, si nos remitimos a lo que rinde en este registro y a

la experiencia que le debemos durante sus visitas a nuestro país. Por supuesto, no puede dejar de mencionarse la facilidad y pureza de su mecanismo, y la honestidad de sus recursos musicales. Nos encontramos más bien ante un caso de impotencia anímica, que bien puede manifestarse de distinta manera en otras escuelas y autores. El disco, de sonido brillante y fiel, está afectado de algunas crepitaciones.

STEREO - CLASICOS

LSC-2252

Tschaikowsky, Concierto Nº 1
Van Cliburn - Fritz Reiner y la Orquesta Sinfónica de Chicago.

LSC-2270

Esto es Estéreo

Gade - Ketelbey - Waldteufel - Sousa
- de Falla - Listz - Mendelssohn - Chabrier.
Arthur Fiedler dirigiendo la Orquesta Boston Pops.

LSC-6066

Beethoven, Sinfonía Nº 9 "CORAL"
Price - Forrester - Polesi - Tozzi.
Coro del Conservatorio de Nueva Inglaterra.
Beethoven, Sinfonía Nº 8
Charles Munch, dirigiendo la Orquesta Sinfónica de Boston.

LSC-2323

Rimsky-Korsakoff, Capricho Español, Op. 34 - Tschaikowsky, Capricho Italiano, Op. 45.
Kiril Kondrashin dirigiendo la Orquesta Sinfónica RCA Víctor.

LSC-2343

Beethoven, Sinfonía Nº 5, en Do Menor, op. 67 - Coriolano, Obertura Op. 62.
Fritz Reiner y la Orquesta Sinfónica de Chicago.

LSC-2316

Beethoven, Sinfonía Nº 6, en Fa Mayor, Op. 68 "PASTORAL".
Pierre Monteux dirigiendo la Orquesta Filarmónica de Viena.

LSC-2314

Mendelssohn, Concierto en Mi Menor, Op. 64 - Prokofieff, Concierto Nº 2 en Sol Menor, Op. 63.
Jascha Heifetz, acompañado por la Orquesta Sinfónica de Boston dirigida por Charles Munch.



un nuevo prodigio electrónico
creado por

RCA VICTOR

UNICO...

COLOSAL...

FABULOSO!..

Estas son las últimas novedades
en Discos Estereofónicos editados
por RCA VICTOR y grabados
con el legítimo



DISCOS

RCA VICTOR

INDUSTRIA ARGENTINA

MOZART: *Concierto Nº 20 en Re Menor K. 466* y PROKOFIEFF: *Concierto Nº 5 en Sol Mayor Op. 55*, por Svatoslav Richter (piano) con la Orquesta Sinfónica de la Filarmónica Nacional de Varsovia. Directores: Stanislaw Wislocki y Witold Rowicki. Sello DEUTSCHE GRAMMOPHON GESELLSCHAFT LD-63-180 (un disco de 33 r.p.m. de 30 cms.).

Por muchos motivos, este disco no debe faltar en una buena colección. En primer lugar, porque hermana los nombres de Mozart y Prokofieff bajo el signo de los más bellos conciertos que estos maestros escribieron para el piano, y es un mensaje vivo de dos épocas y un mismo objetivo. En segundo término, porque su ejecución ha sido confiada a uno de los más eminentes pianistas de la actualidad, Svatoslav Richter, y éste justifica sobradamente su prestigio: técnica depurada, musicalidad deslumbrante, ver-

BRAHMS: *Sinfonía Nº 4 en Mi Menor Op. 98* y BEETHOVEN: *Gran obertura para el Onomástico Imperial Op. 115*, por la Orquesta Lamoureux de París. Director: Igor Markevich. Sello DEUTSCHE GRAMMOPHON GESELLSCHAFT LD-63-179 (un disco de 33 r.p.m. de 30 cms.).

La interpretación que Igor Markevitch realiza de la *Sinfonía Nº 4* de Brahms, no transmite la severa nobleza ni el encendido lirismo que son propios del gran compositor alemán. Las exigencias técnicas y expresivas de esta obra fundamental, requieren una masa orquestal vigorosa y arrebatada, y creo que no son éstas cualidades distintivas de la Orquesta Lamoureux, que en muchos momentos suena como un conjunto de sa-

MOZART: *Quinteto en Mi Bemol para trompa y cuerdas K. 407* y *Cuarteto en Fa para Oboe y Cuerdas K. 307*, por el Cuarteto Fine Arts. Trompa: John Barrows. Oboe Ray Still. Sello CLUB INTERNACIONAL DEL DISCO Nº 40.

El Club Internacional del Disco se ha distinguido, desde su afortunada aparición en el mercado local, por el refinado gusto de sus selecciones, transitando por los títulos más escogidos de la música

sátel personalidad. En tercer lugar, porque la Orquesta Sinfónica de la Filarmónica Nacional de Varsovia (dirigida respectivamente por los maestros Stanislaw Wislocki y Witold Rowicki), interpreta el lenguaje de estos autores dispares con dúctil propiedad. Finalmente, porque el disco —gracias a su perfecto procesamiento—, puede escucharse sin sobresaltos, distorsiones ni ruidos de superficie. ¿No son estos motivos suficientes para el más encendido elogio?

lón. Ello me exime de referirme concretamente a la labor de Markevitch —cuya autoridad es indiscutible—, pero que en la ocasión ha tenido que lidiar con las limitaciones de un instrumento insuficiente. En un plano de mayor logro artístico transcurre la *Obertura para el Onomástico Imperial*, de Beethoven, obra de circunstancias dedicada a Francisco II, tan intrascendente como encantadora.

ca de cámara, sin dejarse tentar por aquellos otros tan nutritivos para la cuenta bancaria. Esta actitud habla de un propósito ejemplarmente artístico, que fue —por otra parte—, el motor que impulsó

la fundación del "Club". La entrega Nº 40 encuentra a este Sello en la misma ruta: los bellísimos *Quinteto en Mi Bemol para trompa* y *Cuarteto en Fa para oboe*, de Mozart, que vienen a acrecentar la excelente discoteca que esta mar-

DVORAK: *Sinfonía Nº 5 en Mi Menor, op. 95 "Nuevo Mundo"*, por la Orquesta de la Ópera del Estado de Viena. Dir.: Vladimir Golschmann. Sello CLUB INTERNACIONAL DEL DISCO Nº 37 (un disco de 33 r.p.m. de 30 cms.).

La "época americana" de Antonin Dvorak jalona, sin duda alguna, uno de los períodos decisivos para la posterior evolución de la música culta en los Estados Unidos. Compositor de relevantes dotes, Dvorak tenía una habilidad singular para manejar temas de neta extracción popular, traduciendo a su propio lenguaje sin desvirtuar su reconocida esencia. Verdadero apóstol del folklore bohemio, ejerció también esta prodigiosa intuición en el rico —y hasta entonces virgen— terreno americano, considerando que ninguna música podía llegar a ser enteramente nacional, sin los ingredientes

ca dedica al genio salzburgués. El Cuarteto Fine Arts ofrece pulcras versiones de estas dos obras, lucíéndose John Barrows (trompa) y Ray Still (oboe) en las intrincadas partes del instrumento solista.

aportados por su propio pueblo. La *Sinfonía Nº 5 "Nuevo Mundo"* es la afirmación de este credo. Ritmos y melodías de raíz india y negra, y sus estridencias en el ámbito de la canción americana, componen este testimonio del paso de Dvorak por los Estados Unidos, en el que mezcló temas checos de danza. ¿Nostalgias de su país, humorada, o fervorosa premonición de un entendimiento sin fronteras? De esta obra capital del eminente músico checo, Vladimir Golschmann —al frente de la Orquesta de la Ópera del Estado de Viena—, realiza una versión ajustada y entusiasta.

DISCOS POPULARES

Sello ODEÓN

33 r.p.m. — LOS SANTOS MEXICANOS (Conjunto vocal Alcaraz-Morlet-Ayala). Un disco de 30 cms. LDM-8117.

Nueva colección de canciones de este celebrado conjunto vocal. Es muy lamentable que, por haber sido entregado sin su cubierta protectora, este disco haya llegado a mis manos completamente deteriorado. Esta circunstancia me priva de la ocasión de comentarlo, aunque se descuenta su calidad considerando el afiatamiento de estos artistas aztecas, y el elevado

nivel técnico que es característico de las grabaciones de este sello.

45 r.p.m. — Luis Aguilé continúa firmemente asido al gusto popular, haciéndose amigo de su público desde la pantalla de plata familiar. *La dulce vida* y ¡Ay... *Chabelal*!, dos de sus éxitos mas notables, se han llevado ahora a un disco de 45 r.p.m. de singulares valores acústicos (DSOA 1323). Para los que gustan de ritmos movidos, Odeón "Pops" ofrece un registro de Gary Stites con la Orquesta y coro de Monty Kelly, en dos canciones originales:

¡Hey Hey! y Gloria Lee (DSOA 2870) Otro disquito de buena factura es el grabado por Leticia Estrada: *Déjame solito un rato* (guaracha) y *Luna llena* (mambo cha-cha-cha), cantados con insinuante picardía (DSOA 1324). *La entrega* y *Odiame* nos devuelve al mundo lánguido del bolero y el vals. Lo debemos a Carlos Ray y a los Antillanos, reunidos en esta placa standard de agudas resonancias (DSOA 2875).

Sello DECCA

33 r.p.m. — MAS TÉ PARA DOS CHA CHA, ritmos populares, por la orquesta de Tommy Dorsey con Warren Covington. Un disco de 30 cms. LTM-9385.

La orquesta de Tommy Dorsey, con Warren Covington, nos brinda en este disco un desfile de temas bailables, entre los que se cuenta el conocido *Té para dos*, ejecutado en ritmo de cha-cha-cha. Este disco ha llegado a mi mesa desprovisto de su cubierta de cartón, lo cual me exime de realizar cualquier comentario sobre su presentación o tratamiento técnico, pues su

Sello CAPITOL

78 r.p.m. — En disco standard, este sello ha publicado dos buenos discos bailables, que reúnen los siguientes títulos: *Siempre claro* y *Esta mañana* (353572) y *Solo y Expreso* (353571).

Sello RCA VICTOR

33 r.p.m. — A BOSSA DO SAMBA (El verdadero estilo del samba brasileño), por Nelsinho y su trombón. Grabado en Brasil. Un disco de 30 cms. AVL-3304.

Por *A bossa do Samba* se conoce en el

Discos

78 r.p.m. — Cambiando de velocidad, podemos escuchar tres excelentes discos de 78 r.p.m. con los cuales el sello ODEÓN rinde homenaje al tango: Jorge Vidal en *Garras* y *Por las veredas de Alsina* (52655), Argentino Ledesma en *Casita de Nacar* y *Es la única verdad* (52653), y un "clásico": Francisco Canaro y su orquesta típica, interpretando *Es mejor perdonar* y *Necesito olvidar*, con la voz de Eduardo Adrián (52660).

opacidad e intolerables ruidos de superficie —que lo hacen casi inaudible— bien pueden provenir del polvo y el manoseo.

45 r.p.m. — *Alguno de estos días* y *Saltemos el palo de la escoba*, por Brenda Lee con coro y Orquesta. Merece párrafo aparte esta brillante entrega de Decca, que registra dos excelentes temas rítmicos. El personalísimo timbre de Brenda Lee absorbe el interés desde el primer momento, y lo mantiene luego gracias a un matizado y fresco estilo. Buen acompañamiento coral e instrumental (DIM-Medium 2027A).

The Pines y el Trío Kingston son, respectivamente, los intérpretes de estas novedades, que recomiendo por su espontaneidad y ajuste.

Brasil al "verdadero estilo" del samba, frecuentemente asimilado a una serie de ritmos bailables que poco o nada tienen que ver con esta forma pura del acervo popular carioca. Toda la fuerza y el color telúricos, todo el vi-

Discos

gor y sensualidad de esta danza, han sido rescatados por Nelsinho devolviendo al samba a su ámbito natural de arrabal y "gafieiras". El trombón actúa como instrumento fundamental, apoyado por un eficaz conjunto de acompañantes y numerosos elementos percusivos.

FANTASÍA DE CUERDAS EN VILLA FONTANA. Arreglos de música ligera, por Roberto Pérez Vázquez (director) y conjunto de cuerdas. Un disco de 30 cms. AL-3274.

Los antiguos aseguraban las propiedades "digestivas" de cierta música, y la hacían ejecutar durante el transcurso de sus comidas. Si tenían razón o no, pueden testimoniarlo los parroquianos de Villa Fontana —el concurrido restaurante mexicano—, donde una orquesta de cuerdas mece románticamente los deleites gastronómicos de sus clientes. El joven arreglador y director Roberto Pérez Vázquez conduce desde el piano a su disciplinado conjunto, y obtiene resultados estimables. Los temas concertados y arreglados por el director, pertenecen a los círculos más variados, desde una versión libre de la *Fantasia Impromptu* de Chopin hasta un *potpourri* de melodías francesas y una fantasía de aires aztecas. Un disco que permite gozar —aunque sólo sea auditivamente —de los atractivos del célebre centro nocturno.

AIRES LATINOS. Colección de piezas bailables, por Luis Arcaraz y su Orquesta. Un disco de 30 cms. LPM-1712.

Luis Arcaraz, cantor, director de orquesta, compositor y torero, lleva al disco una de las más atractivas facetas de su versátil personalidad. Al frente de un numeroso conjunto, que incluye seis trompetas y una nutrida colección de

instrumentos rítmicos, inscribe en esta placa una docena de melodías favoritas del público americano, con resultados que no vacilo en calificar de excelentes. Recomendado.

HIMNOS DE AMÉRICA, por la Banda de la Fuerza Aérea Argentina. Dir. 1er Tte. Armando Nalli. Un disco de 30 cms. AVL-3271.

Bajo la dirección del 1er. Tte Nalli, la Banda de la Fuerza Aérea Argentina ha registrado los Himnos de las naciones americanas; y ha cumplido su labor con un entusiasmo digno de esta magna empresa, destacando el recogimiento, la solemnidad o los acentos marciales de las respectivas canciones patrióticas, cuya fidelidad fue constatada por las representaciones diplomáticas y culturales de cada nación. Se me ocurre que debieron incluirse también los textos cantados para aumentar el valor educativo de esta edición, puesto que los himnos son la voz de los pueblos y no tienen vigencia musical independiente de ella.

45 r.p.m. — Prosiguiendo con su generoso aporte habitual a la industria de 45 r.p.m., RCA VICTOR me ha enviado un selecto itinerario por las rutas del ritmo. En primer término, debo mencionar al Rock, favorito de la juventud, presente en tres placas de considerable mérito: Johnny Restivo, notablemente influido por el estilo de Elvis Presley, canta *Me gustan las chicas*, *Amor, acércate* y *Quiero jugar a las casitas contigo* (AVE 334); Neil Sedaka, en una línea similar, presenta: *Corre Sansón*, *corre* y *Eres todo para mí* (41A-2149); cierro la nómina con un grato registro de Marty Cosens: *Dile que la quiero* y *Porque me enamoré de ti* (41Z-2065 Vik), con discreta actuación de la orquesta de Víctor Buchino.

Jolly Land, la chispeante estrella rosarina (*Dímelo en septiembre* y *Un poco*) (41Z-2056 Vik) y Bobby Capó con su personal modalidad interpretativa (*Llorando me dormí* y *Qué te pasa a ti*) (41A-2161) continúan en el camino de sus grandes éxitos. El cha-cha-cha sigue ganando adeptos. Para ellos, esta grabación de Los Novarro y el Comboh Tumbán (*Vida mía* y *Ave de Paso*) (41Z-2026 Vik), que epiloga nuestro paseo por los ritmos vivos. Los amantes del bolero estarán de parabienes con estos títulos que RCA Victor les ofrece en su colección VIK: Elba Montalvo y Ciro Mendoza: (*La gloria eres tú* y *Alma libre*) (41Z-2022)

Sello TELEFUNKEN

33 r.p.m. — ECO DE LAS MONTAÑAS. Selección de aires campesinos alemanes, por Alfons Bauer, cítara y orquesta; Hans George Schütz y sus Alegres Músicos Campesinos; Max Greger y sus Músicos de Munich y Orquestas Campesinas. Un disco de 25 cms. LA-6046.

Todos hemos visto en los films alemanes y austriacos de ambiente campestre bailar y cantar a los aldeanos al compás de ingenuas orquestitas rurales. Esta nueva entrega de TELEFUNKEN contiene ocho de estas alegres canciones y *ländler* montañeses, ilustrados por estas típicas —y aparentemente improvisadas— conjunciones instrumentales.

45 r.p.m. — Las ediciones de 45 r.p.m. del sello Telefunken se distinguen en la

Sello POLYDOR

33 r.p.m. — BAILE DE PRESENTACIÓN. Selección de bailables, por Bert Kaempfert-Max Greger y sus orquestas. Un disco de 30 cms. LD 250-111.

y (*La puerta de tu casa* y *Siglo Veinte*) (41Z-2043), respectivamente.

Y como broche de oro, dos novedades. *Un vals con papá*, de Lona Warren, ejecutado por la orquesta de Victor Buchino, facilita la intervención de Nelly Martín y Luis Tasca, en un diálogo de corte sentimental. El acople es un foxtrot de Bravers-Medina: *Toma mi corazón* (41A-2140). Finalmente, Pedro Vargas, el celebrado tenor mexicano, cantando dos éxitos de Agustín Lara: *Enamorada* y *Piensa en mí*, con los cuales cierro la nota correspondiente a esta inquieta y progresista casa editora.

discoteca por la original y esmerada presentación de sus cubiertas, y la acertada elección de sus títulos. Confirmando este aserto, me llegan dos atrayentes selecciones de música sincopada: *Esto es swing* (UX-4894), incluyendo temas tan populares como *Alguno de estos días* y *Polvo de estrellas*, en la feliz combinación de órgano Hammond y acordeón que forman Klaus Wunderlich y Hubert Deuringer. El segundo, sin que lo anuncie el nombre del disco, es también una expresión de swing, y del mejor: *Eres mi estrella favorita*, *Setiembre bajo la lluvia*, *En la acera soleada* y *Los días felices están aquí otra vez*, en ajustadas versiones de los Jam-Box-Box. Este disco se individualiza bajo el título *En el bar de enfrente*, y lleva el N° UX-4930.

En la cubierta del disco, dos damitas viven —presumiblemente— la emoción del primer baile, acompañadas por dos prematuros galanes. Bajo este pretexto

amable, POLYDOR reúne una selección de doce temas predilectos de la juventud, muy propios para la audición o la reunión danzante, en cuida-

Sello MGM - TK

33 r.p.m. — BAILANDO CON HARRY JAMES. Selección de melodías bailables, por Harry James y su orquesta. Un disco de 30 cms. MG-85-005. Los que aplaudieron a Harry James durante su reciente visita a Buenos Aires, tienen ocasión ahora de reeditar las entusiastas veladas del Ópera; los que no asistieron, pueden continuar go-

Sello "X" COLECCIONISTA

33 r.p.m. — RECORDANDO ÉXITOS DE EDUARDO ARMANI. Cuando pregunte por ti; Hay que saber perder; Saudade; Menilmontant; El limpiador; Santa Marta; Dirán que es amor; J'ai ta main; Nunca sabrás; Ya me voy; Tiens, tiens, tiens; Victory. Por Eduardo Armani y su orquesta, Elvira Ríos y Luisita Darios. Un disco de 30 cms. LXA-5004.

El arte de Eduardo Armani constituye un jalón excepcional dentro de la historia argentina del jazz, tanto por los méritos personales de este destacado director como por los valores individuales de los instrumentistas y cantantes

das versiones de Bert Kaempfert y Max Greger y sus orquestas. Superficies y prensados muy buenos.

zando desde el disco las excelencias del estilo de este trompetista, uno de los virtuosos más destacados en el mundo del jazz. El registro agrupa once hits, resueltos por Harry James y su orquesta con su habitual pericia. Las superficies ofrecen un leve ruido de arrastre.

que congregó en torno suyo. Quince años después de la gran época de Armani, encontramos a los integrantes de su orquesta vinculados a los más cotizados círculos del jazz internacional, lo que confirma el agudo criterio selectivo de este director y explica el enorme prestigio que alcanzó en su momento. El disco comentado presenta un desfile de éxitos de famosos jazzmen, secundados por figuras elevadas —hoy— al estrellato: Elvira Ríos, Kenny Morgan, Douglas Roy, Al Morris, Charles Richard y solistas instrumentales de alto rango. Una grabación de gran atractivo para el coleccionista.

Libros

PRINCIPIOS DE GEOMORFOLOGÍA, por William D. Thornbury. Editorial Kapelusz. Buenos Aires, 1960. 632 páginas.

¡Qué hermoso libro!

La descripción e interpretación de las características del relieve terrestre constituye una ciencia de tanta utilidad técnica como de amorosa revelación del mundo en que vivimos. Diría que sirve, por igual y al mismo tiempo, a la mente y al corazón, si esta dualidad fuera posible. Excepcionalmente, la solapilla de la sobrecubierta del volumen contiene buena parte de verdad acerca del contenido: "El conocimiento de la Geomorfología permite a los investigadores geógrafos y geólogos llevar al máximo el análisis de las formas de relieve, estudiándolas desde el punto de vista genético, para reconstruir el pasado de la superficie terrestre en lo que respecta a sus formas exteriores, y establecer las diversas relaciones que llevan directamente a la geomorfología aplicada, cuyo campo es inmenso: geología económica, hidrología, ingeniería, edafología, etc. El conocimiento de los procesos y los carac-

teres geomórficos es fundamental, por ejemplo, en la construcción de caminos, la evaluación del potencial del subsuelo, la localización de capas acuíferas, la elección del sitio donde se levantarán diques, la explotación de yacimientos de petróleo, la construcción de aeropuertos, etc.". Ciencias como ésta, quiero decir, ciencias de esta índole, son las llamadas a privar en el mundo futuro, ya próximo, sobre la multitud de tantas materias superficiales, desprovistas de toda forma de belleza, sin perspectivas históricas ni económicas, pero oficialmente declaradas profundas por explícito objeto de mantener la actual "cultura". Ignoro qué espacio ocupa en la enseñanza universitaria argentina la Geomorfología; sospecho que el de un duende. Por eso recomiendo para este libro del profesor Thornbury un lugar vecino al que ocupa en toda biblioteca el Diccionario.

HUGO ACEVEDO

EL EDUCADOR NATO, por Eduard Spranger. Editorial Kapelusz. Buenos Aires, 1960. 136 páginas.

La primera edición en idioma alemán de este libro apareció en 1958. El filósofo y pedagogo Eduard Spranger (n. en 1882, discípulo de Dilthey y Paulsen) centra en él sus preocupaciones por el "caso" del educador; y, por supuesto, del educando. Lo hace a través de cinco capítulos fundamentales: "El problema de la palanca", "A la búsqueda de los bienes de formación", "En el laberinto de las comunidades", "Fines de la educación e ideales formativos", y "El amor pedagógico". Después, resume las observaciones en una conclusión que incluye su teo-

ría personal al respecto. Como en este momento no se juzgan, por reconocida falta de idoneidad en la materia, los efectivos o posibles valores de este libro, me limitaré a adelantar esa teoría: el educador tiene por tarea la liberación en el educando del Mismo superior. Desde luego, el término "Mismo superior" es susceptible de una explicación más o menos sucinta; pero ésta sería inútil para llegar a la comprensión cabal de aquella proposición (tesis) sin la lectura metódica del contexto. Dejemos de lado, por ahora, las particulares convicciones filosófi-

Libros

cas para sopesar los méritos que este libro podría suscitar entre nuestros docentes, y atengámonos a esa circunstancia: la lectura. Dice el profesor Spranger: "...con frecuencia me fue preciso conformarme con frases muy condensadas, cargadas de filosofía, que exigen al lector que colabore con su propio pensamiento y que, de ser necesario, también exteriorice su oposición". Y el señor Ricardo Nassif, autor del estudio que precede al ensayo del profesor Spranger, anota: "Se refiere, por cierto,

IMÁGENES PARA UN RÍO, por Mario Busignani. Tarja. Jujuy, 1960. 24 páginas.

CINCO sonetos componen este breve pero muy bello libro de Mario Busignani. Todo invita a leerlo: su liviandad, su encanto gráfico y tipográfico, las ilustraciones en color que de su sentido o dirección hizo el artista Luis Pellegrini. En seguida, los versos. Yo quisiera transcribirlos acá, pero comprendo que no debo hacerlo, pues o van todos o no va ninguno: imposible podar. Y el espacio de Busignani poseen eso que con tanta frecuencia reclamamos de la poesía y que,

TUPAC AMARÚ, por Máximo Simpson. Editorial Stilcograf. Buenos Aires, 1960. 24 páginas.

CHO cantos o estados tiene esta elegía. A su través, el poeta ha extraído, ponderándolo, el sentido de su hermandad para con el inca sacrificado por su amor a la libertad y a la redención. La elocución de Simpson es clara como su amor; todo el poema está impregnado de denuncia, rebeldía y afán de justicia. Nuevamente se ilustra el aserto de que, en América al menos, son los poetas quienes van escribiendo o revelando la verdadera historia, antes que los profesionales de ésta. En el caso de

a la organización escolar alemana, cuyo grado de desarrollo ha permitido realizar la formación del maestro en el ámbito de los estudios universitarios". Hasta acá, es imposible señalar a quiénes va dirigida, en nuestro país, la presente edición. Puede, al contrario, dudarse de su oportunidad.

La traducción, que en estos casos debiera ser particularmente correcta, adolece de incontables solecismos y de una general falta de propiedad lingüística.

H. A.

no obstante, no se nos da con tanta frecuencia: hermosura sencilla y ágil, robustez de la imagen en metro sonoro, musicalidad popular, síntesis y sugerencia. Uno no puede menos que decir: "¡Volvamos a leerlo!" Este poeta es como la tierra y el aire de su provincia: fino, cáldo, suave, profundo. Su voz tiene del agua andina: se la bebe por sed y por gusto. "¿Muy bien, Mario Busignani?" No, no; nada de calificaciones; ahora sólo queremos leer. Por consiguiente: "Por favor, Mario Busignani: más". H. A.

Tupac Amaru, el antecedente de Pablo Neruda, en primer lugar, podría haber sido supuesto como un escollo para quien, como Simpson, apenas acaba de iniciarse. Pero no: ha sido una ayuda. Simpson tiene claridad de expresión porque la tiene de pensamiento y de sentimiento. Su elegía es cabalmente hermosa; lo es, no sólo por las particularidades de su verso y su composición, sino también por el objeto que persigue y ha de conseguir. Saludemos en *Tupac Amaru* una alta lección de pureza. H. A.

EL ABOGADO DEL DIABLO, de Morris West. Editorial del Nuevo Extremo. Santiago de Chile, 1960. 406 páginas.

MORRIS WEST es un escritor nacido en Australia, pero cuya formación y posterior desenvolvimiento en el mundo de las letras tienen a Europa como telón de fondo indiscutible. Antes de lanzarse a la tarea "oficial" de novelista, West vivió varios años como hermano en un monasterio católico, tiempo éste durante el cual se dedicó asiduamente al estudio de problemas de índole estrictamente religiosa, usando generalmente —para éstos— los puntos de miras que pudiera otorgar la teología y la psicología.

Las consideraciones antedichas son importantes, como que las mismas pueden servir para delimitar cual será el contenido, la razón de ser de los trabajos posteriores de West novelista. Embarcado en una línea que parece venir de Mauriac y Graham Greene, el escritor australiano elabora sus obras —que lo han llevado a ser un escritor prominente en Inglaterra, alcanzando incluso muchos de sus libros la categoría de "best-seller"— sobre un trasfondo en que la lucha entre el bien y el mal, toma las vestiduras directas, más o menos marcadas pero siempre distinguibles, del pecado y la gracia. Y todavía, sobre este trasfondo, se yergue, cual panorama firmemente claveteado, la presencia de una posición netamente cristiana.

CAMPOS DE NIJAR, por Juan Goytisolo. Ed. Seix Barral. Barcelona, 1960. 140 páginas.

LA tierra española —que en la opinión de un habitante de ella, según registra en este libro Juan Goytisolo, "no tendrá el adelanto de otras aunque pá vivir..." sea excelente—, sirve al autor de *Campos de Nijar* como base de una denuncia estremecedora. La impresión de violencia y pobreza que Almería le produjo a este trotaleguas apasionado, se po-

El decir de un novelista católico que, sin evitar la realidad de ciertos problemas, sin caer en mojigaterías dá, en última instancia, su fe de cristiano, la fe católica, como piedra de toque para la solución de todo problema gordiano que haya colocado en manos de sus personajes.

Esto puede verse en *El abogado del diablo*, historia de un sacerdote, monseñor Meredith, quien, a un paso de su propia muerte, ya que ha sido atacado por un mal incurable (él, que ha sido a lo largo de su vida, un estudioso y erudito de los vicios y virtudes de los futuros santos de la iglesia) es enviado a Calabria para escarmentar la vida de un individuo llamado Giacomo Nerone, venerado como a un santo, pese a una serie de detalles "non sancto" de los que fue principal actor en vida.

El contraste entre un problema de archivo, llevado a su real dimensión con gusto a tierra y a sangre da el nudo exacto de la novela de West, quien con prosa fluida ofrece al lector el justo estado de los encontrados sentimientos que, como por asalto, caen sobre la cabeza del sacerdote sentenciado a morir.

ALFREDO ANDRÉS

ne de manifiesto en una serie de relatos ceñidos, resueltos con buen pulso descriptivo, ricos en color y antipintorescos como corresponde, para poner de manifiesto la tristeza y la aridez de una geografía, sobrecogedora en sus aspectos natural y social. Goytisolo no "se complace" acercándonos a un clima de "lagartos y piedras", sino que se entrega a la aventura

viajera con el fin de admirar la condición humana de quienes a pesar de vivir disminuidos por el criterio de que para ellos "tós los días son iguales", hacen gala de una tensión y una categoría viva cautivantes. El autor de *Duelo en el paraíso* en vez de considerar inútil la dignidad subyugada de quienes animan el trozo geográfico por él elegido, acredita su preocupación por el hombre español desterrado secularmente en Nijar y otros pueblos almerienses, destacando las primitivas, entrañables, sorprendentes cualidades de la gente andaluza. La prosa de este novelista, cuidada a veces, disminuida cuando aparecen los "ofrezco de fumar" poco gratos, trasunta la actitud vigilante de quien nos resulta mejor como autor de libros de viajes, como narrador, que como teórico de los géneros literarios. Puesta al

servicio —en este trabajo donde lo documental y lo literario se equilibran noblemente— de una esperanza, de un mañana en el que los lugares españoles varíen y la potencia perdida de las gentes que los habitan, se integren en un sentido de vida entrevisto por el escritor. Goytisolo no oculta nada, no evita nada, no prescinde en su denuncia de todo lo que esteriliza a unos hombres en cuya raíz humana confía. Convencido de que esos mismos españoles para los que a pesar de todo España sigue siendo "el mejó país del mundo", podrían realizarse como desde hace siglos no lo hacen, como consecuencia de un sentido de cosas —no digamos estilo— que los liberase de ese apego a la tierra dolorosamente negativo, en virtud del cual sin embargo cantan y subsisten.

ENRIQUE AZCOAGA

IMPRESORA
OESTE



... y el libro

M. Sastre 5065 - T. E. 53-4243 - Bs. Aires

HOMBRES E IDEAS, por Johan Huizinga. Introducción de Bert F. Hoselitz. Traducción de Aníbal Leal. **Compañía General Fabril Editora**. Buenos Aires, 1960. 332 páginas.

JOHAN Huizinga (1872-1945) es una de las figuras de este siglo que el público de habla española conoció a través de la "Revista de Occidente", hace unos treinta años, cuando editó en 1930 la versión española de *El Otoño de la Edad Media*, obra de 1919 de la cual Ortega y Gasset dijo que "en sus páginas llega la historiografía a una de sus cimas". Más tarde apareció la versión española de las conferencias pronunciadas por Huizinga en Santander en 1934: *Sobre el estado actual de la ciencia histórica* (existe una edición argentina de Tucumán, sin fecha), y la traducción, editada en España en 1946, del *Erasmus* (1924), del cual se dio últimamente (1957) una nueva versión en Buenos Aires. Agreguemos que la obra de Huizinga quizá más conocida entre nosotros: *Homo ludens* de 1939, fue traducida en México en 1943.

A esta lista, no muy numerosa de obras de Huizinga traducidas a nuestro idioma, se agrega ahora *Hombres e ideas*, colec-

ción de once ensayos que comprenden artículos y conferencias, publicados o pronunciadas en el lapso de 1915-1940, sobre temas de historia general y en especial de historia del Renacimiento y de la Edad Media.

En esos ensayos, ya trate de Abelardo o John de Salisbury, de Grocio, Erasmo o Juana de Arco (al comentar la *Santa Juana* de Bernard Shaw); ya estudie los ideales históricos de vida o los ideales caballerescos de la Baja Edad media; ya analice los problemas que plantean el Renacimiento o los objetivos de la historia cultural; Huizinga muestra su garra de historiador de la cultura, de investigador que sabe desentrañar en todo momento "el viento que sopla", no sólo a través de los grandes acontecimientos históricos o de las grandes figuras de reyes y profetas, sino también a través de los hechos de la vida cotidiana o de las emociones de los hombres comunes.

JOSE BABINI

POEMAS (Cinco Poetas). Ediciones Mano. Buenos Aires, 1960. 65 páginas.

ESTAMOS frente a la segunda publicación de estas ediciones, donde gente joven se encuentra atenta a la poesía y se manifiesta por intermedio de ella con un sentido que pretende ser "dinamizante de la cultura". Siempre oportuna resulta una cita de Cesare Pavese (de quien seguimos esperando una edición más o menos completa de sus poemas) y sobre todo ésta: "Los libros no son los hombres, son una manera de llegar a ellos. Quien ama los libros y no ama los hombres es un fatuo o un condenado". Como se observa, el joven grupo de "Mano" ha sabido recalar en un maestro tan decisivo

e importante como el autor de *El oficio de poeta*, y ello es muy ponderable dado que a Pavese se lo ha subestimado o falsamente ignorado antes y después de su muerte.

Horacio González Trejo es el primero en este sucinto agrupamiento. Titula sus poemas a la manera de los bardos con alma de filósofos. Pese a expresiones tan poco convincentes como: "lenguas de humo", "el futuro del niño" o "un musgo amor, líquen de miedo", González Trejo persigue el verso ceñido, desprovisto de oropeles y fatales resabios. Y allí es donde debe indagar más a fondo, ya que

necesita romper cierta actitud reminiscente y una necesidad enunciativa a través de la reiteración.

El autor de *Para sostener una esperanza*, Juan Carlos Federico Gorbea, nos ofrece una poesía de intención fresca, sencilla, aunque lo novedoso le cueste partes como ésta: "y es largo suceder sin la necesidad a que acostumbra el miedo de ser nadie en todas partes". Tanto Gorbea como los restantes pretenden deshacerse de notorias influencias, y eso no es fácil.

No creemos que los poemas de José Peroni superen su producción anterior: *Poemas* (Ediciones Altamar, 1960). Su verso breve no acusa siempre esa concisión que lo justifica, pero está en eso.

El poema "Memoria" de Horacio Pilar (*Poemas*, Ediciones Mano, 1959) es lo más logrado dentro de lo inserto en el libro que comentamos. "Bolivia" es un intento más riesgoso y menos feliz.

Gianni Siccardi cae también en expresiones como "en la algazara del amor" o "es una estirpe inextinguible", pero su verso corto procura una fuerza expresiva que por momentos existe. El camino de la síntesis "dual" es uno de los más difíciles.

Hemos comentado un pequeño libro con muchas esperanzas en potencia. Se anuncian otras ediciones que será bueno tener en cuenta.

DANIEL BARROS

EL MUNDO ROMANO

MICHAEL GRANT, Presidente y vicedirector de la Universidad de Belfast. 428 páginas. Papel ilustración, con 103 fotografías, ocho ilustraciones a todo color. Lujosamente encuadernado en tela con sobrecubierta glaseada a todo color \$ 890.-

"En conjunto es el mejor libro sobre el tema aparecido hasta el presente." Raymond Mortimer. *Sunday Times*. 8-12-61.

Este es el segundo tomo de la monumental Historia de la Cultura que HISPANO ARGENTINA LIBROS S.R.L., presenta al lector sudamericano. YA APARECIÓ.

LA AVENTURA GRIEGA

C. W. BOWRA, Presidente de la Universidad de Oxford.

PRÓXIMO A APARECER:

LOS IMPERIOS DEL ISLÁN. 700-1700

BERNAR LEWIS.

HISPANO ARGENTINA LIBROS S.R.L.

Pasaje Rivarola 130 (Ex La Rural) T. E. 45-2051 Capital

L'ISOLA (La Isla), de Giani Stuparich. Edizioni dello Zibaldone. Trieste, 1959. 116 páginas.

ULTIMO sobreviviente de la extraordinaria promoción que Trieste ha dado vida en el 900 italiano, Giani Stuparich, conjuntamente con el inolvidable Umberto Saba, Virgilio Giotti, Italo Svevo (el último re-descubrimiento de los buceadores literarios) y Giulio Camber Barni, integra lo más selecto de las letras de la *Venezia Giuglia*.

La obra en sí, en su esqueleto temático, narra las situaciones sentimentales, de afecto, de cariño, de dolor, de un hijo por su padre próximo a morir de cáncer en la garganta. Más todavía, narra la ida —que el padre le pide al hijo—, a “la isla”, a la isla de Lussino, donde él viviera de niño, de joven. Isla donde está su alma, sus recuerdos, su pasado.

A pesar de la trama fuerte, dolorosa, las páginas de “La Isla” se suceden como un cuento de hadas. Hasta la muerte toma una presencia dulce en este narrador perfecto, maestro de su idioma. La costa de Istria, cal y verde, los vericuetos hermosos, irreales del Golfo del Carnero, las descripciones acabadas, pulidas, exactas del Adriático; las palabras para su gente —mezcla de razas y temperamentos— el toque breve, justo, para decirnos cómo aman el mar y sus costumbres estos pue-

blos, se suceden en maravillosas páginas. Todo eso, marco para el drama, el terrible drama de la muerte descubierta.

Ilusión la paz del puerto, la realidad es afuera, en la lucha abierta y continua, en la mar, nos dice Stuparich, y sentimos que Rilke lo acompaña en ese dogma, y con él tantos otros que se fueron a la mar...

El libro se inicia con la partida del hijo y el padre rumbo a la isla, que éste quiere ver —tal vez intuyendo su muerte— por última vez. Nos sentimos navegar —limpieza de prosa clásica nos guía— por las aguas y las tierras donde el viento Bora curte a piedras y a hombres.

Todo el libro está lleno de pureza, de sencillez, de humanidad, de naturaleza desbordada. Los temas cotidianos se transforman, se embellecen en la prosa de Stuparich.

El final del libro es el regreso a la costa —la isla a popa— del padre casi muerto. Las últimas palabras de la obra, el pensamiento del hijo —mientras el padre mira por última vez su isla—: “*fue en ese momento que tuvo conciencia, precisa y simplemente, de lo que perdía perdiendo a su padre*”.

ARIEL CANZANI D.

JARDINES DE LA SANGRE, de Leonardo Rosa Hita. Ediciones Arrecife. Cádiz, 1960. 32 páginas.

DE España, de la blanca Cádiz, nos llegan estos trece poemas de Leonardo Rosa Hita, director de la Revista Arrecife, aventura poética de un grupo joven.

Hita nació en 1932, y es de los que luchan entre los nueve poetas de Andalucía. En su grupo viven y mueren cada día Juan Cervera-Sánchez, magnífico poe-

ta, José Egido y otros. Comenzó su vida impresa colaborando en revistas de España y América en 1955. En 1958 funda “Arrecife”, revista de poesía, y posteriormente las Ediciones con el mismo título.

En abril de 1960 nos entrega *Jardines de la sangre*, libro que hoy comentamos.

El primer poema “Firmeza”, nos da el tono del libro: “De verte y de no verte

estoy rendido. / Me duele el corazón de tanta historia. / Lo sabes todo. Sabes que una noria / arrastra y no detiene lo vivido.”

Tierra caliente del amor, Andalucía prende a sus poetas y los lleva hasta en la angustia a pintar con colores brillantes el temblor de vivir.

“Porque es duro vivir sin tu presencia, / porque es triste el amor que me condena / a invocarte, soñarte, poseerte / en los puros jardines de la sangre.” Estas estrofas pertenecen al poema “Mujer” y en ellas podemos valorar el ritmo y pureza del poeta gaditano.

“Por esa orilla, Dios, por esa orilla, / peregrino de amor, de amor, de auroras; / de luz, de libertad, de águila en vuelo, / de caricias y cálidas corolas...” Indudablemente es éste un libro romántico. En él se respira la claridad del verso becqueriano. No hay síntesis ni ocultos enfoques, ni formas nuevas u osadas. Hay poesía, simplemente poesía, llena de amor, de calor, de ansias de creer en lo más simple: “Acallad esos ecos, esas ráfagas, / cataratas, arroyos, rayos, truenos; / fuentes sonoras, quejas, gritos, sueños, / para izar la bandera de la dicha!”.

Seduce este vibrar poético donde el tema cotidiano, libre de opresiones, entra

Las ediciones Españolas
de mayor categoría en

**IBER - AMER
ARGENTINA**



BOLÍVAR 260 T. E. 30-4036

Buenos Aires

puro y limpio a deleitarnos: “Clavo en el triste polvo mis plegarias, / laten ciegos espectros en mis sienes; / cambio rencor por cielo o palma, pido / raíces de piedad a la esperanza.”

La edición cuenta con dibujos de S. de la Torre Trinidad. A. C. D.

LOS CAMINOS DEL ERROR CLÍNICO, por Ettore Debenedetti. Trad. Enrique Noa Fernández. Revisión del Dr. Manuel Balaguer. Editorial Universitaria de Buenos Aires. 1960. 240 páginas.

HABLA un hombre. Y ese hombre es médico. Nada menos que médico, la profesión entre todas las actuales, que más conserva de la vieja magia, y la que más puede influir sobre el hombre-individuo. Pero este médico, al escribir para sus colegas y para todo lector culto, se desnuda de todo ropaje dogmático y de manera valiente, decidida, sincera, abre su conciencia, la desnuda e invita a los demás médicos a penetrar en su compañía

en los entretelones, entre las bambalinas de su quehacer médico, con voz y trasfondo de máxima sinceridad.

Ataca a la rutina, a las ideas preconcebidas, a las concesiones a lo fácil, a lo convencional. Se critican los entusiasmos prematuros, la propensión a creer demasiado en las cifras y la confianza en cualquier nueva terapéutica. Y este libro, que podría ser agrio, amargo, pedante y repleto de censuras y de críticas, resul-

ta todo lo contrario, un ameno discurrir, sin asperezas, llevados de la mano por un hombre que ha vivido mucho y ha sabido vivir, por un hombre-médico que ha discurrido a la vera de muchos enfermos y de muchos profesionales, con los ojos bien abiertos y con una fina sensibilidad para captar las cosas.

La posibilidad de error en el diagnóstico; los elementos del mismo; el método para realizarlo; las coincidencias entre los síntomas; la importancia de la

EL PROFESOR DE INGLÉS, por Jorge Masciángoli. Premio 1960 de la Compañía General Fabril Editora. Buenos Aires, 1960. 206 páginas.

UNA vez Degas confiaba a Mallarmé su comecón por hacer versos, y decía: "No son ideas lo que me faltan". Mallarmé le repuso: "Los versos no se hacen con ideas, sino con palabras". Hoy la poesía y la novela han dejado de hacerse con palabras, aunque esos fuegos de artificio, seductores y brillantes, siempre atraen algún público.

La novela, como la verdadera poesía, muestran su auténtica calidad al conseguir crear un mundo nuevo hondo y directo, dentro del viejo y conocido mundo de lo cotidiano. Interés auténtico y vivo, que logra el novelista arrojando al asador de las líneas compuestas jirones de su propia y viva carne o rasgos de su testimonio documental. También está la novela fríamente cerebral, intelectualizada, despojada de todo cuanto puede existir en ella de emoción o de corruptible, más cerca del libro de rigor científico que de la humana vibración.

Se ha dicho que esa novela de hoy, la humana, la que sigue la existencia de alguien o de algunos, es en el fondo romántica. Quizás lo sea. Su romanticismo está adentro, en la causa, que determina la obra literaria, en ese gesto de embarcarse en escribir, en el cual lo que menos importa es saber adónde vamos. Al

historia clínica y del examen objetivo, la valoración del factor humano, de la relación humana entre paciente y médico, son algunos de los temas tratados. El libro cuenta con un útil índice de autores y temas. La labor realizada por traductor y revisor es digna de todo elogio. Queremos repetir que el libro es útil para el médico, utilísimo para el estudiante y muy interesante para los pacientes, o para los presuntos pacientes.

JOSÉ JULIO CASTRO

partir, al bucear en la conciencia y en su evolución, ha logrado ya el escritor su propia meta.

Estas ideas surgen de la lectura de *El profesor de inglés*. Novela seria, sentida y hondamente creada, lejos de los sueños vagos o de la trabazón fría de la literatura deshumanizada. Con técnica subjetiva, condiciona y crea un clima que, *in crescendo*, hace girar a todos los personajes, amarrados, sujetos al estado de alma del *profesor de inglés*. En la vida rutinaria y gris del joven educador se inserta de pronto un hecho, el suicidio del alumno más gris y rutinario que conoce. Los enfoques cambian, las luces se suceden en distintos haces, y como en esos escenarios múltiples en que el foco luminoso nos va llevando de uno en otro de los distintos sectores de un mismo todo, la novela muestra cómo el muerto conquista y se impone, se otorga sentido por medio de la angustia alucinante, del agudo sentimiento de culpabilidad del sensible profesor.

Una novela buena, bien construida y sentida, sacada muy de dentro. Supera Masciángoli con este libro, premiado en el concurso de la Compañía General Fabril Editora a su otra novela: *El último piso*, también aparecida en 1960. J. J. C.

BORBURATA, por Ramón Díaz Sánchez. Editorial Nova. Buenos Aires, 1960. 274 páginas.

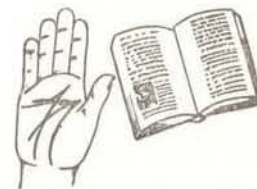
Los inveterados valores de la novela tradicional —según Alain Robbe-Grillet—, la única concepción novelesca que hoy tiene curso es la de Balzac (está a la vista y es flagrante el error de esta afirmación: hoy rigen más Faulkner, Proust, Nabokov y Montherlant que Balzac), y los valores de la novela moderna, en fecunda conjunción, darían por resultado una novelística excepcional e incluso una novelística perfecta. Este empalme y su consiguiente fusión están dados en *Borburata*, psicológica, policroma, social y humana novela que el venezolano Ramón Díaz Sánchez ha escrito en veintidós capítulos apolíneamente separados —cada uno tiene su impecable razón de ser— comprendidos en cuatro Jornadas que los abrazan en un dionisiaco periplo que concluye en la arquitectura magistral de una extensa e intensa narración rigurosamente clásica, rigurosamente moderna, rigurosamente unitiva de ambas tendencias. La fusión y el empalme que anunciábamos como ideal aparecen fina, inteligente y apasionadamente logrados en esta novela a la cual puede juzgarse como punto de partida —en Ramón Díaz Sánchez ya es de llegada —de la novela americana decididamente incorporada a la gran novelística contemporánea clásico-moderna. Que esta indudablemente trascendental conquista haya correspondido a un contemporáneo de Picón-Salas y Rómulo Gallegos, significa que los argentinos debemos acelerar la marcha, no obstante que Mallea, Gómez Bas, Luisa Mercedes Levinson, Goyanarte y Abelardo Arias, entre otros pocos, no pueden ser juzgados de tardígrados sino de todo lo contrario.

En una nota tan limitada como ésta no se podrá inventariar todos los elementos convocados por el celebrado autor de *Cum*

boto ni todos los aspectos constitutivos de esta *Borburata* simultáneamente lúdica y profunda (aunque el integral Díaz Sánchez sea por sobre todo un escritor rai-gal, su literatura contiene también un bello juego estético —lo decimos con la mejor acepción de los términos *juego estético*). Pero el señalamiento de su estilo —una verdadera magia seductora—, del calado de sus retratos psicológicos —estre-mecedora batometría del alma—, de la inagotable provisión de su lenguaje —un castellano, un indo, latino e hispanoamericano sorprendentes—, de su habilidad para suspender el ánimo del lector —las diez páginas finales nos someten a una excitante y exasperante prueba de paciencia respecto de la incógnita del desenlace, por otra parte estupendamente resuelto—, y, entre otros alardes (no podemos ahora

PSICOLOGIA DE LAS MANOS

La personalidad completamente descubierta, en un estudio profundo y científico.



Instituto Privado de Investigaciones Quirológicas
CASILLA DE CORREO 1275 - Correo Central - Buenos Aires - Argentina

enumerarlos todos), el clima, el color, lo histórico, los diálogos, las metáforas y las situaciones; el señalamiento —a cuenta del indispensable ensayo que debemos a *Borburata*— de esos méritos singulares y extraordinarios, pueden evidenciar lo que es tan de bulto y manifiesto: la novela de Ramón Díaz Sánchez se ha puesto a

la cabeza de la literatura americana, a la manera de esas grandes creaciones novelescas reconocidas como mojones indicadores del mejor —del único— camino a seguir y del camino pertinente para la consumación de un género en permanente renovación.

B. E. K.

BIOGRAFÍAS COMPLETAS, por Ramón Gómez de la Serna. Editorial Aguilar. Madrid, 1959. 1.520 páginas.

Los diez —a Dios le place el número impar, dice el dulce Virgilio (*Eglogas*, VIII, 75) pero en este turno no es así— vehementes, anhelantes y paroxismales pontífices del arte y la literatura biografiados por el más importante de los Ramones de España, han nacido de nuevo en este libro impar que reúne a El Greco, a Lope y a Quevedo, al *rompedor de tenebrismos* Velázquez, a Goya, al baudelairiano Poe y a la conmovedora romántica Carolina Coronado —radiografía-evocación creadores del a un tiempo más objetivo y enternecedor sentimiento avuncular—, a Gutiérrez Solana y a Azorín (está incluido Azorín, pero... Ramón Gómez de la Serna *dixit*, y los maestros cuando lo son auténticos no deben ser refutados), reunión, como se vé, que sólo podía realizar quien ama la vida con fanática literatura y la literatura con apasionado vitalismo. Aparte de que estas *Biografías Completas* del gran autor de *El doctor inverosímil* constituyen la singular y esforzada congregación que da por resultado un libro estudiando —era imposible, en un solo volumen, incluir el Oscar Wilde, la vida de Pombo (que es la humanizada vida de un café sin carne y hueso pero con espíritu humano) y las *Efigies* (que, si son breves enfoques, son también Vidas, más reveladoras que algunas biografías extensas que vagamundean y abruman sin pro-

vecho ni pedagogía) y hasta la única biografía de la *Automoribundia* de Ramón—, un libro como esos raros libros que algunas veces —¡ay, tan pocas!— los editores deciden publicar para enriquecer el patrimonio heredado de Gutenberg. Aquí están la vida íntima y el secreto de Dominico Teotocopoli; el último amor y, por sobre todo, los celos de Lope; la más amplia paleta que se conoce, que es la de Velázquez, y la “cercioración máxima” del artista de las dos zetas; el genio del helicoidal Quevedo; están “el alcaloide exaltador de nuestra alma” que nos suministra el arte de Goya; las fiebres del siempre fugitivo Poe; la dulzura, los poemas y el entierro de Carolina Coronado; la policromía y el goce y la fiesta literarios del fáustico Valle Inclán; la formalidad y los avatares de Azorín y está el Solana que dió y pegó sin piedad contra el alfeñicamiento y la vulgaridad de los estertores del siglo XIX. Y puesto que no tenemos lugar para decir todo lo que debe decirse sobre estas tan emocionantes como contundentes *Biografías Completas*, advertimos que el *Autoretrato* de Ramón, los *Prólogos*, *Antepólogos*, *Preámbulos* y *Epílogos* y las circuncircas Goya-Baudelaire-Poe dan el pistoletazo certificador de que el talento y el genio literario de Ramón Gómez de la Serna es uno de los primeros del siglo.

B. E. K.

TRES GRANDES LIBROS ARGENTINOS

auspiciados por el
FONDO NACIONAL DE LAS ARTES

Marcos Soboleosky: LAS AGUAS DE MARA

Amalgamando el dolor y la esperanza de dos trasplantados que se encuentran en Buenos Aires, el autor condensa todos los éxodos imaginables que el alma humana pueda padecer. Un argentino que procede de La Rioja, la provincia del éxodo, y un judío centro-europeo arrojado por la guerra se conocen, se dicen y se escuchan cuanto los milenios a uno y los siglos a otro les fueron sedimentando como herencia inmemorial. Dos arquetipos que, por ser las caras de una misma moneda, se conocen por haberse buscado. La vida los aproximó y luego los disolvió, reintegrándose cada cual a su raíz verídica y perenne.

Precio: \$ 110 m/n

Raúl Navarro: LA OTRA TIERRA

El pequeño mundo pueblerino de enfermos y ex enfermos aclimatados, ese ambiente de aire tonificante pero de agobiadora atmósfera moral donde vegeta el protagonista, está pintado con una maestría, una ternura y un conocimiento absoluto del tema que hacen de estas páginas una obra inolvidable. *La otra tierra*, libro póstumo de Raúl Navarro, es la cristalización impecable de toda una vida dedicada al trabajo creador.

Precio: \$ 80 m/n

Arturo Cerretani:

(Primer Premio Nacional de Literatura - Trienio 1957/9)

LA PUERTA DEL BOSQUE

Arturo Cerretani ha recibido el Premio Nacional de Literatura último, es decir, el mayor galardón que otorga el país a sus escritores. Esta es su última novela. Es la indagación del secreto de una personalidad secreta. El problema es ambicioso, pero está dado en hechos y en tipos. Por eso *La puerta del bosque* resulta, al mismo tiempo, una novela de acción y de penetración psicológica. Si la vida es apasionante, si la ciudad es apasionante, si el hombre es apasionante, esta novela es, entonces, por fatalidad, tan apasionante como la vida, el hombre y la ciudad.

Precio: \$ 120 m/n

Publicados en EDITORIAL GOYANARTE

EDITORIAL GOYANARTE
Paraguay 479 Buenos Aires T. E. 31-3694/5163

UN ÁNGEL DE BOLSILLO, por Ofelia Machado Bonet. Editorial Losada, Buenos Aires, 1960. 240 páginas.

QUIEN defienda el santo desorden y se niegue al sometimiento que pretende imponernos el petrificado orden absurdo, pasará vicisitudes, sufrirá adversidades y conocerá las tribulaciones que afliguen y persiguen al que quiere vivir la heterodoxia vital y se resiste a la ortodoxia social. Con esta proclama, la muchacha montevideana creada por Ofelia Machado Bonet levanta su bandera de autonomía y enfrenta la implacable realidad de un mundo ordenado. Pero —ya se sabe que es difícil levantar torres allí donde azotan y braman los vientos— el bationdeo de Ilse, nacida “en una mansión solariega de Montevideo, en los alrededores del Prado” es un aviso y un autoaviso que, como los de Emma Bovary, Ana Karenina o los desazonados de la señorita Julia chocan contra la calma y la insensibilidad de los que han levantado un muro a su tranquilidad pacata y no se les despeina un pelo cualesquiera que sean las brisas que soplen. La escritora uruguaya no dramatiza ni las situaciones ni la narración pero éstas tienen un dramatismo inevitable en medio del relato fino, casi amables, siempre inteligente y original. Para Ofelia Machado Bonet la conciencia no es esa suma de representaciones actuales o pasadas —el siempre insuficiente diccionario es inconsciente de su asténica definición puestos valores.

de la conciencia— que permiten la descarga, la confección y la reflexión y la introspección y otros psicologismos centripetos, sino un trascendental elemento que puede luchar con lo circundante, atacarlo y defender a quien es el continente de esa conciencia rebelada e insumisa. *Un ángel de bolsillo* —una novela de gran interés, claramente escrita dentro de sus aciculares subjetivismos y, por sobre todo, una novela moderna, singular, en unos momentos intensa y en otros apolíneamente delineada —es una apasionada defensa de la libertad espiritual, vital, y de toda clase de libertades incluyendo las reprobadas por los liberticidas de la vida, y es un libro que habría aprobado D. H. Lawrence. “Cuánto me molesta esta cultura académica, o mejor dicho, endémica, con que me han barnizado o embalsamado; pulcra, ceremoniosa, sin malas palabras ni bajezas”. Esa acartonada vida *acaendémica* y su denuncia es uno de los aspectos más interesantes de esta novela que los del santo desorden necesitábamos y que, lógicamente, fue premiada en el Concurso de Novelas Losada, 1959. *Un ángel de bolsillo* es un epítome de los anhelos y el gran estremecimiento de un siglo que asiste a la quiebra de los valores falsos, de los su-

B. E. K.

FUENTES DE PSICOLOGÍA HINDÚ, por Emil Abegg. Ediciones Mundo-nuevo. Buenos Aires, 1960. 99 páginas.

EL ominisio lingüista, mitólogo y orientalista Emil Abegg —por otra parte filólogo indo y eminente conocedor de los sistemas filosófico-religiosos orientales— investiga en este asombroso trabajo la formación psicológica hindú en-

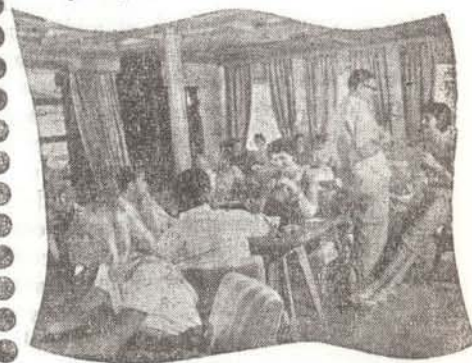
trando en las fuentes —entrada plena sin empirismos— de los vedas, la vedanta, los upanishads, el sankhya, la jaina y el budismo. Los orígenes, las transformaciones, la psique y el poder creador de esas concepciones acendradamente religiosas ex-

plican el alma y las peculiaridades de uno de los pueblos más singulares de la tierra, respecto del cual es insuficiente una interpretación que no arranque de esos trascendentales orígenes, de una parte esotéricos en sus manifestaciones iniciáticas y de otra objetivos en medio de un subjetivismo simbólico definido y concreto. La realidad exterior deja el lugar a la introspección, y el dominio del alma individual aparece por encima de los principios de secta y los dogmas de colectividad: partiendo de esta única posición posible, si se quiere introducir una sonda en la psicología del pueblo indo, ha hecho su investigación y su exposición el profesor Abegg, cuyo método riguroso separa las diferentes ramas religiosas y confronta cada una de sus valencias. Tal como dijeron los románticos alemanes, la India es la *tierra del alma* y la *patria del alma*, opinión compartida por el profesor suizo que ha remontado en las primeras aguas surgidas del alma hindú; de esta concepción pasa Abegg a otro rasgo fundamental de la psicología inda: el impecable paralelismo entre los principios individuales y los principios cósmicos, que echa sus raíces en la enseñanza primitiva de la identidad mágica, entre el micro y el macrocosmos, entre el hombre y el universo. Como lo advierte el sapiente autor en su *Introducción* —magnífico resumen anticipado y preámbulo esclarecedor— los hindúes, junto con los griegos, fueron el único pueblo que creó una terminología filosófica con los medios de su propio lenguaje. Esta circunstancia —reveladora, por otra parte, de una gran trascendencia— era suficiente y bastante para que la adopción de la terminología se presentara como un medio indispensable para toda profundización en el estudio de la psicología hindú, detalle que Emil Abegg ha atendido explicando los términos originales con acertado sentido suasorio y nítida expresión.

B. E. K.

A NUEVA YORK

Viaje en las suntuosas
y confortables Motonaves



RIO DE LA PLATA
RIO JACHAL
RIO TUNUYAN



17 días de verdadero
descanso en un ambiente
amable y cordial.



Consulte a su
agencia de
viajes o directamente a:

**FLOTA MERCANTE
DEL ESTADO**

25 de Mayo 459 T. E. 32-6311
Buenos Aires - Rep. Argentina

VIAJE AL PAÍS DE LOS ARAUCANOS, por Estanislao S. Zeballos. Editorial Hachette. Buenos Aires, 1960. 489 páginas.

LA opinión de Germán García (*La novela argentina*, 1952) sobre el docto autor de la historia de este viaje seductor y provechoso, según la cual el Zeballos que penetró en el tordo pampa era antes un investigador en busca de documentos que un novelista, es una opinión partida en dos conceptos (el segundo, como se ve, diminutivo para el viajero escritor). Compongamos lo que G. G. ha dividido y tendremos la válida opinión entera: Estanislao S. Zeballos era un hombre de ciencia buscador de documentos y un novelista. El viaje que el abogado, periodista, político, historiador y publicista rosarino hizo a lomo de mula al país de *Raullco*, que la crónica de la conquista denominó *Arauco* (Alonso de Ercilla en su siempre viva crónica americana en verso conservó la voz original), contiene varios de los elementos de la novela: el interés, la trama (numerosas en lugar de una básica), los caracteres, la descripción y la creciente impaciencia por el desenlace de esa formidable excursión hacia el Carhué de Calfucurá, la pampa de los fortines, las lagunas permanentes de Guaminí, la insólita fertilidad de los médanos de Mamuel Mapú, los cactus y las sierras de Lihué Calel, el País del Diablo, las aguas dulces y saladas de Choele-Choele, están contruidos por un narrador nato a quien su cultura y su sabiduría no perturbaban la amenidad de su estilo. Estanislao S. Zeballos armó su obra con el simultáneo acierto de darle, de una parte, el carácter pintoresco pero rigurosamente veraz de un mundo multicolor y peculiar, y de otra, el carácter científico explicativo y justificativo de aquella policromía y peculiaridad iniciales: la formación transitoria y andina de la pampa, la vegetación, los climas, las aguas e inclusive una elocuente Cartografía —el panorama geográfico del país

recorrido y el itinerario de su periplo— y un cuadro topográfico —las distancias recorridas fueron medidas a cadena— indicador de las estaciones, los ángulos, las distancias y los rumbos verdaderos.

De este libro minucioso no podremos extraer ahora toda su información, sus enseñanzas y las consecuencias que para el conocimiento de nuestra historia se desprenden de la arriesgada y animosa aventura de Zeballos. El *Estudio Preliminar* de Andrés R. Allende pormenoriza estos aspectos con evidente conocimiento de la obra del autor de *Painé* y *la dinastía de los zorros*, señalando los varios propósitos del escritor, entre ellos el trascendente de "escribir un libro para dar a conocer en él, a argentinos y extranjeros, las vastas regiones que el ejército nacional acababa de arrebatar al dominio del indígena; determinar sus recursos naturales y las posibilidades que su suelo ofrecía a la inmigración; interesar a los jóvenes argentinos en el estudio y conocimiento de su propio país, como medio de trazar un nuevo y útil rumbo a su actividad intelectual". Esta edición del *Viaje al país de los araucanos*, tan pertinentemente incluida por Hachette en su colección de "El pasado argentino", dirigida con la reconocida idoneidad de Gregorio Weinberg, incluye veintiocho láminas, algunas de gran expresividad como las del "Campamento en Thrarú-Lavquen", "La carneada" y "El alferez Olmos, mensurando al pie de los médanos", síntesis plástica que complementa el inventario y la narración del viaje realizado por Zeballos hacia 1880, cuando contaba veintiséis años, once después de haber escrito su novela de adolescente *Zálide o el amor de los salvajes*. El novelista había comenzado a serlo antes de cumplir sus primeros quince años.

B. E. K.

EN LA LUZ PERDIDA, por Guillermo Orce Remis. Editorial Troquel. Buenos Aires, 1960. 64 páginas.

EL concepto de que el poeta de *Indecisa luz* (1944), *Poemas* (1949) y *El aire que no vuelve* (1953) —legítimamente incorporados a lo más importante de la poesía nacional— es una de las voces más trascendentes de nuestro tan poco frecuentado tono elegíaco y carácter hermético (tono y carácter sólo accesibles a poetas auténticos) se ha convalidado con este profundo y bello poemario de *En la luz perdida*, libro en el cual lo pánico, la metáfora, el misterio y el canto alto y a un tiempo subjetivo alcanzan cimas de marcada singularidad y elocuente expresión dentro de esa difícil apacibilidad que, en algunos casos, como en éste, no disiente con la comunicación claramente audible. Lo elegíaco, pronunciado en un acento tan firme como

emoliente; el misterio, rasgado con un gran contenido poético y conservado por medio de un sentido de lo incognoscible que Orce Remis hace susceptible de revelación; la metáfora —casi todas, propias de un maestro, originales de un creador de exclusiva fisonomía— y la fuerza pánica que adhiere a las insescentes expresiones de la vida y la naturaleza, constituyen elementos de gran significación que el lúcido y hondo poeta ha empleado logrando —pongamos toda nuestra atención en esto— que sus dieciocho poemas contengan, enteramente, sin un solo fragmento refutable, un permanente caudal poético. Este hecho, que debe ser reconocido como poco frecuente en la poética argentina, revela que Guillermo Orce Remis, si bien no hace más que ratificar

AIRÓN

REVISTA LITERARIA

SUMARIO del Número especial 3-4

- Aullido, de A. Ginsberg.
- Experiencia con mezcalina, de H. Michaux.
- Navidad de un chico de Gales, de Dylan Thomas.
- Colaboraciones de B. Papastamatiú, Eduardo Costa, A. Lede, S. Katz, etc.

www.ahira.com.ar

sus tres obras anteriores, ha alcanzado un sentido de la poesía y una poesía del más riguroso sentido poético (la tautología es aparente, como lo comprenderá el lector) que levanta notoriamente el haber de nuestro patrimonio poético. En la luz perdida se cierra con un extenso, pero

TRÉMOLO, por Ester de Izaguirre. Editorial La Mandrágora. Buenos Aires, 1960. 73 páginas.

La subjetividad permanentemente expectante es ya una virtual creación. La de Ester de Izaguirre —poeta para quien la experiencia poética se convierte en acto creador antes de la creación propiamente dicha— refleja el mundo subjetivo de sus tan variados temas en una poesía cuya primera particularidad es, precisamente, lo intrínseco y en cierto modo lo metafísico. Que sus poemas tengan un lenguaje manifiesto y un idioma directo no invalidan ese carácter de poeta que no se diluye en intrascendencias objetivas. (“Estatua” —¿cuenta más como soneto impecable o como alejandrino subyugante?— es un ejemplo de esa facultad admirablemente dominada por Ester de Izaguirre, a quien debe reconocérsele, de otra parte, una precisión que excluye despóticamente toda digresión apoética). En otros poemas —“Astronomía”— alguna caída un tanto inexplicable en una poe-

ANTOLOGÍA, de Miguel Hernández. Editorial Losada. Buenos Aires, 1960.

Es común hablar de Miguel Hernández repitiendo la emocionada elegía de Vicente Aleixandre: *No le toquéis. No podríais. Él supo / sólo él supo. Hombre tú, sólo tú, padre todo / de dolor. Carne sólo para amor. Vida sólo / por amor. Sí.* Es común hacerlo. Pero, ¿acaso es posible no hacerlo? ¿Acaso alguien ha llegado tan lejos como Aleixandre, su amigo, en la definición humana y poética del santo de Orihuela? Porque en Miguel el amor

no extendido, poema —Jacob—, meditado con severidad y revelador de cómo, con el más riguroso y esencial contenido poético, un poeta de raza puede afrontar —sin afrentar la poesía— el gran desiderátum y la pavorosa condición humana.

B. E. K.

ta insobornable en su originalidad, las cosas visibles desplazan a aquel orbe interior, y el lugar común es inevitable: “Mirando alguna estrella solitaria/soñabas en tu almohada...”. La conjunción del lirismo revelador del espíritu —antiguo desiderátum no alcanzado frecuentemente— y la dignidad poética representada por una forma simultáneamente clásica y moderna y en ambos casos bien dominadas, constituyen un elemento de notorio valor en este libro —el primero de Ester de Izaguirre— tan sentido y a un tiempo tan espontáneamente expresado. La hondura y la subjetividad antes aludidas de la autora nos impacientan respecto de sus próximas publicaciones: un estudio sobre Enrique Banchs, otro sobre la narrativa picaresca en la literatura rioplatense y un libro de cuentos. La densidad de la poeta de *Trémolo* anticipan un denso ensayista.

B. E. K.

Precios de los Números Atrasados de FICCIÓN

Número	1		\$	120	m/n
”	2		\$	120	m/n
”	5		\$	60	m/n
”	11		\$	120	m/n
”	16		\$	60	m/n
”	24/25		\$	300	m/n
”	26		\$	120	m/n
”	27		\$	120	m/n
Los números restantes (21 en total): Cada uno \$ 30 m/n				\$	630 m/n

Total \$ 1.650 m/n

OFERTA ESPECIAL

La colección completa de FICCIÓN (Números 1 al 29 inclusive):

\$ 1.300 m/n.

SE GANA, PUES, CON ESTA OFERTA: \$ 350 m/n

Si le sobrara alguno de los números de alto precio en buenas condiciones, se lo canjearíamos por su equivalente en ejemplares de \$ 30 m/n a su elección. Es decir que por el número 24/25, por ejemplo, le daríamos 10 ejemplares distintos; por cada uno de los números 1, 2, 11, 26 y 27, cuatro ejemplares, etc...

EDITORIAL GOYANARTE

Revista - Libro FICCIÓN

Paraguay 479

♦ Buenos Aires ♦

T. E. 31-3694 y 31-5163

Argentinas | www.ahira.com.ar

se llamó Miguel de Unamuno. Todo en él era hueso cálido, energía sin límites, desnudez diamantina. Hasta en sus cartas —*Te prometo gastarte la boca y los ojos y la frente y toda tú a fuerza de besos, y no te voy a dejar hueso sano a fuerza de caricias*—, aquéllas cartas de novio, de hermano, de poeta, de esposo soldado —*Para el hijo será la paz que estoy forjando. / Y al fin en un océano de irremediables huesos, / tu corazón y el mío naufragarán, quedando / una mujer y un hombre gastados por los besos*— Miguel Hernández era uno, único, amor amurallado, plenitud de sangre y ruseñor: *Mi sangre es un camino... y Moriré como el pájaro, cantando*. Pero no quiero

PSICOANÁLISIS DE LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA, por Erich Fromm. Fondo de Cultura Económica. México, 1960.

HABLAR de Erich Fromm es, sin duda, hacerlo de una de las más lúcidas y profundas inteligencias que ha dado la contemporaneidad. Su *Miedo a la libertad* es, para aquellos a quienes duelen los problemas del hombre en este siglo de urgencias y desalientos, un libro de consulta permanente, un hondo y hermoso libro. En un país como el nuestro, donde el psicoanálisis es, en la mayor parte de los casos, una parodia del psicoanálisis; donde el psicoanálisis es más una trampa que una ciencia de la realidad; donde el psicoanálisis es, por absurda paradoja, una inaprensible y casi mágica forma de la incautación, una especie de sistema riguroso aplicado en secretas organizaciones clannescas,

EL BOSQUE Y CINCO ÁRBOLES, por Abel Mateo. Emecé Editores S. A. Buenos Aires, 1960. 226 páginas.

Los hijos del ingenio son infalibles. Palas salió del cerebro de Júpiter tan completa y niña-prodigio como cualquier Minou Drouet de sus días y casi con tanta jactancia como Françoise Sa-

dejarne llevar por su espléndida calidad de ser humano. La *Antología* que acaba de editar Losada es una valiosa y amplia preocupación en el conocimiento de la obra de Miguel Hernández. Los mejores poemas de Perito en lunas, de *El silbido vulnerado*, *El rayo que no cesa*, *Viento del pueblo*, *El Hombre acecha*, de *Cancionero y Romance de ausencias*, de *Últimos poemas* (entre los que se encuentran "Hijo de la luz y la sombra" y "Nanas de la cebolla") y *Poemas inéditos* (1928-1941), sumados a fragmentos de su teatro, hacen de este libro un amigo indispensable para llevar junto a nosotros y repetirlo, y quererlo, y conocerlo, y necesitarlo.

ARNOLDO LIBERMAN

Erich Fromm da, a través de sus libros, la tónica exacta de lo que es una pasión puesta al servicio del hombre y de su conciencia, de lo que es asumir la responsabilidad de interpretar un mundo y hacerlo con la cauta serenidad y la aguda percepción de un hombre sabio: "*No hay arte más difícil que el de vivir*" dijo Séneca, y Fromm, que lo cita, sabe la premiosa verdad de esta expresión. Para algún día y para estudiosos dejaremos la suerte de introducirse en *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea* y profundizarlo, como su texto lo exige. Hoy sólo queremos dejar impreso el nombre de Erich Fromm. Es nuestro homenaje.

A. L.

gan o algunas de nuestras locutoras de televisión, convencidas de sus dotes y capaces de convertir en araña a la primera Aracne que se les presente. Pero los hijos —y las hijas— del ingenio son por

veces, monstruos de perfección, real o aparente, y la perfección es árida. Tal ocurre, casi siempre, con los personajes de las novelas, de las narraciones, en que sólo o casi solamente interviene la imaginación del autor, y que son juegos —dificilísimos juegos por cierto— de la inteligencia pura. Criaturas que en el bien y en el mal, en la orientación de la vida de que han sido dotadas para actuar, moverse, hacer un crimen o descubrir un crimen o ser víctimas de un crimen, proceden con el número de movimientos, la calidad de las reacciones, la presión arterial y las visitas a la peluquería, que a cada cual corresponden según lo preconcebido por su padre o creador o autor.

La literatura inglesa está llena de escritores en los que el juego del ingenio lo mueve todo, lo prevé todo. En nuestras letras, son muchos menos los que se sienten capaces de estas creaciones de la mente y del género en que realmente actúan, la novela o el relato de misterio, y delincuencia. A este género —mal llamado policial— pertenece el libro de Abel Mateo cuyo título encabeza estas líneas. Cinco originalísimos relatos, limpios —asépticos— de toda humanidad en los que se plantea y se resuelve un problema, con economía matemática en el mejor sentido de la palabra, es decir, sin aparato digestivo ni circulatorio. Relatos de un interés casi científico y que mantienen despierta hasta las últimas líneas la facultad detectivesca del lector. Todo es ficción en estas pequeñas obras maestras del género; el lugar de la acción, los personajes, la trama misma. Una ficción en la que el lector permanece sin reflejo pero interesado, como ocurre en el cinematógrafo. Literatura de profundo reposo sentimental donde nunca nos vemos ni vemos a las gentes que nos rodean.

Pero Abel Mateo encuentra modo de mostrarnos —y de recrearse a sí mismo

para comprender
mejor al adolescente

La Caracterología en la Segunda Enseñanza

por Roger Verdier

Facilita el conocimiento personal de cada alumno y permite individualizar la enseñanza.

1 vol. de 240 págs. \$ 120.—

OTRAS OBRAS DE LA BIBLIOTECA DE CULTURA PEDAGÓGICA

Compendio de caracterología,
por P. Grieger \$ 120.—

Análisis caracterológico de los
alumnos de un curso, realizado
por su maestro, por R. Gaillat
..... \$ 120.—

A docentes en ejercicio, Cooperadoras
y profesionales, CUENTAS PERSONALES
a sola firma

KAPELUSZ

Moreno 372 - Bs. As. - T. E. 34-6451

con ello— que es escritor de extensa y profunda cultura. Empleando un tono burlón hace que sus criaturas se expresen con algún amaneramiento y citen a los clásicos y hagan alusiones eruditas. Con

todo lo cual afirma en *El bosque y cinco árboles* un género poco cultivado entre nosotros y se confirma excelentísimo autor de cuentos de misterio.

PILAR DE LUSARRETA

LA PARRANDA, por Eduardo Blanco-Amor. Compañía General Fabril Editora. Buenos Aires, 1960.

CREO estar en condiciones de emitir un juicio sobre la obra de Blanco-Amor. Sé de su prodigioso conocimiento—amor y conocimiento— de la lengua hispana. No sólo del léxico, también del "rumbo y manejo" con que en ella se expide, del señorío con que emplea giros y trazas; de cómo depura y alquitara elipsis, hipérbaton y perífrasis. Y con qué brío—como en el caso de *La Parranda*— se zambulle en lo más genuino y legítimo de sus corrupciones y sale de ellas limpio y florido como un mayo. Estilista de raza y por gusto, como el que más—digamos Miró, digamos Azorín, digamos lo que queramos—, tiene aquello de lo que generalmente carecen los que se miran en los espejos del idioma: imaginación de novelista y poder de penetración espiritual. Y eso, sin aquella punta de afectación danunziana de un Valle Inclán. Porque esto del amor y conocimiento de la lengua lo trae Blanco-Amor en el torrente de la sangre. Es congénito como el color de los ojos. Más, porque creo que en esto puede influir la alimentación, y a pan y agua aun le quedarían a Blanco-Amor en la boca los sabores del idioma.

La Parranda es por su forma y por su hondura psicológica y hasta por su estilo, una novela picaresca, en el sentido clásico de la misteriosa palabra que caracteriza el género más genuino y más novelesco de la novelística española. Donde se

mezcla y sazona la amargura en un tono de zumba, con lo grandioso de la predestinación del hombre condicionado a los hechos mínimos de lo cotidiano. Gracia. ¡Esta sí que es palabra toda ella mayúscula! Como que procede de Dios y es don y no mérito. Gracia en el decir y no decir; en el excederse y mermarse; en presentar lo humano sin tapujo y sin repugnante rodeo en lo mezquino y ruín de la condición humana. Gracia y un hálito de tragedia inevitable y rural y simple, que va creciendo y envolviendo las páginas del monólogo o confesión o declaración que constituye la obra.

No sé si esta formidable y trágica parranda será un "best-seller". Proclamar de una obra de arte que es un "best-seller" me parece como dejar el marbete con el precio en los regalos o decir el coste del vino que se bebe. En fin, en nuestro tiempo, si no se sabe el precio, no se conoce muy bien el valor. Ojalá lo sea, porque entonces podría uno decir sin ironía: "Hay justicia en este mundo". Y creerlo.

Extraordinaria y corriente aventura es la de *La Parranda*, originalmente escrita en lengua gallega y trasladada por su autor a la española. Aventura de hombres, de unos pobres parranderos, medio buenos y medio malos, medio cuerdos y medio locos. Hombres. Que es lo más grande y sorprendente de la Creación. Y lo más vario y monótono. P. de L.

FRANKIE Y LA BODA, por Carson McCullers. Trad. de María Campuzano. Editorial Seix Barral, S. A. Barcelona, 1960. 299 páginas.

No se trata, evidentemente, de una novela más, pero dadas las características de algunos cuentos que integran el volumen de *La balada del café triste*, confieso que me sentí algo defraudada. Se enfoca la crisis que sufre Frankie, en la etapa más difícil de su adolescencia, días antes de la boda de su hermano. Es una adolescente sin madre, con un padre más o menos indiferente, más o menos comprensivo, absorbido por su relojería, y con el que habita en un pueblito del sur de Estados Unidos. Hay una sirvienta negra, sentimental y afectiva, de buenos sentimientos, que afronta con valentía sus vicisitudes. Con ella sostiene la muchacha la mayor parte de sus diálogos. Es una adolescente de imaginación romántica, aventurera y, por supuesto, confusa. Además escribe. Pelo descuidado, pantalones descuidados, poses descuidadas, que cruza las piernas en una forma u otra y anda de acá para allá con sus sueños y tribulaciones, soportando un "verano verde y revuelto". Tanto se dice de ese verano, —para comunicárnoslo, supongo— que a veces terminamos por no creer en él. Y cuando leemos en las últimas páginas que muere un primo de Frankie —con el que compartía sus juegos—, nos preguntamos si la autora pretendió con esta muerte alcanzar un aliento dramático —que no alcanza— temiendo desencadenarlo en Frankie. Repito: no se trata de una novela más. Un contenido rico de sensaciones, despertares, emociones, en conjunción con la naturaleza y con los sentidos de los personajes, y las costumbres de la población, desfilan con un color y una fuerza que nos atraviesan y nos abruman como un trozo de sol colocado permanentemente delante de nuestros ojos. Como la guerra los afec-

ta en esos momentos, se habla de una humanidad sin persecuciones, sin odios raciales y religiosos, es decir, los negros y los judíos son como todo el mundo y deben gozar de los mismos derechos. Pero parece absurdo aceptar un final casi feliz sin una larga y complicada convalecencia en una muchacha de 12 años, que casi asesina, casi se suicida, y que no escapa a ciertas experiencias sexuales no aclaradas, y a ciertas tentaciones en su cuarto, en la calle, en su cerebro y en sus aledaños. No por no ser totalmente comunes, pueden considerarse generales y tan fácilmente solucionables. Frankie llora, divaga, imagina, se rebela, sueña, huye, teoriza, se frustra, la frustran, se construye, se destruye, se hunde, se ele-

¿Sabía que nuestras
boletas de venta
tienen valor . . . ?



ULISES
Librería

CORRIENTES 579

T. E. 49-7129

va, y todo termina en que leerá a poetas como Tennysson con una nueva amiga, y más adelante —al terminar sus estudios— se irán a viajar por el mundo. Con seguridad existen las adolescentes que pudieron vencer implacables fantasmas, pero el lector juzgará si es posible que un proceso como el suyo penetre de

EN LA ZONA, por Juan José Saer. Editorial Castellví. Santa Fe, 1960. 183 páginas.

ESTE libro de cuentos y un poema de J. J. Saer, escritor argentino de 24 años, termina con una respuesta que asusta. *Qué sentido tiene la vida* pregunta un personaje que no tiene nombre. (Es él. Agresivo con un comunista sin saber por qué. Escribe una novela sin saber por qué. "Que para qué tomo vino, trabajo, bailo y como. Bueno, te digo: no sé, no sé. Dirás literatura. Posiblemente". Yo diría *neurosis*). Y le contestan: "ninguno, por supuesto". ¿Es la expresión de un estudiante que sintetiza en su fisonomía una generalidad de estudiantes o es el escritor mismo, que escribe, denuncia, realiza, vive y, no obstante, no le encuentra sentido a la vida? Es difícil determinarlo. Esta pregunta nos acerca a otras. ¿Este novelista tan joven no frecuenta otra humanidad que aquella que no le encuentra sentido a la vida, o pierde para él sentido en contacto con esa humanidad que frecuenta? ¿Puede ser casual que precisamente haya ubicado al final ese relato?

Remarco con primordial interés esta respuesta por tratarse de un escritor joven que habita una provincia argentina —Santa Fe— y que es su punto de partida, dividida en dos zonas: *Zonas del Puerto* y *Más al Centro*, para ir desarrollando ambientes, diálogos, personajes y certeros y sugestivos análisis psicológicos y costumbristas. En algunas páginas una reiteración de detalles atenta contra el fondo to-

tal del tema considerado, y por otra parte algunos diálogos parecen responder a una realidad descifrable para quienes están en el juego. No se trata de cuentos enigmáticos —son reales y muy reales— pero nos dejan a mitad de camino, cuando más necesitamos compenetrarnos de sus intenciones. Nadie puede darnos la medida exacta del equilibrio entre los elementos necesarios y los prescindibles, que conducen a la perfección más o menos lograda de un relato. No tenemos más remedio que depender del caprichoso gusto de cada lector, o de sus afirmados conceptos, los cuales, involuntariamente, pueden ser arbitrarios.

Las palabras se agitan en una atmósfera trascendente, temblorosa de humanidad, poética, con párrafos que son imágenes en su totalidad, enriqueciendo el clima entre los personajes del hampa, y entre aquellos que no llegan a esos extremos de la ciudad, pero cuyas fuerzas morales no están menos en peligro. Entre los primeros destaca *Solas*, un diálogo entre prostitutas con un final inesperado y un *crescendo* sin morosidad en los acentos. No creo que sea de los mejores, pero conmueve e impresiona por su finalidad y la habilidad con que fue desarrollado. Las dos mujeres se desplazan aparentemente para nada, mientras caen sus palabras entre las paredes, y la acción se da sin que nos demos cuenta. No hay en este volumen un cuento que carezca de

ANA MEDVENY

valores. En todos hay algo que queremos detener y tomar, a pesar de las objeciones de forma que intentamos expresar. Sus hombres y mujeres *son*, en el sentido más profundo del verbo, con todas

sus grandezas y sus pequeñeces. Las *dos palabras* que el escritor dirige al lector, aunque elocuentes, nada aclaran con respecto al poema intercalado entre las dos partes. A. M.

THE GAUCHO MARTÍN FIERRO. Trad. de Walter Owen. Editorial Pampa. Buenos Aires, 1960. 320 páginas.

A excepción del prólogo, la noticia biográfica de Walter Owen, el traductor, y las fotografías de Hernández y Owen, esta obra, en impecable presentación de Editorial Pampa, coincide exactamente con la publicada en Oxford, en 1935 y conocida ya internacionalmente. En este sentido, resulta interesante remitirse al prólogo del propio traductor, donde explica con cierto detalle, las circunstancias que permitieron concretar su meritorio proyecto. No es tarea fácil traducir en general, y menos aún una obra en verso —intencionadamente incorrecto, la mayoría de las veces, como cabe a la modestia casi heroica de quien se constituyó, a los fines de este trabajo en vocero de una clase que por cierto no estaba formada en las reglas del arte, y sólo sabía de las que su intuición y su ingenio le daban* —por ende realizada en el idioma vernáculo del habitante de nuestras pampas. Es aparentemente curioso, pero muy comprensible para quien esté familiarizado con el fenómeno de los ingleses "acriollados" —muy frecuentemente por cierto en nuestra historia— que haya sido precisamente un escocés el que haya asumido la tarea ímproba de tamaña traducción, como lo dijera él mismo en uno de sus manuscritos: "pa que el gauchito inglés sepa lo que el gauchito argentino era, y el argentino que el inglés también es gauchito a su

* "El gauchito no conoce ni siquiera los elementos de su propio idioma, y sería una impropiedad cuando menos, y una falta de verdad muy censurable, de quien no ha abierto jamás un libro, siga las reglas de arte de Blair, Herosilla o la Academia." (José Hernández, prólogo a *La Vuelta de Martín Fierro*.)

manera". Pese al éxito de su obra, que él mismo pudo apreciar, no habría de sospechar tal vez Hernández que su "Martín Fierro" habría de cruzar los mares... cosa que él no quiso hacer, por fidelidad a sus propios principios.

Escrita originariamente sobre y para el gauchito, tal finalidad resulta lógicamente trastocada en su traducción y el poema gauchesco se convierte en pieza de intelectuales. No resulta muy fácil imaginar la interpretación que han de dar a su contenido y a su forma quienes no estén fami-

Tiziano

MARCOS Y CUADROS
AGUAFUERTES DE EPOCA

CHARCAS 2452
T. E. 80-4808

www.ahira.com.ar

liarizados con lo nuestro, aunque cabe reconocer que en sus valores y emociones básicas, la humanidad es universal y, como lo dijera el propio Hernández, llevado de su entusiasmo: "Jamás se hará, dice el doctor V. J. López en su prólogo a «Las neurosis», un profesor o un catedrático europeo de un brama. Así debe ser, pero no ofrecería la misma dificultad el hacer de un gaucho un brama lleno de sabiduría..."

Pero si cabe duda respecto a la interpretación, no sucede lo mismo con la obra en sí, realizada con un profundo conocimiento de ambos idiomas y sobre todo, con un sincero amor por la obra de Hernández. Como lo puntualiza el mismo Owen que se tildaba de "trasladante" en su prólogo, la traducción del dialecto con el dialecto hubiera resultado, debido a las incongruencias de una comparación entre los respectivos ambientes, una invitación al ridículo: "El dialecto localiza los personajes, que no pueden ser trasplantados

sin convertirse en caricaturas." Nada hay de caricaturesco en su digna versión y, por el contrario, la amplia libertad de su conocimiento profundo le permite traducir, por ejemplo: "Aunque esto parezca extraño / ninguno lo ponga en duda: / entre aquella gente ruda, / en su bárbara torpeza, / es gala que la cabeza / se les forme puntiaguda." en "Though it may seem queer, I tell you here / It's the stamp of their barbarous kind; / It's nothing more than the sober truth, / the Indian admires what we think uncouth / and he's proud as Punch if his cranium / sticks to a point behind."

Como dijera el autor de este valioso exponente de su propia doctrina: "Los hombres se entenderán mejor y se estimarán cuando crean menos en nacionalismos que en la unidad de la cultura; y cuando las obras de un pueblo sean conocidas por otro en el idioma de éste, se habrá adelantado mucho en la comprensión internacional."

ANA O'NEILL

HISTORIA DEL CINE ARGENTINO, Tomo II, por Domingo Di Núbila. Editorial Cruz de Malta. Buenos Aires, 1960. 318 páginas.

CUALQUIER recopilador sagaz y prolijo puede tentar la realización de una historia del cine argentino, mientras se limite a registrar cronológicamente las producciones y los hechos que fueron conformando el devenir de nuestro séptimo arte, pero tangenciando toda consideración sobre su problemática. Claro que este sistema —desdichada "historia" de muchas historias—, no aportará nada nuevo al estudioso, salvo la consulta objetiva sobre una fecha, un director, un título o un elenco.

En la obra de Domingo Di Núbila, en cambio, se han ensamblado estos dos elementos, sumando a los necesarios datos enciclopédicos, una autorizada visión personal sobre las diversas tendencias y estilos que configuraron la evolución

(¿evolución...?) de nuestro cine, una síntesis crítica de las películas más importantes y hasta el esporádico recreo de la anécdota. Naturalmente, un trabajo de estas características exige un conocimiento profundo de los hechos históricos, una vocación y hasta una entusiasta vivencia de los mismos. Todas estas cualidades están reunidas en Domingo Di Núbila, crítico lúcido y agudo, comprometido desde siempre con los avatares del cine argentino.

El primer tomo de esta obra ya nos había enfrentado con el lenguaje directo y ameno de Di Núbila. Dentro de la misma tónica, nos entrega ahora el segundo, cubriendo otro importante período que epilogaba en un pasado casi inmediato. Medulosa obra de consulta, fuente de in-

Sírvanse suscribirme a la Revista-Libro FICCIÓN por ... año(s) con el envío de los obsequios que corresponden por uno, dos o tres años de suscripción respectivamente, la condición de no pagar recargo alguno por cualquier número EXTRAORDINARIO que edite la Revista. Quedo a la vez asegurado contra cualquier ALZA que pueda tener el precio del ejemplar.

Nombre

Calle y número

Localidad

Adjunto cheque por \$ 180.—, \$ 300.— ó \$ 400.— m/n o por 3, 5 ó 6 dólares

orden REVISTA-LIBRO FICCIÓN.

Ragámole elegir en la lista al dorso las obras que desea (dos libros por un año de suscripción, tres libros por dos años y cuatro libros por tres años).

FICCIÓN

Revista-Libro de América T. E. 31 - 3694
31 - 5163

PARAGUAY 479

BUENOS AIRES

Suscripción Argentina y países limítrofes:

1 año:	\$ 180.— m/a
2 años:	" 300.— m/a
3 años:	" 400.— m/a

Otros países

1 año:	3 dólares
2 años:	5 dólares
3 años:	6 dólares

Se pueden elegir, de la lista detallada al dorso, los siguientes libros como OBSEQUIO:

• 2 libros latinoamericanos por 1 año de suscripción.
• 3 " " " 2 años " "
• 4 " " " 3 años " "

LISTA DE LIBROS ENTRE LOS QUE PUEDE ELEGIR EL SUSCRIPTOR

DOS	libros latinoamericanos por UN	año de suscripción a FICCIÓN
TRES	"	"
CUATRO	"	"

Armando Ayala Anguiano: El paso de la nada.
Vicente Barbieri: El intruso.
Alberto Borges: La resaca.
Estela Canto: El estanque.
Ariel Canzani D.: La sed.
Tulio Carella: Cuaderno del delirio.
Salomón Chichilnisky: La verdad.
Carmen Da Silva: Setiembre.
Fernando de Elizalde: El camino.
Álvaro Fernández Suárez: Se abre una puerta...
Hellen Ferro: Los testigos.
Joaquín Gómez Bas: Oro bajo.
Adriano González: Las hogueras más altas.
Juan Goyanarte: La quemazón.
Juan Goyanarte: Lunes de carnaval.
Juan Goyanarte: Fin de semana.
Juan Goyanarte: Tres mujeres.
Juan Goyanarte: Kilómetro 25.
Bonifacio Lastra: El prestidigitador.
María Teresa León: Juego limpio.
Rafael de Monteys: El mundo en venta.
Raúl Navarro: La otra tierra.
Pedro G. Orgambide: Las hermanas.
Domingo Rizzo Baratta: Pasión y muerte en Nicaragua.
Fernando Rosemberg: Los carpidores.
Marcos Soboleosky: Las aguas de Mara.
Siegtraut Tesdorff: Confidencias a una botella.
Bernardo Verbitsky: Un noviazgo.
Erico Verissimo: Noche.

editorial goyanarte

Revista Libro FICCIÓN

PARAGUAY 479

T. E. 31 - 3694 / 5163

Libros

143

vestigaciones y ventana abierta al recuerdo. Una crónica histórica que no agobia, porque tiene el clima de una charla cordial. Yo sé de muchos que, atisbando el telón evocativo de Di Nù-

bila, sentirán reverdecer nostálgicamente aquellos lejanos años del arte criollo, añorando las excelencias de un pasado que —en muchos aspectos—, fue mejor.
JORGE ALBERTO SAEZ

EL HARÉN TODAVÍA, por Pilar Bescós. Ediciones Botella al Mar. Buenos Aires, 1960. 170 páginas.

QUIZÁ no sea yo el crítico literario que me gustaría ser o que haría falta que fuese, pues como lector de novelas sólo me atraen las novelas novelescas que me entretengan o, mejor, que me arrastren. Considero que una novela es buena —no interesa discutir ahora el género—, cuando el autor consigue hacerme vivir la vida que ha dado a sus personajes.

Pilar Bescós, con su libro *El harén todavía*, no sólo consigue captar mi interés con el movimiento de sus héroes, sino que, al mismo tiempo, me introduce en ese mun-

do calcinado y a la vez fresco de exóticas ciudades como Casablanca, Rabat, Marrakech...

Suelo llamar lecturas que apasionan, arrastran, entretienen y distraen, a esas lecturas que nos obligan a salir de nosotros mismos. Y he aquí un libro que lo consigue. Un libro curioso; escrito con un estilo directo y propio, lo cual es decir mucho, hoy día en que nadie —o casi nadie— parece capaz de firmar media página sin que una docena de críticos le caigan encima, señalando reminiscencias

- ♦ LITERATURA
- ♦ TEXTOS
- ♦ PRIMARIOS
- ♦ SECUNDARIOS
- ♦ UNIVERSITARIOS

Librería
HUEMUL

SANTA FE 2237 T. E. 83-1666
Buenos Aires

57 años

sin cobrar intereses!...

Desde 1904, fecha en que "La Piedad" inauguró el más liberal sistema de ventas a crédito que existe en el país, nunca quiso cobrar a sus clientes un solo peso de interés. Y a través de 57 años, siguió demostrando con nuevas y valiosas ventajas que el Carnet de "La Piedad" es una auténtica facilidad para comprar al contado!

EL CRÉDITO

LA PIEDAD

ES EL CRÉDITO Nº 1

Bne. Mitre y Cerrito

de éste, del otro, cuando no de todos ellos juntos. En Pilar Bescós, no hay nada de Proust. Nada de Faulkner. Nada de Joyce. Ni siquiera nada de Kafka. Nos obliga a vivir en su propio universo y esto, en los tiempos que corren para la mayoría crítica —o crítica minoría—, no deja de ser un elogio en honor de Pilar Bescós.

Esta escritora argentina, educada en Europa, sabe decir las cosas de una manera directa, limpia, recurriendo a una fuerza que economiza medios expresivos, huyendo de las extremidades ingratas y del relieve tosco de sus tipos, pero que no vacila ni retrocede ante lo más terrible de los ritos árabes con su sangre de vírgenes y su muerte de hombres.

LOS OJOS DE LOS ENTERRADOS, por Miguel Ángel Asturias. Editorial Losada. Buenos Aires, 1960. 482 páginas.

Lo mismo que la vida de los hombres, la carrera de los pueblos puede desarrollarse de muy distintas formas. Por lo general se cae en un círculo de inter o subdependencia con otros pueblos, ya sea económica, ya culturalmente. En *Los ojos de los enterrados*, Miguel Ángel Asturias nos describe, con una visualización fotográfica y un genio que lo esclarece todo, el aplastamiento histórico de su pueblo, por fuerzas cuya estupidez es tal vez mayor que su despotismo, y desde luego superior a la misma subordinación económica. Antójasenos mínima la compensación cultural.

A lo largo de esta extensa, implacable y objetivadora novela, la verdad es la guía constante del autor. Cabe pensar que, como en toda obra de arte, existe un grado de ficción, pero lo cierto es que la vida guatemalteca late verídica y exacerbada a través de esta vivisección lancinante. Quizá porque no hemos vivido la vida como espectadores sino como agonizantes, es por lo que sentimos la amargura y la miseria imperantes en la Guatemala que

Robinson Jeffer mantenía dos símbolos, el halcón y la piedra —el alma y la eternidad—; en su visión del esotérico mundo marroquí, la autora de *El harén todavía*, nos descubre estos dos símbolos en el amor de las mujeres y en la leyenda. Al margen, los personajes hablan y esperan contra toda esperanza a través de bellas notas dramáticas que desembocan en el ancho océano de la libertad soñada. Nosotros no podemos menos de desear para esos pueblos de raíces milenarias, que un viento suave convierta en ceniza esas murallas rígidas de los harenes, de las costumbres y dé a sus hijos la libertad a que tienen derecho.

VÍCTOR SÁIZ

nos pinta Asturias en esta especie de friso solar, donde con un admirable estilo se mueven los personajes menos literaturizados de la novela americana contemporánea.

No hay en Asturias, representativo defensor de pueblos oprimidos, ni una sola línea para las simulaciones santificadoras. A esta obra de Asturias habría que llamarla testimonio. Tiene la eternidad de los grandes libros, porque en ella se nos dan las vidas más simples y cotidianas, desnudas, mondas de retórica, pero iluminadas de poesía. Asturias escribe con pasión, nunca con ira y menos con mordacidad, tal como, a nuestro juicio, debe ser escrito el drama de todos los tiempos: la esclavitud del hombre por el hombre.

Pese al título que arranca de una curiosa leyenda indígena, no es Asturias hombre de fantasmagorías, sino amigo de llamar a las cosas por su nombre. Nos da la realidad en su más estricta pureza, bajo el infranqueable equilibrio de una armonía telúrica y bajo ese fuerte sol que incendia la carne de sus criaturas. Su paisaje, sus

hombres, sus máquinas, incluso sus "gringos" alcoholizados, discurren en una existencia atroz, solitaria y desovada como diría Henry Miller. Es tan aplastante la fuerza de esta obra que, sobrecogidos, pensamos si la inmutabilidad de la vida guatemalteca podrá cambiar, si es que esa

vida no vendrá así desde el fondo de las edades, intemporal e inamovible.

Guatemala ¿es el mundo dentro del mundo? Con Asturias, lo dudamos un poco, ante la pasividad larvada de los que dan cuerda a los relojes.

V. S.

LOS MIEDOS, por Osvaldo López Noguero. Editorial Tirso. Buenos Aires, 1959. 77 páginas.

CONFIGURANDO un mundo de peculiar problemática interior, en el que caben asimismo las aportaciones de una variada experiencia vital, nos entrega Osvaldo López Noguero esta breve colección de poemas.

Una estrecha unidad, basada en la reiteración de temas y motivos, puede advertirse en ellos pese a la riqueza de enfoques que los caracteriza. A partir de un ahincado buceo en situaciones y actitudes, que por momentos parecen emanar de seres detenidos en el espacio, el autor va estableciendo una atmósfera de trasmundo, como si otra realidad fluyera bajo las cosas en una reanudación de circunstancias que vuelven a repetirse, anudándose a través del tiempo. A veces un suceso trivial, sin aparente consistencia, remueve los estratos de la memoria y los hechos trascendidos —o vislumbrados en el acontecer histórico— afloran, se densan y cobran una fantasmal presencia en la que el azar tiene también su participación: "La Edad Media bajó hasta nosotros con un trovador / y pobló el momento de ceniza mortecina. / Cuando los círculos se abrieron pude verla un instante. / Esta mujer sin edad, tocada por la blancura como por un filtro, / me hablaba del dolor. / Pero se iba, se derrumbaba en un espacio luminoso, / rodaba por pendientes sucesivas, / hacia su último seno." (pág. 29).

A esta integración con las fuerzas oscuras y elementales del universo, se añaden ciertas evocaciones de ciudades torturadas

—que hacen pensar en el García Lorca de *Poeta en Nueva York* aunque el tono y la intención nada tengan de comunes— donde el hombre es apenas un engranaje que se va corroyendo día tras día, entre el esplendor y la miseria de las luces, hasta inmovilizarse en la muerte.

En otras ocasiones, el miedo —miedo de vivir, de aventurarse— aparece como un sentimiento de dolorosa madurez que el ser va asumiendo aceleradamente aunque

ESTEBAN ERIZE

Diccionario Comentado

MAPUCHE - ESPAÑOL

- ◆ ARAUCANO
- ◆ PEHUENCHE
- ◆ PAMPA
- ◆ PICUNCHE
- ◆ RANCULCHE
- ◆ HILICHE

DISTRIBUCIÓN

EDITORIAL

"LA MANDRAGORA"

Santa Fe 3117

Montevideo 1763

84-5389

42-3665

le quede como resabio su corrosiva huella, su costra vivencial que no es posible eludir: "Pero el primer asombro, el primer grito, / el primer miedo sobre el corazón, / la primera pregunta: / ¿dónde estuvo, / cuál fue, / quién lo sufrió, / de qué deslumbramiento hubo nacido?" (p. 15).

El ahondamiento en esas subterráneas vetas de la conciencia donde se entrecru-

zan elementos extraños y dispares —espejos, guitarras, vegetales— confiere al decir poético del autor una poderosa sugerencia expresiva. En ella participa además, en gran medida, el vigor de su fantasía que entrelazando imágenes, palabras exóticas, desdibujando trazos o figuras, logra acercarnos hasta la auténtica intimidad de su lirismo.

NÉLIDA SALVADOR

LOS AGRARIOS, por Rubén Sueldo Guevara. Editorial Letras Peruanas. Lima, 1960. 125 páginas.

El autor coloca como epígrafe de su libro una cita del Inca Garcilaso de la Vega: "Adoraban la tierra y la llamaban Madre, porque les dava sus frutos". Sin duda es la condensación del pensamiento más íntimo del autor, una clave para comprender sus cuentos, en los cuales resalta la crítica sociológica sobre un fondo de lo telúrico. El autor siente la fuerza de la "tellus", o —con palabras de Keyserling— quiere transmitirnos "la profundidad abismal de la vida telúrica" entre los indios campesinos del Perú. Los Agrarios. Y aquella tierra sacra latina, se nos ofrece ahora al pie de los Andes, con toda la potencia y luminosidad de sus picachos nevados.

Tan fundamental se da en Sueldo Guevara la voz de la raza y del suelo, que en su primer relato —quizá el arquetipo de los otros— casi nos presenta un sacrificio humano, un inconsciente volver al "humus" para calmar las iras de la Pachamama. Pero entonces todo termina con una especie de carcajada diabólica: no es

la Pachamama, ni el Apu Puka Moko quienes exigen la oblación, y hasta ni siquiera es necesaria la ofrenda: la astucia de la civilización, personificada en el mestizo explotador del indígena, ha irrumpido en sus tranquilas vidas hechas de piedras inmutables... y las ha convertido en torrentes de temblorosos guijarros. Tierra frente a cemento.

Sabe el autor dar vigor a sus relatos, sabiamente parcos como sus personajes. Pero con todo su esquematismo de cuentista, logra perfilar sus caracteres, introducirlos en su mundo, en el cual se mezcla lo autóctono con lo social.

Es el indio sojuzgado —el indio soporoso, sequías, torrentes y atropellos, el indio semipagano y semicristiano, en medio de una naturaleza árida y cabalmente descripta en las líneas del cuentista peruano— el personaje que se nos adelanta desde la portada y nos conduce por "llanos y quebradas de tonalidad ceniza".

TERESA SÁNCHEZ CUEVAS

SENDAS PERDIDAS, por Martin Heidegger. Trad. José Rovira Armengol. Editorial Losada. Buenos Aires, 1960. 315 páginas.

No es posible referirse a Holzwege (Sendas perdidas) como a una obra en la que se expone una orientación filosófica determinada. Se trata de un modo de pensar, de una pura forma de pene-

trar en lo que a veces parece inefable, de un esfuerzo por comprender el significado íntimo, el sentido originario de profundas intuiciones. Sabemos que la raíz común del existencialismo es el partir de una

vivencia "existencial" difícil de concretar. El ahondamiento, el trabajo ininterrumpido y fecundo sobre ella, la "búsqueda que no cesa" a partir de este experimentar auténtico y originario y que retorna a él para "reconocerlo por primera vez" define la tarea de este filósofo.

La dirección francamente irracionalista de su pensamiento —a pesar de todo lo que se diga— se enfrenta con el logos, con la palabra universal y prescripta, y toda la tarea anterior se traslada; el ahondamiento de la vivencia es ahora el ahondamiento de la palabra, su re-creación, o su creación; comienza el diálogo entre el poetizar y el pensar; comienza el "extravío de la perplejidad hacia la exaltación", ya que ésa es la condición que el diálogo tiene para la filosofía: la condición de extravío.

Como Hölderlin, como Rilke, Heidegger ha acuñado un nuevo dominio, el del pensar poetizante; por eso se habla de él como de "un filósofo proclive a lo literario", o de "aliento literario". "Lo difícil —dice— consiste no sólo en la dificultad de formar la obra del lenguaje, sino en pasar desde la obra decidora del ver —apetecedor aún— de las cosas, de la obra de la visión, a la «obra del corazón»".

Por eso las posibilidades que brinda Heidegger a sus traductores son infinitas. Y sus imposibilidades lo son —si cabe— mucho más aún. Uno de ellos ha hablado de su "terminología oracular" pues cada una de sus palabras parece proponer un enigma, de su "estilo sibilino" que violenta incluso su propio idioma, y otro se ha referido a toda traducción de Heidegger como a un "vano intento de traducción".

En este tomo su etimologismo filosófico aparece evidente ya en los títulos de algunos de los trabajos que reúne: "El concepto hegeliano de la experiencia"; "La frase de Nietzsche: «Dios ha muerto»"; "La sentencia de Anaximandro".

LIBRERÍA

ROBERTINO

ARTE

FILOSOFÍA

LITERATURA



RIVADAVIA 5061

BUENOS AIRES

www.anira.com.ar

Cada palabra está trabajada, ahondada, acuñada por el filósofo, pensada. No es ésta ni se puede pretender que lo sea, la tarea del traductor. Por eso es posible leer, de un mismo fragmento heideggeriano esta doble versión:

"Querer es la austera resolución de ir más allá de sí existente que se expone en la condición de abierto de lo existente como puesto en obra" (El origen de la obra de arte. Trad. José Rovira Armentgol).

EL PENSAMIENTO DE SANTO TOMÁS, por F. C. Copleston.
Ed. Fondo de Cultura Económica (Breviarios). México, 1960. 295 páginas.

EL Padre Copleston, autor de "A History of Philosophy" y de "Medieval Philosophy", cumple con dos propósitos a través de esta obra cuya edición original fue publicada por Penguin Books con el título de "Aquinas", en 1955.

Uno de esos propósitos, el exponer clara y sistemáticamente los aspectos fundamentales del pensamiento filosófico de Santo Tomás, a un nivel de difusión, redundando en beneficio de aquellos lectores que conocen poco de la filosofía del Aquinate y enriquece la bibliografía introductoria sobre el tema. El segundo propósito, más complejo, menos evidente, sólo logra la tergiversación de algunas categorías fundamentales aún no bien fijadas con que se maneja un estudioso de la materia.

Todo intento de contemporaneizar a un autor es difícil y riesgoso. En este caso particular hay una situación de hecho que favorece el intento, aunque no disuelve por eso las dificultades: en nuestros días el tomismo es un movimiento de importancia, sobre todo entre los franceses (Maritain y Gilson, los más conocidos de entre ellos). Para el siglo XX el tomismo es una corriente de pensamiento que existe como un hecho natural y como tal no se lo niega; el siglo anterior podía tratar de negarlo en virtud de la proyección va-

"Querer es el escueto estado de resolución del existente ir-más-allá-de-sí-mismo, que se expone a la potencia del ente como puesta en la obra" (El origen de la obra de arte. Trad. Samuel Ramos. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1958).

Y por eso es posible preguntarse hasta qué punto aceptar la traducción de Heidegger no es eliminar la posibilidad de un encuentro auténtico con su pensamiento.

NILDA SITO

lorativa que hacía sobre su existencia, ya que lo medieval era lo arcaico y superado. Pero el Padre Copleston intenta la actualización del filósofo a través de uno de los resquicios más problemáticos: el de la perennidad de la filosofía, y para eso construye esta categoría de una manera más o menos arbitraria en la que se advierte el fundamento teológico subyacente "El concepto de una filosofía perenne es el concepto de una comprensión en desarrollo, más que el concepto de la expresión, estática y acabada, de tal comprensión". Hasta aquí la noción de perennidad de la filosofía coincide con la de su carácter histórico que nadie negará; es decir, la única posibilidad de una "filosofía perennis" se da a través de su facticidad histórica, o de su historicidad, o de su "comprensión en desarrollo". Pero a continuación F. C. Copleston nos sorprende diciendo: "Si consideramos la filosofía de Sto. Tomás desde un punto de vista puramente histórico, el hecho de que haya dicho esto o aquello tiene evidentemente una gran importancia. Pero si consideramos el tomismo como una filosofía viva y en desarrollo, lo que cuenta son las posiciones filosóficas mismas, y el hecho de que Tomás de Aquino las haya sostenido en el siglo XIII no es tan impor-

tante." Pero lo perenne no es precisamente lo a-histórico como cree el autor. Si alguna posibilidad de perennidad existe, cualquiera sea el dominio en que se dé, filosófico o no —basta que sea humano— la perennidad no es otra cosa que la aceptación de la historicidad como tal.

Otras categorías problemáticas a las que se refiere el Padre Copleston son las de cristianismo y filosofía: "es, por lo tanto un error llamar a su filosofía una «filosofía cristiana»..." "no puede darse una filosofía específicamente cristiana como no puede haber una biología específicamente cristiana" (pág. 60). (Creemos inútil detenernos en el examen de la abismal y notoria diferencia que existen entre las posibles relaciones: filosofía-cristianismo y biología u otra ciencia-cristianismo.) Y en la página 61, sólo algunas líneas más adelante: "Es evidente que Santo Tomás no tenía una doble personalidad. Fue siempre un cristiano, tratara de temas teológicos o filosóficos"... "fue un cristiano y su interpretación de la realidad es una interpretación cristiana". ¿El mismo Padre Copleston no se extrañaría si se hablara de una Weltanschauung cristiana o marxista que no implicara una filosofía marxista o cristiana?

N. S.

MEGATÓN, por Bernardo Verbitsky. Editorial Platina. Buenos Aires, 1959. 44 páginas.

CON un grabado titulado "Premonición de Durero" (sugiere el hongo de la explosión atómica y el genial pintor lo ejecutó tras un sueño profético), se presenta en cuidada edición esta incursión del conocido novelista en el campo de la poesía. En el poema inicial "Alegato en el falso juicio final", el autor nos alerta acerca de un peligroso estado de cosas, acerca del previo aniquilamiento moral al aniquilamiento físico que nos amenaza. Dos valores de la vida están pervertidos, han trocado su signo positivo por el ne-

EL CUENTO DE VENDER LA TIERRA. 1931

Demuestra las causas del éxodo rural.

SOFISTAS Y MERCADERES. 1947

Aporta nuevas razones y combate la ignorancia de los que creen que saben dirigir la sociedad y mejorar a los hombres y los empeoran con el ejemplo de su conducta y la injusticia de las leyes.

BUENOS AIRES CONTRA LA ARGENTINA. 1955

Demuestra que la burocracia para llenar sus ilimitadas necesidades, con los impuestos, las emisiones de dinero y el comercio con la tierra está saqueando al país.

Los tres títulos por treinta pesos, libres de porte, remite su autor:

ANTONIO BRIÓN
LAVALLE 625 - CORONEL SUÁREZ

gativo: el arte y la pureza y generosidad de la juventud. Y tras este exordio filosófico y moral, un atisbo dantesco: la caída de la bomba atómica abortando en las gargantas de la multitud que colma el estadio de fútbol el grito que aclamaba el gol, imagen tanto preñada de realismo como de intención simbólica. La desintegración cósmica del hombre será tan absoluta que se presume que hasta su espíritu formará parte de los venideros estratos geológicos, las futuras rocas: "Los cuerpos, las miradas / y nuestro doloroso amor /

fluirán en el petróleo futuro; / los metales, los árboles y nuestros cuerpos / integrarán basaltos y otras hermosas rocas / veteadas por nuestros pensamientos."

En "Esto realmente sucede", el Océano Pacífico, nostálgico, memora su génesis ante las brutales experiencias que le desgarran la entraña. En "Algo ha cambiado para siempre", se ubica al hombre en este desastre con su inanidad trágica. Y sin embargo, el hombre tiene el deber irrenunciable de oponerse con todas sus fuerzas a la catástrofe que pende como una espada de Damocles sobre su cabeza, tras lo ocurrido en Hiroshima y Nagasaki. El poeta asume la tristeza y la inquietud colectivas ante la pérdida del mundo estable y hermoso que el ser humano ama, hoy más que nunca, con todas sus fuerzas. Todo hombre es un solitario Hamlet que monologa frente a su drama con la incompreensión, con el espíritu en zozobra de quien apenas soslaya con su mente terri-

LOS CABALLOS, por Emilio Frugoni. Ed. del autor. Montevideo, Uruguay, 1960. 77 páginas.

La poesía para Emilio Frugoni ha sido durante sesenta años esencia de su raíz. Los movimientos de su espíritu, su lucha política, las grandes conmociones sociales del mundo, comprometieron su actitud con una ejemplar frescura, donde el hombre, acuciado por el problema de la libertad, implicó su reverencia constructiva en pro de las auténticas apetencias humanas.

Sus esperanzas de vuelo ascendente no fueron una mera actitud intelectual. En su profesión de fe señaló los elementos que distorsionan la confluencia de la vida; la interpenetración vocativa de la autenticidad valedera; el deseo de ser en el destino de estar. Clara conciencia de un procedimiento afirmativo en las constan-

bles secretos de poder destructor. Sólo una cosa sabe con certeza, sin duda alguna: él será su víctima predestinada.

El poema final evoca a Einstein y su tremendo conflicto moral. Como Nobel, Einstein vivió sus últimos años con una penosa carga de conciencia. Desgraciadamente, lo que Einstein ha posibilitado no podrá aminorarse con premios. Tal vez sólo la santidad despertará en el hombre la fuerza de espíritu necesaria para detener la criminal empresa de dar rienda suelta a las fuerzas espantables de la materia.

Como testimonio de un hombre de nuestros días, herido en su conciencia y en su espíritu, el mensaje está ampliamente logrado. Pero no es menos cierto, que el asunto resulta difícilmente trasmutable en poesía. Y quizá sea éste, precisamente, uno de sus aspectos más sombríos.

ATOLS TAPIA

tes destrucciones que restringen el entendimiento de esa línea social-universal.

Así nacieron sus libros. Con amor, rebeldía y esperanza. Símbolo de los acontecimientos e interpretación de los valores. Medidas del hombre para el hombre.

A este respecto baste citar entre sus trece libros publicados desde 1900 a 1960, *La canción humana*, 1936; *La elegía unánime*, editada en nuestro país por Losada en 1942; *Poemas civiles*, 1944, donde la conciencia histórica de un tiempo determina el desarrollo de lo apuntado precedentemente. Ahora, con el libro que nos ocupa, Frugoni señala ámbitos de arraigado fervor en la geografía de su sentimiento. El caballo le sirve para ir en la revelación de diversos matices de-

marcando el material descriptivo de las epopeyas. El criterio general que adopta es histórico. De esta forma, cada poema cobra una fisonomía de poderosa sugestión.

En la empresa, Frugoni reedita un fuerte tono panteísta, un amor entrañable a la tierra, una simplicidad de expresión profunda. La transparencia del pensamiento se da en cada caso con un sentido característico. Las distintas gamas de caballos complementan el punto de vista estético con la maduración de un mundo desterrado, pero vigente, donde el equilibrio del autor va desnudando las astillas sensoriales de su espíritu. Así su conmovedora dimensión se hace canto, y por medio de él, confirma el poeta su permanencia con una frescura fundamental, tono, por demás, muy suyo.

Saludamos en este viejo luchador a los eternos valores del hombre, resurrección cada día como el Ave Fénix de las cenizas de sus sueños.

FRANCISCO TOMAT-GUIDO

POEMAS DE MADERA Y SOLEDAD, por René Daniel Uset. Prólogo de O. Svanascini y 10 grabados en madera de Juan Carlos Stekelman. Ediciones Mundonuevo. Buenos Aires, 1960.

HONDOS y confesionales son los diez poemas que Uset reúne en esta primorosa edición. A través de su estructura, un fluir de sedimentos dramáticos aprisionan su destino en el tiempo de un mundo demorado por opuestas experiencias.

Las definiciones que apuntalan los días y lugares de su identidad, distinguen una línea de consecuente raíz creadora. Como bien lo expresa Svanascini en su noticia-prólogo: "ese sentimiento no oculta su 'dios familiar' contemplado con cierta ambiciosa lealtad, a la manera de una respuesta", sino que en las contradiccio-

CONTRACAMPO

Revista de estudios cinematográficos

Nº 5

MARZO/ABRIL 1961

CONTIENE: Vigencia de una escena cinematográfica - Semblanza de Kon Ichikawa - Responsabilidades del sonido - La escuela cinematográfica de Lodz - Los libros y el cine, etc. . .

• Venta en Quioscos y Librerías

nes desintegradoras, halla el símbolo que puntualiza el resumen con una exaltada vigilia.

El poeta sobre la suma de reducciones atiende a su realidad, equilibrando la herencia con el sorpresivo itinerario de líricas aleaciones. La ternura, la frustración, el afanoso interrogar, crean y destruyen las apoyaturas que colman "el dolor de un hombre, uno cualquiera". Este acto insurreccional conjuga una esperanza. Un sentimiento de fraternidad que reitera los fundamentos esenciales del ser, frente a la cotidiana destrucción de esa termita insaciable de nuestro tiempo. Uset

comprende que lo que interesa salvar es el hombre. Más allá de sus caídas, de los silencios cómplices, de las sombras de esas pequeñas muertes que cada uno lleva en sí como una geometría intransferible.

Anotamos dos rasgos distintivos que se reconocen en *Poemas de madera y soledad*. Los que parten de pormenorizadas quiebras y los que buscan por su conducto la comprometida línea de una cronología humanista.

Esta dualidad define por ahora su mensaje. ¿Qué mejor firmeza puede pedírsele a un primer libro frente a tanta estafa y desconcierto? Acaso aquellas palabras de Antonin Artaud: *Me hablan de palabras, mas no se trata de palabras, se trata de la duración del espíritu*.

Los 10 grabados en madera de Juan Carlos Stekelman honran esta excelente edición de Mondouveau.

F. T. G.

DEL PASADO ARGENTINO

Belgrano Manuel

El General Belgrano declina el honor del triunfo y renuncia al título de Capitán General (31-10-1812) *

Exmo. Sor.

Sirvo a la Patria sin otro objeto q^e. el de verla constituida, y este es el premio a que aspiro, habiendo mirado siempre, los cargos q^e. he ejercido, según ya otra vez lo he manifestado a esa superioridad, como comisiones q^e. se me han confiado, y q^e. por aquel principio he debido desempeñar.

Por esto V. E. me honra, tal vez creído de q^e. tengo un relevante mérito, y de q^e. he sido el héroe de la acción del 24, confirmandome en el

empleo de Brigadier de los Ejércitos de la Patria, y condecorandome con el honorífico título de Capitan Gral. del Ejército.

Doy a V. E. las gracias mas expresivas; pero hablando verdad, en la acción no he tenido mas de General q^e. mis disposiciones anteriores, y haber aprovechado el momento de mandar avanzar, habiendo sido todo lo demás obra de mi segundo el Mayor Gral., de los Gefes de División, de los oficiales, y de toda la tropa y paisanage, en términos q^e. a cada uno se le puede llamar el Héroe del campo de las carreras del Tucuman.

Para el bien de la Patria, ni p^a. el buen servicio mio hallo conveniente

el honorífico título de Capitan Gral. y no veo en el sinó mas trabas p^a. el trato social, mayores gastos y un aparato que nada importa sinó p^a. la vista del vulgar; por cuyas razones V. E. me permitirá, haciendome una gracia, de q^e. no lo use; contentandome unicamente con las facultades q^e. me revisten p^r. el cargo q^e. exerso, y las que me da en sus Instrucciones de 20 del q^e. fenece.

Expuse q^e. no era conveniente para la Patria; p^r. q^e. es para aumentarse gastos con el sosten de una escolta que a nada conduce; pues l que procede bien de nada de esto necesita, hallandose resguardado con quantos le rodean; ni tampoco para mi buen servicio; por que es una Representación q^e. me privaria de andar con la llaneza q^e. acostumbro, de salir sin ese aparato a recorrer lo que importa al Ejército, y me aumentaria tambien gastos que no es posible soportar.

Creo q^e. estas consideraciones obraran en el animo de V. E. y tendre la satisfaccion de q^e. produzcan el efecto que deseo; en la inteligencia de q^e. si alguna vez conceptuare q^e. el expresado título es útil é importante p^a. la causa sagrada q^e. sostenemos, con la misma franqueza q^e. ahora expondré a V. E. las razones q^e. hubiese p^a. q^e. me lo conceda.

Dios gue. a V. E. m^s. a^s. Tucuman 31 de oct^e. de 1812.

Exmo. Señor

Mⁱ. Belgrano

Exmo. Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

COMENTARIO

REVISTA TRIMESTRAL

En el número 26 colaboran Bernardo Canal Feijóo, Jacob Robinson, Nathan Lerner, Alfred Temkin, Ezra Spicandler, Elías Condal, Julio Imbert, Carlos Mastro nardi, Carlos Enrique Urquía, Edgar Spring, Julio Arístides, Natalio Kisnerman, Guillermo Basualdo, Anselmo Leoz, José Isaacson, Jorge Torres Lara, Luis Ricardo Furlan, Máximo G. Yagupsky, Atilio Jorge Castelpoggi, Roberto Nicolás Medina, Jacqueline Mesnil y Nélida Salvador.

Publicación del Instituto Judío-Argentino de Cultura e Información

* Archivo General de la Nación -SX- C23 - A2 - N° 3. Recopilado por F. T. G.

Papel y tinta

El mundo ha sido hecho para llegar al libro.

MALLARMÉ.

- Esta ilustre enfermedad, la literatura —hereditaria, puesto que nació en las pinturas de las cavernas; incurable, puesto que según Homero nuestros daños son una excusa de la Divinidad para que los hombres (siempre) canten—, tiene sus consecuencias adversas: el hambre, el irremediable odio de los “colegas”, la cárcel y, a veces, el polvoriento olvido —aunque, según Lao Tsé, éste es un modo de la felicidad—. Pero también tiene sus maravillas: que a un amigo poeta, por ejemplo, le nazca un vástago, y que publique un libro. Digo “y” pues si bien un lugar común quiere que, dar a luz o dar a las prensas, sea la misma cosa, en este caso, no lo son. Horacio Salas San Miguel es el culpable de esta doble paternidad: por un lado, el joven Federico —un mes en el mundo y, ya, pateando—: por el otro, “Catorce Poemas”, libro que editará Cuadernos del Sirocco. De un poema ya publicado (*El Grillo de Papel*, Nº 5), elijo esta perennidad: *Sobre las constelaciones cotidianas / y las sombras que crecen en la noche / sobre el breve zumbido de las hojas / y el lazo florecido de tu cuerpo (...) he forjado mi amor / mi voz / mi persistencia*. Y aunque el poema esté mutilado, su profecía permanece intacta; donde dice lazo florecido, léase Graciela, donde persistencia: Federico. Lo otro, lo de la voz, ya se encargarán (de no escucharla) los críticos.
- Carlos Mastrángelo, novelista de *El hombre desconocido* y *Barro limpio*, publicará en editorial Claridad su tercer volumen: *En la orilla del mundo*. Se trata de una colección de cuentos y relatos. La solapa del libro llevará la firma de Juan Filloy, presidente de la SADE (filial Río Cuarto) y escritor de largo prestigio. Mastrángelo, que desde hace varios años viene publicando, en la Capital y el interior, breves ensayos sobre las “antologías”, “técnica” y “dignificación del cuento rioplatense”, es autor de un extenso trabajo —inédito aún— sobre este tema.
- En Terni (Italia), en el “VII Premio Internazionale Letterario «Calvina Terzaroli»” —realizado bajo el auspicio de la Accademia Tiberina, de Roma—, acaba de premiarse *La Sed* (*Diario de mi amigo el monstruo*), de Ariel Canzani D. El libro, publicado en Editorial Goyanarte, obtuvo el 5º puesto, con diploma y medalla de bronce. Canzani, que es marino —algo así como un Vito Dumas de las letras—, figura, además, en una antología publicada en Grecia y anuncia un nuevo poemario en Río de Janeiro: *Los inmundos y el llanto*, en traducción al portugués del poeta Carlos Felipe Saldanha y prólogo de Vinicius de Moraes, autor de “Orfeo Negro”; por el lado de Trieste, ha sido nombrado socio honorario de la “Unión Nacional de Escritores Giulianos” en razón —leemos— “de los trabajos del poeta argentino sobre los escritores de esa región de Italia”. No es asombroso, pienso, que la próxima noticia sobre Canzani venga de las islas Tuamotú, del cabo Guardafui o la Manchuria.

- Marcos Soboleosky, autor de *Los límites*, *Enfermó la vid* (Faja de Honor de la SADE), *Después de la nada* y *Las aguas de Mara* (auspicio del Fondo Nacional de las Artes), publicará, en edición no venal y con tiraje limitado, *Libro de Noemí* —prosa, se nos dice, con pulso bíblico—, dedicado a la hija del escritor.
- Casi fuera del mapa por virtud de Canzani, nos recupera para la patria el perímetro de la uva: Mendoza —pródiga en vides borrachas, en chicos rotos y tristes y descalzos, en Cristos, allá, alto— es también pródiga en versos. Azor, cuyo número 3 ya circula entre nosotros, ha organizado varios recitales, que contaron con la presencia de Víctor H. Cúneo, la poetisa uruguaya M. de Giogio, y el grupo “Utopía”, de San Juan. Pero no sólo pródiga en poesía; este tormento (la prosa) viene representado así: Alberto Rodríguez (h) está escribiendo una nueva novela; su título, aún es una conjetura: *Tirar la sangre*. Iverna Codina convalece de una reciente literatura, también novela: *Detrás del Grito*. Ambos libros, por lo que sé, permanecen fieles a la línea americanista trazada por sus autores. De Rodríguez cabe agregar que está vinculado al director cinematográfico Enrique Dawi por el parentesco del guión de *Donde haya Dios*, basado en la novela homónima; la película será filmada en Mendoza y su título —esta vez insospechable— es *La gata parida*. Aclaro para los fiscales que, en mi pueblo al menos, la gata parida es un juego infantil.
- Alguien, alguna vez, dirá cuánto empecinamiento, cuánta secreta pasión hace falta para editar, en nuestro país, una revista literaria. Por eso, no ya como entreverado colaborador de PAPEL Y TINTA, sino como culpable a medias (la otra mitad pesa sobre la conciencia de Arnoldo Liberman) de *El Grillo de Papel* y junto al consejo, en pleno, de grillos redactores, quiero escribir esto: *FICCIÓN cumple, con este número, su V Aniversario en la literatura argentina*. En énfasis, los adjetivos admirables, corren esta vez por cuenta del lector.
- Fernando de Elizalde, otro ahijado de la Editorial de la “G” con firulete que preside los libros de Goyanarte, acaba de ser premiado (y van...). Algún día estableceremos la prolija estadística de tanto galardón, por ahora diremos que el libro se llama *El camino* y obtuvo el 2º Premio Municipal. Si, como afirma Susana Tasca, matar grillos depara desdichas, publicar en Goyanarte es de buen agüero. Imagino estatuas.
- Renovó autoridades la Sociedad Mendocina de Escritores. La comisión directiva quedó integrada de la siguiente manera: presidente: Ricardo Tudela; vicepresidente: Josefina Bustamante de la Rosa; secretario general: Sara Gatani; vocales titulares: Juan Draghi Lucero, Jorge I. Segura, Isabel Estrella de Suárez, Néstor Lemos, Francisco Cipriani, Florencia Fossatti y Fanny Polimeni; vocales suplentes: José S. Molina, Honorio Barraquero, Aurelia Otón de Oña, Antonio Fernández Pérez y Juan Molinelli; asesores letrados: doctor Américo Calí y Juan F. Lorente; comisión de cuentas: Laura Vicchelli de Pichetto, Mario Espósito y Rosa Pereyra; secretarios coordinadores en los departamentos del sur: Rafael Mauleón Castillo y Antonio Fernández Pérez.

- Por una ley de la provincia del año 1959 y un decreto reglamentario del P. E. del 15 de enero de 1960, se dispuso la realización de un Concurso de Historia Integral de Mendoza, con motivo del IV Centenario de la fundación de la ciudad. El concurso tiene dos premios: el 1º) \$ 100.000 y la edición de la obra y el 2º) \$ 50.000.

De acuerdo al decreto, se exigió la presentación de los trabajos en 9 copias, por ser ésa la cantidad de miembros del jurado. Tras 10 meses de la disposición y cuando sólo faltaban 6 días para la clausura de la recepción de obras, la Dirección Provincial de Cultura informó que se había modificado el decreto en el sentido de que los trabajos podían presentarse hasta con dos copias. Como esta nueva cláusula ha dañado económicamente a los historiadores locales que ya tenían las nueve copias, el concurso fue públicamente impugnado por el señor Alberto Rovira, uno de los participantes y también por el Círculo de Periodistas, que se retiró del jurado, del cual era miembro.

Hasta la fecha, no se ha reunido el jurado, no obstante haberse establecido que debía expedirse antes del 16 de febrero.

- Arturo Cambours Ocampo, director de la ex revista "Letras", y, en otras cosas, uno de los orientadores de la llamada "novísima generación", escribe actualmente una pieza teatral y, empeñado en correr parejas con la Historia, compila un nuevo estudio sobre "La última generación literaria".
- Y bien. Por aquello de que, partir, es medio morir, Ernesto Sábato vincula los viajes al "en cualquier momento" de Heidegger. Cada vez que toma un avión, predice la más espantosa catástrofe y dispone, con notitas, notas, apuntes, llamadas, misceláneas o golpes de teléfono su posteridad. En la última ocasión que estuvo a punto de morir, me escribió una esquela; con ella, mitigaba una exageración publicada en PAPEL Y TINTA. Informe sobre ciegos no fue escrito en 8 años, sino en unos cuantos días. Ocurre —embarullado por los gerundios y los adverbios olvidé consignarlo— que, el Informe, es una parte (peligrosísima) de *Sobre héroes y tumbas*, novela que Fabril Editora publicará el mes próximo. El largo monólogo a que aludí en mi nota (FICCIÓN Nº 28) tiene ya una anécdota: fue escrito en el sur, junto a los lagos. Todo muy hermoso y cristalino por allí. Un lugareño, viendo la máquina de escribir de Sábato, su cabeza de novelista, las cuantiosas páginas, reflexionó que, evidentemente, *el sitio era ideal para escribir sobre él*. "Claro", imagino que dijo Sábato. Y, como esta notícula se parece a un cuento, voy a darle un final imprevisto: la acción del Informe transcurre en las cloacas de Buenos Aires.

Con el fin de difundir detalles sobre la obra, vida y proyectos de nuestros escritores, FICCIÓN invita cordialmente a sus lectores de la Capital y del interior del país a hacerle llegar las noticias que consideren de interés general, las que serán publicadas a criterio de esta Redacción.

Noticias

Premio de Novela "Biblioteca Breve" 1961

EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A. convoca un premio anual de novela con destino a su colección "Biblioteca Breve" y con arreglo a las siguientes bases:

- 1ª Podrán concurrir a este premio todas las novelas escritas en lengua castellana e inéditas, cuya extensión no sea inferior a trescientos folios de treinta líneas mecanografiados a doble espacio y por una sola cara.
- 2ª El premio consistirá en un anticipo de 100.000 pesetas sobre los derechos de autor, estipulados en el 10 % del precio de venta del libro, de una primera edición de 10.000 ejemplares. Si los derechos de autor de dicha primera edición no alcanzasen a cubrir dicho anticipo, lo que faltase se deducirá de la parte correspondiente al autor en la cesión de derechos secundarios, si los hubiese. Editorial Seix Barral, S. A. se reserva el derecho de publicar cuantas ediciones sucesivas estime conveniente, abonando al autor el 12 % del precio de cubierta de los ejemplares que de ellas se vendan.
- 3ª El tema será libre, pero el jurado tomará primordialmente en consideración aquellas obras que por su contenido, técnica y estilo respondan mejor a las exigencias de la literatura de nuestro tiempo.
- 4ª Si a criterio del jurado ninguna de las obras presentadas reuniera méritos suficientes, el premio podrá ser declarado desierto, y lo será automáticamente si ninguna obra alcanzase tres votos en el último escrutinio, pero en ningún caso podrá ser repartido. Editorial Seix Barral, S. A., se reserva en todo caso el derecho de opción para la edición de las obras no premiadas.
- 5ª El jurado tendrá carácter permanente y quedará compuesto por D. Juan Petit, D. José María Valverde, D. José María Castellet, D. Víctor Seix y D. Carlos Barral.
- 6ª Los originales deberán remitirse por duplicado, con el nombre y domicilio del autor, a Editorial Seix Barral, S. A., Provenza, 219, Barcelona, antes del 31 de julio de cada año, con la indicación: "Para el premio de novela Biblioteca Breve".
- 7ª El premio se concederá todos los años en 1 de diciembre, dándose a conocer el fallo a través de la prensa. La novela premiada aparecerá en "Biblioteca Breve" en la primavera siguiente.
- 8ª Una vez adjudicado el premio, los autores no premiados ni sujetos a la opción señalada anteriormente podrán retirar sus originales en Editorial Seix Barral, S. A., previa presentación del recibo que se les habrá extendido en el acto de la presentación de las novelas al premio.
- 9ª La novela ganadora del premio "Biblioteca Breve" será automáticamente presentada por el editor al Prix Formentor dotado de 10.000 dólares, dentro de la terna de candidatos de lengua española que según los Estatutos de dicho premio le corresponde proponer al jurado del mismo.

Editorial Seix Barral, S. A. - Provenza 219 - Barcelona

Crítica de críticos

ESTA sección en que un escritor puede discutir a otro las opiniones sobre sus obras, resulta reconfortante pues es injusto, tratándose de un hijo de la mente y de la sangre, que el comentarista tenga la última palabra. No es ése el caso de esta breve nota. No voy a protestar por la opinión sobre un libro. Me referiré a una palabra. Mi oposición es a una palabra, que de acuerdo al diccionario, responde a la situación o al estado de la protagonista de una obra que pertenece aún al mundo de las sombras donde yacen los personajes que no han salido del período de gestación del autor, del plano en que éstos todavía pueden cambiar, arrepentirse de sus errores o romper la armonía con un crimen o una acción infame.

Alguien dijo, no recuerdo quién, que las palabras son pistolas cargadas. Es tan cierto esto que en un largo y fofo discurso, basta una palabra vital para hacerlo incandescente. A veces un solo vocablo encontrado en un artículo inocuo nos preocupa. Es porque ha dado en el blanco. Fue escogido lúcidamente por el autor o se le ha deslizado por inadvertencia, denunciando su propia impresión del asunto.

Después de este preámbulo voy al caso. El inteligente, inquieto y joven escritor Abelardo Castillo ha anunciado en *Papel y Tinta* la obra teatral que aún está sobre mi escritorio, con las tachaduras de rigor, las notículas al margen, las correcciones de frases, de palabras, de puntuación... Todo ese mundo nervioso y febril que rodea la creación. Nada de máquina todavía, la fría y correcta máquina que encuadrará, al final, la obra. Podría haber puesto "la detestable e inevitable máquina" pues no creo que ningún escritor que se sienta artista, pueda comunicarse con el papel en una forma tan indirecta, sin calor, sin la vibración que el lápiz o la pluma otorga a ese ente vivo en trance de nacer.

La palabra que me resisto a aceptar en la nota de Castillo es la que estampa a propósito del amor de la protagonista de mi obra. *Amancebada* —dice.

Confieso, nuevamente, que el diccionario da la razón a Castillo. Pero además de la acepción del diccionario hay otra: la que se va formando día a día por el concepto de las gentes que constituyen una sociedad. Tan es así que hay palabras, correctas en español, que los criollos evitamos, aún a riesgo de cercenar y limitar el idioma.

No; esa palabra no puede emplearse para definir un gran amor, que desafió el destierro y la muerte. Amor cuyos ecos han llegado hasta nuestros días salpicados

Esta nueva sección de FICCIÓN está dedicada a los autores y lectores en general, que deseen emitir su opinión sobre las críticas bibliográficas aparecidas en libros y revistas. Las críticas —que podrán ser firmadas con nombre completo, con iniciales o seudónimo— deberán ajustarse a ciertas exigencias de extensión y mesura, por lo que la Dirección se reserva el derecho de no publicarlas, o de reproducirlas sólo parcialmente.

Junto con la crítica enviada será necesario remitir también el recorte del artículo que se comenta, salvo que éste haya sido publicado en FICCIÓN, en cuyo caso bastará la mención del número y página en que haya aparecido.

Los lectores de nuestra revista pueden enviar sus cartas a: Revista-Libro FICCIÓN, Paraguay 479, Buenos Aires.

Invitamos a todos a colaborar en esta sección.

por el rencor de quienes, teniendo a su disposición un mercado de indias, negras y mulatas —utilizado más o menos discretamente— lanzaban dardos contra el sentimiento que unió dos seres, uno viudo y la otra abandonada por el marido. Amor que se apoyó en lo espiritual de acuerdo a la idiosincrasia, cultura y delicadeza de quienes lo experimentaron.

Se ha elegido alguna vez este caso de Ana Perichon de Vandeuil y Liniers con miras sensacionalistas asociándolo a ejemplos históricos, burdos, brillantes, espectaculares y desenfadados.

El tema que yo trato en mi obra me fue dado por la casualidad, mientras buscaba documentos en el Archivo General de la Nación sobre mi bisabuelo Francisco Reguera, que fue secretario de armas de Liniers. Yo no pensé nunca frente a ese amor en un episodio hedonista y vulgar, sino en el drama insoluble en que una determinada situación colocaba a los actores. El vínculo sacramental del matrimonio no podía romperse. Y como era el único que existía los obligó a una clandestinidad que en nada se avenía a su verdad.

No sé qué valores literarios tendrá mi obra, pero su solo título *Más allá de mañana* denota que está lejos del clima que la palabra empleada por Castillo sugiere.

Nada más. Y gracias por sus gentiles palabras acerca de mi juventud de creadora, Abelardo Castillo. Ojalá sea así.

CELIA DE DIEGO

Libros recibidos

BRIGADAS LÍRICAS (San Rafael)

Beatriz Menges François: *El ser particular*.

COSMOS (Bogotá)

Mario Franco Ruiz: *Los hijos de Job*.

CUADERNOS DEL INSTITUTO AMIGOS DEL LIBRO ARGENTINO

Enrique Amorim: *Temas de amor*.

Aristóbulo Echegaray: *Copledal*.

CUADERNOS DEL SIROCCO

Lisandro Enrique Gayoso: *Tiempo y distancia*.

CUADERNOS JULIO HERRERA Y REISSIG (Uruguay)

Eugenio Florit: *Siete poemas*.

DEL AUTOR (Montevideo)

Emilio Trías Du Pre: *Las noches y los días*.

DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA (Catamarca)

Juan Carlos Martínez: *País con un nombre que amo*.

Martín J. Martínez: *Sílabas*.

Clementina Rosa Quenel: *Poemas con árboles*.

FABRIL EDITORA

Roger Pla: *Las brújulas muertas*.

A. P. Cronin: *Las llaves del reino*. Trad. Bruno Jacovella.

Louis Ferdinand Céline: *Viaje al fin de la noche*. Trad. Armando Bazán.

GALATEA - NUEVA VISIÓN

Fryda Schultz de Mantovani: *La mujer en la vida nacional*.

IBER AMER ARGENTINA

Michel Butor: *Sobre literatura*. Trad. Juan Petit.

Boris de Schloezer y Marina Scriabine: *Problemas de la música moderna*. Trad. María y Ariol Martorell.

Armando López Salinas y Antonio Ferres: *Caminando por Las Hurdes*.

Juan Marse: *Encerrados con un solo juguete*.

KRAFT

Han Suyin: *La montaña es joven*. Trad. Luis Echevarri.

LA MANDRÁGORA

Pierre Godard: *El último baluarte del Occidente*. Trad. Oscar B. Charpentier.

LOSADA

Miguel Hernández: *Obras completas*.

Emilio Prados: *Jardín cerrado*.

Ricardo Gullón: *Estudios sobre Juan Ramón Jiménez*.

Jean Paul Sartre: *La república del silencio*. Trad. Alberto L. Bixio.

Jean Paul Sartre: *El hombre y las cosas*. Trad. Luis Echávarri.

Pablo Neruda: *Cien sonetos de amor*.

RECONSTRUIR

Agustín Souchy: *Testimonios sobre la revolución cubana*.

STILCOGRAF

Rosa Franco: *Origen de lo erótico en la poesía femenina americana*.

TIRSO

Antonio Requeni: *Umbral del horizonte*.

LOS
DICCIONARIOS
DEL
SIGLO XX
LLÉVELO CON
UN CÓMODO
CRÉDITO A
SOLA FIRMA

RES

MERICAS

FAIRCHILD

Dic. de Sociología.

WARREN

Dic. de Psicología.

PIKE

Dic. de las Religiones

FERRATER MORA

Dic. de Filosofía

IBROS

Este número de FICCIÓN se terminó de imprimir el día 6 de abril de 1960,
en los talleres de Impresora Oeste, Marcos Sastre 5065, Buenos Aires, Argentina.